







1907.



BIBLIOTECA DELLA R. CASA  
IN NAPOLI

N.º d'inventario 419 726  
Sala Grande  
Scansia St Palchetto 1  
N.º d'ord. A 20



Palat. XXV-13



58776  
**POESIAS SELECTAS**

**CASTELLANAS**

**DESDE EL TIEMPO DE JUAN DE MENA  
HASTA NUESTROS DIAS,**

RECOGIDAS Y ORDENADAS

por Don Manuel Josef Quintana.

*Nueva edicion aumentada y corregida.*

**TOMO II.**



**MADRID:  
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS,  
1830.**

*Como propietario de esta obra el editor  
perseguirá á quien la reimprima sin  
su anuencia.*

## SIGLO XVII.

### POESÍAS

DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

### CANCION.

*A Felipe II en la canonización de S. Diego.*

En estas santas ceremonias pías,  
A donde tu piedad, Filipo augusto,  
Con admirables rayos resplandece,  
Verás como dejando el cetro justo,  
Después de largos y felices días,  
Al nuevo tronco que á tu sombra crece,  
Nuestra Madre santísima te ofrece  
Los mismos cantos, y la misma palma;  
Y ya nos muestra como en cierta idea,  
Que tal quiere que sea el ejemplar,  
La gloria entonces de tu cuerpo y alma,  
Y que al inmenso templo que dedicas  
Al gran Levita, que en la ardiente llama  
Examinó la de su amor divino,  
Ha de venir devoto el peregrino,  
No solo convidado de su fama,  
Por contemplar las aras de oro ricas,  
Sino á probar si á su congoja aplicas

Saludable remedio desde el cielo,  
Como lo das á todos en el suelo.

Tú, enseñado á escuchar humanos ruegos,  
Y á ser comuu defensa de los hombres,  
Serás de todos ellos invocado;  
Y justamente uniéndose los nombres,  
Tendremos dos Filipos y dos Diegos,  
Y un altar solo á entrambos dedicado:  
Que pues has con tu mano levantado  
El primero que á Diego se dedica,  
Aquí y allá serás su compañero,  
Y ejemplo verdadero  
De como Dios tambien se comunica  
Debajo de la púrpura preciosa,  
Como debajo el áspero vestido;  
Que no son abreviadas, no, sus manos.  
Mas ¿de cual de tus hechos sobre-humanos  
Te daremos entoncés apellido?  
¿Si lucirá la espada rigorosa?  
¿Ó, retoreido en tu corona hermosa  
Sus hojas tenderá el olivo sacro,  
Por propia insignia de tu simulacro?  
¿Ó si, cuando la trompa horrible diere  
Señal en los ejércitos, y tienda  
La roja Cruz el viento en las bandenas;  
Y de la muerte la vision horrenda  
Envuelta en polvo y humo discurriere  
Por medio las escuadras y armas fieras,  
Tu nombre ha de sonar en las primeras  
Voces, que diere la española gente  
Pidiendo por tu medio la victoria?  
¿Ó si querrás la gloria

De ser en los concilios Presidente  
Donde se trate del gobierno humano,  
Del cual nos dejas admirable ejemplo?  
¿Ó si será mas propio que el piloto  
Cuando lucháre con el Euro y Noto  
Prometa ronco visitar tu templo,  
Y allí colgar las velas por su mano?  
¿Ó que en tu proteccion el rubio grano  
El labrador envuelva, y te suplique  
Que por tu medio Dios lo multiplique?

Primero vivirás felices años  
Introduciendo por el ancho mundo  
La santa paz, y la justicia unidas,  
Y gemirá Pluton en el profundo  
De ver por tí deshechos los engaños,  
Y á Dios tantas naciones convertidas.  
Y que las escrituras no entendidas  
Como el otro Filipo les declaras.  
Teme tambien, y no sin causa, viendo  
Lo que hoy estás haciendo,  
Que á mayores empresas te preparas,  
Y que si, por honrar la sepultura  
De Diego, das de tu piedad tal muestra,  
Por quitar al tirano la de Cristo  
Has de dar un ejemplo nunca visto,  
Y derribar sus ídolos tu diestra,  
Venciendo en medio de la noche obscura  
Como el gran Gedeon; pues en ti dura  
La insignia del vellon, con que Dios quiso  
Darle de la victoria cierto aviso.

Cancion, el ser humilde no te espante,  
Que es hoy fiesta de humildés, y se precia  
1:

De ser su amparo el Rey mayor del suelo:  
Bien puedes atreverte, pues el celo  
Hace precioso el don, y se desprecia  
Aunque raro y costoso el arrogante.  
Mas pues se me permite que yo cante  
Entre los cisnes del famoso Henares,  
Mucho harás si de humilde te preciares.

## CANCIÓN.

Alivia sus fatigas  
El labrador cansado,  
Cuando su yerta barba escarcha cubre,  
Pensando en las espigas  
Del Agosto abrasado,  
Y en los lagares ricos del octubre:  
La hoz se le descubre,  
Cuando el arado apaña,  
Y con dulces memorias le acompaña.  
Carga de hierro duro  
Sus miembros, y se obliga  
El jóven al trabajo de la guerra:  
Huye el ocio seguro;  
Trueca por la enemiga  
Su dulce, natural y amiga tierra;  
Mas cuando se destierra,  
Ó al asalto acomete,  
Mil triunfos y mil glorias se promete.  
La vida al mar confía,  
Y á dos tablas delgadas  
El otro, que del oro esta sediento;  
Escóndesele el día,



Y las olas hinchadas  
 Suben á combatir el firmamento:  
 El quita el pensamiento  
 De la muerte vecina,  
 Y en el oro le pone y en la mina.

Deja el lecho caliente  
 Con la esposa dormida  
 El cazador solícito y robusto:  
 Sufre el cierzo inclemente,  
 La nieve endurecida,  
 Y tiene de su afán por premio justo  
 Interrumpir el gusto,  
 Y la paz de las fieras  
 En vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio y cierto fin tiene  
 Cualquier trabajo humano,  
 Y el uno llama al otro sin mudanza:  
 El invierno entretiene  
 La opinión del verano,  
 Y un tiempo sirve al otro de templanza.  
 El bien de la esperanza  
 Solo quedó en el suelo,  
 Cuando todos huyeron para el cielo.

Si la esperanza quitas,  
 ¿Qué le dejas al mundo?  
 Su máquina disuelves y destruyes:  
 Todo lo precipitas  
 En olvido profundo,  
 Y del fin natural, Flérida, huyes:  
 Si la cerviz rehuyes  
 De los brazos amados,  
 ¿Qué premio piensas dar á los cuidados?

## TERCETOS.

*Descripcion de Aranjuez.*

**H**ay un lugar en la mitad de España  
Donde Tajo á Jarama el nombre quita,  
Y con sus ondas de cristal lo baña:  
Que nunca en él la yerba vió marchita  
El sol, por mas que al Etiópe encienda,  
Ó con su ausencia hiele al duro Scita;  
Ó que naturaleza condescienda,  
Ó que vencida deje óbrar al arte,  
Y serle en vano superior pretenda:  
Al fin, jamas se ha visto en esta parte  
Objeto triste, ni desnudo el suelo,  
Ó cosa que de límite se aparte.  
Contrarias aves en conforme vuelo  
Los ayres cortan, y en iguales puntas  
Las plantas suben alabando al cielo.  
Las fieras enemigas aquí juntas  
Forman una república quieta,  
Mezclándose en sus pastos y en sus juntas;  
Sin temer que el lebrel las acometa,  
Ó hiera el plomo con terrible estruendo,  
Ó con mortal silencio la saeta.  
Las fuentes cristalinas, que subiendo,  
Contra su curso y natural costumbre,  
Están los claros ayres dividiendo,  
Rocían de los árboles la cumbre,  
Y bajan, á las nuhes imitando,  
Forzadas de su misma pesadumbre,

Sobre las bellas flores, que adornando  
El suelo como alfombras africanas,  
Las estan con mil lazos esperando.

Las calles largas de álamos y llanas,  
Envidia pueden dar á las ciudades  
Que están hoy de las tuyas mas usanas.

¿Pues quien podrá contar las amistades  
Con que las plantas fértiles se prestan,  
Y templan sus contrarias calidades?

Y como no se impiden ni molestan  
Por ver su fruta en extrangeras hojas,  
Ni del agravio apelan y protestan;

Como tú, fragil hombre, que te enojas  
Si tener ves al otro lo que es tuyo,  
Y con rabia le usurpas y despojas.

Comunica el gran Tajo el humor suyo  
Á cualquier de los árboles do llega,  
Sin atender si es hijo propio, ó cuyo.

Al huesped no sus alimentos niega,  
Ni al natural desecha, y así hace  
Corona rica de su hermosa vega.

Si la región remota ve que aplace  
Alguna planta suya en esta, luego  
La envia, y á su dueño satisface.

Y así la que se jacta de que al fuego  
De los templos dá olores, no es mas rica,  
Ni la fingió ningun Latino ó Griego.

Cualquiera aquí su condicion aplica,  
Aunque su origen traiga de otra parte  
Dó el sol menos ó mas se comunica.

Suple la falta de la tierra el arte,  
Y del calor con limite y del hielo

Aquello que conviene les repartel

Hay planta que miró en su patrio suelo  
El sol al mismo tiempo que la luna  
En éstemira en la mitad del cielo:

Y no por esto siente falta alguna  
De la virtud que tuvo allá en su tierra,  
Como si aquella y esta fuesen una:

La cual en senos cóncavos que en tierra  
Las aguas usurpadas al gran río,  
Donde los peces viven sin ver guerras:

Pudiera en cada cual un gran navío  
De aquellos que á Neptuno son mas graves,  
Navegar sin temor de hallar bajío:

Mas solamente aquí navegan aves  
De aquellas que á la muerte se apereben,  
Con cantos apácibles y suaves:

Aquí redés y engaños se prohiben,  
Y así discurren sin temor las fieras,  
Y á los hombres pácificas reciben:

La hermosura y la paz de estas riberas  
Las hace pareoer á las que han sido,  
En ver pecar al hombre las primeras:

Álzase al lado del jardín florido,  
Con cuatro hermosas frentes una casa,  
Que nunca el sol su semejante ha herido.

Del alto chapitel hasta la base  
Ninguna imperfeccion hallarse puede,  
Si el gran Vitrubio vuelve y la compasa.

Pues lo interior que á lo exterior excede  
En materia y en arte, que tal sea lo  
Con esto sólo declarado quede:

Que nuestro gran Filipo dió la idea,

Y en ella sus cuidados deposita,  
 Cuando su corte deja y se recrea.

Que puesto que los hombros jamas quita  
 Del peso con que Atlante desmayara;  
 Con eso lo aligera y facilita.

Los árboles, las aves, la agua clara  
 En este verde sitio son testigos  
 De las heroicas obras que prepara.

Del modo con que traza los castigos  
 Á la cerviz, que huyó del yugo santo;  
 El premio regalando á los amigos.

Las aves mezclan su acordado canto  
 Entre los dulces y ásperos decretos,  
 Que han de poner después al mundo espanto.

Y aquellos profundísimos secretos,  
 Que á los ausentes Príncipes desvelan;  
 Y les tienen los ánimos inquietos;

Aquí con los Ministros se rebelan,  
 Y el templo del gran Jano se abre ó bierra,  
 Los pueblos se castigan ó consuelan;

Y la espantable y poderosa guerra  
 Aguarda que de aquí le den materia  
 Para cubrir de sangre el mar y tierra.

Mas no dentro los límites de Iberia,  
 Donde la paz y la justicia santa  
 Previenen con cuidado á tal miseria.

Aquí se engendra el rayo, mas no espanta  
 Sino al loco Nembrot, que contra el cielo  
 Muros de barro frágiles levanta.

Filipo, tú también, que del abuelo  
 Y padre emulacion gloriosa al mundo  
 Prometes, y en su pérdida consuelo;

Mientras tu padre con saber profundo, Y  
Y tu niñez te escusan del trabajo,  
Entre esas flores andas vagabundo.

Tiempo vendrá que no te ofrezca Tajo  
En su ribera conchas mas caballos,  
De aquellos que lo beben mas abajo:

Y que tú y esos niños tus vasallos  
Armados convirtais en gruesas lanzas,  
Las que agora jugais de tiernos tallos.

Entonces cumplirás las esperanzas  
Que das de tu valor, dejando libres  
Á los que dan agora del fianzas;

Y ya la Grecia espera que la libres,  
Que abras el paso del sepulcro santo,  
Y que la espada en su defensa vibres. Y

¡Ó temeraria lira! ¿por qué tanto  
El punto subes, que entre el son horrendo  
De las trompetas suena ya mi canto?

Vuélveme á la ribera, donde viendo  
Estaba con el Príncipe á su hermana,  
Rayos de luz y flechas despidiendo:

Tal en el monte Cinto á su Diana  
Rodeada de vírgenes hermosas  
Fingió la antigüedad en forma humana.

No huyen, no, las fieras temerosas;  
Mas antes como víctimas sagradas  
Se ofrecen á sus flechas poderosas.

Las flores del divino pie pisadas  
Ya miran con desprecio á las estrellas,  
Y son de las estrellas envidiadas:

Y puesto que la esperan gozar ellas,  
Y saben que en el mundo su presencia

Las hace con los hombres menos bellas;  
 La detienen acá con su influencia,  
 Y proponen su daño y su deseo  
 Forzadas de la eterna Providencia...

## SÁTIRA.

*Contra la Marquesilla.*

Muy bien semuestra, Flora, que no tienes  
 Desta mi condicion noticia cierta,  
 Pues piensas enmendalla con dèdenes.  
 Tú pensarás que guardaré tu puerta  
 Desde que se recogen las gallinas,  
 Hasta que el ronco gallo las despierta:  
 Y que cuandó á las horas matutinas  
 Se levantan los frailes, y durmiendo  
 Tus émulos estan y tus vecinas,  
 Me estaré yo en la callé consumiendo,  
 Y por el agujero de la llave  
 Lo que en tu casa tienes inquiriendo:  
 Y que te sufriré despues muy grave  
 Pidiéndote perdon, porque me seas  
 Afable como sueles y suave.  
 Pues porque si lo crees, no lo creas,  
 Y sepas que no ignoro con quien trato,  
 Es bien que mis odiosos versos leas.  
 Aquí verás un natural retrato  
 De nuestras diferentes condiciones,  
 Por mas que tú lo encubras con recato.  
 Agora me parece que te pones  
 Mucho mas colorada que tu saya,

Y me das un millon de maldiciones,

Diciendo que primero que me vaya,

Quedarás satisfecha de la injuria,

Aunque dificultades cien mil haya,

Y yo por todo el oro que Liguria

A España con usuras arrebatá,

No quiero hacerme digno de tu furia:

Ni quiero dar mi vida tan barata,

Ni ver del Africano la frontera,

Cosa que por tu causa alguno trata.

Escríbate pues sátiras quien quiera,

Que yo alabanzas solas quiero darte,

Hasta que tú te canses, ó yo muera.

Ya, ya me tienes, Flora, de tu parte,

Que como tus costumbres amo tanto,

Mudable soy tambien por imitarte.

Quiero dejar la pluma, que me espanto

De ver ese furor tras ordinario,

Y dar de contrición señal con llanto.

Pero tengo conmigo un tu contrario,

Que tiene prometido defenderme

Contra el poder de Jerges y de Dario:

Y no me da lugar de recogerme,

Antes con amenazas me provoca:

Dios sabo si ofenderte es ofenderme.

Pero no puedo mas, mi fuerza es poca;

Tú no me defendieras del que digo.

Siquiera con el ayre de la boca.

Y pues he de cobrar un enemigo,

Escojamos de dos el menor daño:

Demas, que la razon y verdad sigo.

En el mas fértil mes de todo el año,



O Flora, yo te ví, que no debiera;  
Aunque no ha resultado dello engaño.

Y luego, como frágil y ligera,  
Antes de conocerme ni yo hablarte,  
Me descubriste ser tu pecho cera.

Mas, cómo sé de Ovidio mal el arte,  
No procnré poner en Troya el fuego,  
Aunque te ví contenta descuidarte.

Hubo manjares, y tras ellos juego;  
Y como ví colgar allí la yedra,  
El vino reputé por malo luego.

A todo estuve cual si fuera piedra,  
Tan fuera de pensar en tus amores,  
Como Hipolito estuvo en los de Fedra.

Mil veces repetiste mis loores,  
Que en tí los engendró mi negra fama,  
(Díceslo así, y es bien que así lo dores).

Y para declararme que eres dama  
Tan grave que la corte señorea,  
Ó, por mejor decir, quema tu llama;

Como quien confesar algo desea,  
Y lo quiere decir por negativa,  
Para que lo contrario se le crea;

Así me declaraste cuán esquivada  
Con grandes cortesanos habias sido,  
A quien de libertad tu valor priva.

Tras esto me juraste habér venido  
Al lugar donde estabas por hablarme,  
Y la visita falsa haber fingido.

Pensaste, no lo dudo, colocarme  
Encima de los cuernos de la luna,  
(Y aun por ventura dellos adornarme).

Jamas infante tierno de la cuna  
Oyó tan dulces nombres repetidos  
De su madre con besos importuna,

Como yo los oí, pero fingidos,  
Solo para cubrir las cautas redes,  
Con que á tantos enredas los sentidos.

Sin preceder servicio hacer mercedes  
Dará que sospechar á quien no sea  
De los con quien hacer tu labor puedes.

Créame quien lo oyere, ó no me crea;  
Digo que sospeché, sospeché, digo,  
Viéndote tan afable, sin ser fea.

Mas soy de ingratitud tan enemigo,  
Que, por corresponder al beneficio,  
Agradecido me mostré contigo.

Hubo tambien en ello su artificio;  
Porque sé que resbala fácilmente  
En tales ocasiones el jüicio:

Y tú te imaginabas suficiente  
A poderme llevar, como de rienda,  
A todos tus antojos obediente.

Así lo creo yo, porque mi hacienda  
Es menos que el tesoro veneciano,  
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.

Al fin, como si fuera yo aldeano  
Que se admira de ver con perlas y oro  
La gorra del soberbio cortesano,

Así me descubriste tu tesoro,  
(Esto disimulando, como acaso,  
Y sin perder allí de tu decoro).

¿Hubo bajilla por ventura, ó vaso,  
Que delante de mí no te sirviese,

Buscando tú ocasion á cada paso?

Y porque tus esclavas todas viese,

Y que son siervas libres, ó prestadas,

Como soy malicioso, no creyese;

Todas delante mí fueron llamadas,

Y por cierto descuido no muy grande

Con ásperas palabras afrentadas.

No hay mayordomo necio que así mande  
En casa de un Señor á los sirvientes,

Y en guerra con aquellos y estos ande,

Como tú con tus siervas diligentes,

Solo para mostrar tu preeminencia,

Haciendo ostentacion con los presentes.

Mandábaste traer en mi presencia

(Sin haber menesterlas) tus arquillas

De menos oro llenas que apariencias.

Estaba la esclavilla de rodillas,

En tu imaginacion, de mí notada

Por una de las siete maravillas.

¡O Flora, como estabas engañada!

Que entonces el Eunuco revolvía,

(Comedia de Terencio celebrada);

El cual en sus ejemplos me decía,

Que desean las damas de tu trato

Las esclavas tener que Tays tenía:

Y que soleis comprarlas muy barato;

Que un ignorante Fedria las presenta

En competencia de un Trason bravato;

¡Mirá cuan al revés salió tu cuenta!

Que lo que tú por honra descubrías,

En mí se convirtió para tu afrenta.

Y cuando mas compuesta te ponías,

Como quien va mirándose la sombra,  
 Conmigo de tu crédito perdías.

No pienses, si lo piensas, que me asombrá  
 Un lecho de damasco granadino;  
 Y á un lado y á otro la merisca alfonbrá:

Que soy, si no lo sabes, adivino;  
 Y no tienes un clavo ni una eyilla  
 Que no sepa de donde y como vino.

Véote santiguar con maravilla  
 De esto que voy diciéndo; pues no dudes  
 Que fábula serás en esta villa.

Sabrás, quien no las sabe, tus virtudes,  
 Las cuales te sustentan todo el año;  
 Aunque ya vendrá tiempo en que las sudes.

Quiero vender al mundo desengañó,  
 Que aunque es poca la gente que lo entienda,  
 Sé que te puedo hacer no poco daño:

Y que si por tu mal abro mi tienda,  
 La tuya quedará tan abatida,  
 Que un ochavo en un año no se venda.

Mas tengo condicion tan comedida,  
 Que no quiero quitarte la ganancia;  
 Contando los enredos de tu vida.

En tí tienda sus redes la ignorancia,  
 Para los que pidieren á sus padres  
 De su porcion debida la sustancia.

A estos muerdas, y á los otros ladres:  
 Y por ver á sus hijos lastimados,  
 Te den su maldicion doscientas madres.

Tengas mil hombres viejos engañados,  
 En sus canudas barbas te regales,  
 Haciendo rica presa en sus ducados:

Y á otrós que se precian de leales,  
 Con vanos favorcillos entretengas,  
 Y pesqués mas de espacio sus reales.  
 Con los que veas ardientes, te detengas,  
 Y con los que veas tibios te apresures,  
 Y á todos en comun enredo tengas.

Delante de tu madre te mesures,  
 Fingiendo que la temes, y que ignora  
 Los favores que das, y así lo jures.

Y si te vieres sola, bella Flora,  
 Y el necio sin pagarte se desmanda,  
 Dí luego, ¡ay Dios, que sale mi señora!

Y cuándo veas al triste que se ablanda,  
 Lleguen el portugues con el joyero,  
 Este con oro, el otro con holanda,

Dirás, como los médicos, no quiero,  
 Alargando la mano á la presea  
 Con que te esté rogando el majadero.

Y dirás, como sueles, si desea  
 Ser tu favorecido, que dé muestra  
 En donde su aficion mejor se vea.

Ayúdete tu madre ó tu maestra,  
 Dándote mil recaudos al oido,  
 (Leccion de todo punto propia vuestra).

Estése el otro necio sin sentido,  
 Mientras hablais vosotras muy compuesto,  
 O, como acá decimos, muy corrido:

Que no me quiero yo poner en esto,  
 Ni descubrir tus faltas en la calle,  
 Pues se descubrirán por sí tan presto.

Pero no será bien que sufra y calle  
 Cierta tributo, censo ó alcabala,

Pues tú no te avergüenzas de cobralle.

Cuando sale quien digo de la sala,

Le vuelves á llamar con gran caricia

Ó sales tú con él hasta la escala:

Y allí, disimulando tu codicia,

Le pides un catálogo de nosas,

Como si las debiera por justicia.

El, ambas las mejillas hechas rosas,

Arrepentido ya de verse en ello

Y de emprender empresas tan costosas,

No sabe qué decir, que tiene el cuello

Ceñido con tus brazos, y los ojos

Clavados, por su mal, en tu cabello.

Quiere satisfacer á tus antojos;

Y quisiera tambien á menos costa

Comprar, pues que se venden, los despojos.

Imagínasle tú la bolsa angosta,

Ó por ser muy avaro ó por ser pobre,

Personas de quien huyes por la posta:

Y para hacer sudar por fuerza al robre,

Ó como buen artífice en la piedra

Tocando, conocer si es oro ó cobre.

Enmarañaste dél cual verde yedra,

(No te comparo mal, pues que se dice

Que nunca el árbol que la tiene medra),

Diciendo: buena prueba, señor, hice

De vuestra fe, si no fingida, tibia,

Con que, para mi mal, me satisface.

Si yo os mandara humedecer la Libia,

Si oponer vuestros hombros á la carga

Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia;

Si peregrinacion pidiera larga,

Donde estuviera en duda el volver vivo,

Ó cierta en el progreso vida amarga;

¿Pudiérades estar mas pensativo?

¿Pudiérades dudar de tal manera,

Y mostraros conmigo mas esquivo?

Pues yo sé bien alguno, que quisiera,

Y como que quisiera, que pagára,

Porque lo que á vos pido, le pidiera:

Que ni tan pobre soy, ni tan avara,

Que por necesidad, ó por codicia

En cosa tan pequeña reparára.

Mal de mi condicion teneis noticia:

Que, aunque no lo trujérades tan presto,

No os sacára yo prendas por justicia.

Pero no reparemos mas en esto:

Solo vivid seguro de que os amo,

Y que no me sereis jamas molesto.

El triste ya cual pece asido al hamo,

Ó como ciego pájaro, que viene

Llamado con el son de su reclamo,

Ni en dudas, ni en peligros se detiene;

Quiere tomar prestado ó con usura,

Sin ver si de pagarlo modo tiene.

Promete allí sin tasa, ni cordura,

Y niega, que jamas dudase en algo,

Y aun, para ganar crédito, lo jura.

Así lo creo yo de un noble hidalgo,

Respondes tú, soltando la cadena,

Que quisiera yo mas la de mi galgo.

Atraviésase luego Magdalena,

Pide para chapines, ó una toca,

Y tu page de lanza pide estrena.

A aquella tú le dices , calla loca,  
Y á este otro, ¿tú, rapaz, tambien te atreves?  
Y por detras les señas con la boca,

Ni á la carne se dá tal priesa el jueves,  
Como le dais vosotras entre dientes,  
Diciendo , pagarás lo que no debes.

O tú , que con pagarlo no lo sientes,  
Y cansarás, pidiéndolo prestado  
Despues á tus amigos y parientes:

Si alguna vez ó veces has pasado  
De Aragon á Castilla , y en los puertos  
Del uno y otro reyno registrado,

A donde los derechos hacen tuertos,  
Y con decreto y órden de justicia  
Roban en los poblados y desiertos:

A donde puede tanto la codicia,  
Que no son tan mudables Venecianos,  
Cuando á alguno prometen su amicitia:

Como aquellos ladrones y villanos  
En olvidar al réy, si el caminante  
Les pone de sus armas en las manos:

Conocerás agora , ó adelante,  
Que es mayor el trabajo que se pasa  
Con Flora , de quien andas ciego amante.

Y tú, Flora , tambien modera y tasa  
Los derechos tiránicos que llevas  
De entradas y salidas de tu casa;

Pues solamente deben ropas nuevas  
Al entrar por los puertos el derecho,  
Y no será razon que á mas te atrevas.

No quieras descubrir tu avaro pecho,  
Ni como mercader tener oreja



Abierta solamente á tu provecho.

Y no digo con esto que eres vieja;  
Mas téngote por ropa tan traída,  
Que descubres la hilaza por la ceja.

Pues quien te ve fingir la recogida,  
Ha de soltar á su pesar la risa,  
Si sabe como yo tu buena vida.

Verte salir con tu Señora á misa,  
Como fraile novicio, que no mira  
Acá ni allá mas suelo del que pisa,  
¿A quien tu gravedad allí no admira?  
¿Quien no dirá que puedes llevar palma,  
Y que á las once mil tu intento aspira?

Quien sepa como yo que en esa calma  
Suceden por momentos torbellinos,  
Que anegan las ajenas y tu alma.

Ni lo dirán tampoco tus vecinos,  
Que ven salir y entrar en tu posada  
Los recién emplumados palominos:

Ni lo dirá tu hermana, que se enfada  
De estar labrando soliman y mudas,  
Ella desnuda, y tú muy enjoyada:

Ni el que suele soltarme cien mil dudas,  
(Si se lo preguntase), cuyo nombre  
Es del que sucedió en lugar de Judas:

Ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre  
Que en darte y abstenerse tal anduvo,  
Que le doy Alejandro por renombre:

Ni lo dirá tampoco quien estuvo  
De Mantua, por tu causa, foragido,  
Y el perdon por dineros despues hubo:

Ni menos lo dirá quien ha leído

Lo que con apariencia va cubierto,  
Si con la vista pasa del vestido.

Yo digo de vosotras (y es lo cierto),  
Que sois de las fantasmas y visiones  
Que vido San Antonio en el desierto.

Debajo de esas ropas y jubones  
Imagino serpientes enroscadas,  
Uñas de grifos, garras de leones.

Si sois fuera de casa convidadas,  
Desechais mil viandas que son buenas,  
Solo para fingiros delicadas.

Tomáislas con dos dedos, y aun apenas,  
Ni dellas exhibis más que á un doliente  
Le dan nuestros modernos Avicenas.

Fingis os muy honestas juntamente,  
Y á la palabra equívoca no clara  
Le dais luego el sentido maldiciente;

Y puestas ambas manos en la cara  
Llamais al que la dijo torpe y necio;  
Quizá porque mejor no se declara.

Y con desden y grande menosprecio  
Burlais de algun galan, que por ventura  
Os tuvo en su poder á poco precio.

Pues quien del mal de amor sanar procura,  
En vuestras casas, si pudiere, os vea  
Sin tanta gravedad y compostura:

Y verá convertir la que desea  
En un fiero demonio; poco digo,  
Si cosa se pudiese hallar mas fea;

Y mas si no teneis allí testigo,  
Y salis de la cama descompuestas,  
Mostrando de los pies hasta . . . .

¡ Qué fieras, pareceis ! ¡ qué deshonestas !  
 Con los ojos hinchados , y sobre ellos  
 Dos negras y tendidas nubes puestas ;  
 Revueltos en bedijas los cabellos,  
 Como los de las Furias infernales,  
 Ó largos , como colas , por los cuellos.  
 Torciendo cuerpo y brazos dais señales,  
 Mezcladas con hostezos ; del deseo  
 Que mueve vuestros ánimos bestiales ;  
 Pues para transformar el rostro seo,  
 No vais á fuente clara , ó rio santo,  
 A donde fue Naaman por Eliseo.  
 Tampoco lo mudais con mago canto,  
 Ni buscando las yerbas fabulosas ,  
 Cuando la noche tiende el negro manto :  
 Antes lo transformais con otras cosas,  
 Poniendo las cabezas en arquillas,  
 Yo no digo que bien , pero olorosas.  
 ¿ Quién podrá numerar las garrafillas  
 Dedicadas al sucio ministerio ,  
 Ungüentos , botecillos y pastillas ?  
 Aquí para enrubiar el sahumero  
 De aqueste mismo aceite que blanquea  
 Los huesos de la boca ó cimiterio.  
 Allí la miel mezclada , que se emplea  
 Con mostaza y almendras en ser muda,  
 Para mudar color á la que es fea.  
 En otra parte ya la vereis ruda,  
 En otra ya en aceyte convertida,  
 Que dicen que al cabello el color muda.  
 La leche con jabon vereis cocida,  
 Y de varios aceytes composturas ,

Que no sabré nombrarlos en mi vida.

Aceyte de lagartos , y rasuras  
De ajonjolí , jazmin y adormideras ;  
De almendras, nata y huevos, mil mixturas;  
Aguas de mil colores y maneras ,  
De rábanos y azucar, de simiente  
De melon , calabazas y de peras.

El aceyte de enebro propiamente  
Para curar el mal á las ovejas ,  
Aqui sirve de oficio diferente.

Agua de alumbre , buena para viejas ,  
Que quita las arrugas , que los años  
Les cargan , como fuelles , en las cejas:

Y ellas (¡oh ceguedad!) con darse baños,  
Cual parche de atambor tiran el cuero,  
Como si no venciese el tiempo engaños.

Pero debiera yo nombrar primero  
Al magno soliman tan vuestro amigo,  
Como lo fue de Francia el otro fiero;

El cual os dá justísimo castigo,  
Pues solo por salir con vuestro intento,  
Os valeis del veneno y enemigo:

Y mudándoles nombres ciento á ciento,  
Quereis arebozallo , como usura ,  
Con nombre de mohatra ó quitamiento.

Agora lo vendeis por agua pura ,  
En pasas con azucar , piedra luego,  
Mudándole de especies y figura.

Y que pondreis las manos en un fuego,  
Decís, si no os lavais con agua sola,  
Pudiendo lo contrario ver un ciego.

Cuan mal se cubre el gato con la cola,

Cuan mal se cubre el fuego sin dar humo,  
Asi la que se afeita y arrebola.

Otros afeites hay, que no los sumo,  
Porque en imaginallos tanto hiede,  
Que de congoja y rabia me consumo.

Ni ser nombrados todos aqui pueden,  
Porque como se inventan cada dia,  
En infinito número proceden.

Y porque me parece que sería  
Afrenta de sus nombres acordarme  
Y que á los que me hablasen olería;

Así he determinado prepararme,  
Y por haber tratado de estas cosas,  
En una fuente líquida purgarme.

Ni son en sus manjares mas curiosas,  
Puesto que allá en lo público pregonan,  
Que sin ellos se pasan como diosas.

Encima de los platos se amontonan,  
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre,  
Que ni por ser helado lo perdonan.

Direis que son las hijas de la hambre,  
Ó cuales avestruces suficientes  
A digerir el hierro y el arambre.

Aqui no se comprehenden las prudentes  
Que siguen las virtudes; que las tales  
No llevan composturas aparentes.

No son todas las leyes generales,  
Que muchas excepciones hay en ellas;  
Ni las cosas del mundo son iguales.

En las tinieblas lucen las estrellas;  
A vueltas de los cardos nacen flores;  
Y entre agudas espinas rosas bellas.

Destas despues yo cantaré loores:  
Que no se han de mezclar con las profanas  
Las cosas excelentes y mayores.

Tú, Flora, y otras damas cortesanas  
Sois estas enemigas de quien trato,  
Perdidas por comer y andar galanas.

Con esto le doy fin á tu retrato,  
Y parécete tanto, que me afrento  
De haberlo concertado tan barato;

Pero tengo por premio tu contento,  
Del cual, por ser yo causa, participo,  
Y el nombre de mis obras acreciento.

Así creció de Apeles y Lisipo  
La fama, solos ellos retratando  
Al lijo venturoso de Filipo.

Ahora con razon estoy dudando,  
Pues he de retratarme, donde y como  
Me puedo yo estar viendo é imitando.

La mano mas pesada que de plomo,  
Inobediente al arte, desatina,  
Si el cansado pincel en ella tomo.

Parece (y es posible) que adivina,  
Que (como siempre el conocerse ha sido  
Cosa dificultosa y peregrina),

Yo de mi propio gusto persuadido,  
Como pienso que soy querré pintarme,  
Por falta de no haberme conocido.

Yo mismo no sabré vituperarme,  
Y, aunque verdad dijese, menos puedo  
(Si ya no es defendiéndome) alabarme.

Si como cuando vine de Toledo  
Me supiese pintar, en testimonio

De tocar las verdades con el dedo:

Ó como me pintaba don Antonio  
(Puesto que es al revés), yo juraría  
Que te espantases menos de un demonio.

Alguno con razon me culparía  
Si me pintase mal, y tu figura  
Por obra de otra mano juzgaría;

Y quien tener buen crédito procura,  
(Segun dice Caton) jamas lo cobra,  
Si le pierde una vez por desventura.

A mí no me hace falta, ni me sobra:  
Quiero, pues, cconservarle como cuerdo,  
Alzando, como dicen, mano de obra,

Ya fue un pintor (del nombre no me acuerdo,  
Y de que no me acuerde no te espantes,  
Que ya de la memoria mucho pierdo):

Ni sé bien, si fue Zeusis ó Timantes,  
(Yo me fatigo poco en éstas cosas,  
Por ser disputas propias de pedantes):

Este pintor, pintando las tres diosas,  
Delante del pastor troyano puestas,  
Desnudas y del oro codiciosas;

(Que suelen muchas veces tan honestas  
Al rústico por él así mostrarse,  
Y á los que no lo tienen muy compuestas):

En Juno y en Minerva señalarse  
Tan de veras mostró, que no podia  
Para pintar á Venus mejorarse:

Y viendo que pintarla convenia,  
Para no ser culpado, mas hermosa,  
Lo cual aunque quisiese, no sabia,

Al arte socorrió con ingeniosa

Astucia, sus defectos encubriendo,  
Y pintando de espaldas á la Diosa.

Yo, pues, la misma falta conociendo,  
De poder retratarme desconfío,  
Si al discreto pintor no voy siguiendo.

Y pues has de llevar retrato mio,  
Verás por las espaldas mi retrato;  
Que con volverlas, Flora, me desvío  
De tu conversacion, favor y trato.

## SONETOS.

### I.

Tanto mi grave sentimiento pudo,  
Que en la mano de bárbara violencia  
Hizo dando lugar á la clemencia  
Volver el filo del cuchillo agudo.

¿Hay por ventura de diamante escudo  
Que pueda hacer tan firme resistencia,  
Como de una alma pura la inocencia  
Que ofrece el pecho al vencedor desnudo?

Yo ví, yo ví los ojos, no es mentira,  
Que muerte amenazaban, detenerse  
Con blando afecto en la miseria mia;

Y deshacerse los nublados de ira,  
Y la santa piedad aparecerse;  
Que todo es fácil si en la fe se fia.



I I.

Este prolijo y tenebroso día,  
El cual con piedra negra notar quiero,  
Memoria es dignamente del primero  
De mi vida, si es vida aquesta mia.

Entonces lo lloraba en profecía,  
Y de su soledad tomando agüero,  
En tanto que viviere ya no espero  
Tener en él sucesos de alegría.

Odioso me será, y odioso sea  
Al cielo y á la tierra eternamente,  
Pues en él se me esconde Galatea.

Entre las noches lóbregas se cuente,  
Y en él ninguna accion jamas se vea  
Digna de: que la fama la sustente.

I I I.

Tras importunas lluvias amanece,  
Coronando los montes el sol claro;  
Salta del lecho el labrador avaro  
Que las horas ociosas aborrece.

La torba frente al duro yugo ofrece  
El animal que á Europa fue tan caro;  
Sale de su familia firme amparo,  
Y los surcos solícito enriquece.

Vuelve de noche á su muger honesta,  
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,  
Y el enjambre de hijuelos le rodea.

Fáciles cosas cena con gran fiesta;  
El sueño sin envidia le recibe:  
¡O córte! ¡o confusion! ¿quien te desea?

## IV.

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,  
Que aquel blanco y carmin de doña Elvira  
No tiene de ella mas, si bien se mira,  
Que el haberle costado su dinero.

Pero tambien que me confieses quiero,  
Que es tanta la beldad de su mentira,  
Que en vano á competir con ella aspira  
Belleza igual de rostro verdadero.

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande  
Por un engaño tal, pues que sabemos  
Que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos  
Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande  
Que no sea verdad tanta belleza!

## VI

Lleva tras sí los pámpanos octubre,  
Y con continuas aguas insolente  
No sufre Ibéro márgenes ni puente,  
Mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo como suele ya descubre  
Coronada de nieve la alta frente;  
Y el sol apenas vemos en Oriente  
Cuando la opaca sombra nos le cubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña  
Del áquilon, y encierra su bramido  
Gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio en el umbral de Tais tendido  
Con vergonzosas lágrimas le baña,  
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

## VI.

Imagen espantosa de la muerte,  
Sueño cruel, no turbes más mi pecho;  
Mostrándome cortado el nudo estrecho,  
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algun tirano el muro fuerte,  
De jaspe las paredes, de oro el techo;  
Ó al rico avaro en el angosto lecho  
Haz que temblando con sudor despierte.  
El uno vea el popular tumulto  
Romper con furia las herradas puertas,  
Ó al sobornado siervo el hierro oculto:  
El otro sus riquezas descubiertas  
Con llave falsa ó con violento insulto;  
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

## POESIAS

DE BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

## CANCION.

**D**e los campos y mares se apodera,  
 Céfiro, tu ministro, á su albedrío,  
 Formando el tiempo amor que maste agrada:  
 Pues con máquinas vuelve ya el navío,  
 Que enjuto reposaba en la ribera,  
 A la tranquilidad tiranizada;  
 Y crespando las olas á su entrada,  
 Tiende los lienzos al favor del cielo.  
 El prado rie, y su virtud fecunda  
 De cien mil pastos fértiles abunda,  
 Que blanqueaba rígido del hielo:  
 Mas con el blando vuelo  
 Del pacífico soplo abre los poros,  
 Y pródigo descubre sus tesoros.  
 Tú armado de ternuras y suspiros  
 En los silbos de Céfiro te arrojas,  
 Y en su espacioso diáfano sereno  
 Oyes dulces querellas y congojas,  
 Y se encuentran recíprocos los tiros,  
 Que de nectar bañaste y de veneno.  
 Tal vez acudes al amado seno  
 De Ericina, la cual te abraza y prende,  
 Y en su carro sentada, y tú en sus faldas,  
 Sembrando varias flores y guirnaldas

Deja volar sus cisnes, y desciende  
Donde Adonis atiende

Á la robusta caza, y con mil bellas  
Ninfas lo busca y lo regala entre ellas.

Todo es amor y paz, las piedras aman  
Dando suspiros mudos, y las vides  
En alegre silencio amor las casa  
Con los soberbios árboles de Alcides:  
Las flores se entretejen y se llaman,  
Y tu flecha las hiela y las abrasa.  
El mismo sol enamorado pasa  
Tan risueño el viaje, que parece  
Que persigue la Ninfa de Peneo:  
Y para ostentacion de su deseo,  
La pompa de la luz con que amanece  
Trémula resplandece

Sobre las ondas, y las rosas dora  
Que pintó con su púrpura la aurora.

Las rosas, cuando dellas mas compuesta  
Su abril adorna la nativa espina,  
Una sus hojas, cual belleza inculta,  
Confiada dilata; otra se inclina  
Dentro en sí misma tímida y modesta  
Con virginal vergüenza medio oculta:  
Algunas en niñez menos adulta  
Dentro el materno manto se aperciben  
Para salir tambien á competencia  
De toda la olorosa diferencia:  
Á quien las aves que á su sombra viven,  
La gloria que reciben  
¡Cambio divino! abriendo su armonía,  
La recompensan en sintiendo el día, &c.

## SÁTIRA.

*Didlogo entre el Poeta y su Musa.*

POETA.

¿Esos consejos das, Euterpe mia?  
Tu plática me deja de manera,  
Que no sé si te llore ó si me ria.  
Cuando eras fabulosa y lisonjera  
¿Usáras de un estilo y de un language  
Que tanto á tu opinion contradijera?  
Superior patria y superior linage  
Te engendró, que no Grecia, la que daba  
A sucesos extraños hospedage.  
Y pues ya á la verdad sirves, acaba  
De alabarme que siga aquel cuidado,  
Que ella en los mas pacíficos alaba.  
¿Cuando á pleytos me viste aficionado,  
En el estruendo judicial suspenso  
Entre el Procurador y el Abogado?  
¿Ó cuando de mohatras cargué un censo?  
¿Ó cobrar usurario en las Kalendas?  
¿Ó sahumar á Mercurio con incienso?  
¿Yo embarazarme en cambios ó en contiendas?  
¿Por cual razon? Ni en tu gentil Parnaso  
Crecieron por litigio las haciendas.  
Quédate, Musa, en paz.

MUSA.

A paso, á paso,  
Que no quiero sufrir que me condenes

Hasta que mas capaz estés del caso.

Y no me trates mal, pues que no tienes  
La licencia que en Roma los esclavos,  
Para decir malicias y desdenes,

Cuando sus dueños ( todo el año bravos )  
Sufrian en diciembre las injurias  
Y apodos de sus Getas y sus Davos.

Pero tengo experiencia de tus furias,  
Que agora tratas con oprobrio á Grecia,  
Y luego alabarás á la que injurias.

¿Ya te aplacaste? pues escucha, y precia  
Estos consejos, que te harán mas rico  
Que los suyos neutrales á Venecia.

No entiendas que á las fraudes te dedico  
De los negocios, ni para que aprehenses  
Las leyes justas con sentido inico:

Ni á seguir el tropel de las forenses  
Discordias: ni á esgrimir sus artificios,  
Para que siempre en sus astucias pienses.

Ni á Italia has de pasar por beneficios,  
Para darles asalto con la capa  
De que son subrepticios ó obrepticios.

Para engañarlo no verás al Papa,  
Aunque te llame el golfo de Narbona  
Tan pacífico en sí como en el mapa:

Que si Micer Pandolfo trae corona,  
Y Prebendado ha vuelto ya, Dios sabe  
Cual Simon le ayudó, Mago ó Barjona.

Ya ni en sí mismo, ni en su patria cabe,  
Ni de su loba pródiga las varas  
De gorgorán en su espaciosa nave.

Si tú por estos términos medraras,

¿Que bascas, qué visages y figuras  
De puro escrupuloso nos mostráras!

¿Que fuera ver nuestro Curial á escuras  
Tropezar cada paso en infinitas  
Amenazas, papeles y censuras!

Ni tampoco yo quiero que repitas  
Para reformador y discursante,  
Sobre todas las leyes que hay escritas.

Ni contra el Scita, Augusto de Levante,  
Quiero que Reyes juntas y escuadrones,  
Porque tu ingenio se nos muestre Atlante:

Que á mi risa me dan sus digresiones,  
Y el language sin pies desvanecido,  
Que ellos llaman discursos y razones.

Y sí, doliéndomé de ver tu olvido  
En cosas de tu hacienda, te encomiendo  
Que no andes tan remiso y divertido.

No te hago mercader, aunque ya entiendo  
Que hay de tu profesion en este abismo,  
A quien por ser cual es no reprehendo.

Sé bien tu inclinacion, y que á tí mismo  
Odio mortal cobráras obligado  
A vivir con las reglas del guarismo:

Y mas si en el dinero mal ganado,  
Usuras, cambios, prendas, quitamientos  
Hubieses de poner celo y cuidado.

Menos vulgares son mis pensamientos:  
Que la cumbre mejor á que te incito,  
Huye medios torcidos y violentos.

No evito yo á Aristóteles, ni evito  
A su Maestro, al Livio, ni al Cornelio  
Tácito, ni otros gustos te limito:



Como las doctas noches de Aulo Gelio,  
Al buen Macrobio, y del gentil parlero  
El sueño de Cipion, la fe de Lelio.

Ni otros muchos que adrede no refiero,  
Filósofos de honor, ó Historiadores  
De precepto ó ejemplo verdadero.

Y cuando entre mas cultos Escritores  
Transformado en abeja en nuestro monte  
Te pluguiere pacer sus varias flores:

Píndaro, Lino, Orfeo, Anacreonte,  
Y los Homeros andarán contigo,  
Que Archíloco refiere y Jenofonte.

Enio de empresas árduas fiel testigo,  
El gran Virgilio con su amigo Horacio,  
De cuyos plectros fuiste siempre amigo.

El grave Claudiano, el docto Stacio,  
El Tibúlo, el Catúlo, con Propercio,  
Liras las tres del venerable Lacio.

Ni te displacerán en este tercío  
Cuatro ó cinco modernos, admitidos  
No sin bastante causa á su comercio.

Aquí el entendimiento y los sentidos  
Tendrán para sus gustos campo abierto,  
Y aun á peligro de quedar perdidos.

Luego para evitarlo bien te advierto,  
Que al gusto en lo mejor tires la rienda,  
Y pongas en el tiempo buen concierto.

Que es forzoso tratar de la vivienda,  
Dar vuelta por tu casa y por la plaza,  
Para aumentar ó conservar tu hacienda.

Y perdone Platon, mientras das traza  
En cobrarla del otro por sentencia,

Si con cabilaciones la embaraza.

Y cuando sin lesion de la conciencia  
Subir puedes la renta, que la subas  
Con prudencia: que agora (y por prudencia)  
No habitan los Diógenes en cubas,  
Ni ellas reciben sino el estupendo  
Nectar, ¡o gran setiembre! de tus uvas.

Nuestra Filosofía anda pidiendo  
Limosnas en el hábito escamada,  
(Digo en trapos cosidos de remiendo):

Y aunque á los ricos su modestia agrada,  
Rabia de hambrienta, y muerde las paredes  
Esqueleto de seca y descarnada.

Y la que soltó al ayre las mercedes,  
Que el insigne Alejandro le ofrecía,  
Les arma agora cautelosas redes.

¿Pues ya que para si no las quería,  
Para otros fueran malas? ¡O soltura  
Impropia de sagaz filosofía!

En efeto lo acierta el que asegura  
De la fiel Marta aquella parte buena,  
Aunque María insista en la mas pura.

Bien que, pues son hermanas, y sin pena  
Se avienen entre sí; muy bien se puede  
Filosofar y aderezar la cena.

Viendo yo, pues, lo que al valor sucede,  
He dejado ternuras y concetos,  
Algun rico buscando á quien herede.

Para verificar estos precetos,  
¿Que ejemplos te daré de nuestra gente?  
¿De sus reinos perdidos y sujetos?

Grecia de letras llena y elocuente,

Por el ocio filósofo obedece  
Al fiero Architirano del Oriente.

Sus Déspotos y Príncipes parece  
Que trujeron la antigua edad consigo,  
Que de oro la llamó quien la encarece.

Cuando nacía voluntario el trigo,  
(Que el manejar arados ignoraban)  
Era el trato pacífico y amigo:

Sin leyes la justicia veneraban;  
Y con tal sencillez eran fieles  
Que á sus Reyes por Dioses adoraban:

Bien que á sombra de un árbol rudas pieles  
De fieras eran todos sus arreos,  
Tronos, tapicerías y doseles.

Mas ay, que en esta paz nuestros deseos  
De la razon suprema desviados,  
Solo ganaban palma en sus Museos.

Fulminaban los broncees asestados  
Del Scyta poderoso á sus murallas;  
Y ellos, ni del estruendo alborotados,

El uno componiendo sus medallas,  
Ó estudiando sus cifras y reversos,  
May previsto sin fruto en antiguallas.

Perdido el otro por sus propios versos,  
Ó atento el Matemático á su esfera,  
Imaginaba círculos diversos.

Nadie ponía al pueblo ley severa,  
Para atajar sus furias y tumultos,  
Con que la paz universal se altera.

Ninguno castigaba los insultos,  
Notorios todos; porque la insolencia  
No los guardaba en el silencio ocultos.

Faltaba en el gobierno diligencia,  
Y á los Príncipes todos la divina  
Lumbre de la comun correspondencia:  
Que el valor que en blanduras se afemina  
Con detrimento cierto de las cosas  
Públicas, él ministra su ruína.

Y así cuando las armas rigorosas  
Del Turco ejecutaban crueldades,  
A los bárbaros mismos lastimosas,  
Nadando en sangre humana las ciudades,  
(Que su horrible cuchillo no respeta,  
Ni entonces respetó, sexos ni edades)

Vieras nuestra nobleza mas quieta,  
Que el ocio mismo; bien que especulando  
Lo que suele correr cada planeta:

No, no sobre los muros, animando,  
A la atónita plebe, que confusa  
Perecía, sus nombres invocando.

¿Puédenos Grecia dar bastante escusa,  
Sino la que Arquimedes dar pudiera,  
Cuando ganó Marcelo á Siracusa?

Que saqueando la Ciudad la fiera  
Legion, se entró un soldado embravecido  
Donde él con su compás de tal manera

Estaba en formar líneas divertido,  
Que no sintió el estruendo del asalto,  
Ni del Romano el súbito ruido.

Pregúntale: ¿Quien eres? Mas él falto  
De voz para nombrarse, sordo y ciego  
De puro atento, y no de sobresalto,

No borres estos círculos te ruego,  
Dice al bravo Romano; el cual creyendo

Que despreciaba su pregunta el Griego,

Pásale por el pecho el hierro, abriendo  
Postigo al alma; y con la sangre hirviendo  
Borró sus mismos círculos muriendo.

Dirán que la omision del Occidente,  
Y la que hoy dura en los Septentrionales,  
No fue de nuestro sueño diferente:

Y es la verdad que Ungría en los umbrales  
Miraba la Tragedia; y en Polonia  
Andaban por formar su Rey parciales.  
- Austria, Bohemia, Cleves y Sajonia  
Fuerzas mostraban; pero divididas,  
Y aun en la religion y ceremonia.

Pues las otras regiones esparcidas  
Bajo los Septentriones, no me mandes  
Ser fiscal de sus tratos y sus vidas.

De las demas acá brindaba Flandes,  
Y con fin ya de cizañar la crisma,  
Tiempo buscaban heresiarcas grandes.

No pudiendo caber Francia en sí misma  
Ocupaba otros Reinos; Inglaterra  
Alegre retozaba con el cisma.

No le convino á España nueva guerra:  
Mas cuando la aprobára ¿en cuantos dias,  
Ó siglos arribára á nuestra tierra?

¿Y tú entonces, Italia, en qué entendias?  
Dí tú, en armar y desarmar tiranos,  
Ocupaciones naturales mias;

Y por vengar los odios ciudadanos,  
Tratar sin fe mis ligas temerarias  
Con fraudes y con pactos inhumanos.

Llamaba las naciones mas contrarias

Pródiga del esfuerzo antes robusto,  
Ejercitando sus crueldades varias:

Porque allí con el pacto mas injusto  
Del orbe mis magnates se ligaron,  
Como Antonio con Lépido y Augusto,  
Al fin todas discordes nos miraron.

O Imperio fiel, si entonces te juntáras,  
Como tus enemigos se juntaron,

¿Que Tirano común no atropelláras?  
Es cierto que con próspera venganza  
En sus Reinos el tuyo dilatáras;

Y tiembles hoy debajo de su lanza,  
Mirando el hierro de tu sangre tinto,  
Dudoso entre el temor y la esperanza.

Pero salgamos de este laberinto,  
Que la cuerda que atamos en la entrada,  
Faltará en el horror mas indistinto.

Y tú, si vida anhelas descansada,  
Acomódate al trato humilde y llano,  
Cesa de la divina y retirada.

No contradigo que huyas el profano  
Vulgo con Trimegistro, que te endiosa,  
Con tal que te gobiernes como humano:

Que la fortuna ó no reparte cosa,  
Sabiendo á quien la dá, sino así á bulto,  
Ó hasta que se le quita no reposa.

Y si tú no eres uno del tumulto  
De los que la frecuentan, si imaginas  
Que la traerás á tí viviendo oculto:

A turbia luz la condicion le atinas,  
Ó esperas que otra excelsa Providencia  
Te cargue de riquezas repentinas.

Agráviate en justicia y en prudencia,  
 Quien piensa que de justo ó presumido,  
 Esperas en la fe de tu conciencia,

Que otro Abacuc de un pelo suspendido  
 Te traiga los manjares por el viento,  
 A punto sin tardanza y sin olvido.

Así que muda estilo y argumento,  
 Y no te admires de que yo te exhorte,  
 Que animes tus acciones con aliento

Siguiendo dellas la que mas te importe,  
 Y que acudas solícito á dar voces  
 A Roma, ó, si te place, á nuestra Corte.

Estudios tienes, Príncipes conoces,  
 Por cuyo beneficio en pocos dias  
 Podrá bien ser que el premio dellos goces;

Y esto sin fraudes y sin simonías:  
 ¿Que sabes tú la suerte que te aguarda,  
 Y cuan ingratamente desconfías?

Que no se pierde, no, lo que se tarda;  
 Y si no lo procuras, si lo dejas,  
 Dirémos que el descanso te acobarda.

Mas yo quiero callar, pues te aparejas  
 A responderme, y rato ha que te veo  
 Morder los labios y arquear las cejas.

## POETA.

Señal, o Euterpe, que con el deseo  
 Que muestras de mi bien con animarme,  
 Mas que con el consejo me recreo.

Dí, ¿que quieres que haga? he de formarme  
 De nuevo? he de alquilar inclinaciones?  
 ¿Ó puedo de las mias despojarme?

Que puesto que á lo activo me aficiones

A costa de mi genio ; es á gran costa,  
Gran obra, y mas los medios que propones.

Mas facilmente correrá la posta  
Una tortuga , y por sufrir el yelo  
Sacudirá de sí su alcoba angosta,

Que pueda yo ( y perdone tu buen celo )  
Ser industrioso y ágil , como dices,  
Contra la inclinacion que me dió el Cielo:

Y los que le resisten infelices,  
Cuando de ocupacion tan importuna  
Cargan el grave yugo á sus cervices,

El carro van tirando de Fortuna,  
Que triunfando la llevan domeñados,  
Como á Venus, ó á Juno, ó á la Luna:

Que á sus cisnes ó pabos enfrenados,  
En mi opinion, serán los pretendientes  
Con metáfora propia comparados.

¿Pues querrás ver mis alas obedientes?  
¿Que sufra su coyunda y tasque un freno,  
Aunque lo forje de oro entre los dientes?

El pasage de Roma no condeno:  
Mas, sino para risa de Curiales,  
¿Para que seré yo en Italia bueno?

Porque en vez de afilar los memoriales,  
Para herir los Datarios , precediendo  
Tributo y humildad á sus umbrales:

Curioso me verias inquiriendo  
Donde fue el primer muro y el Pomerio,  
Que al Aventino monte va excediendo.

En cual Foro se dió al odioso Imperio  
(Viendo á Lucrecia muerta) la sentencia  
Por consejo de Bruto y de Valerio.



Donde hizo el buen Camilo resistencia  
Al Senado inconstante; y en que parte  
Cedió Papirio á la comun violencia.

Los Circos, los Teatros, donde Marte  
Tantos émulos vió como varones,  
Para cuya alabanza es muda el arte:

Y á donde yacen de los dos Cipiones  
Las venerables casas (hoy ruínas)  
Templos de tantos bélicos blasones.

Y en las tierras fructíferas vecinas  
Taladas por el pérfido Africano  
Hasta las Tusculanas y Latinas,

A cuales perdonó la astuta mano,  
Para hacer sospechoso á Quinto Fabio  
Con el pueblo y ejército Romano:

(Mas él vendiólas como fiel y sabio,  
Y libró con el precio muchos presos,  
Y convirtió en su crédito el agravio).

Pedazos de arquitrabes y de fresos  
Andaria notando, que la gloria  
Han sido ya de bélicos sucesos.

Y el ánimo inflamando en esta historia  
Lo libraría del tiempo, que ahora corre,  
Con la dulzura de mejor memoria.

Pues voyme á nuestra Corte, ó á la torre  
Que edificó Babel, y de su trage  
Madama Hipocresía me socorre.

Entro en la variedad de su lenguaje:  
Pídoles agua, y danme cal ó arena;  
Y sufro bien este primer ultraje.

Quiérome retirar, mas la Sirena  
Por voz de algun Ministro me detiene,

Cuando entre dulces esperanzas suena.

Pasan los años , pero nunca viene  
El vuestro ; y cuando viene danos cosa,  
Que ni arma á vuestro talle ni os conviene:

Ó por ser desigual ó vergonzosa,  
Ó para siempre estar sobre las alas  
Conservando una gracia peligrosa,

Tan alta que dará cuidado á Palas,  
Cuanto mas al que pobre de consejo  
Busca el sueño de tantas noches malas.

Tuviera en hora buena por espejo  
Useñoría, y otros encunbrados  
De las alas de cera el cuento viejo:

Que ya para volar aparejados,  
Dédalo al mozo Ícaro le dijo:

«Por tierra estamos y por mar cercados;

A vuelo habemos de librarnos , hijo:  
Mas vuela entre dos ayres, no te arrojes  
Sino por el camino que yo elijo:

Que si la mediania por mí escojes,  
Del sol y el mar te librarán tus plumas,  
Digo sin que te abrases ni te mojes.»

Pasó el viejo, y un templo fundó en Cumas:  
Cayó el rapaz ; y con el nombre suyo  
Intituló sus trágicas espumas.

Por esto no te admires si me excluyo  
Del tráfico ; y me apelo á mi retrete,  
Donde á mi soledad me restituyo:

Donde si la fortuna me acomete  
Con cuanto poseyeron Craso y Creso,  
No habrá prosperidad que me inquiete.

Mi pensamiento , ya no como preso,

Sino como consorte y grato amigo

Reprueba los que vuelan con exceso:

Y en la continuacion de estar conmigo

No es facil de creer cuan de su grado

Sigue el mismo dictamen que yo sigo.

¿De que sirve picarle á que irritado

Aperciba las velas y los remos

Para buscar sosiego á nuestro estado,

Si entre nosotros mismos le tenemos?

¡O execrable ambicion que nos encantas,

Para que ni él parezca ni le hallemos!

Como escarpin revuelto entre las mantas

Calla escondido sin hacerse fuerte:

Luego ¿qué importan diligencias tantas?

Acomodarse el hombre con su suerte,

Y abrazarse con ella es paz y vida,

Y todo lo demas discordia y muerte.

Pero pongamos caso que me pida

El *si* fortuna (que le pide á pocos),

Y con rentas y cargos me convida:

Y que con una mitra me hacen cocos,

Y coronan mi frente (aquesta frente

Vaso de muchos pensamientos locos):

¿Tendré por eso el ánimo obediente

A la razon? ¿Desterraré la arpía

Y con ella tambien la sed ardiente?

¿Piensas tú que en el cargo ó prelación

Tranquilidad del ánimo perfeta,

Segun hoy está el mundo hallar podría?

Ni la fortuna dá, aunque la prometa,

Al que aspira á subir sobre su cumbre,

De sus descansos posesion quieta:

Sino solicitud y pesadumbre,  
Bascas mortales; y en su imperio ciego  
Lazos de no creida servidumbre.

Pues donde las riquezas y el sosiego  
Como amiga te guarda, allí se esconde  
Para sacar de tí donaire y juego.

Agora se me acuerda un cuento, donde  
Verás lo que sucede á cada paso,  
Que al propósito desto corresponde.

Un hombre labrador cabando á caso  
Atento á la cultura de su huerto,  
A media vara halló enterrado un vaso.

Suena la azada, y á los golpes cierto  
Ya formado salió cántaro ó jarro,  
Con un betun fortísimo cubierto.

Era el atapador tambien de barro  
A modo de pirámide, y tan dura,  
Que la quebrára apenas un guijarro.

Y como en esta tierra se mormura  
Que hay en ella escondida plata y oro,  
Pensó que estaba dentro su ventura.

Dichoso yo, sin duda que es tesoro,  
Dijo, que en los peligros de la guerra  
Aquí lo sepultó algun rico Moro.

Saca su hallazgo de la amiga tierra,  
Prometiéndose ya de comprar cuanta  
Alcanza á ver, con lo que el vaso encierra.

Las manos tiemblan cuando lo levanta,  
Mirando á todas partes con cautela,  
Que ladron se le antoja cualquier planta.

Ya al fin nuestro dichoso se recela,  
Y á solas, de testigos retirado,

Abrir quiere la urna ó tinajuela.

Pero aunque le entristece el peso amado  
(Porque segun lo estima, y lo que espera  
Se le antoja liviano demasiado),

Lo excusa luego , porque considera  
Que la carga que aplace no es pesada,  
Y que el nuevo placer se la aligera.

Al fin, en lo interior de su posada  
Cierra su puerta y las endrijas tapa,  
Y aun quisiera á la luz negar la entrada.

Tras esto extiende pródigo la capa,  
Y forcejando por no hacer ruido,  
Como pudo lo rompe y desatapa.

Trastorna la vasija , persuadido  
Que estaba del mas fino oro maciza  
Entre joyas antiguas embutido:

Pero envueltos le arroja con ceniza  
Huesos medio quemados (de varones  
Quizá que alguna historia solemniza).

Atónito entre varias opiniones  
Llega á tener por cierto, que el demonio  
Aquel tesoro transformó en carbones.

Si él pudiera entender á Suetonio,  
Que nos dejó en las vidas que dispuso,  
De exequias de aquel siglo testimonio

Cierto de que ya un tiempo hubo aquel uso  
De sepultar, no hallára causa alguna  
Para quedar burlado ni confuso.

Asi nos enriquece la fortuna,  
Cuando ya por rigor , ya por clemencia,  
Sale á nuestros designios oportuna.

Prometiéonos el gozo y la opulencia

De su prosperidad; pero no tarda  
Ni un instante á probar nuestra experiencia,  
Que es ceniza el tesoro que nos guarda.

## S A T I R A.

*Contra los vicios de la corte.*

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres  
Introducir tus hijos, persuadido  
A que así te lo manda el ser quien eres.

Que ya la obligacion con que han nacido,  
Concede á su primera edad licencia  
Para que intenten á volar del nido.

Que en los umbrales de la adolescencia,  
Poniendo acibar junto de la leche,  
Ó el pedagogo evitas ó su ciencia;

No porque como inútil se desheche,  
Sino porque les des la que él no alcanza,  
Que al trato humano mas les aproveche.

Supuesto, diccs, que han de hacer mudanza  
¿A donde ocurrirán como á la corte,  
Unica perfeccion de su crianza?

Si estás resuelto de seguir su norte,  
Precediendo consulta, no me atrevo  
A estorbarlo, por mucho que te importe.

Mas, si en virtud de otro consejo nuevo  
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,  
Mira cuan sin efugios te lo pruebo.

Bien que, si huyendo el paternal reposo  
Al espanto te expones ó á la ira,  
Por algun caso, ó grave ó afrentoso;

Si tus amadas prendas (á quien mira  
Como á su luz tu patria) ver deseas  
Despojos de la pública mentira;

Y si cebarse en las mohatras feas  
(Habiendo el patrimonio trastornado)  
Te persuade alguno que los veas;

Si ciegos al honor, y del cuidado  
Del gobierno político incapaces,  
Y de las calidades de su estado;

Si viciosos, al fin, y contumaces  
En lujuria y en gula; vengan presto,  
Tráelos á la corte, muy bien haces.

Mirando estoy que te santiguas desto,  
Y que enojado quedas ó risueño,  
Llamándome filósofo molesto:

Pues enfrena la risa ó templea el ceño,  
Y en mi defensa escúchame, entretanto  
Que estas proposiciones desempeño.

Si está en verdad que no nos mueve tanto  
Docta declamacion griega ó latina,  
Como el ejemplo vivo ó torpe ó santo;

Del padre, que á sus hijos disciplina  
Con mal ejemplo, ¿quién dirá que es prueba  
Del águila, que al sol los examina?

¿Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva  
No es culpa de indiscreto amor paterno,  
Que á manifiesta perdicion la lleva?

El diestro agricultor al arbol tierno  
De recientes raices, no lo expone  
Luego á las inclemencias del invierno:

Que hasta que su virtud se perfeccione,  
De hojosas ramas entreteje setos,

Cuya defensa en torno le corone.

Así con preceptores y precetos  
Lucirán esos niños , pues los crias  
Para que excedan á los mas perfetos.

Y ordénales que busquen muchos días  
La mas útil verdad en las historias,  
Y aprendan de las dos filosofías

Con que medio se alcanzan las vitorias,  
Y se guarda la paz ; y al fin que apliquen  
El pensamiento á verdaderas glorias.

Para esto harás que siempre comuniquen  
Con tales hombres , que seguramente  
A imitar sus costumbres se dediquen.

Y porque hay enemigos en Oriente  
Y en Africa los hay, y el siglo nuestro  
Acá produce ocasionada gente;

Tomen espadas negras , y algun diestro  
A enseñarles con modo á herir comience,  
(Solo en aquella facultad maestro).

Mas al trabajo (el cual si abunda, vence),  
Suceda el ócio ; pero no tan largo  
Que contra la virtud se desvergüence.

Y así en el ayo que los tiene á cargo  
Cubra mas que las canas el bonete,  
Sepa ser dulce y si conviene amargo.

Goce los mismos gages que él decreta:  
Que en bien de tus caballos si pagaste  
Precio tan excesivo por Hamete ;

No has de juzgar que el ordinario baste,  
Para el que de tus hijos traiga cuenta,  
A quien como á segundo padre honraste.

Haz que en sus aposentos no consienta



Un page disoluto ; ni allí suene  
Cancion de las que el vulgo vil frecuenta.

Cancion que de Indias con el oro viene,  
Como él á afeminarnos y perdernos,  
Y con lasciva cláusula entretiene.

Al curioso inventor de usos modernos,  
Copete y goma , que lo carguen de heno,  
Como al buey coceador sobre los cuernos.

El cuadro que no fuere honesto y bueno,  
En ningun caso por sus puertas entre,  
Porque parece almibar y es veneno.

Y haz que tanto concierto se guarde entre  
Sus pages , que un descuido, un desaliño  
En bufete ó en silla no se encuentre.

Gran reverencia se le debe á un niño:  
En los principios su salud consiste;  
Por esto á su observancia le constriño.

Porque en su edad con tanta fuerza embiste  
Las sencillas potencias el objeto,  
Que ninguna un momento le resiste:

Antes agarran del primer conceto,  
Y andan como los ojos de la sierva  
Atendiendo á sus manos con respeto.

El vaso nuevo así el olor conserva  
Que la primera vez le cupo en suerte,  
Ya ministrando á Baco ya á Minerva.

Pues si en lo que le aplican se convierte  
Un niño , ¿ puede hacerle mayor tiro  
Quien de sanos principios le divierte?

Mi opinion es al fin (porque no aspira  
A caminar por senda tan andada,  
Formando con preceptos otro Ciro).

Que cuando les conozcas arraigada  
Con la eleccion, que al ciego error condena,  
La fuerza á proseguir determinada;

Que entonces vengau muy en hora buena,  
Para que con su ejemplo nos refrenen  
De lo que aqui nos turba y desordena.

Pero si agora en este tiempo vienen,  
¿Qué pieusas que hallarán sino ocasiones  
A donde pierdan el candor que tienen?

¿Qué Fabios toparán , ó qué Cipiones?  
¿A qué Lacedemonia los envías  
Rígida formadora de varones?

Nuño, si á los leones los confías,  
La inocencia una vez sola en su lago  
Fue recibida con entrañas pías.

Y así el punto en que lleguen, por aciago  
Con carbon nota ; como quien confiesa  
Que juzga por certísimo su estrago.

Tienen aqui jurisdicción expresa  
Todos los vicios , y con mero imperio  
De ánimos juveniles hacen presa:

Juego , mentira , gula y adulterio,  
Fieros hijos del ocio , y aun peores  
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,

Y los de sus horribles sucesores:  
Las noches de Calígula y de Nero  
Son á nuestros portentos inferiores.

De Síbaris el trato hallo severo,  
Su juventud viciosa penitente,  
Si con la desta corte la confiero.

Aqui es tenido en poco quien no miente,  
Quien paga, quien no debe, quien no adula,

Y quien vive á las leyes obediente:

Y admitido al honor, quien disimula  
En pacífica piel hambre de fiera,  
Que con modesto nombre la intitula.

Pasea el que en su patria no pudicra  
Fiarse á su muger, y por insultos  
Quebró los grillos y la carcel fiera:

Religiosos apóstatas ocultos  
En mentiroso trage de seglares,  
Sediciosos y autores de tumultos.

De semejantes monstruos, que á millares  
Nuestro teatro universal admite,  
De príncipes amigos familiares,

Los nocturnos solaces del convite  
En indecentes casas celebrado,  
¿Hay aqui autoridad que los evite?

Pues mira tú si un jóven, frecuentado  
De los tales podrá salir modesto,  
Aunque de tres aceros venga armado.

Ninguno fue torpísimo de presto:  
Que el agua poco á poco le combate,  
Mas cuando acuerda se halla descompuesto.

Andad acá, señor, que es disparate  
Estar leyendo, dice un Ganimedes  
Destos que andan perdidos á remate.

Si habeis venido á estar entre paredes,  
Y á no ser visto, claven esa puerta,  
Y pongan campanilla, torno y redes.

Como si no viniese en él cubierta  
La mas perjudicial, que le embaraza  
La vida y la salud le desconcierta.

Salen juntos al Prado, que es la plaza

De armas donde la gran reina de Gnido  
La gente alista y sus facciones traza.

Queda el bisoño ya persuadido  
A frecuentar los árboles, saeta  
De que (sin que lo sienta) quedó herido.

Los Narcisos lo admiten á la seta  
Que mas por randas y almidon suspira  
Que por la perdicion de la Goleta.

Luego que el bozo á dar bigote aspira,  
No diré yo si lo arma, ó si lo aflije  
Con pegajoso baño de alquitira;

Ríndese á un fiel Acates, que lo rige,  
A cuya risa y voz, que desentona,  
Cosa que hubiera de imitar corrige.

Este á sus meretrices le aficiona,  
Y en el error del laberinto ciego  
Sin prevencion le empena y le aprisiona.

Otro en cuevas sacrílegas de juego,  
Donde suenan blasfemias exquisitas  
Dignas de celestial vengador fuego.

Parecen mesas bárbaras de scitas,  
Y su estruendo el del címbalo ó tinaja,  
Donde habitaba el tarentino Architas.

Cállase aquí quien forma la ventaja,  
La industria del artífice que juega,  
Ó la suerte, que yace en la baraja.

Al fin, cualquier novel que se le allega,  
Ó le reduce la virtud á menos,  
Ó alguna grave enfermedad le apega.

Convídale otro á visitar los senos  
Desta gran poblacion, de seda y oro,  
Y de pinturas admirables llenos,

Que á ley de ingenio valen un tesoro;  
 En la de Dios, él sabe lo que cuesta  
 Leda en el cisne, Europa sobre el toro,  
 Venus pródigamente deshonestá,  
 Sátiros torpes, ninfas fugitivas,  
 Y entre las suyas Cintia descompuesta.

Que las tendria por figuras vivas,  
 Quien juzgarlo á sus ojos permitiese,  
 Tanto como las juzga por lascivas.

¡ Mas qué ni un cortés pámpano creciese  
 El favor del pincel, ni otro piadoso  
 Velo, que á nuestra vista se opusiese!

En esta sala el genovés vicioso  
 Bañado en ámbar, las usuras vierte,  
 Ó en juego ó en convite delicioso.

Tiene nuestra española con tan fuerte  
 Mágica preso al ligurino bravo,  
 Que en la lluvia de Dánae lo convierte.

Conservas, que navegan desde el cabo  
 De Zeylan, toman puerto en su posada,  
 Sin que Neptuno quiera ser su esclavo.

Y allí en brocado envuelta la casada  
 Por ignoto portillo iutroducida,  
 Del yugo maridal se desenfada.

Su esposo es noble, y ella bien nacida;  
 ¿ Pero aquella paréntesis qué importa  
 En un discurso largo entremetida?

Demas que otra madama, y no de corta  
 Fortuna, no desdeña el hurto mismo,  
 Y un grave ejemplo, si no manda, exhorta.

Deste y otros secretos es abismo  
 El confidente amor de una yecina,

Que nunca ha cometido solecismo.

Esposa fue de un César Mesalina,  
Y lámparas de bálsamo dejaba,  
Techos de oro en la cumbre palatina:  
Y al candel, que en su casa un lenon daba,  
Augusta meretriz . . . . .

. . . . . por vil precio acariciaba.

Pensó que hurtando el nombre y el postigo  
Que abre y cierra á sus cómplices Licisca,  
Evitára la infamia y el castigo.

Harto mas cauta á su interes se arrisca  
Nuestra Godeña, si al galan secreto  
Los cambios por injustos les confisca.

No admiten la moneda del decreto  
Su coche, sus tapices y sus galas,  
Que presuponen paga con efeto.

No todas estas fáciles zagalas  
Lleva tras sí la liviandad del sexo,  
Que de otras causas cobran fuerza y alas.

Pues quizá es omision, si no es consejo,  
De benignos maridos, y de tias  
De sagaz y compuesto sobrecejo.

Reciben al principio unas bujías;  
Mas luego anhelan al metal mas grato,  
Y en figura de ninfas son harpías.

El mayorazgo es corto, el aparato  
Abundante de joyas y de telas,  
Para servir al ídolo de ornato.

¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas  
Mayores) lo que cuestan sus encajes,  
Sus cadenetas, randas y arandelas?

¿Quién las ciegas mudanzas de los trages?

Que yo por no decirlas, ó por solo  
No verlas, habitára entre salvages,

A donde miran por Zenith el polo,  
Ó en la Barbaria, que hacen no habitable  
Onzas y tigres ó el fervor de Apolo.

El ornato á su antojo es variable,  
El culto que las bruñe y hace tersas  
Las mejillas ni limpio ni mudable.

Ya en los tocados no andan muy diversas  
De las bárbaras mitras, que traían  
Sobre el cabello las mugeres persas.

En cultivarse unánimes porfian:  
El ornato sin causa, y así á bulto,  
Hasta las mas honestas lo varían.

Gran diferencia va de ornato á culto,  
Este lascivia, aquel soberbia arguye,  
De una sola atencion distinto insulto.

La humilde sumision de ornato huye,  
Como la castidad deste segundo,  
Que del ánimo es cierto que la excluye.

Y si aquel pide perlas á otro mundo,  
¿Este para sus baños y sus mudas  
Anda menos curioso y vagabundo?

O tú, cualquier que seas, la que sudas,  
Arando surcos en los materiales,  
Que en la tez natural del rostro engrudas;

Si destilas con esto los metales,  
Que taladran las sienes, ¿qué deleite  
Ó qué esplendor te infunden baños tales?

¿Goma tenaz y avenenado aceite  
Podrante preservar de las arrugas  
Que anticipa el abuso del afeite?

¿Qué tan mohina contra Dios madrugas  
A enmendarle su hechura, y del espejo  
Al arbitrio aquí mojas y allí enjugas?

Y el dedo (ya pincel) curte el pellejo,  
Donde extiende con líquidos barnices  
Las manchas ó las nubes de un bosquejo.

Risa á la vista, hedor á las narices,  
Mentira aborrecible á todo el cielo,  
Y á los que dél cayeron infelices.

¿Piensas que añaden gracias al cerbelo  
Esas piedras y perlas que le aplicas?  
¡Oh siglo atroz de abominable celo!

¡Que monstruos de otros monstruos multiplicas!  
¿Qué dijera el severo Tertuliano  
A vista de costumbres tan inicas?

¿Cuantas engendra en el distrito humano  
Hermosura odorífera ó luciente,  
Das al antojo de un adorno vano?

La piedra que el dragon cria en su frente,  
Pones, Lice, en la tuya: ¡oh cuantas veces  
Le das sucio lugar no diferente!

Mas las que en los celebros de los peces  
Nacieron, ¿no podrán quejarse, viendo  
A cuan mas leve casco las ofreces?

Pero al lugar donde salí, volviendo,  
Porque de divertido no me acuses  
(Bien que no sin gran causa) ya me enmiendo:

Y digo, caro Nuño, que rehuses  
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas  
El vuelo peligroso les excuses:

Que andan muchos azores por asillas,  
De cuyas uñas penden los despojos



De otras aves incautas y sencillas.

¿Quién en la corte volverá los ojos  
Sin topar un objeto que los venza,  
Que abone y acaricie sus autojos?

Es un mañoso engaño, que comienza  
Con título de honesto regocijo,  
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.

El proverbio vulgar corte ó cortijo,  
En mi opinion fue loco ó muy blasfemo,  
Digno de una mordaza quien lo dijo.

El sábio en medio de uno y otro extremo,  
Desengañado, estableció vivienda,  
Y es todo lo demas vivirla al remo.

Que en Madrid ni hay paciencia ni hay hacienda  
Para vivir al uso; y menos malo  
Si aquí esperar pudiéramos la enmienda:

Pero entre los peligros que señalo,  
No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza,  
Que los produce todos, del regalo.

Este es voraz, que en recordando almuerza,  
Y deja seno para tres comidas,  
Aunque por donde entró salga la berza.

El otro entre comadres conocidas,  
Que saben mil secretos, reprehende  
Entre sus alnohadillas nuestras vidas:

Y como ocioso de sus labios pende,  
Al blando taburete se acomoda,  
Y á los chismes inútiles descende.

Otro, gastada ya su hacienda toda,  
Con Lesbia, hace el postrero desconcierto,  
Y la conduce en clandestina boda.

Al panal de sus labios inexperto

Corrió, para lograr la miel primera,  
Con risa del que sabe lo mas cierto.

Y el padre, como Cremes por la nuera,  
Que tañe y canta, contra el hijo brama,  
Aunque al fin se conforma y se modera.

Hay quien modernas invenciones ama,  
Peinado siempre y limpio como arminio,  
Que su hacienda y su crédito derrama;

Y en perdiendo el dinero, hace desinio  
Sobre el de los amigos no advertidos,  
En quien por esto tiene predominio.

¿Qué diré del que suelta los sentidos  
Solo al olor de la primera rosa,  
Y acomoda familias y maridos?

Es gran tesoro aqui una hija hermosa,  
Aunque ande con su madre tan asida,  
Que sin su voluntad no intente cosa.

¿Y habrá en los que profesan esta vida  
Alguno que se precie de amor puro,  
Que eleve el alma al dulce objeto unida?

¿Que salga en los alientos del seguro  
Pecho, que con fineza heróica ahuyenta  
La inclinacion del apetito escuro?

Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta,  
Que estraga la salud, y en tiempo breve  
La vida que en sus gustos apacienta.

Otro veras que á acrecentar se atreve,  
Cercado de valientes y crueles,  
El número famoso de los nueve.

Al sol nos muestra horrendos sus lebreles,  
Bien que á la luna él sabe si acometen  
La riña tan ligeros como fieles:

Y para que estos mismos le respeten,  
Finge la voz ó bárbara ó robusta,  
Porque á inhumanidades lo interpreten.

No de caballos generosos gusta,  
Para correr los montes y los valles  
Del Belgio helado y de la Libia adusta:

Pero alaba sus brios y sus talles,  
Para sacar centellas de guijarros,  
Cuando nos desempiedran nuestras calles.

Y no se correrán de andar bizarros  
Con rostros opilados y sutiles,  
Y quizá de comer cascós de barro.

¿No fuera gran vergüenza ver que Aquiles  
Y el gran Hector tratáran con ahinco  
En estas travesuras femeniles?

En comprar dijés, en feriar un brinco,  
Traen cinco sentidos ocupados,  
(Si no carecen del comun los cinco);

Y aunque el uso los tenga disculpados,  
Pero saben tan poco de otras cosas,  
Que es risa (antes dolor) ver sus cuidados.

Sus motes, sus empresas amorosas  
(Honor de sus adargas en las fiestas)  
Te lo dirán, si examinarlas osas:

Ó en la ocasion urgente sus respuestas  
Envueltas en sofística doctrina,  
Aun á los nuevos lógicos molestas.

Discrecion que, afectada, determina  
La voz antes pacífica en su quicio,  
Primero aguardaré una culebrina.

¡O cuantos hallarás que (á su juicio)  
No influyen otras partes esenciales

En la nobleza, que ignorancia y vicio!

¿No ves llorar las artes liberales,

(Que este nombre les dieron, porque en ellas  
Se ejercitaban hombres principales)

De que hagan sacrilegio el recogellas,  
Ni en un zaguan? Y así como en extraña  
Region vierten en vano sus querellas.

El gran Cipion solia en la campaña  
Peleando, oponerse al sol y al hielo,  
Como lo saben Africa y España.

Y se preciaba de saber del cielo  
Causas y efectos, y la agreste ciencia  
Que fructífero vuelve el rudo suelo.

Los triunfos que adquirió en su adolescencia  
Vió Roma; y en el cómico proscenio  
Por él edificado, su elocuencia:

Con quien sus convidados Lelio y Enio,  
Al tiempo que en la olla hervian las colcs,  
Conferían en pláticas de ingenio.

Y entre nuestros preciados españoles,  
No robustos ni dados al trabajo,  
Ni curtidos por hielos ni por soles;

El que con traza escribe es hombre bajo,  
Y estiman por ilustre al que figura  
Por letras unos pies de escarabajo,

Que el diablo (á quien semeja su escritura)  
No las descifrará, si en quince dias  
Con diabólica industria lo procura:

Sus caracteres son, pero vacias  
Señales; y así no las interpretes,  
Como ellas lo merecen, por impías.

Mas piensa la frialdad que en sus billetes

Desta letra verá madamisela,  
 Qué vocablos trocados, qué juguetes!

Anda el confiadillo en centinela  
 Por lograr un conceto ó dicho bueno;  
 Y aláboló, si en esto se desvela:

Pero vino á acostarse el vientre lleno  
 De pabo, y el cerebro se le abrasa  
 Del gran licor que se avivó al sereno.

Porque hizo media noche en cierta casa:  
 Hubo mimos, bailó la histrionisa,  
 (Turba, que en fiesta las tinieblas pasa).

Duerme, y antes que pida la camisa,  
 Ya son las doce, y pasará buen rato,  
 Y perdone el precepto de la nisa.

¡Pues cuan digno es de ver el aparato,  
 La priesa y ceremonia que anda entre ellos,  
 Cuando se está vistiendo el mentecato!

Un ministro le crespa los cabellos,  
 Mientras que el otro allá formas inventa  
 (Mas que las del panal) de abrir los cuellos.

Di, ¿el brasero y los hierros que calienta,  
 No le condenarán por cirujano  
 Que apercibe cauterios, legra y tienta?

Todos andan vistiendo á don Fulano,  
 Porque él de flojo y lánguido no puede  
 A tales usos alargar la mano:

Ó piensa que es grandeza, y finge adrede  
 No saberse vestir, porque el aseo  
 Solamente á los siervos se concede.

Pone el rostro á lo Turco ó Nabateo,  
 Mostachos y aladares se perfila,  
 (Que es belleza tener algo de feo).

Luego su Consejero ó su Sibila,  
¡Qué calumnias, qué pláticas secreto  
En sus orejas fáciles destila!

Háblale ó con denuedo ó sin respeto,  
(Dominio viene á ser mas que privanza,  
Que tiene mas de un Príncipe sujeto),

Y como ejecutor de su esperanza,  
(Odio comun de los demas criados)  
A todos sus antojos se abalanza.

Pero su industria es tal, que los pescados,  
Como á su Antonio los sirvió Cleopatra,  
Del agua se los da en la red guisados.

Traza el empeño á cambio, la mohatra  
En el ayre acomoda, y siempre flecha  
Al que en las mismas aras idoiatra.

Y aunque á su dueño el corazon le estrecha  
Por una parte la molesta usura,  
Por otra á nuevas fraudes se pertrecha.

Al son de los doblones asegura  
Con las fuerzas que pide al que los presta,  
Y se deja enlazar de la escritura:

Que la tardanza sola es la molesta,  
Y así con sus privados clandestinos,  
A vista de la cédula hace fiesta:

Como de algun electo los sobrinos,  
Que arribando las bulas, que tardaban,  
Besan aquellos sacros perganinos.

Pues ver cuando los plazos se le acaban,  
Con qué cauto desvío arma la treta,  
A los que antes sin ley lo desarmaban:

Que si engañado el acreedor le aprieta,  
Por mas que le persiga diligente,

Le entretiene, le burla y le sujeta;

De suerte que agraviado y obediente

Le da otros plazos y contemporiza,

Aunque conoce que otra vez le miente:

Y cuando á judicial rigor le atiza,

Le ruega y turba; y del concierto escrito,

Proteo en formas mil se le desliza.

En efecto, en la ley de su apetito

No hay palabra, no hay fé, no hay gentileza;

Antes, cobrando fuerzas del delito,

No atiende mas á fueros de nobleza,

Que un Juez pesquisidor, que acelerado

Se opone á Dios y á la Naturaleza.

Destos niños Madrid vive logrado,

Y de viejos tan frágiles como ellos,

Porque en la misma escuela se han criado:

Que cuando el tiempo, al fin, para vencellos

Con no previsto invierno se incorpora,

Sus barbas plateando y sus cabellos;

Este les pone luto, aquel los dora

Con fuego baño y peine fementido,

Resistiendo á la fuerza vencedora,

Como si fuera injuria haber vivido,

Ó al sol pudiesen detener las riendas,

Ó infundir en sus ánimos olvido.

Ni á vosotras, ó tocas reverendas,

Autoridad y norte de la casa,

Ha de negar mi musa sus ofrendas.

Por vuestras manos su comercio pasa,

Los lechos conyugales y aun las cunas

Mancilla vuestra industria, ó las abrasa.

El agraz virginal de las alunas

En las prensas arroja aun no maduro,  
Sin aguardar tardanzas importunas.

Descoyunta el candado, humilla el muro,  
En la familia toda infunde sueño,  
Introduce al adúltero seguro.

Ni un fiel ladrido, ni un rumor pequeño  
A su eficaz supersticion se opone,  
De las potencias absoluto dueño.

Pero no he de negar, que aunque aficione  
La inclinacion al gusto, hay otra rueda  
Superior, que esta máquina compone:

La grave autoridad de la moneda,  
Del áspero desden nunca ofendida,  
Porque jamas oyó respuesta aceda.

Arbitro de la muerte y de la vida,  
Que fisga del valor y del derecho,  
Porque del trato humano se despida.

Y así todo es venal, no hay sano pecho:  
Cada cual Epicuro ó Aristipo,  
Su deleite pretende ó su provecho:

Si tú pudieses ver, como el Menipo  
De Luciano, en los ayres sostenido,  
Cuando hierve esta corte de Filipo;

De su desórden, tráfago y rüido,  
Sin otros argumentos importantes,  
Quedarías asaz persuadido.

Como aquí de Provincias tan distantes  
Concurren ó por gracia ó por justicia,  
Diversas lenguas, trages y semblantes;

Necesidad, favor, celo, codicia  
Forman tumulto, confusion y priesa  
Tal, que dirás que el orbe se desquicia.



Tropel de litigantes atraviesa,  
Con varias quejas, varios ademanes,  
Sus causas publicando en voz expresa.

Entre mil estropeados Capitanes,  
Que ruegan y amenazan todo junto,  
Cuando nos encarecen sus afanes;

Los vivanderos gritan, y en un punto  
Cruzan entre los coches los entierros,  
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.

Las voces, los ladridos de los perros,  
Cuando acosan la fiera, aquí resuenan,  
Y aquí forjan los Cíclopes sus hierros.

Todos esperan y discordes penan,  
Segun la disonancia de los fines,  
Y prosiguen lo mismo que condenan.

Mas dirás, que no todos son rüines,  
Que entre los vicios las virtudes nacen,  
Como entre yedras rosas y jazmines.

¿Pues eso no está claro? Que aunque yacen  
Sordas, tal vez avivan las acciones,  
Y á su nobleza misma satisfacen.

Mas básteme mostrar las ocasiones,  
Y peligros, que vencen las mas veces,  
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.

Y digo al fin, que sí los aborreces,  
Y no admitiendo el parecer segundo,  
Constante en el primero permaneces;

Que si en tu casa hay pozo bien profundo,  
Ó alta ventana, allá los precipita:  
Que en los castigos no desplace al mundo  
Quien por clemencia el mas horrendo evita.

## EPISTOLA.

Y o quiero , mi Fernando , obedecerte,  
Y en cosas leves discurrir contigo  
Como quien de las graves se divierte.

Por lo cual será bien que las que digo  
No salgan fuera del distrito nuestro,  
Que al fin van de un amigo al otro amigo.

Y no soy tan soberbio ni tan diestro  
En dar preceptos , ni advertir enmiendas  
Que aspire á proceder como maestro.

Digo, pues, quemepiace el ver que atiendas  
Tanto á las filosóficas verdades,  
Que siempre de sus órdenes dependas.

Pero que alguna vez te desenfades  
De aquel rigor, y el gusto no apremiado  
Se bebe en mas benignas facultades.

Que si ellas guardan su nativo agrado,  
No será menester que lo compelas  
A seguir lo que yo le persuado.

Que allí no hay que ocurrir á las cautelas  
Que por ventura un tiempo ejercitabas,  
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas;

Cuando para probar tu intento andabas  
Afilando entimemas , que volantes  
Salen de las dialécticas aljabas:

Porque á lo ya pacífico levantes  
Por diversion el gusto con las nueve  
Piérides ingenuas y elegantes.

Y la cansada historia que nos debe,  
A pesar de la muerte , ejemplos vivos

Por los vestigios de la edad te lleve.

Y saliendo despues de sus archivos,  
Al poético ardor se ofrezca el pecho  
Dispuesto á pensamientos mas altivos.

Esta excelente inclinacion sospecho,  
Sin que preceda riguroso examen,  
Que es la que mas te deja satisfecho.

Síguela pues: por mas que la desamen  
La inconsideracion y la fortuna,  
No aflijas con violencia tu dictamen.

Y cuando en la sazón mas importuna  
Sigue aquel en la selva unos ladridos  
Al resplandor escaso de la luna;

Y el otro rinde al juego los sentidos,  
Ó en indignos sugetos que no ignoras  
Andan nuestros patricios divertidos;

Tú, retirado las nocturnas horas,  
Escribe á vigilante lamparilla,  
Ó en la estudiosa luz de las auroras,

Contra el rapaz que la razón humilla  
Remedios nuevos, con primor juntando  
En los versos deleite y maravilla.

Y si te instiga mas, dulce Fernando,  
La fama de magnánimas acciones,  
Costumbres y provincias explorando;

Ó si á canto mas digno te dispones,  
Inquiriendo el concurso de los siete  
Planetas y sus varias impresiones;

Resuélvete al designio y acomete,  
Que á seguir sus estímulos resueltos  
El orbe encerrarás en tu retrete.

Pero si no te hallares desenvuelto

En consonar nuestro language, fia  
La empresa al generoso verso suelto:

Porque la libertad de la armonía,  
Como solo sus números respeta  
De emparentar las voces se desvía.

Y el que atiende á la parte mas perfeta,  
Ponderando y midiendo consonantes  
A ridiculo estorbo se sujeta.

El ser forzoso que apercibas antes  
Lo menos sustancial verbos y nombres  
Que suenen con acentos semejantes;

Y que si ha de acabar la estanza en nombres,  
Como si te mostrase alguna fiera,  
Diga el verso anterior que no te asombres.

Por esto apenas oyes rima entera  
Con ambas partes fáciles y llanas,  
Y excluyes por ociosa la primera:

Como para guisar palustres ranas,  
Que sospechoso el cuerpecillo todo,  
Las piernas solo nos ofrecen sanas.

Y cuando aplaya el Nilo, de este modo  
Causa el fecundo sol generaciones  
En las grasezas del informe lodo:

Que organiza los húmedos terrones,  
Escarban ya los pies, gruñen las testas,  
Sin darles forma entera de ratones.

Desde que llevan consonante á cuestras  
Miran su trabazon los versos ruda,  
Con voces no importantes ni dispuestas.

Concedo que á las veces nos ayuda  
Y apoya la sentencia si lo ablanda  
El arte, ó á mejor lugar lo muda.

La fuerza del dinero ó sirve ó manda,  
Y la del consonante, que igualmente  
Por uno de estos dos extremos anda.

Mas quien por una cláusula elocuente,  
Para un final escrita de antemano;  
Pasa inculta la parte precedente;  
¿En qué se diferencia de un tirano,  
Que por medios injustos encamina  
Alguna utilidad del trato humano?

Perezca la política doctrina  
Que por sacar de la maldad ganancia  
La ley de las virtudes arruina.

Pero si acomodar la consonancia  
Con liberalidad ó con miseria,  
Es en las rimas caso de importancia;

El escritor abunde en la materia,  
Para que se le vengan á la pluma  
Cuantas palabras vuelan en Iberia.

Mas el furor nativo no presuma  
Reducirlas á número y concierto  
Sin sumo estudio y sin industria suma.

Homero en estas ondas tan experto,  
Que sobre trozos de animosas naves  
Responde como oráculo en el puerto,

Para ser mas acepto á las suaves  
Musas, surcó primero luengos dias  
Profundos golfos de otras ciencias graves.

Si tú para las dos filosofías  
Ya por Platon, de Sócrates conoces  
Las siempre misteriosas ironías;

Y prender te dejaste de las voces  
Con que suele el sutil Estagirita

Dar caza á los espíritus veloces;

Por esta docta antigüedad escrita  
Deja correr tu ingenio, y sin recelo  
Conforme á su eleccion roba ó imita.

Suelta despues al voluntario vuelo  
Pomposa vela en golfo mas remoto  
Que no descubra sino mar y cielo:

No navegante ya , sino piloto  
Intrépido á las olas insolentes,  
Tanto como á los ímpetus del Noto.

Quiero decir que cuando en los corrientes  
Métodos varios te hayas dado filos,  
Con destreza ya propia los frecuentes.

Porque los dos genéricos estilos  
Mas de un naufragio nuevo nos avisa  
Que no por frecuentados son tranquilos.

Ohliga el uno á brevedad concisa,  
Que aunque la demasiada luz desama  
Precia la elocucion peinada y lisa;

Y no solo el honor del epígrama  
Recibe calidad de este preceto,  
Sino la lira con que amor nos llama:

El trágico favor puesto en aprieto,  
Y la sátira en este caso amiga  
Siempre del panegírico perfeto.

El émulo de Píndaro lo diga,  
Por quien Venosa el título recibe,  
Que á venerar á Tebas nos obliga.

Y en el romano autor, que en prosa escribe,  
Desde que falleció su Augusto , anales,  
El compendioso laconismo vive.

Á Trajano sus dotes inmortales

Refiere Plinio en este acento puro;  
Sin voces tenebrosas ni triviales.

De las primeras ¿quien corrió seguro,  
Si el Presbítero docto de Cartago  
Aspirando á ser breve quedó escuro?

Mas quien el genio floreciente y vago  
De Séneca llamó cal sin arena  
No probó los efectos de su alhago.

No niego yo que de sentencias llena  
La agudeza sin límites congoja,  
Y al rigor con que hierne nos condena,

Como la nieve que granizo arroja  
Sobre esperanzas rústicas floridas  
Que aquí destronca, y acullá deshoja.

Y al golpe de las recias avenidas  
Mira el cultor su industria defraudada  
Que yace entre las ramas esparcidas.

La fuerza que nos venga arrebatada  
En esta brevedad yaculatoria  
Si quieres que deleite y persuada;

Aunque por ambicion de mayor gloria,  
Fleche cada palabra una sentencia,  
Y obre cada sentencia una victoria.

Que en el segundo estilo hay elocuencia,  
Que entre la igual corriente del progreso  
Anima su fervor con la frecuencia:

Y en su mediocridad lleva gran peso,  
Pues sin que lo envilezca ni lo encumbre,  
Le suele dar mas próspero suceso.

Pruébase por razon y por costumbre,  
Que, aunque no influye en término tan breve,  
Insta con mas vigor la mansedumbre:

Como en invierno descender la nieve  
Tan sosegada vemos, que al sentido  
Parece que ni baja ni se mueve;

Pero en valles y montes recibido  
De la cándida lluvia el humor lento, .  
Los cubre y fertiliza sin ruido.

Con la perseverancia de este aliento  
Canta Homero las iras juveniles, .  
Y el orbe escucha atónito ó atento.

Y Maron los afetos pastoriles, .  
El culto agreste, y el varon Troyano  
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.

Este que llama el vulgo estilo llano  
Encubre tantas fuerzas, que quien osa  
Tal vez acometerle suda en vano.

Y su facilidad dificultosa  
Tambien convida, y desanima luego  
En los dos corifeos de la prosa.

Fulmina la retórica del Griego;  
Pero desata aquel vigor divino  
En la igualdad frecuente con sosiego.

No menos el Demóstenes Latino  
Para cuya riqueza usurpa el oro,  
Que nació en minas Áticas, Arpino.

Yo ha mucho que lo hurté para el decoro  
De algun poema, y hecho el aparato  
Me asenté sobre el arca del tesoro.

Porque me profanó el cuidado ingrato  
De gran causa civil, á pesar mio,  
Y es menester purgarme de su trato.

Que al fin no sufre la altivez de Clío,  
Que canto venerable se medite



Sino en la soledad de su desvío.

Demas de esto , no falta quien me incite  
 Á que, si ornarme de laurel deseo,  
 Los números latinos ejercite;

Porque gusta de ver aquel museo  
 La ostentacion del dáctilo gallarda  
 Tropellar la quietud del espondeo.

Y cuando aquel prosigue y éste tarda,  
 Mas gracia de esta priesa y deste espacio  
 Que de los pies de nuestro verso aguarda.

Mas yo sé bien el sueño con que Horacio,  
 Antes el mismo Rómulo me enseña,  
 Que llevar versos al antiguo Lacio,

Fuera lo mismo que á los bosques leña,  
 Y trastornar en Betis ó en Ibero  
 Una vasija de agua muy pequeña.

Nuestra patria no quiere , ni yo quiero  
 Abortar un poema colecticio  
 De language y espíritu extranjero:

Pues cuando me quisiera dar propicio  
 Maron para su fábrica centones,  
 ¿Quien sabe cual surgiera el edificio?

Con mármoles de nobles inscripciones,  
 (Teatro un tiempo y aras) en Sagunto,  
 Fabrican hoy tabernas y mesones.

Ya me parece, pues, que al mismo punto  
 Que me retiro á vida libre y sola,  
 Imitaciones y advertencias junto.

Y que mi Musa fiel, como española,  
 A venerar nuestras handeras viene,  
 Donde la religion las enarbola.

Que en los silvosos montes de Pirene,

En ningún tiempo infieles ni profanos,  
Las espadas católicas previene:

Para que las reciban de sus manos  
Los heroes , que escogió por lidiadores  
Contra los escuadrones Africanos:

Cuando por dar señal de sus favores  
Sobre uno de los árboles, fué vista  
Cándida Cruz vibrando resplandores.

Con lo cual dió principio á la conquista  
El Rey , en los fervores de la guerra,  
Por su velocidad llamado *Arista*;

Porque al ímpetu horrible con que cierra  
Como de flor de sacudidas ramas,  
Se cubre de arcos púnicos la tierra.

Acero en limpias órdenes de escama  
Teje á nuestros campeones las lorigas,  
Que ilustradas del sol arrojan llamas.

Y en ambas huestes fieles y enemigas  
Héctores, Turnos, Nisos, Telamones  
Ejercitan las bélicas fatigas:

Ni con esfuerzo de ínclitos varones  
Faltáran otras vírgenes guerreras  
Como en Frigios y en Tuscos escuadrones.

Aquí verás Pentesileas fieras,  
Camilas fuertes , que dejada el arte  
De Aracne , siguen trompas y banderas.

Ni caerá ocioso el arco en esta parte,  
De cuyos tiros nacen los deseos  
Con que amor solicita el mismo Marte.

Los ramos de los robles pirineos  
Desgajará el honor de las hazañas;  
Y en tanto que lo viste de trofeos,

Sonará el abolorio en sus montañas  
 Progenitor de tantos graves nietos,  
 Que hoy veneramos en las tres Españas.

No guardaré el rigor de los preceptos  
 En muchas partes, sin buscar excusa  
 Ni perdon por justísimos respetos.

Y si algun Aristarco nos acusa,  
 Sepa que los preceptos no guardados  
 Cantarán alabanzas á mi Musa:

Que si sube mas que ellos ciertos grados  
 Por obra de una fuga generosa,  
 Contentos quedarán y no agraviados.

Asi habrás visto alguna ninfa hermosa  
 Que desprecia el ornato ó le modera  
 Quizá con negligencia artificiosa:

Que es mucho de hermosura verdadera  
 A veces consultar con el espejo,  
 Mas por la adulacion que de él espera,  
 Que por necesidad de su consejo.

#### FRAGMENTO DE OTRA EPISTOLA.

##### *Apólogo de los dos ratones.*

Quiero oponerme al tráfago injurioso.  
 Causador de improvistas turbaciones,  
 Para que no me asalten el reposo.

Aquello de los dos cautos ratones,  
 Que en Horacio con gusto habras leido,  
 Oye, aunque el repetirlo me perdones.

Rústico vivió el uno, y conocido  
 Del otro, al cual, si bien fue cortesano

Le convidó en su campo al pobre nido.

Y siendo escaso, ó pródigo el villano  
A conservar su provision atento,  
A honor de huesped alargó la mano.

Derramó sus legumbres, bastimento  
De que guardaba su despensa llena,  
Y los trozos de lardo macilento.

De pasas, de garbanzos y de avena,  
Ufano entresacó lo mas reciente,  
Y con los labios lo sirvió en la cena.

Mas hecho el cortesano á diferente  
Gusto, de sus manjares fingió agrado  
Y probó algunos con soberbio diente.

En paja muelle entonces recostado  
(Próspero lecho) el gran raton yacía  
Dueño de aquel vivar afortunado:

Que royendo unos tronchos se abstenia  
De lo bueno, queriendo que el cortijo  
Se acreditase con la demasía.

Al cual, riendo, el cortesano dijo:  
¿No me dirás, amigo, por qué pasas  
La vida en este mísero escondrijo?

¿Antepones las selvas á las casas,  
Y al sabor de los mas nobles manjares  
Unas legumbres débiles y escasas?

Ruégote que este yermo desampares:  
Vente conmigo á mejorar tu suerte  
Donde venzas los últimos pesares.

Que todos somos presa de la muerte,  
Y cuanto ella mas lazos apercibe,  
Con mas cautela el sabio los divierte.

Este, pues, breve espacio que se vive,

¿Quién tan sin arte sirve á su destino,  
Que de alimento substancial se prive?

Persuadido con esto el campesino,  
Sale tras él por el bosque oscuro,  
Y hácia la corte siguen el camino.

Llegados entran por el roto muro,  
Y en casa de uno de los mas felices,  
Magnates se pusieron en seguro:

En cuyos aposentos los tapices  
Por la paciencia bélgica tejidos,  
Mostraban sus figuras de matices.

Sobre los lechos de marfil bruñidos  
Los carmesies adornos de la China,  
A la púrpura tiria preferidos.

Aquí el raton campestre se reclina,  
Y sin que el caro amigo se lo evite  
La cuadra y sus adornos contamina.

Y en los platos, reliquias de un convite,  
Que una fiel mesa le ofreció, procura  
Que el vientre de su ayuno se desquite.

Muy hallado tras esto la figura,  
Hace de alegre huesped, discurriendo  
Por la pieza con libre travesura.

Pero cesó el placer por el estruendo  
Con que cierran las puertas principales,  
Por no esperado entonces, mas horrendo.

Los canes luego (honor de los umbrales)  
Como acostumbran con ladridos altos,  
De su fidelidad dieron señales.

Aquí de tino los ratones saltos,  
Huyen hasta subir por las paredes,  
Y ambos cayendo, chillan y dan saltos.

Mas luego el campesino , tú que puedes,  
Le dice al cortesano , llevar esto,  
Podrá bien ser; que en tu vivienda quedes;

Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto;  
Y con celeridad tan proseguida,

Que a mi quietud me restituya presto;

Donde no hay asechanza que la impida:

Por incapaz del trato ó por indigno,

Volveré á la escaseza de mi vida.

Todo cuanto me ofreces te resigno:

Con tu abundancia á tu placer te dejo

Por un hoyo sin luz , pero benigno.

Este el suceso fue, y éste el consejo

Que yo venero , con haberle dado,

Un tímido y silvestre animalejo.

## SONETOS.

### I.

Ya el oro natural crespes ó extiendas,

Ó á componerlo con industria aspires:

Lucir sus lazos ó sus ondas mires,

Cuando libre á tus damas lo encomiendas:

Ó ya, por nueva ley de amor, lo prendas

Entre ricos diamantes y zafires,

Ó bajo hermosas plumas lo retires,

Y el traje varonil fingir pretendas:

Búscate Adonis por su Venus antes,

Por su Adonis te tiene ya la Diosa;

Y á entrámbos lós engañan tus cabellos:

Mas yo en la misma duda milagrosa,

Mientras se hallan en tí los dos amantes,  
Muero por ambos, y de celos de ellos.

## I I.

Díme, Padre común, pues eres justo,  
¿Por qué ha de permitir tu providencia  
Que, arrastrando prisiones la inocencia,  
Suba la fraude á tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto  
Hace á tus leyes firme resistencia;  
Y que el celo, que mas las reverencia,  
Gima á los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas  
Manos inicas; la virtud gimiendo  
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decia yo, cuando riendo  
Celestial ninfa apareció y me dijo:  
¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?

## EPIGRAMAS.

## I.

Viéndose en un fiel cristal  
Ya antigua Lice, y que el arte  
No hallaba en su rostro parte  
Sin estrago natural;  
Dijo: hermosura mortal,  
Pues que su origen lo fue,  
Aunque el mismo amor le dé  
Sus flechas para rendir,  
Viva obligada á morir;  
Pero á envejecer ¿por qué?

## II.

Cuatro dientes te quedaron,

(Si bien me acuerdo) mas, dos

Elia, de una tos volaron,

Los otros dos de otra tos.

Seguramente toser

Puedes ya todos los dias,

Pues no tiene en tus encías

La tercera tos que hacer.

## NOTICIA

## DE LOS ARGENSOLAS.

Lupercio nació en la ciudad de Barbastro en 1563: estudió filosofía y leyes en Huesca, y después en Zaragoza historia, elocuencia y lenguas. Vino por los años de 1585 á Madrid de secretario del duque de Villahermosa, y al instante se hizo conocer por sus talentos. En Madrid compuso las tres tragedias *Filis*, *Isabela* y *Alejandra* representadas con sumo aplauso; si creemos á Cervantes. La viuda del emperador Maximiliano II le hizo su secretario, y su hijo el archiduque Alberto gentil-hombre de su cámara. Este nuevo empleo le obligó á fijarse en Madrid; cuando á poco después, entrando á reynar Felipe III, se le nombró cronista del reyno de Aragon. En cumplimiento de este encargo, emprendió escribir los Anales de aquel país, y aunque llegó á tener bastante adelantado este trabajo, se ignora si le concluyó y qué paradero tuvo.



Entonces vivia en Zaragoza entregado al estudio y á los placeres del campo: mas vuelto á Madrid á tiempo que el conde de Lemus partia de Virey á Nápoles, se le llevó de secretario del vireynato; en cuyo empleo vivió Lupercio hasta el año de 1613, que fue el de su muerte, acaecida en Nápoles, teniendo cincuenta de edad. Su crédito y los aplausos que disfrutó como hombre público, como literato y poeta fueron muy grandes. Se ignora por qué capricho quemó en una ocasion todos sus versos; habiendo quedado solamente los que estaban en poder de sus amigos, impresos despues con las poesías de su hermano.

Bartolomé Leonardo de Argensola, un año mas jóven que su hermano Lupercio, siguió la carrera eclesiástica, y puede decirse que en todo lo demás fue comun la suerte de los dos. Unos fueron sus estudios: al influjo de su hermano debió ser réctor de Villahermosa y capellan de la emperatriz, y seguir á Nápoles al conde de Lemus. Muerto Lupercio, debió al pontífice un canonicato de Zaragoza, y á los estados de Aragon que le nombrasen cronista del reino. Dedicado al estudio y al retiro vivió en aquella ciudad hasta el año de 1633 en que murió de setenta y cuatro de edad. Sus obras son la *Historia de las Malucas* publicada en 1610, los *Anales de Aragon* impresos en 1630, y las *Rimas* recogidas y publicadas por el hijo de Lupercio juntamente con las de éste en 1634.

## POESIAS

DE D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

## IDILIO.

*Dafne. Dametas. Poeta.*

POETA.

Viniéronse á juntar Dafne y Dametas,  
 Pastor de cabras uno , otro vaquero;  
 Mientras las unas pacen inquietas  
 Y las otras el sol huyen severo,  
 Cuales por las roturas mas secretas,  
 Y cuales, al soplar cierzo ligero,  
 Por las amenas sombras distraidas,  
 Con paz gozadas, con piedad movidas.

Era robusto , sí, Dafne y mancebo  
 Al ejercicio duro entonces dado,  
 Dametas mozo , pero no tan nuevo  
 En el oficio de guardar ganado:  
 Rigen cayados de taray y acebo,  
 Y cada cual sombrero coronado  
 De acebuche y laurel , y al cabo de ellos  
 Zurrones pardos sobre blancos cuellos.

La floja ociosidad , y el grave estío  
 De la pesada siesta , entonces grave:  
 El susurrar de céfiro y el rio,  
 Fresca la sombra , querellosa el ave:  
 La vacada extendida , y el cabrío  
 Aun no cansado de pacer suave,

En Dafne ocasionaron voz dispuesta,  
Y en Dametas despues voz y respuesta.

DAFNE.

¿No ves , o Polifemo ; como tira  
La blanca Galatea á tu ganado,  
Con muestras de retozo , no de ira,  
Manzanas libres desde el mar salado?  
Vuelve gigante , pues , el rostro , y mira  
Con cuanta desnudez , con quanto agrado  
Del pecho de cristal perlas derrama,  
Y con su boca de coral te llama.

Llámate duro y amador grosero:  
Y tú , cantando al son de tu cicuta,  
Mísero no la ves ; antes austero  
Huyes el cuerpo á la tirada fruta:  
Solo tu mastinillo lisonjero  
La sigue jugueton , que se reputa  
Por digno del favor de Galatea;  
Y ella se lanza al mar , y él la rastrea.

Pero ya desde allá vuelve lozana,  
Como el acanto en medio del Estío,  
Cuando las verdes hojas engalana,  
Cuando al fin de arrebol purpúra el brio:  
Ella pues , bien quisiera serte humana,  
Sin darte á conocer su desvarío:  
Que en las cosas de amor siempre acontece  
Que lo que no es hermoso lo parece.  
Respetos vence , y honras destituye  
Solo por conmovier tu pecho duro:  
Y si otras veces tus alhagos huye,  
Hoy les promete paces de seguro:  
Postra pues esta vez , postra y destruye

Las altiveces de su enhiesto muro :  
 Que amor al que se atreve da saetas : —  
 Pero escuchad al bárbaro en Dametas.

DAMETAS.

Vila , no háy duda , vila , cabrerizo ;  
 Sí , por el Pan que rige mi manada ,  
 Desde el instante que en mis cabras hizo  
 Tiro burlon con fruta colorada ;  
 Y aunque su desnudez me satisfizo ,  
 No por eso de mí será obligada :  
 Que la miré , no háy duda , y con deseo ;  
 Sí , por el reluciente con que veo.

Sol de mi frente , que será en mis días  
 Luz á mis pasos , lumbre á mi camino ,  
 Si ya no son verdad las profecías  
 Del mísero Teleino el adivino :  
 Que plegue al cielo que en sus cánas frías  
 Se venga el odio del infausto sino ,  
 Y desmintiendo el juicio de Teleino ,  
 Ciegue á sus hijos , deje á Polifemo .

Soy , si me adviertes , cuando enamorado ,  
 Y en extremo sagaz , pues porque sea  
 De su loca pasión mas estimado ,  
 Desdeñen hago al amor de Galatea :  
 Zelos la doy , y fujo que el agrado  
 De Kénife me abrasa y me espolea :  
 Celebro su hermosura , y ella entonces  
 Pierde el color , y queda cual los bronce.

Otras veces rabiosa con los celos  
 Sale del hondo mar , como la loba  
 Que va desalentada á sus hijuelos  
 En busca del villano que los roba :

Luego mis hatos escudriña, y vé los  
Negros rincones de mi parda alcoba;  
Y yo por mas encarecer su verro,  
Hago al descuido que la ladre el perro.

Ella con esto se halla tan rendida  
De la tierna pasión que Venus labra,  
Que ya esté vergonzosa; ya rendida,  
Agora cele; agora se desabra,  
Siempre busca mi amor de amor herida,  
Como el cabrito el paso de la cabra  
Cuando en el monte con furor violento  
Oye la rama sacudida al viento.

Verás que ya el regalo, ya el mensaje  
Me envia cuidadosa, á quien yo luego  
Cierro las puertas, dándole hospedage,  
Si no á su amor, á la afición que niego:  
Otras veces al fin digo á su page,  
Que si pretende mejorar su fuego,  
Jure de darme por Neptuno y Doris  
Fin á mis gustos; gusto á mis amores.

Y que en la siempre verde cabellera  
De ésta, que miras, vega caudalosa,  
Me mulla lecho conyugal siquiera,  
Pues hijo soy de dios, si ella es de diosa:  
Con esto parte el nuncio y se alijera;  
Y aunque, cual virgen, la halla vergonzosa,  
Rayo que Venus despeñó en mi seno,  
Bien sé que en ella sembrará veneno.

No soy tan fiero no soy tan deforme  
Como dicen de mí los que me asean;  
Antes al buen dictamen soy conforme,  
Si las aguas del mar no lisonjean:

Donde una siesta, cuando mas enorme  
El sol las dora, y ellas le platean,  
Puede mirarme bien, porque su espejo  
Del rostro que me hurtó sacó un reflejo.

Vime robusto en él, no femenino,  
Y aunque robusto, por extremo hermoso,  
Erguido como el álamo y el pino,  
Y mas que el ciervo corredor brioso:  
Pero del suelto que á mis manos vino,  
Aunque ayer era céfiro ganchoso,  
La de Zeusipo mal casada nueva  
Gozó una espalda y la cabeza entera.

Vime este sol tambien, que es por Apolo  
Igual al que de luz nace en Oriente:  
Solo le tengo porque aquel es solo,  
Y esto conviene al cielo de mi frente:  
No peino crin, no cejas alcoholo,  
Pero de barba y crin hago un torrente  
Que desgajado por espalda y pecho,  
Con ser inmenso mar, les vengo estrecho.

El blanco diente que alimenta y cria  
El elefante asiático y tardío,  
Negro parece mas que noche umbria  
Si llega á compararse con el mio:  
Y porque de Kotítaris sábia  
Una leccion que tengo á desvarío,  
Al mirarme tan plácido y sereno,  
Luego tres veces me escupí en el seno.

POETA.

Esto apenas cantó Dametas, cuando  
Dafne besó su faz, y él á su beso  
Respondió con abrazos, engendrando

Amor en ellos amoroso exceso:  
 Y cual su flauta á cítara trocando,  
 Poco á poco se van del monte espeso,  
 Con su vacada el uno al fresco rio,  
 Y el otro á su redil con su cabrío.

## ODAS.

## I.

*En alabanza de Garcilaso.*

Si al apacible viento,  
 Eterno huesped de este prado umbrío,  
 Regalado instrumento,  
 Dulce tal vez; y secretario mio,  
 Hemos cantado á solas  
 Tú dulces ojos, yo sangrientas golas;  
 Ea, de aquel famoso,  
 De aquel ilustre mayoral cantemos,  
 Que con pie generoso  
 Pisó del Tajo márgenes y extremos,  
 Hasta que la Garona  
 Le vió blandir las armas de Belona.  
 ¡Cuan cubierto de acero  
 El aquitano conoció sus brios  
 En el asalto fiero,  
 Y desatando manantiales rios  
 De galicanas venas,  
 Murallas inundó, coloró almenas!  
 Mas luego que al soriego  
 Del trance duro retiraba el brazo,

Venus le ardia en fuego,  
 Dócil al yugo, fácil al regazo;  
 Y él cantaba su espuma  
 Tomando ora la espada, ora la pluma.

Así como solia  
 Al ampararse de su voz postrera  
 El cisne que á porfía  
 Aguas paró del Istro en la ribera,  
 Que fueron á sus males  
 Rocas de yelo, ó yelos de cristales.

Bien lo dirá la fuente,  
 Dígalo amor tambien, que amor lo sabe,  
 Si cuando en su corriente  
 Cantando á veces tierno, á veces grave,  
 Maldijo su fatiga,  
 Y el casto engaño de su dulce amiga.

Mas ¡ay! detente un poco,  
 Detente, lira, pues que aquí Salicio  
 Desalentado y loco,  
 Cuerdo en perder entonces el juicio,  
 Tambien paró su canto,  
 Colgó su lira y empezó su llanto.

## II.

*Al Céfiro.*

Dulce vecino de la verde selva,  
 Huesped eterno del Abril florido,  
 Vital aliento de la madre Venus,  
 Céfiro blando;

Si de mis ansias el amor supiste,  
 Tú, que las quejas de mi voz llevaste,



Oye, no temas, y á mi ninfa díle,

Díle que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabia,

Filis un tiempo mi dolor lloraba,

Quísome un tiempo; mas agora temo,

Temo sus iras.

Asi los dioses con amor paterno,

Asi los cielos con amor benigno,

Nieguen al tiempo, que feliz volares,

Nieve á la tierra.

Jamas el peso de la nube parda,

Cuando amanece en la elevada cumbre,

Toque tus hombros, ni su mal granizo

Hiera tus alas.

## CANTILENAS Y ANACREÓNTICAS.

### I.

Como rosa que nace

En el jardin cercado

No sujeta el arado

Ni al ganado que pace,

Cuyo primer aumento

El sol, el agua, el viento

Crece, cria y alhaga,

Con cuya vista paga

Del dueño amado el celo,

A quien promete el cielo

De piedad cada día

Cristal que la rocía;

Que mientras no es tocada

Crece su lozanía  
Y es de todos amada;  
Mas si en agena mano  
Pierde el lustre lozano,  
Y á desdecir comienza  
La nativa vergüenza;  
Al paso que es amada  
Viene á ser desdenada;  
Así la virgen bella  
En tanto que es doncella  
Es de todos querida  
Con el alma y la vida;  
Mas cuando se ve falta  
De dignidad tan alta,  
Si busca quien la quiera,  
Es mas aborrecida  
Que ponzoñosa fiera.

## II.

Amada Filomena,  
Que entre aquestos laureles,  
Con doliente armonía  
Significas la pena,  
Que los brazos crueles  
Del infame Tereo  
Obraron aquel día;  
Pues la terca porfia  
Que aviva tu deseo  
En cantar mil pesares  
Por desiertos lugares,  
Al son de la corriente,  
Que despeña esta fuente,

En ti cual siempre veo;  
Ya con gemido triste  
Querellándote al cielo,  
Ya con tácito vuelo  
Recelando la injuria,  
Que por tus ojos viste;  
Deten, deten la furia  
En derramar querellas,  
Y á las altas estrellas  
Que se nos muestran pias,  
Deja las tuyas bellas,  
Canta las tristes mias.

## III.

Yo ví sobre un tomillo  
Quejarse un pajarillo,  
Viendo su nido amado,  
De quien era caudillo,  
De un labrador robado:  
Vile tan congojado,  
Por tal atrevimiento,  
Dar mil quejas al viento,  
Para que al cielo santo  
Lleve su tierno llanto,  
Lleve su triste acento.  
Ya con triste armonia,  
Esforzando el intento,  
Mil quejas repetia,  
Ya cansado callaba,  
Y al nuevo sentimiento  
Ya sonoro volvía:

Ya circular volaba,  
Ya rastrero corria,  
Ya pues de rama en rama  
Al rústico seguia,  
Y saltando en la grama,  
Parece que decia:  
Dame, rústico fiero,  
Mi dulce compañía:  
Y que le respondia  
El rústico: no quíero.

## I V.

Llegan esos rubíes  
Con que graciosa ries,  
Bella Lidia, á mi boca,  
Pues amor los provoca,  
Y espárganse sus mieles  
Como esparcirlas sueles.  
Lleguen que amor lo quiere;  
Amor que sana y hiere;  
Amor, hijo de Marte,  
Que reina en toda parte;  
Amor que si atosiga,  
Luego cura y mitiga;  
Amor niño y gracioso,  
Que con fuego amoroso  
Nos hizo en todo iguales.  
Lleguen pues tus corales,  
Lidia, quien te acobarda?  
¿No ves que si se tarda  
Un punto, un solo instante

Tu regalado beso,  
Perderás un amante,  
Y yo perderé el seso?

## V.

En tanto que el cabello  
Resplandeciente y bello  
Luce en tu altiva frente  
De cristal trasparente,  
Y en tu blanca mejilla  
La púrpura que brilla;  
La púrpura que al labio  
No quiso hacerle agravio;  
Goza tu abril, Drusila,  
En esta edad tranquila.  
Coje, coje tu rosa,  
Muchacha desdeñosa,  
Antes que menos viva  
Vejez te lo prohíba.  
Porque si te rodea  
Y en ti su horror emplea,  
Quizá lo hará de suerte,  
Que llegues á no verte,  
Por no verte tan fea.

## VI.

Lidia, Amor y yo estando,  
¡O dulce y claro día!  
Cogiendo tiernas flores,  
La beldad contemplando

De aquella que allí via,  
En sus varios colores,  
Sentí nuevos olores,  
Derramarse en mi alma;  
Sentí dichosa calma  
Esparcirse en mis venas;  
Y libre de las penas  
Que hasta allí amor tirano  
En sujecion eterna,  
Obró con llama interna  
Y con ingrata mano.  
Lidia amorosa y tierna  
Embebecida estaba:  
Amor que la miraba  
Con señas que me hacia,  
Mis ánimos movia,  
Y al hecho me llamaba.  
Yo de Amor incitado,  
Por fin de mis congojas,  
En sus mejillas rojas  
Libre mi boca añado:  
Mas ella, que usurpado  
Su nectar vió sabroso,  
Y en el trance forzoso,  
Su clavel en mi labio,  
Por vengar tal agravio  
De Amor la flecha toma,  
Con que las almas doma,  
Y así vengar intenta  
Esta süave afrenta:  
Pero Amor que la mira,  
Piadoso á mis querellas,

Hirió sus carnes bellas  
Con la indomable vira.  
Lidia bañada en ira,  
Viendo rotos los broncees  
Que imaginó inmortales,  
Y con la esfera iguales,  
Dijo: pierda la vida  
Quien vive inadvertida,  
Niño, de tu centella.  
Quedando desde entonces  
Ella de amor herida,  
Y yo de amores della.

## VII.

Miraba Lidia atenta  
Las flores que le ofrece  
Su jardín heredado,  
Cuyos pies humedece  
El cristal desatado  
De una fuente sedienta;  
Amor, que solo intenta  
Darle algunos pesares,  
En unos colmenares,  
Principios deste daño,  
Con ligeros talarés  
Á robar fué sus mieles;  
Las abejas crueles,  
Movidas del engaño  
A gozar la venganza,  
Sin ninguna tardanza  
Con puntas de diamantes

Se aprestan susurrantes:  
Mas viéndose burladas,  
Unas se vuelven luego  
A sus dulces moradas,  
Otras con vago juego  
A gustar los licores  
De las nativas flores,  
Se esparcen revolando.  
De aqueste inicuo bando,  
Una, la mas traviesa,  
Se llega á Lidia hermosa,  
Y pensando que es rosa  
La boca le atraviesa.

## VIII.

Sobre el margen de un río,  
De árboles tanto umbrio,  
Cuanto de linfas claro,  
Donde se halla reparo  
Contra el can del estío,  
Dormido yace el ciego  
Cuyo blando sosiego  
En éxtasis tenia  
Todo cuanto solia  
Arder en vivo fuego.

Tambien yace su aljaba,  
Que no ya le colgaba  
Del hombro reluciente;  
Ni del brazo pendiente  
El arco le agravaba.  
Él yace al fin dormido,



Y Lidia que le vido  
 Despierta y levantada,  
 Cual tigre estimulada  
 Al cazador rendido,  
 A la aljaba arremete,  
 Y al vendado acomete,  
 Que ya entonces decia,  
 Viéndola que tenia  
 La ocasion del copete.

Lidia, mal te aprovechas  
 Si con armas bien hechas  
 Quieres vengar enojos;  
 Donde tienes tus ojos  
 No has menester mis flechas.

## IX.

Al son de las castañas,  
 Que saltan en el fuego  
 Echa vino, muchacho,  
 Beba Lesbia, y juguemos.  
 Siquiera el Capricornio.  
 Tire lanzas de hielo,  
 Mal agüero á casados,  
 Buen auspicio á solteros.  
 Enemigo de Baco,  
 Cuando estaba en el suelo,  
 Destrozándole vides,  
 Rumiándole sarmientos,  
 Y agora no tan dócil,  
 Que no procure vernos,  
 Aguados con mil aguas,

Y helados con mil hielos.  
 Yo apostaré, mi Lesbia,  
 Que si le diese el cielo  
 Poder en causa propia,  
 Que nos hiciese yermos,  
 ¡O cómo el insolente  
 Diera fin al viñedo,  
 Y juntamente en Darro  
 Con todos los sedientos!  
 Porque daños mayores  
 Se le siguen al cuerpo  
 Beber tus aguas, Tajo,  
 Que echarse en las del Ebro.  
 Pero ya que los astros  
 Mejor que esto lo hicieron,  
 Echa vino, muchacho,  
 Beba Lesbia, y juguemos.

## X.

Aquellos dos verdugos  
 De las flores y pechos,  
 El Amor y la abeja  
 A un rosal concurrieron.  
 Lleva armado el muchacho  
 De saetas el cuello,  
 Y la bestia su pico  
 De aguijones de hierro.  
 Ella va susurrando,  
 Caracoles haciendo,  
 Y él criando mil risas,  
 Y cantando mil versos,

Pero dieron venganza  
Luego á flores y á pechos,  
Ella muerta quedando,  
Y, él herido volviendo.

## X I.

Ya de los altos montes  
Las encumbradas nieves  
A valles hondos bajan  
Desesperadamente.  
Ya llegan á ser rios  
Las que antes eran fuentes,  
Corridas de ver mares  
Los arroyuelos breves.  
Ya las campañas secas  
Empiezan á ser verdes,  
Y porque no beodas,  
Aguadas enloquecen.  
Ya del Licéo monte  
Se escuchan los rabcles  
Al paso de las cabras,  
Que Títiro defiende.  
Pues ea, compañeros,  
Vivamos dulcemente,  
Que todas son señales  
De que el verano viene.  
La cantimplora salga,  
La cítara se temple,  
Y beba el que bailáre,  
Y baile el que bebiere.

## XII. \*

Quiero cantar de Cadmo,  
Quiero cantar de Atridas,  
¡Mas ay! que de Amor solo,  
Solo canta mi lira.  
Renuevo el instrumento,  
Las cuerdas mudo aprisa,  
Pero si yo de Alcides,  
Ella de Amor suspira.  
Pues, héroes valientes,  
Quedaos desde este dia;  
Porque ya de Amor solo,  
Solo canta mi lira.

## XIII.

En medio del silencio,  
Cuando la Ursa corre  
Veloz hácia la mano  
De la estrella Boótes;  
Cuando el piadoso Sueño  
Esparce sus licores,  
Suspendiendo el trabajo  
De los cansados hombres;  
Amor á mis umbrales,  
Llegó acaso una noche,  
Y llamando á las puertas,

\* Esta y todas las siguientes son traducciones ó imitaciones de Anacreonte.

Del sueño despertóme;  
¿Quién es el atrevido,  
Airado dije entonces,  
Que á tales horas llama,  
Y al que duerme interrumpe?  
Abre, piadoso huesped,  
Las puertas, me responde,  
Y deja el miedo, amigo,  
Que mi llamar te pone.  
Porque soy un muchacho  
Que ando toda la noche  
Perdido por ser ciego,  
Y helado por ser pobre.  
Yo movido á sus ruegos,  
Y amigable á sus voces,  
Las puertas abrí luego,  
Porque entre el que las rompe.  
Cuando ví un niño ciego  
Al modo de los Dioses,  
Con alas en sus hombros  
Y en su carcax arpones.  
Subíle á mi aposento,  
Encendí mis carbones,  
Enjugué sus cabellos,  
Y apagué sus temblores.  
Sus manos con las mías  
Le apreté, y él entonces,  
Viéndose redimido  
Del hielo y sus rigores;  
Probemos, dice, el arco,  
Por si el nervio se encoge:  
Y estirando la cuerda

El pecho atravesóme.  
 Luego con mil risadas  
 De mi casa salióse,  
 Diciendo al despedirse:  
 Huesped, queda á los dioses;  
 Pero primero advierte,  
 Que tras hacer tal golpe,  
 Mis arcos quedan sanos,  
 Y tú con mil dolores.

## XIV.

La rosa de Cupido  
 Juntemos á Liéo,  
 Y della laureados,  
 Bebamos y jugemos.  
 La rosa que á las flores  
 Es süave ornamento,  
 Y del verano alegre  
 El cuidado primero:  
 La rosa que á los dioses  
 Es deleite, y por esto,  
 De rosas coronado  
 Danzas sigue el de Venus.  
 Haz pues, ó padre Baco,  
 Que de rosas compuesto,  
 Y de lira adornado,  
 Me reciba tu templo.  
 Süaves daré olores,  
 Süaves diré versos,  
 Y juntos yo y mi dama  
 Süaves bailaremos.

## XV.

Amada palomilla,  
¿De donde, di, ó á donde  
Vienes con tanta priesa,  
Vas con tantos olores?—  
¿Pues á ti, qué te importa?  
Sabrás que Anacreonte  
Me envia á su Batilo,  
Señor de todo el orbe:  
Que como por un himno  
Me emancipó Dione,  
Nombróme por su page,  
Y él por tal recibíome.  
Suyas son estas cartas,  
Suyos estos renglones,  
Por lo cual me promete  
Libertad cuando torne.  
Pero yo no la quiero,  
Ni quiero que me ahorre;  
Porque ¿de qué me sirve  
Andar cruzando montes,  
Comer podridas vacas,  
Ni pararme en los robles?  
Á mí, pues, me permite  
El mismo Anacreonte,  
Comer de sus viandas,  
Beber de sus licores:  
Y cuando bien brindada  
Doy saltos voladores,  
Le cubro con mis alas,

Y él dulce las recoge.  
Su cítara es mi cama,  
Sus cuerdas mis colchones,  
En quien suavemente  
Duermo toda la noche.  
Mi historia es ésta, amigo;  
Pero queda á los Dioses,  
Que me has hecho parlera,  
Mas que graja del bosque.

## XVI.

Una taza me forja  
De plata; pero en ella,  
Vulcano, no me pintes  
Armadas, ni peleas.  
Porque yo ¿qué con Marte  
Solo harás que ella sea,  
Ya que no la mas ancha,  
La mas honda que puedas.  
Ni tampoco me esculpas  
Las lucientes estrellas,  
Ni el carro de las Osas,  
Ni el Orjon que hiela.  
¿Qué á mí las Pleíadas  
Ó el Boótes me prestan?  
Pero grávame vides  
Con racimos que pendan,  
Y á Baco juntamente  
Que los esprima en ella,  
Con Amor y Batilo  
Mas bello que las bellas.



## XVII.

Si alargarse pudiera  
Nuestra vida con oro,  
Sin duda le buscára  
Por un mundo ó por otro;  
Y así luego á la Muerte  
En el dia forzoso,  
Le diera una gran suma,  
Porque volviera el hombro.  
Pero ya que es vedado  
Hacer del hado logro,  
¿De qué sirve el genido?  
¿De qué sirve el sollozo?  
Tambien, si inexcusable  
Es la via del Orco,  
¿Para qué las riquezas?  
¿Para qué los tesoros?  
Pues ea, venga el vino  
Que me salte á los ojos;  
Que entre mis camaradas  
Quiero hacerme beodo.  
Y tambien la muchacha  
Con risadas y gozos,  
Y deme mil abrazos,  
Que yo le daré otros.

## XVIII.

Al Amor descuidado  
Cogieron las Pimpleas,  
Y con grillos de flores  
Al Decoro le entregan.

Luego para el rescate  
La misma Citeréa  
Previené muchos dones,  
Y da grandes riquezas.  
Pero cuando lo libre,  
Tenga por cosa cierta,  
Que amor tarde se arranca  
Si á ser esclavo empieza.

## X I X.

Si eres hombre que vales,  
Cuántas la selva verde  
Contiene breves hojas,  
Á contar doctamente;  
Ó cuántas, sin errarte,  
Arenas el mar tiene,  
A tí solo encomiendo,  
Que mis amores cuentes.  
Y cuanto á lo primero,  
De Atenas cuenta veinte,  
A quien añade quince  
Por número siguiente.  
Luego los de Corinto,  
Caterva nada esteril,  
Que es Corinto en Acaya  
De asaz bellas mugeres.  
Los de Lesbos tras estos  
Con los Jonios refiere,  
Y los de Caria y Rodas,  
Que son mas de cien veintes.—  
Pues dí ¿tanto has amado?—  
¡Oh! si advertirme quieres,

Aun no cuento los Siros,  
Ni los de Egipto alegres;  
Ni menos los de Candia,  
Cuya viciosa gente  
Está debajo el yugo  
Del Amor que enloquece.  
¿Pero qué? no es posible,  
Sin cansarte, que acierte  
A nombrar los de Cádiz,  
Que yace en el poniente,  
Ó los de Bactria y India  
Tierra en aromas fertil;  
Todos, todos calores,  
Que mis pechos encienden.

## X X.

Agora que süave  
Nace la primavera  
¿No ves como las Gracias  
De rosas mil se llenan?  
¿No ves como las ondas  
Del ancho mar quiétabas,  
Aflojan los furores,  
Y amigas se serenán?  
¿No ves como ya nada  
El ánade, y empieza  
La grulla á visitarnos,  
Y el sol á barrer nieblas?  
Los trabajos del hombre  
Ya lucen y ya medran,  
La vega pare gramas,  
La oliva flores echa:

Las cepas se coronan  
De pámpanos que engendran,  
Y de bullentes hojas  
Los campos y alamedas.

## XXI.

Amor entre las rosas,  
No recelando el pico;  
De una que allí volaba  
Abeja, salió herido;  
Y luego dando al viento  
Mil dolorosos gritos,  
En busca de su madre  
Se fué cual torbellino.  
Hallóla, y en su gremio  
Arrojado, ésto dijo:  
Madre, yo vengo muerto,  
Sin duda, madre, espiro,  
Que de una sierpecilla  
Con alas vengo herido,  
A quien todos abeja  
Llaman, y es basilisco.  
Pero Venus entonces  
Le respondió á su niño:  
Si un animal tan corto  
Da dolor tan prolijo,  
Los que tú cada día  
Penetras con tus tiros,  
¿Cuanto mas dolorosos  
Que tú estarán, Cupido?

## ROMANCE.

A mejorar la vendimia  
Salieron Filis la bella,  
Y Amor y Baco, deidades  
Uno en uvas, y otro en flechas.  
Las Gracias tres desceñidas  
Van con las Ninfas compuestas,  
Y entre las aras del gusto  
La lascivia y la belleza.  
¡Ay Dios, cuan dulce camina!  
Entre la pompa soberbia  
La tigre! ¡Mal haya, Celio,  
Quien mas parare en la aldea!  
Toma el sombrero de rua,  
Dame la parda montera,  
Que Amor, con ser cortesano,  
Ya canta toscas endechas.  
¡Ay, si me permite el cielo  
Llegar á donde me veas,  
Con cuanto gusto al trabajo  
Daré, muchacha, mis fuerzas!  
Por tres labradores diestros,  
El alma se fia en ellas,  
Trabajaré sin cansarme,  
Como yo presente os tenga.  
¡O cuantas cepas viudas  
Serán por mis manos hechas,  
Cuando caigan sus racimos.  
Desde el cuchillo á la cesta!  
Usar acciones villanas,

No lo tendré por afrenta,  
Que el sol las usó en Anfriso,  
Entre las vacas y ovejas.  
¡Qué poco le aprovecharon  
Sus astutas diligencias,  
Ni el dulce son de su lira,  
Ni el oro de sus madejas!  
Contra la pasión del alma  
Nada valieron sus yerbas,  
Que al arte de medicina  
Venció de Amor la saeta.  
Del gran mayoral Admeto  
Trató las anchas dehesas,  
Llevando el zurrón al lado  
Con la lira y la merienda.  
Tejiendo mimbres estaba  
Mientras las vacas le dejan,  
Y de la leche exprimida  
Natas cuaja y queso encella.  
¡O cuantas veces la hermana  
Le vió, bañada en vergüenza,  
Con el becerro en los brazos  
Subir las ásperas cuestas!  
¡Y cuantas veces los toros,  
Cuando él cantaba en las peñas,  
Interrumpieron sus voces  
Con bramidos de fiereza!  
Y ni por eso olvidaba  
La dulce imagen de aquella  
Que por ser laurel sin alma,  
Le dió la suya á sus huellas.  
Desmayado en su memoria,

O pensativo en su idea,  
Tal vez pagaron las vacas  
Su descuido y negligencia.  
Animo, pues, al trabajo,  
Saca el ganado á la vega,  
Llévale al agua en paciende,  
Y al redil cuando anochezca.  
Y sepa el Amor en ambos,  
Yo en mi viña y tú en en tu selva,  
Que un labrador y un vaquero  
Sirven mas cuando mas penan.

---

## N O T I C I A S

DE DON ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Natural de Nájera, en la Rioja, nació ácia los años de 1595, y pasó los primeros años de su vida en Madrid, de donde á los catorce fue á estudiar leyes á la universidad de Salamanca. Entonces fue cuando escribió sus Cantilenas, á que dió el nombre de *Delicias*, linadas, segun él mismo dice, á los veinte años, y que, acompañadas de sus traducciones y demas poesías, publicó en 1618 con el título de *Eróticas*. Pero puede decirse que sus estudios poéticos acabaron al mismo tiempo que acabó su juventud. Los cuidados domésticos le ocuparon en adelante, y la escasez de su hacienda le obligó á pretender largo tiempo algun empleo con que suplirla. Todos sus deseos en

esta parte se malograron. El resto de su vida le pasó en su patria dedicado á tareas de erudicion que tampoco le consiguieron utilidad ninguna. En su vejez tradujo la obra *De Consolatione* de Severino Boecio, reimpressa con las Eróticas en nuestros dias, y murió en Nájera en 3 de setiembre de 1669.



# ROMANCERO.

## PARTE I.

### ROMANCES MORISCOS.

#### I.

Sale la estrella de Venus  
Al tiempo que el sol se pone,  
Y la enemiga del día  
Su negro manto descoge:  
Y con ella un fuerte moro  
Semejante á Rodamonte  
Sale de Sidonia armado.  
De Jerez la vega corre  
Por do entra Guadalete  
Al mar de España, y por donde  
De Santa María el puerto  
Recibe famoso nombre.  
Desesperado camina,  
Que aunque es de linage noble,  
Le deja su dama ingrata  
Porque se suena que es pobre;  
Y aquella noche se casa  
Con un moro feo y torpe,  
Que es alcaide de Sevilla  
Del alcazar y la torre.  
Quejábase gravemente  
De un agravio tan enorme,  
Y á sus palabras la vega  
Con el eco le responde.  
Zayda, dice, mas airada  
Que el mar que las naves sorbe,

Mas dura é inexorable  
Que las entrañas de un monte;  
¿ Como permities , cruel,  
Despues de tantos favores,  
Que de prendas que son mias  
Ajenas manos se adornen?  
¿ Es posible que te abraces  
A las cortezas de un roble,  
Y dejes el árbol tuyo  
Desnudo de fruto y flores?  
¿ Dejas un pobre muy rico,  
Y un rico muy pobre escoges,  
Y las riquezas del cuerpo  
A las del alma antepones?  
¿ Dejas al noble Gazul,  
Dejas seis años de amores,  
Y das la mano á Albenzayde  
Cuando apenas le conoces?  
Alá permita , enemiga,  
Que te aborrezca y le adores,  
Que por celos de él suspires,  
Y por ausencia le llores.  
Y que de noche no duermas,  
Y de dia no reposes,  
Y en la cama le fastidies,  
Y que en la mesa le enojés:  
Y en las fiestas y en las zambras  
No se vista tus colores,  
Ni aun para verle permita  
Que á la ventana te asomes.  
Y menosprecie en las cañas,  
Para que mas te alborotes,

El almaizar que le labres,  
Y la manga que le bordes,  
Y se ponga el de su amiga  
Con la cifra de su nombre,  
A quien le dé los cautivos  
Cuando de la guerra torne.  
Y en batalla de cristianos  
De velle muerto te asombres,  
Y plegue á Alá que suceda  
Cuando la mano le tomes.  
Y si le has de aborrecer,  
Que largos años le goces,  
Que es la mayor maldicion  
Que pueden darte los hombres.  
Con esto llegó á Jerez  
A la mitad de la noche,  
Halló el palacio cubierto  
De luminarias y voces,  
Y los moros fronterizos  
Que por todas partes corren  
Con mil hachas encendidas  
Y las libreas conformes.  
Delante del desposado  
En los estribos se pone,  
Que tambien anda á caballo  
Por honra de aquella noche.  
Arrojado le ha una lanza,  
De parte á parte pasóle:  
Alborotóse la plaza,  
Desnudó el moro su estoque,  
Y por en medio de todos  
Para Medina volvióse.

## II.

Azarque ausente de Ocaña  
Llora, blasfema, se aflige,  
Y aunque ausente y olvidado,  
Poco siente, pues que vive.  
Jurando está por su amor,  
Y por la espada que ciñe,  
Que tiene en la guarnicion  
Cintas de aquella á quien sirve,  
De no volver á Toledo  
Hasta que del Tajo al Tiber  
Sus animosas hazañas  
En las mezquitas se pinten.  
Celindaja de mis ojos,  
¿Quién te habla, quien te escribe?  
¿A quien escribes y hablas,  
Que mis memorias impide?  
Siendo tú de sangre real,  
¿Como fue posible, díme  
Que tan presto quebrantases  
La palabra que me diste?  
Acuérdate, mora ingrata,  
Que paseando en tus jardines,  
Por darme tu blanca mano,  
Que tropezabas hiciste;  
Y que alzándote del suelo,  
Hechas de ambar y de almizcle,  
Unas cuentas me entregaste,  
Porque me mostraba libre.  
Y al despedirte de mí,

Dando suspiros terribles  
Me dijistes: tén, Azarque,  
Cuenta con que no me olvides.  
Tu rey entró de por medio,  
No supe lo que me dije,  
Entró tu justa mudanza,  
Que con la luna compites.  
Que si va á decir verdad,  
No hay rey humano que obligue  
A que no se acuerde el alma  
De la memoria en que vive.  
Con él te quedaste ufana,  
Sin tí muriendo me vine,  
A mí me abrasan tus celos,  
Y él tus abrazos recibe.  
Contarásle por baldon  
Que pocas fiestas te hice,  
Que malos motes saqué,  
Porque mas tu gusto estime.  
Cuando diga si me amaste,  
Yo apostaré que le dices,  
Que tan infame bajeza  
De tu valor no imagine.  
Y que tu esquivas arrogancia  
Y tu condicion terrible  
Apenas la vencen reyes,  
Cuanto mas hombres humildes.  
El tiempo lo trueca todo:  
Yo me acuerdo que te vide  
Tan regaladora mia,  
Como del rey á quien sirves.

## III.

El alcaide de Molina,  
Manso en paz y bravo en guerra,  
Con sus capitanes todos  
Llegó á la vista de Atienza,  
De do volvió victorioso  
Sin daño, y con grande presa  
De cautivos bautizados,  
Y de cristianas banderas.  
Entró por la puerta el moro,  
Y corriendo á media rienda  
A la calle de su dama  
Soberbio y contento llega.  
Dos vueltas por ella dió,  
Y al dar la tercera vuelta,  
Desterrando sus temores  
Celinda salió á la reja,  
Diciendo furiosa y loca:  
Si tú tuvieras vergüenza  
No corrieras por mi calle  
Ni paráras á mi puerta.  
Mal haya Celinda mora,  
Tan determinada ó necia,  
Que para vivir en paz  
Se aficionó de la guerra.  
Por ser tu alfange temido,  
Mas que no por tu nobleza  
Ofrecí á tu nombre solo  
Lo que ves en tu presencia;  
Sin considerar primero,

Que es claro que no concuerdan  
Con entrañas de diamante  
Entrañas que son de cera.  
¿Qué importa que mis regalos  
En paz y en amor te tengan,  
Si al son del pífaró ronco  
En furia y ódio los truecas?  
No niego yo que no acudes  
Con voluntad á mis quejas,  
Pero acudes con mayor  
Al ruido de una escopeta.  
Pues esas cosas estimas,  
Justo es que esas cosas quieras;  
Que pues en tanto las tienes,  
Menos soy yo que son ellas.  
Cíñete tu corvo alfange,  
Embrázate tu rodela,  
Y llama tu fiel Acates  
Que te lleve las saetas.  
Sal á hacer escaramuzas  
Por el monte y por la vega  
En tu caballo tordillo,  
Y en tu fronteriza yegua.  
Tala los campos cristianos,  
Roba las cristianas tiendas,  
Desde el campo de Almazan  
Hasta el monte de Sigüenza.  
Deja á Celinda del todo,  
Pues tantas veces la dejas,  
Y acude á tus obras vivas,  
Pues que me haces obras muertas.  
No te llamarán mis ojos,

Aunque viendo su miseria,  
Llorarán sin ver los tuyos  
Mi soledad y tu ausencia.  
Esto dijo, y al momento  
Cerró del balcon las puertas,  
Sin tener lugar el moro  
De poderla dar respuesta.

## I V.

No en azules tahelíes  
Corvos alfanges dorados,  
Ni coronados de plumas  
Los bonetes africanos,  
Sino de luto vestidos  
Entraron de cuatro en cuatro  
Del malogrado Aliatar  
Los afligidos soldados.  
Tristes marchando,  
Las trompas roncás,  
Los atambores destemplados.

La gran empresa de Fenix,  
Que en la bandera volando,  
Apenas la trató el viento  
Temiendo el fuego tan alto,  
Ya por señas de dolor  
Barre el suelo y deja el campo,  
Arrastrado con la seda  
Que el alferez va arrastrando.  
Tristes marchando, &c.

Salió el gallardo Aliatar  
Con cien moriscos gallardos



En defensa de Motril,  
Y socorro de su hermano;  
A caballo salió el moro,  
Y otro dia desdichado  
En negras andas le vuelven  
Por donde salió á caballo.  
Tristes, &c.

Caballeros del maestro,  
Que en el camino encontraron  
Encubiertos de unas cañas,  
Furiosos le saltearon;  
Hiriéronle malamente,  
Murió Aliatar malogrado,  
Y los suyos, aunque rotos,  
No vencidos se tornaron.  
Tristes, &c.

¡O como lo siente Zaida!  
¡Y como vierten llorando  
Mas que las heridas sangre,  
Sus ojos aljofar blanco!  
Dílo tú, Amor, si lo viste;  
¡Mas ay! que de lastimado  
Diste otro nudo á la venda,  
Por no ver lo que ha pasado.  
Tristes, &c.

No solo le llora Zaida;  
Pero acompañanla cuantos  
Del Albaicin á la Alhambra  
Beben de Genil y Darro:  
Las damas como á galán,  
Los valientes como á bravo,  
Los alcaides como á igual,

Los plebeyos como á amparo.  
Tristes marchando, &c.

Batiéndole las hijadas  
Con los duros acicates,  
Y las riendas algo flojas,  
Porque corra y no se pare;  
En un caballo tordillo,  
Que tras de sí deja el aire,  
Por la plaza de Molina  
Viene diciendo el alcaide  
Al arma, capitanes,  
Suenen clarines, trompas y atabales.

Dejad los dulces regalos,  
Y el blando lecho dejadle;  
Socorred á vuestra patria,  
Y librad á vuestros padres.  
No se os haga cuesta arriba  
Dejar el amor suave,  
Porque en los honrados pechos  
En tales tiempos no cabe.  
Al arma, capitanes, &c.

Anteponed el honor  
Al gusto, pues menos vale;  
Que aquel que no le tuviere  
Hoy aquí podrá alcanzalle.  
Que en honradas ocasiones  
Y en peligros semejantes  
Se suelen premiar las armas  
Conforme al brazo pujante;

Al arma, capitanes, &c.

Dejad la seda y brocado,

Vestid la malla y el ante,

Embrazad la adarga al pecho,

Tomad lanza y corvo alfange,

Haced rostro á la fortuna,

Tal ocasion no se escape,

Mostrad el robusto pecho

Al furor del fiero Marte.

Al arma, capitanes, &c.

A la voz mal entonada

Los ánimos mas cobardes

Del honor estimulados

Ardiendo en cólera salen,

Con mil penachos vistosos

Adornados de turbantes,

Y siguiendo las banderas

Van diciendo sin pararse:

Al arma, capitanes, &c.

Cual tímidas ovejuelas

Que ven el lobo delante,

Las bellas y hermosas moras

Llenan de quejas el aire;

Y aunque con femenil pecho

La que mas puede mas hace,

Pidiendo favor al cielo

Van diciendo por las calles:

Al arma, capitanes, &c.

Acudieron al asalto

Los moros mas principales,

Formándose un escuadron

Del vulgo y particulares;

Y contra dos mil cristianos,  
Que están talando sus panes,  
Toman las armas furiosos,  
Repitiendo en su language:  
Alarma, capitanes,  
Suenen clarines, trompas y atabales.

## V I.

Recoge la rienda un poco,  
Para el caballo que aguija.  
Medroso del acicate  
Con que furioso le picas;  
Que sin uso de razon,  
A mi parecer te avisa  
De aquel venturoso tiempo,  
Que tú, desleal, olvidas:  
Cuando ruabas mi calle,  
Midiendo de esquinas á esquina  
Con tus corbetas el suelo,  
Mis ventanas con tu vista.  
¡O cruel á mi memoria!  
Pues por ella me castigas,  
Abrasando mis entrañas  
Con esas entrañas frias.  
¡Qué de prendas que fiaba  
De tu voluntad fingida!  
¡Qué de verdades me debes!  
¡Y yo á tí, qué de mentiras!  
Ayer temiste á mis ojos,  
Hoy vences á quien temias;  
Que amor y tiempo en mil años

No están iguales un día.  
Pensaba yo que en tu nombre  
Mi esperanza fuese rica  
En prendas de quien tú eres,  
Y de quien son mis caricias.  
¿A donde enseñan engaños?  
Por merced que me lo digas:  
Defenderéme del tiempo,  
Y de tí no tendré envidia.  
Mas bien pudiera saberlo,  
Si yo saberlo queria,  
Cuando escuché tus razones,  
Y vi tus quejas escritas.  
Disculpas pensabas darme,  
No quiero que me las digas:  
Para la dama que engañas  
Será mejor que te sirvan.  
Ya te cansas de escucharme,  
Bien es ya que te despidas  
De mi alma y de mis ojos  
Como de mis celosías.  
Esto dijo al moro Azarque  
La bella Zayda de Olías,  
Y cerrando su balcon  
Dió principio á sus desdichas.  
El Moro picó el caballo  
Y hácia el terrero le guia,  
Murmurando de su estrella,  
Que á mil mudanzas le inclina.

## VII.

Diamante falso y fingido  
Engastado en pedernal,  
Alma fiera en duro pecho,  
Que ninguna fiera es más;  
Ligero como los vientos,  
Mudable como la mar,  
Inquieto como el fuego  
Hasta hallar su natural;  
Si las lágrimas que vierto  
Fueran lenguas para hablar,  
Injurias me faltarian  
Para culpar tu maldad.  
¡Qué injurias podré decirte!  
Mas no te quiero injuriar,  
Porque al fin quien dice injurias  
Cerca está de perdonar.  
A todas dices que son  
Las que contento te dan  
Para tu gusto mentira,  
Y que yo soy tu verdad.  
Y con esto piensan todos  
Que debo á tu voluntad  
Cuantos caminos emprendes,  
Para que te deba mas.  
Si como yo conociesen  
Tu condicion natural,  
A otro blanco mirarian  
A donde tus flechas van.  
Yo sé, traidor, que estas quejas

Muy poca pena te dan,  
Porque al fin quien dice injurias  
Cerca está de perdonar.

Cansada estoy, enemigo,  
De sufrir y de llorar  
Causa agena y propios daños,  
Tu placer y mi pesar.  
Mis enemigos acoges;  
Porque al fin conoces ya,  
Que cuando no puedan obras,  
Palabras me matarán.  
Sospechas dudosas fueron  
Causa de todo mi mal,  
Y celos averiguados  
Convaleciéndome van.  
Al cielo quiero dar voces;  
Pero mejor es callar:  
Porque al fin quien dice injurias  
Cerca está de perdonar.

Así Fátima se queja  
Al valiente Reduan  
En el jardin de la Alhambra,  
Al pie de un verde arrayan.  
El Moro que está sin culpa,  
Aunque no sin pena está,  
Asióle la blanca mano  
Y así comienza á hablar:  
Cesad, hermosas estrellas,  
Que no es bien que lloreis mas,  
Que si á mí me llamais piedra,  
En piedras haceis señal.  
Y no penseis que me agravio

De que injurias me digais,  
Porque al fin quien dice injurias  
Cerca está de perdonar.

## VIII.

Mira, Zaide, que te aviso  
Que no pases por mi calle,  
Ni hables con mis mugeres,  
Ni con mis cautivos trates:  
Ni preguntes en que entiendo,  
Ni quien viene á visitarme,  
Ni que fiestas me dan gusto,  
Ni que colores me placen.  
Basta que son por tu causa  
Las que en el rostro me salen,  
Corrida de haber mirado  
Moro que tan poco sabe.  
Confieso que eres valiente,  
Que rajas, hiendes y partes,  
Y que has muerto mas Cristianos  
Que tienes gotas de sangre:  
Que eres gallardo ginete,  
Y que danzas, cantas, tañes,  
Gentilhombre, bien criado,  
Cuanto puede imaginarse:  
Blanco, rubio por extremo,  
Esclarecido en linage,  
El gallo de las bravatas,  
La gala de los donaires:  
Que pierdo mucho en perderte,  
Que gano mucho en ganarte,



Y que si nacieras mudo,  
Fuera posible adorarte.  
Mas por este inconveniente  
Determino de dejarte,  
Que eres pródigo de lengua,  
Y amargan tus libertades.  
Y habrá menester ponerte  
Quien quisiere sustentarte,  
Un alcazar en el pecho,  
Y en los labios un alcaide.  
Mucho pueden con las damas  
Los galanes de tus partes,  
Porque los quieren briosos  
Que hiendan y que desgarrén.  
Y con esto, Zayde amigo,  
Si algun banquete les haces,  
El plato de tus sabores  
Quieres que coman y callen.  
Costoso fué el que hicistes,  
Venturoso fueras, Zayde,  
Si conservarme supieras,  
Como supiste obligarme.  
Pero no saliste apenas  
De los jardines de Tarfe,  
Cuando hiciste de tus dichas  
Y de mi desdicha alarde;  
Y á un Morillo mal nacido  
Me dijeron que enseñastes  
La trenza de mis cabellos,  
Que te puse en el turbante.  
No pido que me la des,  
Ni que tampoco la guardes:

Mas quiero que entiendas, Mero,  
Que en mi desgracia la traes.  
Tambien me certificaron,  
Como le desafiastes  
Por las verdades que dijo,  
Que nunca fueran verdades.  
De mala gana me rio,  
¡Qué donoso disparate!  
Tú no guardas tu secreto,  
¿Y quieres que otro lo guarde?  
No quiero admitir disculpa,  
Otra vez vuelvo á avisarte;  
Esta será la postrera,  
Que me veas y te hable.  
Dijo la discreta Mora  
Al altivo Abenzerrage,  
Y al despedirle replica:  
Quien tal hace que tal pague.

## IX.

Dí, Zayda, ¿de qué me avisas?  
¿Quieres que muera y que calle?  
No des crédito á mugeres,  
No fundadas en verdades.  
Que si pregunto en que entiendes,  
Ó quien viene á visitarte,  
Son fiestas de mi contento  
Las colores que te salen.  
Si dices son por mi causa,  
Consuélate con mis males,  
Que mil veces con mis ojos

Tengo regadas tus calles.  
Si dices que estás corrida  
De que Zayde poco sabe;  
No supe poco, pues supe  
Conocerte y adorarte.  
Conoces que soy valiente,  
Y tengo otras muchas partes;  
No las tengo, pues no puedo  
De una mentira vengarme.  
Mas ha querido mi suerte,  
Que ya en quererme te canses:  
No pongas inconvenientes..  
Mas de que quieres dejarme..  
No entendí que eras muger  
A quien novedad aplice,  
Mas son tales mis desdichas,  
Que ya aun lo imposible hacen.  
Hánme puesto en tal estrecho,  
Que el bien tengo por ultrage,  
Y alábasme por hacerme  
La nata de los pesares.  
Yo soy quien pierdo en perderte,  
Y gano mucho en ganarte;  
Y aunque hablas en mi ofensa,  
No dejaré de adorarte..  
Dices que si fuera mudo  
Fuera posible adorarme;  
Si en mi daño yo lo he sido,  
Enmudezco en disculparme.  
¿Hate ofendido mi vida?  
¿Quieres, señora, matarme?  
Basta decir que yo hablé

Para que el pesar me acabe.  
Es mi pecho calabozo  
De tormentos inmortales;  
Mi boca la del silencio  
Que no ha menester alcaide.  
El hacer plato y banquete  
Es de hombres principales,  
Mas de favores hacerlo  
Solo pertenece á infames.  
Zayda cruel, hasme dicho  
Que no supe conservarte:  
Mejor supe yo quererte,  
Que tú supiste pagarme.  
Mienten los Moros y Moras,  
Y miente el villano Atarfe,  
Que si yo le amenazára,  
Bastára para matarle.  
Este perro mal nacido,  
A quien yo mostré el turbante,  
No le fio yo secretos  
Que en bajo pecho no caben.  
Yo he de quitarle la vida,  
Y he de escribir con su sangre,  
Lo que tú, Zayda, replicas:  
Quien tal hace que tal pague.

## X.

Si tienes el corazon,  
Zayde, como la arrogancia,  
Y á medida de las manos  
Dejas volar las palabras;

Si en la vega escaramuzas,  
Como entre las damas hablas,  
Y en el caballo revuelves  
El cuerpo como en las zambras;  
Si el aire de los bohordos  
Tienes en jugar la lanza,  
Y como danzas la toca,  
Con la cimitarra danzas;  
Si eres tan diestro en la guerra  
Como en pasear la plaza,  
Y como á fiestas te aplicas,  
Te aplicas á la batalla:  
Si como el galan ornato,  
Usas la lucida malla,  
Y oyes el son de la trompa,  
Como el son de la dulzaina:  
Si como en el regocijo  
Tiras gallardo las cañas,  
En el campo al enemigo  
Le atropellas y maltratas;  
Si respondes en presencia,  
Como en ausencia te alabas;  
Sal á ver si te defiendes,  
Como en el Alhambra agravias.  
Y si no osas salir solo,  
Como lo está el que te aguarda,  
Alguno de tus amigos  
Para que te ayuden saca.  
Que los buenos caballeros  
No en palacio ni entre damas  
Se aprovechan de la lengua,  
Que es donde las manos callan;

Pero aquí que hablan las manos  
Ven, y verás como habla  
El que delante del Rey  
Por su respeto callaba.  
Esto el Moro Tarfe escribe  
Con tanta cólera y rabia,  
Que donde pone la pluma,  
El delgado papel rasga.  
Y llamando á un page suyo,  
Le dijo: vete al Alhambra,  
Y en secreto al Moro Zayde  
Dá de mi parte esta carta.  
Y dirásle que le espero  
Donde las corrientes aguas  
Del cristalino Geuil  
Al Generalife bañan.

## XI.

Así no marchite el tiempo  
El abril de tu esperanza,  
Que me digas, Tarfe amigo,  
Donde podré ver á Zayda.  
La forastera te digo,  
Aquella recién casada,  
La de los rubios cabellos,  
Y mas que cabellos gracias.  
Aquella que en menosprecio  
De las damas cortésanas  
Celebran los Moros nobles  
Con gloriosas alabanzas.  
Voy por ella á la mezquita,

Por ella voy á las zambras,  
Y aunque tan caro me cuesta  
No puedo velle la cara.  
Encúbrese de mis ojos,  
Cierta señal que me agravia,  
Y aunque mas, Tarfe, me digas,  
No tengo celos sin causa.  
Despues que á Granada vine,  
¡Nunca viniera á Granada!  
Sale mi alcaide de noche,  
Y aun no viene á la mañana.  
Enfádanle mis caricias,  
Y estar conmigo le enfada:  
No es mucho que yo le canse  
Si en otra parte descansa.  
Si está en el jardin conmigo,  
Si está conmigo en la cama,  
No solo las obras niega,  
Mas me niega las palabras.  
Si le digo: vida mia,  
Me responde: mis entrañas;  
Pero con una tibieza  
Y un yelo que me las rasga.  
Y mientras mas le regalo,  
Como trae vestida el alma  
De pensamientos traidores,  
Enséñame las espaldas.  
Si me enlazo de su cuello  
Baja los ojos, y baja  
La cabeza, y de mis brazos  
Dá vuelta y se desenlaza;  
Arrojando unos suspiros

Del infierno de sus ansias,  
Que mis sospechas enciende,  
Y mis contentos abrasa.  
Si la causa le pregunto,  
Dice que yo soy la causa;  
Y miente, que allí me tiene  
Ociosa y enamorada.  
Pues decir que le he ofendido;  
En infiernos de amor arda,  
Si despues que le conozco  
Me he asomado á la ventana,  
Si he tomado mano agena,  
Si he visto toros ni cañas,  
Y si en parte sospecho  
Se han estampado mis plantas.  
Y Mahoma me maldiga,  
Si por guardarse en mi casa  
La ley de su gusto sola  
Las del Alcoran se guardan.  
Mas ¿para qué gasto tiempo  
En darte cuentas tan largas,  
Si el alcance que le he hecho  
Tú lo sabes y lo callas?  
No jures, que no te creo:  
¡Aquella muger mal haya,  
Que de vuestros juramentos  
Redes para el gusto labra!  
¡Que traidores son los hombres!  
¡Como sus promesas falsas,  
Muerto el fuego, desaparecen  
Como escritas en el agua!  
¡Ay Dios! que me acuerdo cuando....



Aquí el aliento me falta,  
Una congoja me viene,  
Tenme, Tarfe. no me caiga.  
Dijo llorando Adalifa  
Celosa de su Abenamar,  
Y en brazos del Moro Tarfe  
Se ha quedado desmayada.

## XII.

Por la plaza de San Lucar  
Galan paseando viene  
El animoso Gazul  
De blanco, morado y verde.  
Quiere partirse gallardo  
A jugar cañas á Gelves,  
Que hace fiestas su alcaide  
Por las paces de los Reyes.  
Adora una Abencerraje,  
Reliquia de los valientes  
Que mataron en Granada  
Los Zegries y Gomeles.  
Por despedirse y hablalle  
Vuelve y revuelve mil veces,  
Penetrando con los ojos  
Las venturosas paredes.  
Al cabo de una hora de años,  
De esperanzas impaciente,  
Vióla salir al balcon  
Haciendo los años breves.  
Arremetió su caballo  
Viendo aquel sol que amaneco.

Haciendo que se arrodille,  
Y el suelo en su nombre bese:  
Con voz turbada le dice:  
No es posible sucederme  
Cosa triste en esta ausencia,  
Viendo así tu vista alegre.  
Allá me llevan sin alma  
Obligacion y parientes;  
Volveráme mi cuidado  
Por ver si de mí le tienes.  
Dame una empresa en memoria,  
Y no para que me acuerde:  
Sino para que me adorne,  
Guarde, acompañe y esfuerce.  
Celosa está Lindaraja,  
Que de celos grandes muere  
De Zayda la de Jerez,  
Porque su Gazul la quiere.  
Y de esto la han informado  
Que por ella ardiendo muere,  
Y así á Gazul le responde:  
Si en la guerra te sucede  
Como mi pecho desea,  
Y el tuyo falso merece,  
No volverás á San Lucar  
Tan ufano como sueles  
Á los ojos que te adoran,  
Y á los que mas te aborrecen.  
Y plegue á Alá que en las cañas  
Los enemigos que tienes  
Te tiren secretas lanzas,  
Porque mueras como mientes.

Y que traigan fuertes jacos  
Debajo los alquiceles,  
Porque si quieres vengarte,  
Acabes y no te vengues.  
Tus amigos no te ayuden,  
Tus contrarios te atropellen,  
Y que en hombros de ellos salgas  
Cuando á servir damas entres.  
Y que en lugar de llorarte  
Las que engañas y entretienes,  
Con maldiciones te ayudén,  
Y de tu muerte se huelguen.  
Piensa Gazul que se burla,  
(Que es propio del inocente),  
Y alzándose en los estribos,  
Tomarle la mano quiere.  
Miente, le dice, Señora,  
El Moro que me revuelve,  
A quien estas maldiciones  
Le vengán, porque me venguen.  
Mi pecho aborrece á Zayda,  
De que la amó se arrepiente,  
Malditos sean los años,  
Que la serví por mi suerte.  
Dejóme á mí por un Moro,  
Mas rico de pobres bienes...  
Esto que oye Lindaraja,  
Aquí la paciencia pierde.  
A este punto pasó un page  
Con sus caballos ginetes,  
Que los llevaba gallardos  
De plumas y de jaeces.

La lanza con que ha de entrar  
La toma y fuerte arremete,  
Haciéndola mil pedazos  
Contra las mismas paredes.  
Y manda que sus caballos  
Jaeces y plumas truequen,  
Los verdes truequen leonados,  
Para entrar leonado en Gelves.

## XIII.

De los trofeos de amor  
Coronadas ambas sienes,  
Muy gallardo entra Gazul  
A jugar cañas á Gelves,  
En un overo furioso  
Que al aire en su curso excede,  
Y su pujanza y rigor  
Un leve freno detiene.  
Llegando á do están las damas,  
En los arzones se mete,  
Y en pie se pusieron todas  
Bien ciertas que mas merece.  
Entre ellas estaba Zayda,  
De quien un tiempo doliente  
Fué favorecido el Moro,  
Aunque agora la aborrece.  
Y como vido á Gazul,  
Renovóse el accidente,  
Y tanto cuanto le mira  
Mas le adora y mas le quiere.  
Y así cual puesta en balanza

Dando el alma mil vaivenes  
Celosa y arrepentida  
Diversas cosas revuelve.  
Alminda que vido a Zayda  
Que de nuevo se entristece,  
Para divertir, la dijo  
Le descubra lo que siente.  
Tomó Zafira la mano,  
Y la plática suspende  
El alboroto y estruendo  
De los que á las cañas vienen.  
Estaban ya las cuadrillas  
Dentro del cerco y palenque  
Con berberiscas naciones  
Y marlotas diferentes.  
Al son de bárbaras trompas  
Los caballos impacientes  
Con relinchos y bufidos  
Por medio la turba hienden.  
Revuélvense unos con otros,  
Y con ánimos valientes  
Con leves cañas procuran  
Ofenderse cuanto pueden.  
Duró gran rato la fiesta,  
Pero fue, como sucede,  
Que todo á la fin se acaba,  
Todo se acaba y perece.  
Daba priesa el cano tiempo  
Á Apolo porque detiene  
Su velocísimo carro  
De su tardanza impaciente:  
Y cuando llegó al ocaso,

Su contrario que lo siente,  
Con no menor movimiento  
Bate las alas y viene.  
A cuya venida todos  
Por medio el campo arremeten,  
Y de su esfuerzo pagados  
Mandaron cesar los jueces.

## XIV.

No es razon, dulce enemiga,  
Si acaso me quieres bien  
Que por dar contento á Zayde,  
Tan sorda á mi llanto estés.  
¿Qué aspid de Libia, señora,  
Te ha enseñado á ser cruel?  
¿Quien te dió entrañas tan duras,  
Que amorosas solian ser,  
Que la gloria que en un año  
Con pura aficion compré,  
Quieres con alma traidora  
Tiranizarla en un mes?  
Dicenme que ese envidioso  
La causa de mi mal es;  
Y que son tus ojos fuentes  
El tiempo que no le ves.  
Pues no es justo, hermosa Laura,  
Que con tan rico laurel,  
Y á fuerzas de se ganado,  
Se adorne un traidor sin ley.  
Vuelve con piedad los ojos,  
Verás rendido á tus pies

Como se queja Floriardo  
Por el rigor de un desden.  
Con lisonjas me entretienes,  
Y con engaños tambien,  
Hete sido fiel en todo,  
Y en nada me has sido fiel.  
Pues ya mis quejas te enfadan,  
¿A quien, tigre hircana, á quien  
De mi dolor daré cuenta  
Sino es á la causa de él?  
Y si por pobre me dejas,  
Y te mueve el interes,  
Si has menester lo que valgo,  
Tu esclavo soy, vendemé.

## XV.

Reduan, anoche supe,  
Que un vil Atarfe me ofende,  
Y en un infierno insufrible  
Trocada mi gloria tiene.  
Que un pecho que fue diamante  
En blanda cera lo vuelve,  
Mis contentos en pesares,  
Y en favores sus desdenes.  
Tanto pudo su porfia,  
Y mi ausencia tanto puede,  
Que es ya lo que nunca ha sido,  
Y yo no lo que fui siempre.  
¡Qué de abrazos que la debo!  
¡Qué de suspiros me debe  
Que ardiendo van de mi pecho,

Y se hielan en su nieve!  
Gloria la daban mis prendas,  
Y consuelo mis papeles;  
Lo que mi lengua decia,  
Eran inviolables leyes.  
Pasó este tiempo dichoso,  
Por ser dichoso, tan breve,  
Y en mil pesares y enojos  
Se trocaron mis placeres.  
¡Quien tal creyera! olvidóme,  
Y olvidado me aborrece  
Por un moro advenedizo,  
Que no sé de quien descende.  
Huélgate, mora enemiga,  
Aunque á mi pesar te huelgues:  
Entra ufana en Vivarrambla,  
Donde mis penas te alegren.  
Aquese infame Morillo,  
Que aborrezco y favoreces,  
Átale al brazo tu toca,  
Para que las cañas juegue.  
Que por Alá que has de verla,  
Teñida en su sangre aleve,  
Y en la tuya la tiñera;  
Mas soy hombre y muger eres.  
Por Mahoma, que estoy loco,  
Mi sangre en las venas hierva,  
La paciencia se me acaba,  
Y mi juicio se pierde.  
Pero no me tenga el mundo  
Por el alcaide de Velez,  
Ni me favorezca el cielo,



Ni la tierra me conserve,  
El mas corbarde me mate,  
Sin que tenga quien me vengue,  
Si á esta ciudad, si á este infierno  
A donde mi honra muere,  
No la escandalizo , y vengo  
Mis agravios con la muerte  
De ese Morillo cobarde,  
Que es infame y se me atreve;  
A quien quitaré la vida,  
Y mil vidas , si mil tiene.  
Resuelto estoy, Reduan,  
De vengarme ó de perderme;  
Que un noble , si está ofendido,  
Facilmente se resuelve.

## XVI.

Al lado de Sarracina  
Jarife está en una zambra  
Hablando en su amor primero  
De que fue la secretaria.  
¿Sois vos, le dice la mora,  
Jarife , aquel de Daraja,  
Aquel de fé templó , aquel  
Monstruo de perseverancia?  
Tres años ha , caballero,  
Que os llora por muerto España;  
¿Si muerto , cómo en el mundo?  
¿Si vivo , cómo sin alma?  
El enamorado moro  
Por satisfacer la dama

Ni en voz humilde ni altiva  
Así su lengua desata:  
El hilo de nuestras vidas  
En mano está de las Parcas;  
Ellas le rompen y tuercen,  
Que fuerza de amor no basta.  
Si hubiera querido el cielo,  
Que para mas mal me guarda,  
Puerta han dado mis empresas  
A mas de un morir de fama,  
Mas de una vez el Maestro  
Midió conmigo su lanza:  
Mas de un golpe de los suyos  
Guarda por blason mi adarga.  
En la traicion de Muley  
Y en la libertad de Zaida  
Si no derramé la vida,  
Fue culpa de mi desgracia.  
Aunque fue (si bien se mide)  
Cosa por razon guiada,  
Que no es justo pueda el hierro,  
Lo que no puede la rabia.  
Ví triunfar á mi enemigo  
De quien me venció sin armas,  
Yo el cuello puesto en cadena,  
Él su frente coronada.  
Ví adornados sus trofeos  
De mil laureles y palmas,  
Y el ave de Ticio fiera  
Cebarse de mis entrañas.  
Entonces, entonces, muerte,  
A buena sazon llegarás:

Tuviera el sepulcro el cuerpo  
Do tuvo su cielo el alma.  
Muriera donde á lo menos  
Supiera el mundo la causa,  
Donde mis placeres, donde  
Murieron mis esperanzas.

## XVII.

Aquel valeroso moro,  
Rayo de la quinta esfera,  
Aquel nuevo Apolo en paces,  
Y nuevo Marte en la guerra;  
Aquel que dejó memoria  
De mil hazañas diversas,  
Antes de apuntarle el bozo  
Por punta de lanza hechas;  
Aquel que es tal en el mundo  
Por su esfuerzo y por su fuerza,  
Que sus mismos enemigos  
Le bendicen y le tiemblan;  
Aquel por quien á la fama  
Le importa que se prevenga  
Para contar sus hazañas  
De mas alas y mas lenguas;  
Zulema al fin, el valiente  
Hijo del fuerte Zulema,  
Que dejó en la gran Toledo  
Fama y memoria perpetua;  
No armado, sino galan,  
Aunque armado mas lo era,  
Fue á ver en Avila un dia  
Las fiestas como de fiesta.

En viéndole, la gran plaza  
Toda se alegra y se altera,  
Que en ver en fiestas al moro  
Les parece cosa nueva.  
En los andamios reales  
Los adalifes le ruegan  
Que se asiente, aunque se temen  
Que á todos los escurezca.  
Bendiciéndole mil veces  
Su venida y su presencia,  
Le dan las damas asiento  
Dentro en sus entrañas mismas.  
Pero al fin Zulema en medio  
De los alcaides se sienta,  
Que lo fueron por entonces  
De la mayor fortaleza.  
Cuando mas breve que el viento,  
Y mas veloz que cometa  
Del celebrado Jarama  
Un toro en la plaza sueltan,  
De aspecto bravo y feroz,  
Vista enojosa y soberbia,  
Ancha nariz, corto cuello,  
Cuerno ofensivo y piel negra.  
Desocúpale la plaza  
Toda la mas gente de ella:  
Solo algunos de á caballo,  
Aunque le temen, le esperan.  
Piensan hacer suerte en él;  
Mas fuéles la suya adversa,  
Pues siempre que el toro enviste  
Los maltrata y atropella.

No osan mirar á las damas  
De pura vergüenza de ellas,  
Aunque ellas tienen los ojos  
En otra fiera mas fiera.  
A Zulema miran todas,  
Y una disfrazada entre ellas,  
Que hace á todas la ventaja  
Que el sol claro á las estrellas,  
Le hizo señas con el alma,  
De quien son los ojos lengua,  
Que esquite aquellos azares  
Con alguna suerte buena.  
La suya bendice el moro,  
Pues gusta de que se ofrezca  
Algo que á la bella mora  
De sus deseos dé muestra.  
Salta del andamio luego,  
Mas no salta, sino vuela;  
Que Amor le prestó sus alas  
Como es suya aquesta empresa.  
Cuando vé que á un hombre el toro  
Con pies y manos le huella.  
Y siendo sujeto al hombre  
Agora al hombre sujeta.  
A pie se parte á librarle,  
Y aunque todos le vocean,  
No lo deja, porque sabe  
Que está su victoria cierta.  
Llega al toro cara á cara,  
Y con la indomable diestra  
Esgrime el agudo alfange  
Haciéndole mil ofensas.

Retírase el toro atras,  
Líbrase el que estaba en tierra,  
Grita el pueblo, brama el toro,  
Vuelve á aguardarle Zulema.  
Otra vez vuelve á embestille,  
Y mejor que la primera  
Le acierta y riega la plaza  
Con la sangre de sus venas.  
Brama, hufa, escarba, huele,  
Anda al rededor, pateo,  
Vuelve á mirar quien le ofende,  
Y de temelle da muestra.  
Tercera vez le acomete,  
Echando por boca y lengua  
Blanca y colorada espuma  
De corage y sangre hecha.  
Pero ya cansado el moro  
De verle durar, le acierta  
Un golpe por do á la muerte.  
Le abrió una anchurosa puerta.  
Levanta la voz el vulgo,  
Cae el toro muerto en tierra,  
Envidianle los mas fuertes,  
Bendícenle las mas bellas.  
Con abrazos le reciben  
Los Azarques y Vanegas,  
Las damas le envian el alma  
A darle la enhorabuena.  
La fama toca su trompa,  
Y rompiendo el aire vuela,  
Apolo toma la pluma,  
Yo acabo, y su gloria empieza.

## XVIII.

Ocho á ocho, diez á diez  
Sarracinos y Aliatares  
Juegan cañas en Toledo  
Contra Alarifes y Azarques.  
Publicó fiestas el rey  
Por las ya juradas paces  
De Zaide, rey de Belchite,  
Y del granadino Atarfe.  
Otros dicen que estas fiestas  
Sirvieron al rey de achaques,  
Y que Zelindaja ordena  
Sus fiestas y sus pesares.  
Entraron los Sarracinos  
En caballos alazanes,  
De naranjado y de verde  
Marlotas y capellares.  
En las adargas traían  
Por empresas sus alfanges  
Hechos arcos de Cupido,  
Y por letra: *Fuego y sangre.*  
Iguales en las parejas  
Les siguen los Aliatares  
Con encarnadas libreas  
Llenas de blancos follages.  
Llevan por divisa á un cielo  
Sobre los hombros de Atlante,  
Y un mote que así decia:  
*Tendrélo hasta que me canse.*  
Los Alarifes siguieron

Muy costosos y galanes  
De encarnado y amarillo,  
Y por mangas almaizales.  
Era su divisa un nudo  
Que le deshace un salvage,  
Y un mote sobre el baston,  
En que dice: *Fuerzas valen.*  
Los ocho Azarques siguieron  
Mas que todos arrogantes  
De azul morado y pajizo,  
Y unas hojas por plumages.  
Sacaron adargas verdes,  
Y un cielo azul en que se asen  
Dos manos, y el mote dice:  
*En lo verde todo cabe.*  
No pudo sufrir el rey,  
Que á los ojos le mostrasen  
Burladas sus diligencias,  
Y su pensamiento en valde.  
Y mirando á la cuadrilla,  
Le dijo á Selin su alcaide:  
Aquel sol yo lo pondré,  
Pues contra mis ojos sale.  
Azarque tira bohordos,  
Que se pierden en el aire,  
Sin que conozca la vista  
A do suben, ni á do caen.  
Como en ventanas comunes  
Las damas particulares,  
Sacan el cuerpo por verle  
Las de los andamios reales:  
Si se adarga ó se retira,



Del mitad del vulgo sale  
Un gritar: Alá te guie,  
Y del rey, un muera, dadle.  
Zelindaja sin respeto  
Al pasar por rocialle,  
Un pomo de agua vertia,  
Y el rey gritó: paren, paren.  
Creyeron todos que el juego  
Paraba por ser ya tarde,  
Y repite el rey celoso:  
Prendan al traidor de Azarque.  
Las dos primeras cuadrillas  
Dejando cañas á parte,  
Piden lanzas, y ligeros  
A prender al moro salen:  
Que no hay quien baste,  
Contra la voluntad de un rey amante.

Las otras dos resistian  
Si no les dijera Azarque;  
Aunque Amor no guarda leyes,  
Hoy es justo que las guarde.  
Rindan lanzas mis amigos,  
Mis contrarios lanzas alcen,  
Y con lástima y victoria  
Lloren unos, y otros callen:  
Que no hay quien baste  
Contra la voluntad de un rey amante.

Prendieron al fin al moro,  
Y el vulgo para libralle  
En acuerdos diferentes  
Se divide y se reparte;  
Mas como falta caudillo,

Que los incite y los llame,  
Se deshacen los corrillos  
Y su motin se deshace :  
Que no hay quien baste  
Contra la voluntad de un rey amante.

Sola Zeliudaja grita:  
Libradle , moros , libradle;  
Y de su balcon queria  
Arrojarse por librarle.  
Su madre se abraza de ella,  
Diciendo: loca ¿qué haces?  
Muere sin darlo á entender,  
Pues por tu desdicha sabes,  
Que no hay quien baste  
Contra la voluntad de un rey amante.

Llegó un recado del rey,  
En que manda que señale  
Una casa de sus deudos,  
Y que la tenga por carcel.  
Dijo Zelindaja : digan  
Al rey que, por no trocarme,  
Escojo para prision  
La memoria de mi Azarque:  
Y habrá quien baste  
Contra la voluntad de un rey amante.

## PARTE II.

## ROMANCES PASTORILES.

## I.

**E**l tronco de ovas vestido  
 De un álamo verde y blanco  
 Entre espadañas y juncos  
 Bañaba el agua del Tajo,  
 Y las puntas de su altura  
 Del ardiente sol los rayos,  
 Y todo el árbol dos vides  
 Entre racimos y lazos:  
 Al son del agua y las ramas  
 Heria el céfiro manso  
 En las plateadas hojas  
 Tronco, punta, vides y árbol.  
 Este con llorosos ojos  
 Mirando estaba Belardo,  
 Porque fue un tiempo su gloria,  
 Como ahora es su cuidado.  
 Vió de dos tórtolas bellas  
 Tejido un nido en lo alto,  
 Y que con arrullos ronc  
 Los picos se están besando.  
 Tomó una piedra el pastor,  
 Y esparció en el aire vano  
 Ramas, tórtolas y nido,  
 Diciendo alegre y ufano:  
 Dejad la dulce acogida:  
 Que la que el Amor me dió,

Envidia me la quitó,  
Y envidia os quita la vida.  
Piérdase vuestra amistad,  
Pues que se perdió la mía:  
Que no ha de haber compañía  
Donde está mi soledad.

Esto diciendo el pastor,  
Desde el tronco está mirando  
A donde irán á parar  
Los amantes desdichados.  
Y vió que en un verde pino  
Otra vez se están besando;  
Admiróse y prosiguió  
Olvidado de su llanto:

Voluntades, que avasallas,  
Amor, con tu fuerza y arte,  
¿Quien habrá, que las aparte,  
Si apartallas es juntallas?  
Pues que del nido os eché,  
Y ya teneis compañía,  
Quiero esperar que algun día  
Con Filis me juntaré.

## II.

De las africanas playas  
Alejado de sus huertas  
Mira el forzado hortelano  
De España las altas tierras.  
Mira las golosas cabras  
En las peladas laderas,  
Que apenas se determina

Si son cabras ó son peñas.  
Tiende la envidiosa vista  
Por las abundosas vegas  
Y comarcanas cabañas,  
Que casi á la par humean.  
Miraba por Gibraltar  
Las heladas rocas yertas  
Azotadas de las ondas,  
Y arrancadas de la arena.  
Mira el estrecho cubierto,  
Y las hervientes arenas,  
Que le parece que braman,  
Y por mil partes resuenan.  
O sagrado mar, le dice,  
Haz con mis suspiros treguas;  
Perdona si ellos ó el viento  
Son causa de tu tormenta.  
Pásame en esotra playa;  
Que si en ella me presentas,  
Te ofreceré un blanco toro  
El mejor de mis dehesas.  
No quiero que mis deseos  
Vayan á tierras ajenas;  
Dá vida á un nuevo Leandro,  
Que en tus manos se encomienda.  
Esto diciendo el forzado,  
En las blandas ondas se echa  
Con los brazos á remar;  
Hiende, rompe, rasga y huella.  
Mas allá á la media noche  
Cuando los miembros le aquejan,  
Temeroso de su daño

Habló así á las ondas fieras:  
Queridas y amadas ondas,  
Pues determinais que muera,  
Dejadme salir amigas,  
Que yo os pagaré esta deuda.  
Fuele el viento favorable,  
Oyó fortuna sus quejas,  
Y al nacer el rubio sol,  
Hizo pie sobre la arena.  
Dió gracias al mar piadoso,  
Al viento, norte y estrellas,  
Y con ceremonia humilde,  
Besó y adoró la tierra.

## III.

Al dulce y sabroso canto  
De las aves placenteras,  
Ya recaudaba la aurora.  
La escura nube desierta,  
Cuando un pastor desdichado  
De ningun sueño recuerda,  
Porque quien cuidados tiene,  
¿Como es posible que duerma?  
Y por hacer compañía  
A las aves que se quejan  
De algun agravio de Amor,  
Así tambien se querella:  
Ingrato Amor, Silvia ingrata,  
Ciego Amor, hermosa fiera,  
Mas que las selvas doblada,  
Y mas que las selvas bella;

Quien te dió de Silvia el nombre  
Bien dijo, pues que la selva  
Las fieras bestias produce,  
Osos y tigres alberga.  
Tú dentro tu pecho hermoso  
Desden y crueldad encierras,  
Fieras mas duras y esquivas  
Que tigres y que otras fieras:  
Pues estas suelen moverse  
Á mansedumbre y clemencia,  
Mas á tu rigor no pueden  
Vencer mis dones y ofertas.  
¡Triste! que cuando te envío  
Flores hermosas y nuevas,  
Tú las desdeñas, quizá,  
Porque en tí las hay mas bellas.  
Y si escogidas manzanas  
Te llevo, tú las desechas,  
Quizá porque mas hermosas  
Las de tu seno se muestran.  
Triste! que cuando te ofrezco  
La dulce miel, la desprecias,  
Quizá por ser mas sabrosa  
La que tus labios encierran;  
Pero si no puedo darte  
Otros dones de mas cuenta,  
Y aquestos en tí se hallan  
Con mas dulzura y belleza;  
Á mí mesmo te he entregado,  
Y aun este don menosprecias,  
Que en otro tiempo estimaste,  
Mas al fin todo se trueca:

Con estó acabó el pastor,  
Para no acabar sus quejas,  
Hasta que acabe la vida,  
Ó la razon que hay en ellas.

## I V.

Presta la venda que tienes,  
Amor, á la bella niña  
Para que cubra los ojos  
Con que dá muerte y dá vida.  
Los mas libres corazones  
Prende con sola una vista,  
Los mas soberbios sujeta,  
Y los mas firmes derriba.  
Y aunque muriendo viva,  
Goza de gloria el alma que cautiva.  
Si no quieres de tus flechas  
Gozar solas las cenizas,  
Y que de tus tiernos brazos  
Te quite el arco y se rinda,  
Déjale la venda y huye,  
De ella te oculta y te libra;  
Que no hay quien hoy se le escape  
De cuantos sus ojos miran.  
Y aunque muriendo, &c.  
No hay zagal en el aldea  
De noble ó de baja estima  
Que la señal de su hierro  
No traiga en su rostro escrita.  
De lo que las almas sufren  
Salen al rostro las pintas,



Y por los ojos descubren  
Lo que los suyos lastiman.  
Y aunque muriendo, &c.

En tanto que la tormenta  
Del airado mar se amansa,  
Y que se enjagan las redes  
Y mi barquilla descansa;  
Al són de las olas fieras,  
Que en estas peñas desbravan,  
A cuyos golpes se mueven  
Mas que á mis males mi ingrata;  
Quiero hacer un discurso  
De mi vida lastimada,  
Y cantar con voz de cisne,  
Si es verdad que el cisne canta.  
Agora pises la arena,  
Soberbia y hermosa Glauca,  
Desdeñando la tormenta  
Como desdeñas mi alma;  
Agora con tus amigas  
Sobre las redes sentada  
Cuentes de los pescadores  
Las enamoradas ansias;  
Escucha las que padezco,  
Hermosa ingrata, á tu causa,  
Que bastarán á ablandarte  
A no ser de piedra helada.  
Apenas supo la lengua  
Articular las palabras

Cuando sembré por el aire  
Mis quejas y tu alabanza.  
Y tú sabes bien que apenas  
Eché las redes al agua,  
Cuando me euredé en tus hebras,  
Que son redes de esta playa.  
Crecieron en mí los años,  
Y subieron las desgracias.  
Al peso de mis desdichas,  
Que fueron siempre pesadas.  
Nunca las puertas de Oriente  
Abrió tan hermosa el Alba.  
Cuando saca de alhelíes  
Las bellas sienes ornada,  
Que á los ojos de tu Albano  
No le hicieses tú ventaja.  
Con salir ella á dar luz,  
Y tú á lastimar entrañas:  
Ni jamás llegó la noche  
Envuelta en sus negras alas,  
Que de mis llorosos ojos  
No quedases obligada.  
Para obligarte á querer,  
Mil ejemplos hay que bastan,  
No solo en los pescadores,  
Mas en las silvestres plantas.  
El mirto quiere á la oliva,  
Y la palma ama á la palma,  
La yedra y la vid al olmo  
Con tiernos brazos le abrazan.  
Sola tú, homicida mia,  
Que tienes de roca el alma,

A los golpes amorosos  
Ni te humillas ni te ablandas.  
No hay piedra en estas riberas  
En cuyas duras entrañas  
No estén por mi mano escritos  
Los nombres de Albano y Glauca.  
No hay piedra en ella tan dura  
Como tu condicion brava,  
Pues me dan el acogida  
Que en tus entrañas me falta.  
Desterráronme desdichas,  
Que siempre son mis contrarias.  
Cadenas ciñen el cuerpo,  
Y tus desdenes el alma.  
En la fe que te tenia  
He vivido sin quebralla,  
Que no desatan prisiones  
Los nudos que atan el alma.  
Pero si aquí me acabaren  
Mis ausencias y tu saña  
Dejando á mis enemigos  
En las manos la venganza;  
Á tí, desdeñosa mia,  
Quiero suplicar que vayas  
A hallarte en mis exequias,  
Pues de ellas fuiste la causa.  
Y con un suspiro mudo,  
Con una lágrima falsa  
Sobre el helado sepulcro  
Honres la ceniza helada:  
Esto está diciendo Albano  
En tanto que el mar se amansa,

Que con erizado cerro  
Las estrellas amenaza.

## VI.

Por un dichoso favor,  
Que ayer me atreví á pedir,  
De celos me hacen morir,  
Estando muerto de amor.

Vivia tan avariento  
Mi deseo, que buscaba  
Cuando en un contento estaba  
Otro segundo contento:

Entendiéronme el humor,  
Y porque aprenda á pedir,  
De celos me hacen morir,  
Estando muerto de amor.

Esto cantaba Riselo  
Después de haber escuchado  
Las quejas de un ruiseñor  
Que llora y está cantando.  
Maldice sus pensamientos  
Porque volaron tan alto,  
Maldice memorias tristes  
Nacidas de agravios caros:  
Maldice el verde laurel  
Que en aquel siglo dorado  
Ciñó sus dichosas sienes  
Riberas del Tormes claro:  
Maldice la grama verde  
Que paciera su ganado,  
Maldice el cencerro nuevo

De su conocido manso,  
 Maldice una corderuela  
 A quien ha querido tanto  
 Que la crió en su zurrón  
 Llevándola siempre en brazos:  
 Y maldice á quien amase  
 Favor alguno negado;  
 Que si Amor anda desnudo  
 Es porque el vestido ha dado.  
 Por su Narcisa lo dice,  
 Que en la villa y en el prado  
 Por tasa le da los gustos,  
 Y los celos no tasados.  
 Fuese tras esto el pastor  
 Huyendo de su cuidado:  
 Pero luego le alcanzó,  
 Y volvió á penar doblado.

Por los jardines de Chipre  
 Andaba el niño Cupido  
 Entre las rosas y flores  
 Jugando con otros niños:  
 Cual trepa por algun sauce  
 Presumiendo buscar nidos,  
 Cual cogiendo el fresco viento  
 Por coger los pajarillos:  
 Cual hace jaulas de juncos,  
 Cual hace palacios ricos  
 En los huecos de los fresnos,  
 Y troncos de los olivos.

Cuando cubiertas de abejas  
 Halló el travieso Cupido  
 Dos colmenas en un roble  
 Con mil panales nativos.  
 Metió la mano el primero  
 Llamando á los otros niños,  
 Picóle en ella una abeja,  
 Y sacóla dando gritos.  
 Huyen los niños medrosos,  
 El rapaz pierde el sentido,  
 Vase corriendo á su madre.  
 A quien lastimado dijo:  
 Madre mia, una avecita  
 Que casi no tiene pico,  
 Me ha dado mayor dolor  
 Que pudiera un basilisco.  
 La madre que lo conoce  
 Vengada de verle herido  
 De cuando la hirió de amores  
 De Adonis, que tanto quiso;  
 Medio riendo le dice:  
 De poco te admiras, hijo,  
 Siendo tú y esa avecita  
 Semejantes en el pico.

## VIII.

Noche templada y serena,  
 Que como madre piadosa  
 Das á mis quejas silencio,  
 Entre los vivos tú sola;  
 Oye despacio y no temas;

Pues no menos que tu sombra  
Recelan mis ojos tristes  
La venida de la Aurora.  
En tanto que á estas murallas,  
Do mi enemiga reposa,  
Dan asalto mis suspiros  
Y combaten mis congojas.  
¡Cuitado del que llora  
A lenguas mudas y á paredes sordas!  
No duermas, fiera enemiga,  
Segura de tu victoria,  
Que no hay victoria segura  
Donde hay fortuna dudosa.  
No soy tan flaco contrario  
Que mi razon mucha ó poca  
A contrastar no bastára  
La tigre mas espantosa.  
¡Cuitado del que llora, &c.  
Goza, cruel, tu sosiego,  
Que esta mi voz temerosa  
Poco te ofende en quejarse  
Si con su daño te gozas.  
Den voces por mí las piedras,  
Llamándote rigurosa;  
Que si de serlo te precias,  
Tus enemigos te honran:  
Y si por yerro me vieres,  
Haz que de verme te asombras,  
Que si el pecado es cobarde  
Con razon vives medrosa.  
¡Cuitado del que llora  
A lenguas mudas y á paredes sordas!

## IX.

Apolo con su laurel,  
Y el Dios Marte con su roble  
Corona de plumas y armas  
De sabios y fuertes hombres,  
La memoria de su padre  
Tan glorioso entre españoles,  
Y la fama que le espera  
Con sus eternos loores,  
Todos llaman á la guerra  
A Lisardo, ilustre joven,  
Que está durmiendo seguro  
Sobre la yerba de un bosque.  
A la guerra, dice el rio,  
Que junto á sus plantas corre;  
Las aves sobre los sauces,  
Los ganados en los montes,  
Parece que todos juntos  
Al son de los atambores,  
Dicen: á la guerra, guerra,  
A la guerra, mozo noble.  
Despierta metiendo mano,  
Ya voy, ya parto, responde:  
Y encontró que era cayado.  
Lo que imaginaba estoque.  
No importa, dice el mancebo,  
Que aqueste pellico pobre  
Riberas del Tajo tiene  
Espadas para los hombres.  
Sobre tu vega famosa  
Tengo yo famosas torres,



Envidiadas por ventura  
De los que mandan las Cortes.  
A donde las voces suenan,  
A caminar se dispone;  
Cuando siente que le tiran  
Llamándole por su nombre.  
Volvió los ojos ayrados,  
Y vió los de Alcida, donde  
Llorando perlas, hacia  
Oriente la tierra entonces.  
¿A donde te vas sin mí,  
O capitan de traidores?  
Pero Lisardo le dice:  
No te lastimes, amores;  
Que voy á ver una garza,  
Que volaba y despertóme.  
Pues llevame allá contigo,  
Primero que se remonte;  
Que yo te tendré la flecha,  
Mientras tú la cuerda pones.  
Quemaráte el sol, mis ojos,  
Envidioso de tus soles;  
Por detenerte, las zarzas  
Herirán tus pies si corres.  
No importa, le dice Alcida,  
Porque ya el sol me conoce;  
Y tú me sueles decir,  
Que cuando me vé se esconde.  
Y otra vez me aseguraste  
Huyendo tus ocasiones,  
Que á las zarzas por do iba  
Mudaban mis pies en flores.

Mas Lisardo le replica:  
A la guerra voy, amores,  
Apolo, Marte y la Fama  
Me llaman, que bien los oyes.  
Alcida entonces turbada  
Su rubio cabello rompe,  
Diciendo: enemigo mio,  
Allá vayas, y no tornes.  
Mas vete en paz á tu guerra,  
Que á buen seguro te acoges,  
En llevar el alma mia  
Por defensa de los golpes.  
Mal podrán mis tiernos años  
Detener tus pies veloces,  
Y mas si llevan en ellos  
Mis obras y mis razones.  
Llegó Belardo en aquesto,  
Y con algunos pastores  
Sobre el pellico de seda  
Le yistieron armas dobles.

## x.

Una estatua de Cupido,  
Que al templo de unos pastores  
De dios de amor le servia,  
Siendo dios de sinrazones;  
Colgaba el pastor Belardo  
De la alta rama de un roble,  
Que quiere que lleve el fruto  
A su dureza conforme.  
Desciñéndose la honda

De un arroyo piedras coge,  
Y resonando los valles,  
La dorada imagen rompe.  
Ahí te quedarás, le dice,  
Persecucion de los hombres,  
Maestro de hacer agravios,  
Inventor de traiciones;  
Aspid fiero que se cria  
Dentro de los corazones,  
Que su propia sangre bebe,  
Y de sus entrañas come;  
Locura en que dan las almas,  
Alegre mal y bien pobre,  
Enfermedad sin remedio,  
Que con él se aumenta al doble;  
Padre de celos y olvido,  
Ladron de puertas y torres,  
Afrentador de linages,  
Ingeniero de traidores;  
Mejor estarás ahí,  
Donde te echen maldiciones,  
Que no en los sacros palacios  
A donde necios te adoren.  
La estatua solo te afrento  
Por si á los cielos te acoges,  
Para que viéndote infame,  
De allá te arrojen los dioses.  
En esto vió que bajaban  
Al valle algunos pastores,  
Y contándoles el caso  
Les ruega que le perdonen.  
Por mi parte, dijo Albanio,

No hayas miedo que me enoje;  
Que allá me tiene diez años  
De mi vida los mejores.  
Sinrazon es, dijo Alcino,  
Que entonces amaba á Floris,  
Sacar al dios de su templo,  
Y deshonoralle en el monte.  
El Amor en sí no es malo,  
Mire el hombre lo que escoge;  
Que si sus ojos le engañan,  
Es justo que ellos le lloren.  
Mientras ellos argüian,  
Se fué acercando la noche,  
Y Filis con otras damas  
Bajó de secreto al bosque.  
Llegó piadosa á Cupido,  
Y de la rama quitóle;  
Como aquella que tenia  
Mayores obligaciones.  
Que no es bien, dijo llorando,  
Que por un villano torpe  
Un dios tan bello se afrente,  
Y que de infame le noten.  
Éste hizo á mi hermosura  
Celebrada en todo el orbe,  
Y que ya en mi edad postrera  
Descansó y oro me sobre.  
Con esto muy triste Filis  
De la soga desatóle,  
Haciéndole sepultura  
Entre jazmines y flores.

## IX.

*Continuacion del anterior.*

¿Cuando cesarán las iras,  
De tus injustos desdenes,  
Cobarde enemiga mia,  
Que no perdonas y puedes?  
Yo confieso que venciste:  
¿Que Alcides piensas que vences  
Sino á un hombre que te llama,  
Siendo flaca, muger fuerte?  
¿Cuando riberas del Tajo  
Miraré del sol la frente,  
Sin que me queme tu lumbre  
Porque de mí no te vengues?  
Cansada tengo la noche  
De llamarla para verte,  
La ventura de ayudarme,  
Y la luna de esconderse.  
Yo que no me contentaba  
Con tus brazos muchas veces,  
Ya me consuelo, enemiga,  
Con ver tu calle, y volverme.  
Los hierros de tu ventana  
Quiere amor que adore y bese,  
A devocion de tu alma  
De quien su dureza aprenden.  
¡O larga desdicha mia!  
Mas no es razon que me queje,  
Bien es yerro que te adore,

II.

Quien andubo errado siempre.  
Estas piedras son testigos,  
De que cubierto de nieve  
Me halló mil veces el sol,  
Antes que el tuyo saliese.  
Y agora por no aguardar  
A que tu nieve me queme,  
Paso el puerto temeroso  
De que á tu puerta me quede.  
Para que no me conozcan  
Has mudado las paredes,  
De quien era yedra amada,  
Mientras estabas ausente.  
Quizá porque escrito estaba  
El nombre que tú aborreces;  
Que lo borrado en el alma,  
En las paredes ofende.  
Cuando , ingrata , me querías,  
No habia quien no trujese  
Los dos nombres en la boca,  
Que ahora enfadan la gente.  
Y así enfada el tiempo mismo,  
De que no puede vencerme,  
Aunque yo lo canso , y digo,  
Que tu hermosura me vence:  
Que mientras fueres hermosa,  
No dejaré de quererte;  
Y seráslo siempre , ingrata,  
Porque pene eternamente.  
Vengaste tu estatua, amor,  
Afloja el cordel , no aprietes  
Ofensor mártir del alma,

Deja el cuerpo que no siente.  
Tu estatua colgué de un roble;  
Todo se sufre á quien pierde;  
Viva Filis, venció Filis,  
Vive Amor, Belardo muere.  
Con esto orilla del Tormes  
Sus aguas llorando crece  
El mas verdadero amante,  
Y el mas agraviado siempre.

## XII.

Cuando las sagradas aguas  
Del ancho y sagrado Betis  
Con la multitud de barcos  
Con dificultad parecen;  
Cuando entoldadas las popas  
De juncia y de ramas verdes  
En el agua escaramuzan  
A pesar de sus corrientes;  
Cuando mil alegres cantos,  
Que los sentidos suspenden,  
Interrumpen á los vientos,  
Y enamoran á los peces;  
Cuando en las torres mas altas  
Mil luminarias parecen,  
Y cual veloces cometas  
Atraviesan los cohetes;  
Entonces, mi Jacinto, amor me tiene  
Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.  
Envidiosos de mi bien  
Fortuna y amor me tienen,

El uno en prision el cuerpo,  
El otro el alma en sus redes.  
En vez del ligero barco  
Entoldado de laureles  
Tengo un triste calabozo,  
Do mis pensamientos remen.  
El agua por do navega,  
Es la que mis ojos vierten;  
Que aunque á mi fuego no basta,  
Basta para que me anegue.  
Y del implacable fuego,  
Que en mis entrañas se enciende,  
Cual los cohetes veloces  
Salen suspiros ardientes.  
Ecos de suspiros tristes  
Son mis canciones alegres:  
Tal estoy, que cuando el cielo  
Su favor al mundo ofrece,  
Entonces, mi Jacinto, amor me tiene  
Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.

## XIII.

Escóndete en tu cabaña,  
Serrana, y cierra la puerta,  
Que viene sin venda el ciego  
Desde la corte á la aldea.  
Ningun serrano se escapa,  
Ni serrana en toda ella,  
Si él con la vista le alcanza,  
Que no le hieran sus flechas;  
Y en haciendo la presa,



El arco y alas bate con presteza.

No tiene fuerza el acero,  
Ni aprovecha resistencia;  
Que trae puntas de diamante,  
Y en el arco cuerda nueva:  
Y si una vez él te tira,  
Guárdate, serrana bella,  
Que en blanda cera convierte  
Pechos de bronce y de piedra:  
Y en haciendo la presa, &c.

El mas bravo corazon  
Con el mas humilde mezcla;  
Y con bravo pecho abate  
Las cervices mas enhiestas.  
Es cazador tan seguro,  
Que quien mas huye su diestra,  
Con mas presteza le alcanza,  
Y mas presto de él se venga;  
Y en haciendo la presa, &c.

Zagala, páguete el cielo,  
Dijo la serrana bella,  
El aviso, y en tus cosas  
Dichoso suceso tengas.  
Ya conoce aqueste pecho  
Con tiempo sus falsas tretas;  
Mil veras mezcla con burlas,  
Y entre las burlas mil veras:  
Y en haciendo la presa, &c.

Del centro de mis cuidados  
Robó la mas ricá prenda,  
Arrojada en el olvido  
Con guerra de falsas presas.

Dentro en mil memorias vivas  
Están las cenizas muertas;  
Paga al fin como traidor;  
Quien le sirve poco medra;  
Y en haciendo la presa,  
El arco y alas bate con presteza.

## XIV.

Peñas del Tajo deshechas  
Del curso eterno del agua,  
¿Como el de los ojos míos  
Un pecho tierno no ablanda?  
Bien parece que se rie  
Entre vosotras la ingrata,  
Que me ha desterrado el cuerpo,  
Y me ha perseguido el alma.  
Gozosa Filis se goza  
De quien me destruye y mata,  
Como si el vencer un muerto  
Diese victoria tan alta.  
Humilde sufriendo estoy  
El cuchillo á la garganta,  
Y con ser sentencia injusta  
No le replico palabra.  
Mis agravios me dan voces,  
Para que tome venganza;  
Yo acállolos con decirles  
Que poca vida me falta.  
Aconséjoles que sufran,  
Y respóndenme que osáran,  
Si como ella tiene el pecho,

Tuviera yo las entrañas.  
¿A quien se humilla el leon?  
¿Quien con ser fiera le agravia?  
Y á mí me mata de celos  
Una muger enojada.

## XV.

Quien dijese que la ausencia  
Causa olvido en quien bien ama,  
Mi firmeza lo desmiente,  
En quien verá que se engaña.  
Ausente en el Tajo vivo,  
Y allá me tiene mi alma  
En sus fértiles riberas  
La salobre Guadiana.  
Crecen mas con el ausencia  
Mi fuego y mi confianza;  
Que la memoria importuna  
Mas mi sentido levanta.  
Ayuda la soledad  
Entre estas sierras ingratas  
A mis voces y á mi llanto,  
A mis quejas y á mis ansias.  
Solo con voz mentirosa  
Me responden y me engañan,  
Formada en hondas cavernas  
Y entre peñas erizadas.  
Si amor digo , amor responden:  
Si alma digo , dicen alma:  
Si Tirsi , responden Tirsi:  
Y si la llamo , la llaman.

Amanecerá tu sol  
Hará mayo mi esperanza  
A mis prados ya sin flores,  
Y á mis agostadas ansias.  
Entonces los falsos ecos,  
Y con ellos las montañas  
Callarán y serán mudos,  
Ó reventarán si hablan.  
Viendo entonces yo mis glorias  
En aquel día que aguardan,  
Por entre confusas voces  
Daré la vuelta á mi patria.  
Rompiendo montes inciertos,  
Dificultades contrarias,  
Iré á tus brazos , señora,  
Por mil sendas no pisadas:  
Vendrás-te tú á mí corriendo  
De gozo y gritos bañada,  
Mirarás firme mis ojos,  
Miraré alegre á tu cara.  
Colgarás-te de mi cuello,  
Penderé de tu garganta,  
Haremos los dos alegres  
Una vida de dos almas.  
Ansí cantaba Menalio,  
Dándose triste esperanza,  
Respirando de sus penas:  
Porque quien llora descansa.

## XVI.

Soledad que aflige tanto,

¿Que pecho habrá que te sufra?  
Libertad preciosa y cara,  
Mal haya quien no te busca.  
Por una parte paredes,  
Por otras rejas tan juntas,  
Que ni el sol por ellas entra,  
Ni las penetra la luna.  
En los balcones candados,  
En las puertas llaves duras,  
Y dura la condicion,  
Que nos cierra y que nos culpa.  
El invierno en lo sombrío,  
El verano en las estufas,  
Medio encantados los ojos,  
Y la lengua casi muda,  
De pesares todo el año,  
De placer hora ninguna,  
Soledad que aflige tanto,  
¿Que pecho habrá que te sufra?  
A los discretos nos niegan,  
Y cuando necios nos buscan,  
Nos sacan á que nos muelan  
Con razones importunas.  
Eternos son nuestros males,  
Nuestros bienes de fortuna:  
Libertad preciosa y cara,  
Mal haya quien no te busca.  
Aquesto cantaban  
A sus almohadillas  
Dos niñas labrando  
Pechos de camisa.  
Cerrólas su madre,

Fuese por la villa  
A dar parabienes,  
Y á consolar viudas.  
¿Qué ha visto en el tiempo,  
Dijo la mas chica,  
Señora , que cierra  
Lo que no solia?  
¿Quien canta de noche?  
¿Quien habla de dia?  
¿Quien hay que nos lea?  
¿Quien que nos escriba?  
Estrechura tanta  
Plegue á Dios no sirva,  
De que el sufrimiento  
Desespere aprisa.  
En corrillos andan  
Todas las vecinas  
Sembrando sospechas,  
Cogiendo malicias.  
El gusto pasado  
Se trocó en acibar,  
La soltura en carcel,  
En llanto la risa.  
A lo que es recato  
Llamarán caída,  
Que ha dado el honor  
Ligera y altiva.  
Madre la mi madre,  
Miedo guarda viña:  
Mas hace quien ruega,  
Que no quien castiga.  
Si la planta nace

De suyo torcida,  
Tarde la enderezan  
Varas que la arriman.  
Escuchais consejos  
De dueñas valdías,  
Que en la Iglesia pasan  
Cuentas y mentiras:  
Y sobre nosotras,  
Vuestras enemigas,  
Pareceis nublado,  
Que atruena y graniza.  
Yo de mi cosecha  
Me soy Teatina,  
Medrosa de engaños,  
Y esperanzas tibias.  
No echeis tantas llaves,  
Porque no se diga,  
Que no hay que fiar  
De quien no se fia.

## XVII.

Escuchad , las que de Amor  
La falsa ley adorais,  
Y vereis en mis desdichas  
Su gloria y cielo infernal.  
Mal digo , no me escucheis,  
Que si de veras amais,  
En amantes corazones  
El desengaño es mortal.  
Un basilisco adoré,  
Cárcel de mi libertad,

Que mataba con los ojos,  
Y daba vida en matar.  
Enamoréme cual niña,  
Supe como vieja amar,  
Que amor sus iguales busca,  
Y en las almas no hay edad.  
Díle el alma de mi pecho,  
Lo mas que le pude dar:  
Que el niño amor, como es dios,  
Nunca menos que almas da.  
Quísome mas que á sus ojos,  
Yo le gané en la mitad;  
Mas si es igual el amor,  
Nunca es la ventura igual.  
Engañóme con palabras,  
Que no faltarán jamas:  
Mas cuando se carga mucho,  
Son fáciles de quebrar.  
Dejóme como tirano,  
A otra sirve, y quiere mas:  
Las que amais, mirad si es pena,  
Si acaso podeis mirar.  
Dos años contenta estuve  
Sin temor de aqueste afan,  
Que cuando se goza el bien,  
Nunca se recuerda el mal.

## XVIII.

Deten tu curso, fortuna,  
De perseguirme te cansa:  
Que para tan fieros golpes



Tan flacas fuerzas no bastan.  
Mas si nací sin ventura,  
Y sujeto á tus mudanzas,  
Sin remedio á mis desdichas  
Anda con su rueda vária.  
Solo el tiempo me consuela:  
Que tiene ligeras alas,  
Y nada en él permanece:  
Porque al fin todo se cansa.  
Y así, aunque me falta el bien,  
No he perdido la esperanza;  
Que el mal, temprano ó tarde,  
Por mas que me atormente, ha de acabarse.

Corre, fortuna enemiga,  
De mis bienes descuidada,  
Sube á todos en tu cumbre,  
Y á mí hasta el centro me baja.  
Triunfa á priesa de mis males,  
Ríete de mis desgracias,  
Enmudece en mi provecho,  
Y para mi daño habla.  
Dame disgustos sin cuenta,  
Y ponme á los gustos tasa;  
Que yo en el tiempo confío;  
Y así, aunque el bien me falta,  
No he perdido del todo la esperanza.

Dicen que ve muchas penas  
El que tiene vida larga;  
Mas yo bien poco he vivido  
Y en tan poco he visto hartas.  
Nada sino penas tengo,  
Las glorias de mí se apartan,

Hallo en cosas ciertas dudas,  
Sonme las propias contrarias.  
Mas de la recia tormenta  
Salgo asido como á tabla  
Del tiempo que es mi defensa:  
Porque al fin todo lo acaba.  
Y así, aunque el bien me falta,  
No he perdido, &c.

Tengo un noble pensamiento,  
Que me defiende y me guarda;  
Si me derriban desdichas  
En sus hombros me levanta.  
De ordinario está conmigo,  
Nunca de mi pecho falta,  
Memorias tristes me cercan,  
Y él solo las desbarata.  
Alégrame en mis tristezas:  
Pero no lo estimo en nada,  
Sino que le ayude el tiempo:  
Porque al fin todo lo acaba;  
Y así, aunque el bien me falta, &c.

A orillas de Manzanares  
Un ausente de su patria  
Esto á su fortuna dice,  
Que con él ha sido avara.  
Y entre suspiros y quejas  
Se volvió á mirar el agna,  
Y cesando el llanto tierno  
Le dijo aquestas palabras:  
El curso llevas ligero,  
Corres á priesa, y no paras;  
Pero acabaráte el tiempo:

Que el tiempo todo lo acaba.  
Y así, aunque el bien me falta,  
No he perdido del todo la esperanza:  
Que el mal, temprano ó tarde,  
Por mas que me atormente, ha de acabarse

## XIX.

Enemiga de mis glorias,  
Hártate de mis agravios:  
Que mas sufrimiento tengo,  
Que rigor tu pecho ingrato.  
Tu hermosura me ha vencido;  
Pero no tus desengaños:  
Que cuanto mas me aborreces,  
Mas en tu yelo me abraso.  
¿Como puede ser posible  
En mí y en tí tal milagro,  
Que tú me mates el alma,  
Y que yo te adore tanto?  
Por ser de mi fe testigos  
Estas paredes de marmol,  
Ya con mi llanto deshechas,  
Solo con ellas descanso:  
Pero si viviste dentro  
Seránme testigos falsos,  
Que encantas con la belleza  
Como otro Orfeo cantando.  
Mi remedio está en la muerte,  
Pero mi vida en tus manos;  
Que porque jamas descanse  
Vive mi muerte á tu cargo.

Pues no te cansa olvidarme;  
No puedo cansarme amando:  
Aborrécame riendo,  
Que yo te amaré llorando.  
Y en esta eterna porfia  
Eternamente vivámos,  
Porque no triunfe la muerte  
De dos extremos tan altos.

## PARTE III.

## ROMANCES HEROICOS.

## I.

*Belleza de Elena.*

Desde una soberbia torre  
De aquellas que al fuerte alcazar  
De la inexpugnable Troya  
Sirven de adorno y de guarda;  
Los mas ancianos varones  
Sobre cuyos hombros carga  
Todo el peso de la guerra  
Que es mayor que el de las armas;  
Estaban mirando un dia  
Una reñida batalla  
Que fuera del ancho muro  
Troyanos y Griegos traban.  
Ven que de una parte y otra  
La tierra en su sangre bañan,  
Y que alaridos y polvo

Hasta el cielo se levantan.  
Que unos se encuéntran furiosos  
De tal suerte, que las astas  
En piezas al ayre suben,  
Y ellos á la tierra bajan:  
Que otros firmes en la silla  
Ponen mano á las espadas,  
Y dan y reciben golpes  
Hasta dar tambien las almas:  
Que los caballos sin dueño  
Relinchan, corren y saltan,  
Y á muchos de los de á pie  
Atropellan, hieren, matan:  
Y que dentro en la Ciudad  
Las miserables Troyanas  
Cuyos maridos pelean  
En defensa de la patria;  
Con ansia mortal se afligen  
Rostro y cabellos maltratan,  
Y los ojos en el cielo  
Le piden justa venganza.  
Hijas por sus padres lloran,  
Por sus hermanos hermanas,  
Cuyas lamentables voces  
Lastíman duras entrañas.  
Todo es confusion y estruendo,  
Alaridos, golpes, rabia,  
Al fin como en cruda guerra  
Del tirano amor causada.  
Viendo tan triste tragedia  
Los que tristes la miraban,  
Y de ver buen fin teniendo

Poca ó ninguna esperanza;  
Bañan lágrimas sus ojos,  
El dolor su pecho rasga,  
Y á voces llaman la muerte  
Que los libre de ver tantas.  
Un rayo á Júpiter piden  
Contra la que ha sido causa  
De una guerra tan prolija  
Por hermosa y por liviana.  
En esto vieron que Elena,  
Principio de estas desgracias,  
Á la misma torre sube  
Á ver los males que causa:  
Y viendo que su hermosura  
Es mas divina que humana,  
Pues con ser tal la de Venus,  
Le hace notable ventaja;  
Juzgándola poderosa  
Para rendir libres almas,  
Sin que desden aproveche  
Ni otras prevenciones valgan;  
Á una voz dicen llevados  
De una fuerza extraordinaria  
Que tiene en sí la belleza  
Contra quien fuerzas no bastan;  
¡Dichoso el que en esta guerra  
Alcanza ventura tanta,  
Que por tu defensa muere  
Para que viva su fama!  
Si yerros de amor nacidos  
Es justo el perdon que alcanzan;  
¿Quien á París se le niega

Siendo su ocasion tan alta?  
 Grecia y Troya en esta empresa  
 Ambas estan disculpadas;  
 Con razon te pide aquella,  
 Y ésta con razon te guarda:  
 Los que teniéndote ausente  
 Con injuriosas palabras  
 De tí al cielo dimos quejas,  
 Presente le damos gracias.  
 No caigamos de la tuya:  
 Que si tanto nos levantas,  
 Ni Marte podrá ofendernos  
 Ni ser fortuna contraria.  
 Diosa de hermosura, vive,  
 Y con tu vista regala  
 A este Troyano pueblo  
 Que te defiende y te ampara.  
 Esto diciendo, advirtieron  
 Que el Rey Príamo los llama  
 Para oír los no creídos  
 Pronósticos de Casandra.

## II.

*El Rey Rodrigo.*

Cuando las pintadas aves  
 Mudas estan, y la tierra  
 Atenta escucha los rios  
 Que al mar su tributo llevan;  
 Al escaso resplandor  
 De cualquier luciente estrella,

Que en el medroso silencio,  
Tristemente centellea;  
Teniendo por mas segura  
De trage humilde la muestra,  
Que la acechada corona  
Ni la envidiada riqueza;  
Sin las insignias reales  
De la magestad soberbia,  
Que amor, y temor de muerte  
Junto á Guadalete deja;  
Bien diferente de aquel,  
Que antes entró en la pelea  
Rico de joyas, que al Godo  
Dió la victoriosa diestra;  
Tintas en sangre las armas,  
Suya alguna y parte agena,  
Por mil partes abolladas,  
Y rotas algunas piezas;  
La cabeza sin almete,  
La cara de polvo llena,  
Imágen de su fortuna  
Que en polvo se ve deshecha;  
En Orelia su caballo  
Tan cansado ya, que apenas  
Mueve el presuroso aliento,  
Y á veces la tierra besa;  
Por los campos de Jerez,  
Gelboé llorosa y nueva,  
Huyendo va el Rey Rodrigo  
Por montes, valles y sierras.  
Tristes representaciones  
Ante los ojos le vuelan,



Hiere el temeroso oído  
Confuso estruendo de guerra.  
No sabe donde mirar,  
De todo teme y reecla:  
Si al cielo, teme su furia,  
Porque hizo al cielo ofensa;  
Si á la tierra, ya no es suya,  
Que la que pisa es ajena.  
¿Pues qué, si dentro en sí mismo  
Con sus memorias se encierra?  
Mayor campo de batalla  
Dentro el alma le apareja;  
Y entre sollozo y suspiros  
Así el Rey Godo se queja:  
¡Desventurado Rodrigo!  
Si esto en otro tiempo hicieras,  
Y huyeras de tus deseos  
Al paso que agora llevas;  
Y á los asaltos de amor  
No mostráras la flaqueza  
Tan indina de hombre Godo,  
Y más de Rey que gobierna,  
Gozára su gloria España,  
Y aquella fuerte defensa  
Que ya por el suelo yace,  
Y el color cambia á las yerbas.  
Amada enemiga mia,  
De España segunda Elena,  
¡Oh si yo naciera ciego!  
¡Ó tú sin beldad nacieras!  
Maldito sea el punto y hora  
Que al mundo me dió mi estrella,

Pechos que me dieron leche  
 Mejor sepulcro me dieran.  
 Pagára á la tierra el censo,  
 Y en su soledad durmiera  
 Con los Cónsules y Reyes,  
 Ó con los plebeyos de ella.  
 Quitárale á la fortuna  
 Carro en que triunfar pudiera,  
 Y un Rodrigo para España  
 Materia de tantas quejas.  
 Traidor Conde don Julian,  
 Si uno solo es él que yerra,  
 ¿Por qué tan injustamente  
 Hiciste comun la pena?  
 No ofendí yo al Africano,  
 ¿Por qué Africano te venga?  
 ¡Oh si este agudo puñal  
 Rasgára tus falsas venas!  
 Mas iba á decir Rodrigo;  
 Pero las palabras medias  
 Las arrebató el enojo,  
 Y entre los dientes las quiebra.  
 Y diciendo : adios España,  
 Que el Bárbaro señorea;  
 Junto su Orelia querido  
 La luz enemiga espera.

## III.

*Roldan y Bernardo del Carpio.*

El invencible Francés,  
Fuerte Senador Romano,  
Aquel que al bravo Agrican  
Le venció y tornó Cristiano;  
Y ganó del fiero Almonte  
El rico cuernopreciado,  
Con que hizo desafíos,  
Que al mundo puso en espanto;  
Aquel que en Albraca solo  
Venció todo un campo armado  
Y nunca siendo vencido  
Venció las hadas y el hado;  
Cual suele mostrar mas luz  
La luz que se está acabando,  
Está en la guerra postrera  
Postrera fuerza mostrando.  
Y no le basta el orgullo,  
La buena espada y caballo,  
Que lo ha el Señor de Brava  
Con el que nació en el Carpio.  
El cual, habiendo ya hecho  
De sangre francesa un lago,  
Y que al fin de aquella empresa  
Estaba el Roldan gallardo;  
El gran sobrino de Alfonso  
Furioso busca al de Carlos:  
Hállale en sangre teñido,

Y él viene en ella bañado.  
 Los mas bravos corazones  
 Que humano pecho ha encerrado,  
 Juntos á batalla vienen  
 Con fuerza y ánimo osado.  
 Para verla se suspende  
 La del uno y otro campo,  
 Entre la esperanza y miedo  
 Los corazones temblando,  
 El cielo que á Orlando espera,  
 Fortuna que se ha cansado,  
 Dan y quitan la victoria  
 De un Francés á un Castellano.

Detente, buen mensagero,  
 Que Dios de peligros guarde,  
 Si acaso eres Albanés  
 Como lo muestra tu traje;  
 Y dñe de aquel tu dueño  
 Que perdido en Roncesvalles,  
 Los Moros de Zaragoza  
 Presentaron á Amurates.  
 ¿En qué entretiene los días  
 De la mañana á la tarde?  
 Aunque todo le es de noche  
 Para quien vive en la carcel.  
 Y dime, si está muy triste;  
 Que no es posible que haste  
 Su valor y su paciencia  
 Para destierro tan grande.

Y si es verdad, como dicen,  
Que libertad quieren darle,  
Para que vuelva otra vez  
A cautivar libertades.  
Que despues que aquí se trata  
Su libertad y rescate,  
Dos mil albas han salido,  
Y nunca la suya sale.  
No sé que tiene de bueno,  
Que en toda Alemania y Flandes  
No hay muger que no le adore,  
Ni hay hombre que no le alabe.  
Siendo su sangre tan buena,  
Que nadie ignala su sangre,  
Vale mas él por sí solo,  
Que por su nobleza vale.  
Yo soy á quien no conoce,  
Y quien de solo mirallo  
Matár los toros un día,  
No hay gusto que no me mate;  
Y con saber que en viniendo  
Ha de acabar de matarme,  
Ruego á Dios que presto sea  
Aunque él me remedie tarde.—  
Ese cautivo, Madama,  
Que fué de los Doce Pares,  
Le responde el mensagero,  
Cerca está de rescatarse.  
Bravas galas se aparejan  
De vestidos y plumiages,  
Para de España salir  
Y entrar en Francia galanes.

Pero no espero, Señora,  
 Vuestro remedio ni aun tarde,  
 Que aunque ahora libre el cuerpo,  
 Tiene el alma en otra parte.  
 Muchos tiempos ha que adora  
 A la hermosa Bradamante,  
 Tan justamente perdido,  
 Que llama gloria sus males.  
 La Francesa que esto oyó  
 Sin que más razón aguarde,  
 Cerró la ventana, y fuese  
 Rompiendo á voces los ayres.

## V.

Regalando el tierno vello  
 De la boca de Medoro,  
 La bella Angélica estaba  
 Sentada al tronco de un olmo.  
 Los bellos ojos le mira  
 Con los suyos piadosos,  
 Y con sus hermosos labios  
 Mide sus labios hermosos.  
 ¡Ay Moro venturoso,  
 Que á todo el mundo tienes envidioso!  
 Convaleciente del cuerpo  
 Estaba el dichoso Moro,  
 Y tan enfermo del alma,  
 Que al cielo pide socorro.  
 Enternecida á las quejas  
 Angélica de Medoro,  
 Le cura con propia mano,

Y queda sano del todo.  
¡Ay Moro venturoso,  
Que á todo el mundo tienes envidioso!  
A las quejas y dulzuras,  
Que los dos se dicen solos,  
Descubiéndoles el eco  
Orlando llegó furioso;  
Y viendo á su yedra asida  
Del mas despreciado tronco,  
Poné mano á Durindana  
Lleno de celos y enojo.  
¡Ay Moro venturoso,  
Que á todo el mundo tienes envidioso!

## VI.

*Aquí gozaba Medoro  
De su bella deseada,  
A pesar del Paladino  
Y de los Moros de España:  
Aquí sus hermosos brazos,  
Como yedra que se enlaza,  
Ciñeron su cuello y pecho,  
Haciendo un cuerpo dos almas.  
Estas palabras de fuego  
Escritas con una daga  
En el marmol de una puerta  
El Conde Orlando miraba;  
Y apenas leyó el renglon  
De las postreras palabras,  
Cuando con voces de loco  
Echó mano á Durindana,*

Y dando sobre las letras  
Una y otra cuchillada,  
Con el encantado acero  
Piedras y centellas saltan.  
Que de palabras de amor  
No solamente en las almas,  
En las piedras entra el fuego,  
Y de ellas sale la llama.  
La columna deja entera,  
Como lo está su esperanza,  
Que confiesa ser mas firme,  
Que no el valor de sus armas.  
Entrando la casa adentro,  
Vió pintada en una cuadra  
La amarilla y fiera muerte,  
Que á los pies de un niño estaba.  
Conoció que era el amor  
En las flechas y la aljaba,  
Y unas letras que salían  
De las manos de una dama.  
Lo que decían repite,  
Como quien no entiende nada,  
Que en males que vienen ciertos  
Es gloria engañar al alma.  
Las letras dicen : *Medoro,*  
*El grande amor de tu esclava*  
*Ha de vencer á la muerte,*  
*Que aun muerto vive quien ama.*  
No tiene el Conde paciencia,  
Que alborotando la sala,  
Despedaza cuanto mira:  
¡De amor injusta venganza!



## VII.

*El Rey Don Pedro.*

A los pies de don Henrique  
Yace muerto el Rey don Pedro  
Mas que por su valentía  
Por voluntad de los cielos.  
Al envainar el puñal  
El pie le puso en el cuello,  
Que aun allí no está seguro  
De aquel invencible cuerpo.  
Riñeron los dos hermanos  
Y de tal suerte riñeron,  
Que fuera Caín el vivo  
A no haberlo sido el muerto.  
Los ejércitos movidos  
A compasion y contento,  
Mezclados unos con otros  
Corren á ver el suceso.  
Y los de Henrique  
Cantan, repican y gritan:  
Viva Henrique;  
Y los de Pedro  
Clamorean, doblan, lloran  
Su Rey muerto.  
Unos dicen que fue justo,  
Otros dicen que mal hecho,  
Que no es Rey cruel, si nace  
En tiempo que importa serlo.  
Y que los yerros de amor  
Son tan dorados y bellos,

Cuanto la hermosa Padilla  
 Ha quedado por ejemplo.  
 Que nadie verá sus ojos,  
 Que no tenga al Rey por cuerdo,  
 Mientras como otro Rodrigo  
 No puso fuego á su reino.  
 Los que con ánimos viles  
 Ó con lisonja ó por miedo  
 Siendo del bando vencido,  
 Al vencedor siguen luego;  
 Valiente llaman á Henrique,  
 Y á Pedro tirano y ciego,  
 Porque amistad y justicia  
 Siempre mueren con el muerto.  
 La tragedia del Maestre,  
 La muerte del hijo tierno,  
 La prision de Doña Blanca,  
 Sirven de infame proceso.  
 Algunos pocos leales  
 Dan voces pidiendo al cielo  
 Justicia, pidiendo al Rey,  
 Y mientras que dicen esto;  
 Los de Henrique, &c.  
 Lloran la hermosa Padilla  
 El desdichado suceso  
 Como esclava del Rey vivo,  
 Y como viuda del muerto.  
 ¡Ay Pedro! que muerte infame  
 Te han dado malos consejos,  
 Confianzas engañosas,  
 Y atrevidos pensamientos!  
 Salió corriendo á la tienda,

Y vió con triste silencio  
Llevar cubierto su esposo  
De sangre y de paños negros.  
Y que en otra parte á Henrique  
Le dan con aplauso el cetro;  
Campanas tocan los unos,  
Y los otros, instrumentos.  
Como acrecienta el dolor  
La envidia del bien ageno,  
Y el ver á los enemigos  
Con favorable suceso;  
Así la triste Señora  
Llora y se deshace, viendo  
Cubierto á Pedro de sangre,  
Y á Henrique de oro cubierto.  
Echó al cabello la mano  
Sin tener culpa el cabello,  
Y mezclando perlas y oro,  
De oro y perlas cubrió el cuello.  
Quiso decir, Pedro, á voces,  
Villanos, vive en mi pecho;  
Mas poco la aprovechó;  
Y mientras lo está diciendo;  
Los de Henrique, &c.  
Rasgó las tocas, mostrando  
El blanco pecho encubierto,  
Como si fuera cristal  
Por donde se viera Pedro.  
Desmayóse ya vencida  
Del poderoso tormento,  
Cubriendo los bellos ojos,  
Muerte, amor, silencio y sueño.

Entre tanto el campo todo  
 Aquí y allí van corriendo,  
 Vencedores y vencidos,  
 Soldados y caballeros.  
 Y los de Henrique, &c.

## VIII.

*Desafío del Cid.\**

Non es de sesudos homes  
 Ni de infanzones de pro  
 Facer denuesto á un fidalgo,  
 Que es tenuto mas que vos.  
 Non los fuertes barraganes  
 Del vuese ardid tan feroz  
 Prueban en homes ancianos  
 El su juvenil furor.  
 Non son buenas fechorías  
 Que los homes de Leon  
 Fieran en el rostro á un viejo,  
 Y no el pecho á un infanzon.  
 Cuidáras que era mi padre  
 Del Lain Calvo sucesor,  
 Y que no sufren los tuertos  
 Los que han de buenos blason.  
 ¿Mas como vos atrevisteis  
 A un home, que solo Dios,  
 Siendo yo su fijo, puede  
 Facer aquesto, otro non?

\* Este y los siguientes están sacados del Roman-  
 cero del Cid.

La su noble faz ñublasteis  
 Con nube de deshonor,  
 Mas yo desfaré la niebla;  
 Que es mi fuerza la del sol;  
 Que la sangre despercude  
 Mancha que finca en la honor,  
 Y ha de ser, si bien me lembro,  
 Con sangre del malhechor.  
 La vuestra, conde tirano,  
 Lo será, pues su furor  
 Os movió á desaguisado  
 Privándovos de razon.  
 Mano en mi padre pusisteis  
 Delante el rey con furor,  
 Cuidá que lo denodasteis,  
 Y que soy su fijo yo.  
 Mal fecho ficisteis, conde,  
 Yo vos reto de traidor,  
 Y catad si vos atiendo,  
 Si me causarás pavor.  
 Diego Laínez me fizo  
 Bien cendrado en su crisol;  
 Yo probaré en vos mis fuerzas,  
 Y en vuesa mala intencion.  
 No vos valdrá el ardimiento  
 De mañero lidiador;  
 Pues para me combatir  
 Traigo mi espada y troton.  
 Aquesto al conde lozano  
 Dijo el buen Cid campeador,  
 Que despues por sus fazañas  
 Este nombre mereció.

Dióle la muerte y vengóse,  
La cabeza le cortó,  
Y con ella ante su padre  
Contento se afinojó.

## IX.

*Quejas de doña Jimena.*

Sentado está el señor rey  
En su silla de respaldo,  
De su gente mal regida  
Desavenencias juzgando:  
Dadivoso y justiciero  
Premia al bueno y pena al malo;  
Que castigos y mercedes  
Hacen seguros vasallos.  
Arrastrando luengos lutos  
Entraron treinta fidalgos,  
Escuderos de Jimena,  
Fija del conde Lozano.  
Despachados los maceros,  
Quedó suspenso el palacio,  
Y así comenzó sus quejas  
Humillada en sus estrados.  
Señor, hoy hace tres meses  
Que murió mi padre á manos  
De un muchacho que las tuyas  
Para matador criaron.  
Cuatro veces he venido  
A tus pies, y todas cuatro  
Alcancé prometimientos,  
Justicia jamas alcanzo.

Don Rodrigo de Vivar  
Rapaz, orgulloso y vano  
Profana tus justas leyes,  
Y tu amparas un profano.  
Tú le celas, tú le encubres,  
Y despues de puesto en salvo,  
Castigas á tus merinos,  
Porque no pueden prendallo.  
Si de Dios los buenos reyes  
La semejanza y el cargo  
Representan en la tierra  
Con los humildes humanos;  
Non debiera de ser rey  
Bien temido y bien amado,  
Quien fallece en la justicia  
Y esfuerza los desacatos.  
Mal lo miras, mal lo piensas;  
Perdona si mal te fablo:  
Que la injuria en la muger  
Vuelve el respeto en agravio.  
No haya mas, gentil doncella,  
Respondió el primer Fernando:  
Que ablandarán vuestras quejas  
Un pecho de acero y marmol.  
Si yo guardo á Don Rodrigo,  
Para vueso bien le guardo;  
Tiempo vendrá que por él  
Convirtais el gozo en llanto.  
En esto llega á la sala  
De doña Urraca un recado,  
Asíola del brazo el rey,  
Donde está la infanta entraron.

## X.

*Contestacion entre el Cid y el abad Bermudo.*

Fablando estaba en el claustro  
De san Pedro de Cardena  
El buen rey Alfonso al Cid  
Despues de misa una fiesta:  
Trataban de las conquistas  
De las mal perdidas tierras  
Por pecados de Rodrigo,  
Que amor disculpa y condena.  
Propuso el buen rey al Cid  
El ir á ganar á Cuenca;  
Y Rodrigo mesurado  
Le dice de esta manera:  
Nuevo sois, el rey Alfonso,  
Nuevo sois rey en la tierra:  
Antes que á guerras vayades  
Sosegad las vuesas tierras.  
Muchos daños han venido  
Por los reyes que se ausentan,  
Y apenas han calentado  
La corona en la cabeza.  
Y vos no estais muy seguro  
De la calumnia propuesta  
De la muerte de don Sancho  
Sobre Zamora la vieja;  
Que aun hay sangre de Bellido,  
Magüer que en fidalgas venas,  
Y el que fizo aquel venablo,



Si le pagan, hará treinta.  
Bermudo en lugar del rey,  
Dice al Cid: si vos aquejan  
El cansancio de las lides,  
Ó el deseo de Jimena,  
Idvos á Vivar, Rodrigo,  
Y dejadle al rey la empresa,  
Que hombres tiene tan fidalgos,  
Que no volverán sin ella.  
¿Quien vos mete, dijo el Cid,  
En el consejo de guerra,  
Fraile honrado, á vos agora  
La vuesa cogulla puesta?  
Subid vos á la tribuna,  
Y rogad á Dios que venzan:  
Que non venciera Josué  
Si Moyses no lo ficiera.  
Llevad vos la capa al coro,  
Yo el pendon á las fronteras,  
Y el rey sosiegue su casa  
Antes que busque la agena;  
Que no me farán cobarde,  
El mi amor y la mi queja,  
Que mas traigo siempre al lado  
A Tizona que á Jimena.  
Home soy, dijo Bermudo,  
Que antes que entrára en la regla  
Si no vencí reyes moros  
Engendré quien los venciera;  
Y agora en vez de cogulla  
Cuando la ocasion se ofrezca  
Me calaré la celada

Y pondré al caballo espuelas.  
Para fugir, dijo el Cid,  
Podrá ser, padre, que sea:  
Que mas de aceite que sangre  
Manchado el hábito muestra.  
Callede le dijo el rey,  
En mal hora que no en buena,  
Acordársevos debia  
De la jura y la ballesta.  
Cosas tenedes, el Cid,  
Que farán hablar las piedras,  
Pues por cualquier niñería  
Faceis campaña la iglesia.  
Pasaba el conde de Oñate  
Que llevaba la su dueña,  
y el rey por facer mesura  
Acompañóla á la puerta.

## X I.

*Reconvenciones de Alfonso VI al Cid.*

Si atendeis que de los brazos  
Vos alce, atended primero,  
Si no es bien que con los mios  
Cuide subiros al cielo.  
Bien estais afinojado,  
Que es pavor veros enhiesto,  
Asiento es asaz debido  
El suelo de los soberbios.  
Descubierto estais mejor,  
Despues que se han descubierto

De vuestas altanerías  
Los mal guisados sucesos.  
¿En que os habeis empachado,  
Que dende el pasado invierno  
Non vos han visto en las Cortes,  
Puesto que Cortes se han fecho?  
¿Por que, siendo cortesano,  
Traeis la barba y cabello  
Descompuesta y desviada  
Como los padres del yermo?  
Pues aunque vos lo pregunto,  
Asaz que bien os entiendo,  
Bien conozco vuestas mañas  
Y el semblante falagüño.  
Quereis decir que cuidando  
En mis tierras y pertrechos  
No cuidades de aliñarvos  
La barba y cabello luengo.  
Al de Alcalá contrariasteis  
Mis treguas, paz y concierto,  
Bien como si el querer mio  
Tuviérades por muy vueso.  
A los fronterizos moros  
Diz que teneis por tan vuestos  
Que os adoran como á Dios;  
Grandes algos habreis dellos.  
Cuando en mi jura os hallásteis  
Despues del triste suceso  
Del rey don Sancho mi hermano,  
Por Bellido traidor muerto;  
Todos besaron mi mano  
Y por rey me obedecieron;

Solo vos me contrallasteis  
Tomándome juramento.  
En santa Gadea lo fice  
Sobre los cuatro Evangelios  
En el balleston dorado,  
Teniendo el cuadrillo al pecho.  
Matárades á Bellido,  
Si ficierais como bueno,  
Que no ha saltado quien dijo  
Que tuvisteis asaz tiempo.  
Fasta el muro lo seguisteis,  
Y al entrar la puerta adentro,  
Bien cerca estaba quien dijo,  
Que non osasteis de miedo.  
Y nunca fueron los mios  
Tan astutos y mañeros,  
Que cuidasen que don Sancho  
Muriese por mis consejos.  
Murió, porque á Dios le plugo,  
En su jüicio secreto,  
Quizá porque de mi padre  
Quebrantó sus mandamientos.  
Por estos desaguisados,  
Desavenencias y tuertos,  
Con título de enemigo  
De mis reinos vos destierro.  
Yo tendré vuestos condados  
Fasta saber por entero  
Con acuerdo de los mios  
Si confiscárvoslos puedo.  
No repliquedes palabra;  
Que vos juro por san Pedro

Y por san Millan bendito,  
Que vos enforcaré luego.  
Estas palabras le dijo  
El rey don Alfonso el sexto,  
Inducido de traidores,  
Al Cid, honor de sus reinos.

## XII.

*Respuesta del Cid.*

Tengovos de replicar  
Y de contrallarvos tengo,  
Que no han pavor los valientes,  
Ni los non culpados miedo.  
Si finca muerta la honra  
A manos de los denuestos,  
Menos mal será enforcarme  
Que el mal que me habedes fecho.  
Yo seré en tierra humildoso  
A guisa de vueso siervo,  
Que teniendo los mis brazos  
Cuido alzarme sin los vuestos.  
Cúbranse, y non vos acaten  
Los ociosos falagüeños,  
Que magüer yo no lo soy,  
Me puedo cubrir primero.  
Dos vegadas hubo Cortes,  
Desde antaño por invierno;  
Diz que por la pro comun,  
O por los vuestos provechos.

Vos en Leon las ficisteis,  
Pero yo en los campos yermos,  
Faciendo las mias, desfice  
Del contrario los pertrechos.  
Lo fecho en Alcalá vedes,  
Y non lo que fue primero,  
Y es mal juzgador quien juzga  
Sin notar todo el proceso.  
Folga que el moro de allende  
Respete mis fechos buenos,  
Que si non me los respeta  
Non vos guardarán respeto.  
Asaz me semejas' blando,  
Porque de tiempo tan luengo,  
De apretarvos en la jura  
Vos duele el escocimiento.  
Mentirá el que me achacáre  
Del traidor Dolfos el tuerto:  
Que sabedes lo que fue,  
Y lo que no fue en el reto:  
Ademas, que sin espuelas  
Cabalgne entonces por yerro.  
Vencen pesadas falsías  
Al noble y sencillo pecho.  
Y pues gasté mis haberes  
En prez del servicio vueso,  
Y de lo que hube ganado  
Vos fice señor y dueño;  
Non me lo confiscaredes  
Vos ni vuestos compañeros:  
Que mal podredes tollirme  
La hacienda que no tengo.

De hoy mas seré facendoso  
Pues hoy de vos me destierro;  
Y de hoy para mí me gano,  
Pues hoy para vos me pierdo.  
Estas palabras decia  
El noble Cid, respondiendo  
A las querellas injustas  
Del rey don Alfonso el sexto.

## XIII.

*Reconciliacion del rey con el Cid.*

Ceñid los membrudos brazos  
Al cuello que bien os quiere,  
Por ser asaz de tal dueño  
Que el mundo otro par no tiene.  
No rehuyais de abrazarme,  
Que abrazos de home tan fuerte  
Desentollecen mis tierras  
Y las de moros tollecen.  
Facedlo, que bien podeis,  
É cuidá no me manchades,  
Que aun finca en las vuestas armas  
La sangre mora reciente.  
No atendais tuertos que os fice,  
Pues tan buen premio merecen,  
Que no quise en mi servicio  
Home á quien le sirven reyes.  
Si vos desterré, Rodrigo,  
Fue porque á moros que crecen  
Desterreis sus fechorias

Y las vuestas alto vuelen.  
No vos eché de mi reino  
Por falsos que vos mal quieren,  
Sí porque en tierras ajenas  
Por vos mi valor se muestre:  
De Albar Fañez vuestro primo  
Recibí vuestro presente,  
No en feudo vueso; Rodrigo,  
Sino como de pariente.  
Las banderas que ganásteis  
A sarracenos de allende  
Por vuesa mandadería  
En san Pedro las veredes:  
La vuesa Jimena Gomez  
Que tanto vos quiso siempre,  
Porque la demaridé,  
Mil pleitos contra mí tiene.  
Non escucheis sus querellas  
Cuando á mí las enderece,  
Que á las fembras mas astutas  
Cualquier enojo las vence.  
Atended en su presencia,  
Que cuido que vos atiende  
Mas ganosa de vos ver,  
Que vos venides de verme.  
Que si malos consejeros  
Facen oficios que suelen,  
En cambio de saludarme,  
Atenderedes mi muerte.  
Non atendaís, home bueno,  
Asi os valga san Llorente,  
Y riñas de por san Juan



Sean paz que dure siempre.  
Prended al cuello mis brazos:  
Que vuestros brazos bien pueden  
Prender en paz vuestro rey,  
Pues en guerra cinco prenden.  
El rey don Alfonso el sexto  
Le dice esto al Cid valiente,  
Que de lidiar con los moros  
Victorioso á su rey vuelve.

## XIV.

*Las hijas del Cid.*

Al cielo piden justicia  
De los condes de Carrion  
Ambas las fillas del Cid  
Doña Elvira y doña Sol.  
A sendos robles atadas  
Dan gritos que es compasion,  
Y no las responde nadie,  
Sino el eco de su voz.  
El menosprecio y afrenta  
Sienten, que las llagas non;  
Que es dolor á par de muerte  
En la muger un baldon.  
Tal fuerza tienen consigo  
La verdad y la razon,  
Que hallan en los montes duros  
Y en las fieras compasion.  
A los lamentos que hacen  
Por allí pasó un pastor,

Por donde no puso pies  
Cosa humana si ahora no.  
Danle voces que se acerque,  
Y él non osa de pavor;  
Que son hijos de inorancia  
El empacho y el temor.  
Por Dios te rogamos, home,  
Que hayas de nos compasion,  
Asi tu ganado vaya  
Siempre de bien en mejor.  
Nuncan le falten las aguas  
En el estío y calor;  
Las yerbas no se le sequen  
Con la helada y con el sol.  
Tus tiernos fiyuelos veas  
Criados en bendicion,  
Y peines tus blancas canas  
Sin dolencia y sin lesion.  
Que desates nuestras manos,  
Pues que las tuyas no son  
Como las que nos ataron  
Con malicia y con traicion.  
Ellas en estas palabras,  
Don Ordoño que llegó  
En hábito de Romero  
De órden del Cid su señor;  
Prestamente las desata,  
Disimulando el dolor;  
Ellas que lo conocieron  
Juntas lo abrazan las dos.  
Llorando les dice: primas,  
Secretos del cielo son,

Cuya voz y cuya causa  
Está reservada á Dios:  
No tuvo la culpa el Cid,  
Que el rey se lo aconsejó;  
Mas buen padre tenéis, dueñas,  
Que vuelva por vuestro honor.

## XV.

*Querrela del Cid contra los Condes.*

Años hace, rey Alfonso,  
Que solo en vuestro servicio  
El arambre de tizona  
Apenas lo he visto limpio,  
Y que mi pobre Jimena  
Nacida en contrario sino  
Fue por mí sola de padre,  
Como por vos de marido.  
Ella en mi ausencia ha llorado  
El medio lecho vacío,  
Mientras que yo derribaba  
Mil estandartes moriscos.  
Testigos tengo presentes,  
Y vos rey, sois buen testigo  
Que he atropellado mas lunas  
Que el sol ha durado siglos.  
Fui en mi juvenil discurso  
Rayo en vuestros enemigos,  
Como agora son mis canas  
Terreros de mal nacidos,  
Todo lo gobierna el cielo

Con su nivel y destino  
Desde la tierra á su altura  
Y desde el cielo á su abismo.  
Al pavon le dió sus pies,  
Al águila el corbo pico,  
Y al leon la calentura.  
Porque estén menos altivos.  
Dos fillas tengo, señor,  
Y porque robé al serviros  
El tiempo del engendrarlas,  
Las engendré con delito.  
Agraviáronlas traidores,  
Y por haberse atrevido,  
Aunque mi brazo pudiera,  
Solo al vueso lo remito.  
Dos alevosos coharden,  
Cuyos corazones tibios  
Al temor hacen altares,  
Y le ofrecen sacrificios;  
Carrion les da tributo  
Como la fama al olvido,  
Y como yo me querello  
De tal injuria ofendido.  
Levante vuesa justicia  
El peso con el cuchillo,  
Que aunque suyo sea el peso,  
El pesar ha de ser mio.  
Si la justicia en las armas  
Falló el natural abrigo,  
Ya sirvo yo con las mias;  
Faced justicia y castigo.

## PARTE IV.

## ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

**Sol resplandeciente,**  
 Que con luz dorada  
 Doras y matizas  
 Mi querida patria;  
 Tú que de jazmines,  
 Y de perlas sacas  
 El rubio cabello  
 Y la frente ornada;  
 Y el lecho oriental  
 De la esposa amada  
 Dejas viudo y solo  
 Lleno de esmeraldas;  
 Pues ahora sales,  
 Y dejas sus faldas  
 Del precioso aljofar  
 Que llora, bordadas;  
 Y el concierto dulce  
 De los que bien aman  
 Alegre lo miras;  
 Y triste lo apartas;  
 Las torres soberbias,  
 Que ya fueron guardas  
 De amorosos hurtos  
 Victorioso asaltas:

Y el lecho que tiene  
Dos cuerpos y un alma,  
Que tiempo los junta  
Y amor los enlaza;  
Tú rompes sus treguas  
Y escalas la casa,  
Cuando las dos bocas  
Se beben las almas.  
Alegras el mundo,  
Y las aves cantan  
De tu luz divina  
Gloriosa alabanza.  
Los montes de hielo,  
Que al cielo se ensalzan  
En cristales puros,  
Te rinden sus párias.  
Y con rayos de oro  
De las sierras altas  
Desnudas la nieve,  
Porque vean tu cara,  
Al pie de una de ellas  
Vive una Serrana  
Mas helada que ellas,  
Y que ellas mas alta.  
En su blanco pecho  
Hay como en montaña  
Mármoles cubiertos  
De la nieve blanca.  
Cuidados produce,  
Libertades mata,  
Atropella glorias  
Y huella esperanzas.

De verde vestida;  
De belleza armada,  
Persigue las fieras  
Y prende las almas.  
Así goces, Sol,  
Del oro y la plata  
Que en las venas crias  
De la rica Arabia;  
Y el copioso censo  
Que la mar te paga  
De varias riquezas  
En sus conchas varias;  
Que si vieres hoy  
A mi amada ingrata,  
Tus rayos ardientes  
Su hielo deshagan.  
Pero no podrá  
Tu fuego ablandarla,  
Porque con su fuerza  
Es la tuya flaca;  
Pues no han sido parte  
Para deshelarla  
De mi ardiente pecho  
Las ardientes llamas.

CANTATA DE LA VIDA.

Del tiempo infinito  
La imagen anciana  
Contempla Riselo,  
Y a questo le canta.  
Oye mis desdichas,

Inventor de usanzas  
 Que lo crias todo,  
 Y todo lo acabas.  
 De tus alas libres  
 Pinceles se sacan  
 Para el desengaño  
 Que es pintor de faltas.  
 Tu guadaña afilas  
 Entre las pizarras  
 De nuestros descuidos  
 Y de sus mudanzas.  
 Y luego con ella  
 Tan sin duelo talas  
 Arboles humildes,  
 Como altivas palmas.  
 Fugitivas sombras  
 De prisa señalan  
 Las noches que olvidas,  
 Los días que gastas.  
 A la muerte entregas  
 Las desdichas largas,  
 Cuando el curso tuyo  
 No pudo estorbarlas.  
 Por los males nuestros  
 Vagaroso pasas,  
 Por el bien apenas  
 El aire te alcanza.  
 Del Indio remoto  
 Margaritas caras  
 Ciñeran tus sienes,  
 Lucieran tus alas:  
 Los metales ricos



Te dieran medallas;  
Los pobres comunes  
Eternas estatuas;  
En tus aras vieras  
Las jamas halladas,  
Preñeces ocultas  
Y partos de Arabia;  
El colmado cuerno  
De sus abundancias,  
Favor de la tierra  
Tesoro del agua,  
Venerablemente  
Amaltea sacra  
Por mí le vertiera  
En tus nobles canas;  
Con tal que tu industria  
Le diese á mi alma  
Soltura en mi pecho,  
Prision en quien ama.  
Para el pensamiento  
No te pido nada,  
Que yo le castigo  
Si no me regala.  
No será posible,  
Tiempo, que me valgas,  
Duros son mis yerros  
Mas que tu guadaña.  
Si la vida sobra,  
Si la muerte falta,  
Si penas consuelan,  
Si consuelos cansan;  
Que me otorgues quiero

Tus horas menguadas,  
Y que de mi vida  
Volando te vayas.

## III.

La niña morena  
Que yendo á la fuente  
Perdió sus zarcillos  
Gran pena merece.  
Diérame mi amado  
Antes que se fuese  
Zarcillos dorados  
Hoy hace tres meses.  
Dos candados eran  
Para que no oyese  
Palabras de amores,  
Que otros me dijese:  
Perdílos lavando,  
¿Qué dirá mi ausente  
Sino que son unas  
Todas las mugeres?  
Dirá que no quise  
Candados que cierren,  
Sino falsas llaves,  
Mudanza y desdenes:  
Dirá que me hablan  
Cuantos van y vienen,  
Y que somos unas  
Todas las mugeres.  
Dirá que me huelgo  
De que no parece

En misa el Domingo,  
Ni en mercado el Jueves:  
Que mi amor sencillo  
Tiene mil dobleces,  
Y que somos unas  
Todas las mugeres.

Diráme: traidora,  
Que con alfileres  
Prendes de tu cofia:  
Lo que mi alma prende...  
Cuando esto me diga  
Diréle que miente,  
Que no somos unas  
Todas las mugeres.

Diré que me agrada  
Su pellico el verde,  
Muy mas que el brocado  
Que visten Marquéses.  
Que su amor primero  
Primero fué siempre,  
Que no somos unas  
Todas las mugeres.

Diréle que el tiempo  
Que el mundo revuelve  
La verdad que digo  
Verá si quisiere:  
Amor de mis ojos,  
Burlada me dejes,  
Si yo me mudase  
Como otras mugeres.

Blanca y bella niña  
 De los ojos bellos,  
 Huye los peligros  
 Del hijo de Venus.  
 Los oídos tapa  
 A sus mensajeros;  
 Como el aspid libio  
 Al sabio hechicero.  
 No digas: soy libre,  
 Resistille puedo;  
 Que muchas cautivas  
 Lo mismo dijeron.  
 Eres delicada,  
 Y él fuerte en extremo,  
 No están del seguros  
 Los muros del cielo.  
 Mira como siguen  
 Su triunfo soberbio  
 Salomones sabios,  
 Davidés guerreros.  
 Y el que solo mata  
 Los mil filisteos,  
 Un rapaz desnudo  
 Le corta el cabello.  
 Ante el carro suyo  
 En mil formas puesto,  
 Va el supremo Jove  
 Aherrojado y preso.  
 Danle las coronas

Vasallage y sueldo,  
Y sus leyes siguen  
Los que las hicieron.  
Ciérrale la vista,  
Que ella es el comienzo  
Por donde á las almas  
Camina su fuego.  
Que amor, como Ulises  
A los Polifemos,  
La luz de los ojos  
Les ciega primero.  
Son los gustos suyos,  
Cuando los contemplo,  
Engañosas aguas,  
Dorado veneno.  
Míranse sus daños  
Los ojos abiertos,  
Sus dichas y glorias  
Pasan entre sueños.  
Vívora en el vientre  
Son sus pensamientos,  
Matan á la madre  
Que los tuvo dentro.  
Traen sus bienes alas,  
Pártense ligeros,  
Y sus males plomo  
Para estar de asiento.  
Mil placeres suyos,  
Dijo un sabio de ellos,  
A montar no llegan  
Un solo tormento.  
¿Pues qué si á tu alma

Martirizan celos?  
Librete amor, niña,  
De tan duro infierno.  
Coge el labrador  
Del arado suelo  
El fruto del grano,  
Que escondió en su seno.  
Si recibe trigo,  
Trigo dá á su tiempo;  
Y si flor, dá flores  
El campo risueño.  
Mal haya semilla  
Que dá el fruto avieso,  
Y mal haya fruto  
Della tan ageno.  
Acá sembrarás  
Amor verdadero,  
Cogerás olvido  
De un ingrato pecho.  
A la niña hermosa  
Del rubio cabello  
Una escarmentada  
La dá este consejo.  
Ella de ser libre  
La hizo juramento,  
Y amor que la escucha  
Se queda riendo.

V.

Mal haya mis ojos,  
Madre, que los puse

En otros que abrasan  
Negando su lumbré.  
Fuérame yo, Madre,  
Al mercado un Lunes,  
Miento, Mártes era,  
Mil azares tuve.  
Compróme mi Pedro  
Un dorado estuche,  
Echéle mal grado  
Cordones azules.  
Sin mirar en ello  
Del mercado truje  
Con yerros dorados.  
Celos que me apuren.  
Topóme el hidalgo,  
Aquel que le rugen  
Mucho los gregüescos,  
Y tañe laúdes.  
Dijome, Serrana,  
Los rayos ilustres  
De tus bellos ojos  
Mil bienes descubren.  
Permite, si mandas,  
Que mi fe se apure,  
Con las esperanzas,  
Que en la tuya puse.  
Habló tan ñublado,  
Que aguardando estuve  
Cuando me mojáran  
Sus preñadas nubes.  
Respondíle á tiento:  
En otras procure

Emplear sus galas,  
Y en mí no se ocupe.  
Asíóme la mano,  
Soltar no me pude,  
Que me adormecieron  
Sus palabras dulces.  
Pedro que nos via  
Maldades presume,  
Que burlas en veras  
Diz que no las sufre.  
Llaméle yo triste,  
Respondió: no busques  
Voluntad villana,  
Que la noble injurie  
De mis esperanzas  
Ya llegó el Octubre,  
No quieras Pastores,  
Si atropellas Duques.  
De mi vista, Madre,  
Con esto escabulle  
El que en mis entrañas  
Tan de asiento tuve.  
¡Ay de mí que muero!  
¡Ay que me destruyen  
Sospechas de agravios,  
Que hacer yo no supe!  
Plegue á Dios, cuidado,  
Pues tan mal me luces,  
Que porque te acabes  
Viva me sepultes;  
Y al hidalgo malo,  
Pues por él me arguyen,



Que cautivo muera  
En Argel ó en Tunez;  
Madre, la mi Madre,  
No es justo que duren  
Mis ansias que tienen  
Mortales vislumbres;  
Busquen los mis ojos  
Quien su llanto enjague,  
Sin que lloren tanto,  
Que mi vida enturbien  
¡Ay malvados hombres  
De ingratas costumbres!  
El mejor de todos  
Muera de arcabuces.

Riñó con Juanilla  
Su hermana Mignela,  
Palabras la dice,  
Que mucho la duelen;  
Ayer en mantillas  
Andabas pequeña,  
Hoy andas galaña  
Mas que otras doncellas:  
Tu voz son suspiros,  
Tus cantos endechas,  
Al alba, madrugas,  
Al gallo te acuestas;  
Cuando estás labrando  
No sé en qué te piensas,  
Que al dechado miras,

Y los puntos yerrás.  
 Dícenme, que haces  
 Amorosas señas;  
 Si madre lo sabe,  
 Habrá cosas nuevas.  
 Clavará ventanas,  
 Cerrará las puertas;  
 Para que bailemos  
 No dará licencia.  
 Mandará que tía  
 Nos lleve á la Iglesia,  
 Porque no nos hallen  
 Las amigas nuestras.  
 Cuando fuera salga,  
 Dirá á la dueña,  
 Que con nuestros ojos  
 Tenga mucha cuenta.  
 Que mire quien pasa,  
 Si miró á la reja;  
 Y á quien de nosotras  
 Volvió la cabeza.  
 Por tus libertades,  
 Seré yo sujeta;  
 Pagaremos justos  
 Lo que malos pecan.  
 ¡Ay Miguela hermana,  
 Qué mal que sospechas!  
 Mis males presumes,  
 Mas no los aciertas.  
 A Pedro el de Juana,  
 Que se fué á la sierra,  
 Afición le tuve,

Y escuché sus quejas.  
 Mas visto que es vario  
 Despues de su ausencia.  
 De su fe fingida  
 Ya no se me acuerda.  
 Fingida la llamo,  
 Porque quien se ausenta  
 Sin fuerza y sin gusto,  
 No es bien que le quieran.  
 Ruégale tú á Dios,  
 Que Pedro no vuelva,  
 Responde burlando  
 Su hermana Miguela;  
 Que el amor comprado  
 Con tan ricas prendas,  
 No saldrá del alma  
 Sin salir con ella.  
 Creciendo tus años  
 Crecerán tus penas,  
 Y si no lo sabes  
 Escucha esta letra:

*Si eres niña y has amor,  
 ¿Qué te harás cuando mayor?  
 Si al niño Dios te ofreciste,  
 Desde niña, con la edad  
 Le darás mas facultad  
 De la que le prometiste:  
 Si pequeña te atreviste  
 En tenerle por Señor,  
 ¿Que te harás cuando mayor?  
 Como estás hecha á querer  
 Desde que sabes amar,*

En faltando á quien amar, Y  
 Te verás aborrecer:  
 Según esto, podrás ver  
*Si eres niña y has amor,*  
*¿Qué te harás cuando mayor?*

## V. 11.

Elisa dichosa,  
 Haga larga el cielo  
 La corta madeja  
 De tus años tiernos,  
 Goza siglos largos  
 Ese rostro bello,  
 De la vista flecha,  
 Y de amor terrero.  
 Crezcan, niña hermosa,  
 De uno en otro extremo  
 Las trenzas doradas  
 Del vírgen cabello:  
 Si á la Iglesia fueres,  
 Compóngante versos,  
 A quien rinda parias  
 Y se humille el viento,  
 Cuando al baile fueres,  
 Al son del pandero  
 Tu donaire encienda  
 Libres pensamientos.  
 Tenga tu ganado  
 Próspero suceso,  
 La lana en verano,

La leche en invierno.  
 Aquel que bien quieres  
 Goce de tu lecho  
 Con blandos abrazos,  
 Y amorosos besos.  
 Al son de los ramos  
 Esos ojos bellos  
 Reposen la siesta  
 Vencidos del sueño.  
 Cuando salga el alba,  
 De Apolo correo,  
 Encuentren tus soles,  
 Y tórnese dentro.  
 Tras todo, señora,  
 Vivas en el suelo  
 Mil siglos dichosos  
 A pesar del tiempo.  
 Niñez, hermosura,  
 Amores, extremos,  
 Las trenzas doradas,  
 La Iglesia y el viento,  
 Abrazos, amores,  
 Ramos, ojos, lecho,  
 Alba, sierra, soles,  
 Sueño, siglo y tiempo  
 Todo me falte junto en este suelo,  
 Si no eres tú, dichosa Elisa, un cielo.

## C. V I I I.

Eran dos Pastoras  
 Libres de afición,

Una blanca y rubia  
Mas bella que el sol;  
La otra morena  
De alegre color,  
Con dos ojos claros  
Que dos soles son.  
Y viéndose libres  
Del tirano amor,  
Hacen burla de él  
Entrambas á dos.  
Dicen que no temen  
Su furia y rigor,  
Pues en mil encuentros  
Nunca las venció.  
Y viendo que en muchos  
Las acometió,  
Júzganlo por flaco  
Y sin municion.  
Cuenta la morena,  
Que en una ocasion  
La tiró mil flechas,  
Y nunca la hirió.  
Y que viendo el niño  
Que no aprovechó,  
Sus lazos y redes  
De secreto armó.  
Ella con sus ojos  
Todo lo abrasó,  
Y el niño corrido  
La empresa dejó.  
Dice la que es blanca  
Que lo deslumbró,

Y que estando ciego  
No tiene valor.  
Y burlando de él,  
Como así lo vió,  
Quitándole el arco  
Se lo desarmó.  
La morena un día  
Esto me contó,  
Y yo agradecido  
Consejos les doy.  
Y aunque para darlos  
Me falta valor,  
Fiado en su gracia  
Soltaré mi voz.  
Pastoras hermosas,  
Pues el cielo os dió  
Tantas gracias juntas,  
Tened discrecion.  
No fieis, pastoras,  
De lo que pasó,  
Que contra el rapaz  
No hay reparo, no.  
Su sosiego incierto  
Suele dar pasion,  
Su quietud mil penas,  
Su gusto dolor.  
Estad sobre aviso,  
Pues que yo os le doy,  
Que sobre el descuido  
La ruina es peor.  
Tu blancura hermosa  
Busca con razon,

Y cuando no pienses,  
 Verás su traición  
 De tus hebras de oro  
 Tejerá un cordón,  
 Y con él al mundo  
 Lo pondrá en prision.  
 Tus ojos, morena  
 De claro arrebol,  
 Guardate no sean  
 Tu mismo dolor.  
 Que podrá en su centro  
 Meterse el traidor,  
 Y de allí encender  
 Fuego al corazón.

## V.

Fertiliza tu vega,  
 Dichoso Tormes,  
 Porque viene mi niña  
 Cogiendo flores.  
 De la fertil vega  
 Y el esteril bosque  
 Los vecinos campos  
 Maticen y broten  
 Lirios y claveles  
 De varios colores,  
 Porque viene mi niña  
 Cogiendo flores.

Vierta el alba perlas  
 Desde sus balcones,  
 Que prados amenos



Maticen y broten;  
Y el sol envidioso,  
Pare el rubio coche,  
Porque viene mi niña  
Cogiendo flores.

El céfiro blando  
Sus yerbas retoce,  
Y en las frescas ramas  
Claros ruseñores  
Saluden el día  
Con sus dulces voces,  
Porque viene mi niña  
Cogiendo flores.

## I V.

Mientras duerme mi niña,  
Céfiro alegre,  
Sopla mas quedito  
No la recuerdes.

Sopla, manso viento,  
Al sueño suave  
Que enseña á ser grave  
Con su movimiento;  
Dale el dulce aliento,  
Que entre perlas finas  
A gozar caminas  
Y ufano te vuelves;  
Sopla mas quedito  
No la recuerdes.

Mira no despierte  
Del sueño que duerme.

Que temo que el verme  
Causará mi muerte:  
¡Dichosa tal suerte!  
¡Venturosa estrella!  
Si á niña tan bella  
Alentar mereces,  
Sopla mas quedito  
No la recuerdes.

## VII.

Pensamientos me quitan  
El sueño, madre,  
Desvelada me dejan,  
Vuelan y vanse:  
Tristes pensamientos  
De alegres memorias  
Con oscuras glorias  
Y claros tormentos  
Vienen por momentos  
A verme, madre,  
Desvelada me dejan, &c.

Cada cual procura  
Que mi lecho sea  
Campo á la pelea  
Y paz mal segura:  
Sueños sin ventura  
Me espantan, madre,  
Desvelada, &c.

Mis ojos despiertos  
Las noches y dias  
Lloran mis porfias

Por bienes inciertos:

Ya vivos, ya muertos

Mis males, madre,

Desvelada, &c.

Dichoso el sentido

Que desengañado

Despierta el cuidado

Del pecho ofendido.

¡Ay que me han vencido

Desdichas, madre!

Desvelada, &c.

## VIII.

Álamos del prado,

Fuentes de Madrid,

Como estoy ausente

Murmurais de mí.

Todos van diciendo

Mis tristes congojas,

El viento en las hojas

Las fuentes corriendo:

A todos diciendo

Lisongera os ví,

Como estoy, &c.

Con razon me espanto

Dando al despediros

Las plantas suspiros,

Y las aguas llanto;

Que fingierais tanto

Nunca lo creí;

Como estoy, &c.

Estando en presencia  
 Música me hicistes,  
 Luego me vendistes  
 Que vistes mi ausencia:  
 Dios me dé paciencia,  
 Mientras peno aquí;  
 Como estoy, &c.

IX.

Con el viento murmuran,  
 Madre, las hojas,  
 Y al sonido me duermo  
 Bajo su sombra.

Sopla un manso viento,  
 Alegre y suave:  
 Que mueve la nave  
 De mi pensamiento;  
 Dame tal contento  
 Que ya me parece,  
 Que el cielo me ofrece  
 El bien á deshora,  
 Y al sonido me duermo  
 Bajo su sombra.

Si acaso recuerdo  
 Me hallo entre las flores,  
 Y de mis dolores  
 Apenas me acuerdo.  
 De vista los pierdo  
 Del sueño vencida,  
 Y dame la vida  
 El son de las hojas;

Y al sonido me duermo  
Bajo su sombra.

## X.

A coger el trebol, damas,  
La mañana de San Juan:  
A coger el trebol, damas,  
Que despues no habrá lugar.

Salid con la aurora  
Cuando el campo dora,  
Y vereis bordado,  
De aljofar el prado:  
Cogereis las flores  
De varios colores,  
De que en vuestras faldas  
Tejereis guirnaldas,  
Con que al niño ciego  
Podreis coronar;  
A coger el trebol, &c.

Vereis como el alba  
Hace al mundo salva,  
Y cantan las aves  
Con voces suaves:  
Vereis en la fuente  
Cristal transparente,  
Que por mil soslayos  
Le hieren los rayos,  
A donde del fresco  
Podreis bien gozar:  
A coger el trebol, &c.

Cogereis la rosa,  
La violeta hermosa,

El jazmin preciado,  
Y el lirio morado,  
Los rojos claveles  
Con los mirabeles,  
Y á vueltas de grama  
Pajiza retama  
Con otras mil flores  
Dignas de loar:  
A coger el trebol, &c.

## XI.

¡ Ay ojuelos verdes,  
Ay los mis ojuelos,  
Ay hagan los cielos  
Que de mí te acuerdes!

El último dia  
Quedasteis mas tristes  
Y os humedecístes  
En ver que partia:  
Con el agonía  
De tantos pesares,  
Cuando te acostáres,  
Y cuando recuerdes,  
¡ Ay hagan los cielos  
Que de mí te acuerdes!

Tengo confianza  
De mis verdes ojos,  
Que de mis enojos  
Parte les alcanza;  
Ojos de esperanza  
Y de buen agüero,

Por quien amo y quiero  
Los colores verdes;  
¡Ay hagan los cielos  
Que de mí te acuerdes!  
¡Ay Dios, quien supiese,  
A qué parte miras,  
Y cuando suspiras  
La causa entendiase!  
Y si te sintiese  
Un cierto dolor,  
De que un servidor  
Verdadero pierdes:  
¡Ay hagan los cielos  
Que de mí te acuerdes!  
Un solo momento  
Jamás vivir supe  
Sin que en tí se ocupe  
Todo el pensamiento.  
Mis ojos, si miento,  
Dios me dé el castigo;  
Y si verdad digo,  
Mis ojuelos verdes,  
¡Ay hagan los cielos  
Que de mí te acuerdes!

## XIV.

Ventecico murmurador  
Que lo gozas y andas todo,  
Hazme el son con las hojas del olmo,  
Mientras duerme mi lindo amor.  
Hey, ventecico suave,

Has de dar reposo á quien  
 Sabe desvelar mi bien,  
 Y dormir mi mal no sabe.  
 Procura tú mi favor,  
 Pues lo gozas y andas todo;  
 Hazme el son con las hojas del olmo,  
 Mientras duermes mi lindo amor.

Tú que entre las verdes hojas  
 Andas alegre, y murmuras  
 De mis pasadas venturas,  
 De mis presentes congojas,  
 Fresco, manso y bullidor,  
 Que lo gozas y andas todo,  
 Hazme el son con las hojas del olmo,  
 Mientras duermes mi lindo amor.

XIII. EL SON DEL NIÑO

Ten, amor, el arco quedo,  
 Que soy niña y tengo miedo.  
 Dicen que amor ha vencido  
 A las deidades mayores,  
 Y que de sus pasadores  
 Cielo y tierra está ofendido;  
 Y habiendo a questo sabido  
 No es mucho temer su enredo:  
 Que soy niña y tengo miedo.

Unos dicen el estrago,  
 Que en Piramo y Tisbe hiciste,  
 Otros cuán tirano fuiste  
 Con la Reina de Cartago;  
 Y viendo que das tal pago,



Atemorizada quedo:  
 Que soy niña y tengo miedo.  
 No es, amor, mi condicion  
 Para sufrir tus temores,  
 Tus engaños, tus terrores,  
 Tus celos y compasion;  
 Y en esta jurisdiccion  
 No me cogerás, si puedo:  
 Que soy niña y tengo miedo.

## XIV.

Aunque con semblante airado  
 Me mirais, ojos serenos,  
 No me negareis al menos,  
 Ojos, que me habeis mirado.  
 Por mas que querais mostraros  
 Airados para ofenderme,  
 ¿Que ofensa podreis hacerme,  
 Que iguale al bien de miraros?  
 Que aunque de mortal cuidado  
 Dejeis mis sentidos llenos,  
 No me negareis al menos,  
 Ojos, que me habeis mirado.  
 Pensando hacerme despecho  
 Me mirastes con desden,  
 Y en vez de quitarme el bien,  
 Doblado bien me habeis hecho;  
 Que aunque los hayais mostrado  
 De toda clemencia agenos,  
 No me negareis al menos,  
 Ojos, que me habeis mirado.

## XV.

Ojos bellos, no os fieis  
Del buen tiempo que gozais;  
Porque si hoy de mí os burlais,  
Mañana me llorareis.

Como estais acostumbrados  
A alcanzar siempre victoria,  
Desterrais de la memoria  
Mis dolores y cuidados.  
La vida me acabareis,  
Si en mi daño porfiais,  
Y cuando así me perdais,  
De veras me llorareis.

Con tanta seguridad  
Vivis de vuestra belleza,  
Que ese rigor y aspereza  
Es igual con la beldad:  
Si con estar cual me veis,  
Del remedio no curais,  
Advertid que os condenais,  
A que muerto me lloreis.

De esta burla habrá mudanza  
Al tiempo que el tiempo acierte  
A descubriros mi muerte  
En la cual no habrá tardanza;  
Entonces vos perdereis  
Ese rigor que mostrais,  
Y aunque de burlas matais,  
De veras me llorareis.

Al compas del disfavor

Vá creciendo mi tormento;  
Mis suspiros lleva el viento,  
Y mi esperanza el dolor.  
¿Qué suceso pretendéis,  
Pues siempre en calma os estais,  
Sino que vivo querrais  
Enterrarme, y vos lloreis?

## XVI.

El alba nos mira,  
Y el dia amanece;  
Antes que te sientan  
Levántate y vete.

Deja los blandos regazos,  
Aunque el sueño te detenga,  
Antes que á la tierra venga  
El sol desparciendo abrazos.  
No hay gustos sin embarazos,  
No hay contento sin pasion,  
Y á los cuerdos la ocasion  
Jamás les negó el copete;  
Levántate y vete.

Si mi amor tu pecho inflama  
Con honroso intento justo,  
Por darle á mi alma gusto  
Olvida los de la cama;  
Que mi fama está en tu fama,  
Y mi honor está en tu honor:  
Levántate que el temor  
Ya que aquí estés no consiente,  
Levántate y vete.

Aunque con el sueño luchas,  
Es justo que fin le des,  
Porque el gusto de una vez  
Podamos gozarle en muchas.  
Y así por lo que me escuchas  
Es gran razón que te acuerdes,  
Que el gusto que ahora pierdes  
Mayor gusto nos promete:  
Antes que te sientan  
Levántate y vete.

## XVII.

En la cumbre, madre,  
Tal aire me dió,  
Que el amor que tenia  
Aire se volvió.  
Madre, allá en la cumbre  
De la gentileza  
Miré una belleza  
Fuera de costumbre,  
Cuya nueva lumbre  
Ciega me dejó,  
Que el amor, &c.

Quísolo mi suerte,  
Fragua de mis males,  
Que con ansias tales  
Llegase á la muerte:  
Mas un aire fuerte  
Así me trocó,  
Que el amor, &c.  
Dulce ausente mio,  
No te alejes tanto,

Mueva ya mi llanto  
 Ese pecho frio:  
 ¡Mas ay! que un desvío  
 Tal pena me dió,  
 Que el amor, &c.

## XVIII.

Romped, pensamientos,  
 El aire sutil,  
 Y á mi bella ingrata  
 Mi mal le decid.

De todas sus señas  
 Os quiero advertir,  
 Que es en forma humana  
 Bello serafin:  
 Y para si acaso  
 Se olvida de mí,  
 A mí bella ingrata  
 Mi mal le decid.

Decidla que quedo  
 Cerca de morir,  
 Y de mí muy lejos  
 Despues que la ví.  
 Y aunque se resista  
 Y no os quiera oir,  
 A mi bella ingrata  
 Mi mal le decid.

Hallareisla en medio  
 De su verde Abril,  
 Esparciendo rosas,  
 Clavel y jazmin:

Y aunque os espantase  
El hallarla así,  
A mi bella ingrata  
Mi mal le decid.

## XIX.

De tu vista me privas  
Con tu resplandor:  
¡Quien águila fuera  
Que mirára al sol!

Despides tus rayos  
Con tanto furor,  
Que á los que te miran  
Ciega tu arrebol:  
Tus hermosos ojos  
Dos luceros son,  
Que llenan el mundo  
De su resplandor.  
¡Quien águila fuera  
Que mirára al sol!

Bendígate el cielo,  
Gloria de las que hoy  
Renombre de hermosas  
Las concede amor.  
Cualquier criatura,  
Puesta en parangon  
De aquesa belleza,  
Pierde su valor.  
¡Quien águila fuera, &c.  
Luces mas que el oro  
Puesto en el crisol,

Pues naturaleza  
No hizo cual tú dos.  
Los cielos te alaben,  
Bendígate Dios,  
Honra de este siglo,  
Que por tí es mejor.  
¡Quien águila fuera  
Que mirára al sol!

## X X.

Trújome á la muerte,  
Madre, un disfavor,  
Porque siempre celos  
Engendran dolor.  
De favorecida,  
Vine á desdeñada,  
Cuanto ante encumbrada  
Despues abatida;  
Viéndome perdida:  
Creció mi temor,  
Porque siempre celos  
Engendran dolor.

Fué sordo á mi llanto,  
Y á mis tristes quejas  
Cerró las orejas  
Cual sierpe al encanto.  
Creció mi mal tanto  
Cuanto el disfavor,  
Porque siempre celos  
Engendran dolor.

## X X I.

Lágrimas que no pudieron  
Tanta dureza ablandar,  
Yo las volveré á la mar,  
Pues que de la mar salieron.

Heme en lágrimas deshecho,  
Que la mar de amor me ha dado,  
Y habré de salir á nado,  
Pues mar del amor se han hecho:  
Lágrimas que así crecieron  
Sin poder á vos llegar,  
Yo las volveré á la mar,  
Pues que de la mar salieron.

Hicieron en duras peñas  
Mis lágrimas sentimiento,  
Tanto que de mi tormento  
Dieron unas y otras señas;  
Pero pues ellas no fueron  
Bastantes á os ablandar,  
Yo las volveré á la mar,  
Pues que de la mar salieron.



## PARTE V.

## ROMANCES JOCOSOS.

I.

**L**legó á una venta Cupido  
 A la mitad del invierno,  
 Las alas todas mojadas,  
 Roto el arco y muerto el fuego.  
 Viéndole tan destrozado  
 Dijo el bueno del Ventero:  
 Hermanito, no hay posada,  
 Pique, que cerca está el pueblo.  
 Bien quisiera su venganza  
 Ponella luego en efecto;  
 Mas como se vió sin armas,  
 Probó palabras y ruegos.  
 Díjole como era hijo  
 De la bella diosa Venus,  
 A cuyo cetro y corona  
 Todo el mundo está sujeto.  
 Mas como la cortesía  
 Jamás cupo en bajo pecho,  
 Haciendo burla del niño  
 Responde con menosprecio:  
 Para ser hijo de reina  
 Él trae muy bellaco pelo,  
 Y aquí no hacemos nada  
 Por amor y sin dinero.

Sepa si tuvo poder,  
Que ya se pasó aquel tiempo,  
Cuando cantaban sus triunfos  
Con discantes á lo viejo;  
Cuando por ver á su dama  
Iba el otro majadero  
Hecho pez á media noche  
Nadando de Abido á Sexto;  
Aunque mejor que tanta agua  
Fuera una azumbre de ñeijo,  
Y echarse en su cama á nado,  
Y saliera salvo á puerto.  
Aunque en medio de las ondas  
Halló de su alma el remedio,  
Pues bebió tal parte de ellas  
Que apagó de amor el fuego.  
Y tambien el otro bobo  
Del Babilónico suelo,  
Que porque halló roto el manto  
Rompió con su espada el pecho.  
Y luego la necia Tisbe  
Añadiendo yerro á yerro,  
Se mató, queriendo echar  
La soga tras del caldero.  
Y si no ve aquestas cosas,  
Sepa que es porque está ciego:  
Desatátese los ojos,  
Verá la razón que tengo.  
Cupido entre aquestas burlas  
Fué las veras conociendo,  
Y de aquí adelante puso  
Nueva ley, y otro uso nuevo.

Y es tan discreto que tiene  
Menos costa y mas provecho:  
Y tambien manda á las damas  
Que en su amor hagan concierto;  
Y que tengan sus medidas  
Conformes á cada precio,  
Y que al amante que diere  
No le envíen descontento.  
Y al que no diere le digan  
Lo que le dijo el Ventero:  
Hermanito, no hay posada,  
Pique, que cerca está el pueblo.

## II.

Mariana, Francisca y Paula,  
Ines, Constanza y Elvira,  
Heridas de aquella vira  
Que cuenta Amadis de Gaula,  
Con pensamientos conformes  
Y con deseos forzados,  
Tienden sus paños lavados  
Sobre la arena del Tormes.  
¡Ay Tormes, como te ensanchas,  
Dijo Elvira, en ondas claras,  
Solo con mi pecho avaras  
Pues no le quitan las manchas!  
Pero no tengo razon  
En decir tal desatino,  
Pues no son telas de lino  
Las telas del corazon.  
Volvió Juana su canasta,

Y sobre ella mal sentada  
Con la ventura empeñada  
Por la esperanza que gasta;  
Tomó de arena un puñado  
Considerando su pena,  
Y dijo: como esta arena,  
Es el bien de mi cuidado.  
Digo que cuando procuro  
Apretarle dentro el alma;  
No me hallo mas que la palma,  
Porque no hay amor seguro.  
Alzando la voz Ines,  
Dijo al agua suspirando:  
Agua, no pases callando  
Por dó está mi Portugues.  
Dale cuenta de mis duelos,  
Dile que lloro, y no llora,  
Que le adoro, y que él adora  
A la causa de mis celos.  
Que si tus ondas no dan  
Estas señas conocidas,  
Irán lágrimas perdidas  
Donde palabras no van.  
Constanza, que no tenia  
Dolores de pensamiento,  
Dijo: mohina me siento  
De escuchar vuestra agonía.  
¿Por hombres teneis enojos?  
¿De veras llorais por hombres,  
Traidores hasta en los nombres,  
Y hasta el fin de sus antojos?  
¡Que donosa ceguedad!

Volved, amigas, la hoja,

Pues sabéis que es su congoja.

Mudanza y facilidad.

Haciendo son con las palmas

Paula, que tendido había,

Esta letrilla decia,

Que es el mote de sus almas:

Amor quien no te conoce,

Ese te compre.

Con vasallos te regalas,

Maltratas Reyes y Reinas,

Villanos cabellos peinas,

Desprecias rizos y galas:

Para el mal te nacen alas,

Para el bien eres un monte:

Ese te compre.

Empeñas nuestras verdades,

Y con mentiras nos pagas,

Las voluntades estragas,

Destruyes las amistades;

Y para hacer crueldades

Traes un velo que te emboce:

Ese te compre.

Naciste en hora menguada,

Y en señal de mal agüero,

Eres hijo de un herrero,

Y de una muger errada.

Haces la noche alborada,

Y alboreas á la noche:

Ese te compre.

O que donaire ha tenido,

Paula, tu copla donosa

Dijo Costanza quejosa  
Del lavandero Cupido.  
Dime si quieres ahora:  
¿Cuyo es ese consonante?  
¿De aquel señor estudiante  
Que visita á mi señora?  
Ines, que está algo prendada  
De amores de don Gaspar,  
Así comenzó á cantar  
Muy celosa y muy lavada:  
Aquel pajecito de aquel plumage,  
Aguilica seria quien le alcanzase:  
Aquel pajecito de los airones,  
Que volando se lleva los corazones,  
Aguilica seria quien le alcanzase:  
Francisca se desmayó,  
Y á concierto la traían  
Las amigas que sabían  
De su mal el sí y el no:  
Y asida su ropa blanca,  
Puesto el sol que la secó,  
La escuadra en ala marchó  
Camino de Salamanca.  
Y mostrando que llevaban  
Mas contento que trujeron  
Alegres se despidieron,  
Y esta letrilla cantaban:  
Mas prende amor que la zarza:  
Mas prende y mas mata.  
Hace montes llanos  
Y poblados yermos,  
Sana los enfermos

Y enferma á los sanos.  
 Humilla los vanos,  
 Y humildes ensalza:  
 Mas prende y mas mata.

Los finos amores  
 Que del sayo pasan  
 Los hielos abrasan  
 Doblan los ardores.  
 Son nuestros dolores.  
 Sus perlas y plata:  
 Mas prende y mas mata.

## III.

Topáronse en una venta  
 La muerte y amor un día,  
 Ya despues de puesto el sol  
 Al tiempo que anochea.  
 A Madrid iba la muerte  
 Y el ciego amor á Sevilla,  
 A pie llevando en los hombros  
 Sus caras mercaderías.  
 Yo pensé que iban huyendo  
 Acaso de la justicia;  
 Porque ganan á dar muerte  
 Entrambos á dos la vida.  
 Y estando los dos sentados,  
 Amor á la muerte mira;  
 Y como la vió tan fea,  
 No pudo tener la risa,  
 Y al fin la dijo riendo:  
 Señora, no sé que os diga,

Porque tan hermosa fea  
Yo no la he visto en mi vida.  
Corrida la muerte de esto,  
Puso en el arco una vira,  
Y otra en el suyo Cupido,  
Y hácia fuera se retiran.  
Con un lanzon el Ventero  
De por medio se metia,  
Y haciendo las amistades  
Cenaron en compañía.  
Fuéles forzoso quedarse  
A dormir en la cocina,  
Que en la venta no había cama  
Ni el Ventero la tenia.  
Los arcos, flechas y aljabas  
Dan á guardar á Marina,  
Una moza que en la venta  
A los huespedes servia.  
Aun no ha bien amanecido,  
Cuando amor se despedia:  
Sus armas al huesped pide,  
Pagando lo que debia.  
El huesped le dá por ellas  
Las que la muerte traía,  
Amor se las echó al hombro,  
Y sin mas mirar camina.  
Despertó después la muerte  
Triste, flaca, desabrida;  
Tomó las armas de amor,  
Y tambien hizo su guia.  
Y desde entonces acá  
Mata el amor con su vira



Mozos, que ninguno pasa  
De los veinticinco arriba.  
A los ancianos á quien  
Matar la muerte solia,  
Ahora los enamora  
Con las saetas que tira.  
Mirad cual está ya el mundo  
Vuelto lo de abajo arriba,  
Amor por dar vida, mata,  
Muerte por matar, dá vida.

## IV.

Dueña, si habedes honor,  
Mirad bien por mi hacienda:  
Que ya debria ser tiempo  
Que mi dolor os empezca.  
Non pongais en al las mientes:  
Que non es de buenas dueñas,  
A quien tuerto non les face  
Facer injurias derechas.  
Miembreos, Señora mia,  
Que face esta primer fiesta  
Seis años, non dende ayuso,  
Que os fastidian mis recuestas:  
Y en todos estos seis años  
No firieron mis orejas  
Razones de vuestra boca,  
Que mis congojas desmientan.  
En los dos años primeros  
Me distedes por respuesta,  
Que erades niña en cabello,

Para usar homes pequeña,  
Los otros cuatro, Señora,  
Non remediastes mis penas,  
Temiendo veros en cinta:  
¡Ay Dios, quien en cinta os viera!  
En los dos últimos meses  
Partíme á las lueñas tierras,  
Volví, y hallevos casada:  
Triste de quien fia en fembras!  
Distedesme por escusa,  
¡Triste de quien la creyera!  
Que el viejo de vneso padre  
Vos fizo casar por fuerza:  
Que bien sabe el de lo alto  
Cuantas lágrimas os cuesta,  
Porque vuestra voluntad  
Non es conmigo manera.  
Si ello es vero ó non, yo fio,  
Que esta vegada se vea,  
Pues ya no podrá estorballo  
Ser niña, ni estar doncella.  
Faced como vais, Señora,  
Mañana á la Madalena  
A ganar las perdonanzas  
Con quien puridad os tenga.  
Venid vos á mis palacios,  
Donde tendremos la siesta,  
Y folgaremos en uno  
Sin que mis homes lo vean.  
Que si así satisfacedes  
Mi aficion y vuestra deuda,  
Veré que non es falsía

Ni mal querencia la vuestra.  
Donde no, cuidad, casada,  
Que tarde ó temprano sea,  
Que destos desaguisados  
Tengo de tomar enmienda.  
Esto escribió Gerineldos,  
Camarero de la Reina,  
A la dueña Quintañoa  
Estando en celada puesta.

## V.

Cierta dama cortesana  
De las de arandela y toldo;  
De las de buen talle y pico,  
Y pícara sobre todo;  
Picóla con sus saetas  
Amor de amores de un mozo,  
Mas que Narciso galan,  
Y mas que galan celoso.  
Gozó de ella algunos dias  
Sin pechar, que no fué poco,  
Porque es la primer franqueza,  
Que en sus archivos conozco.  
Cobróla el ninfo aficion,  
Y puso en su bolsa cobro;  
Porque con sola su gala  
Pensó conquistallo todo.  
Pidióla celos un dia,  
Y á vueltas del alboroto  
Algo enojado el galan  
La dió un puntapie en el rostro.

Ella que nunca habia visto  
Semejantes terremotos  
En el cielo de su cara,  
Tocó á ñublo y conjurólos.  
Y fué la conjuracion,  
Que en yéndose de allí á un poco,  
Le escribió aqueste papel,  
De que yo doy testimonio.  
Deje celosas sospechas:  
Que vive Dios, que es un tonto,  
Quien no dando todo el gusto,  
No piensa pasar por todo.  
Huélguese, pues que le dejan,  
Y juegue, pues vamos herros,  
Y aunque encuentre mil encuentros,  
No me baraje uno solo:  
Y sepa vuesa merced,  
Que calzo, que visto y como  
A costa de mis costillas,  
Por ser tan flacos sus lomos:  
Y entienda que es necesidad  
Pretender con sus adornos,  
No siendo el Marques del Gasto,  
Ser Conde de Puñonrostro.  
Sepa que ya con las damas  
Un metal, que llaman oro,  
Es el discreto, el galan,  
El gentil hombre, el gracioso.  
Por este metal que digo  
Habla el mudo, y anda el cojo,  
Alcanza el que está sin brazos,  
Y es de pluma el que es de plomo.

Por aqueste hábitos verdes  
Y descendientes de godos  
Dan su lado á quien los tiene  
En campo amarillo rojos.  
Por este amable metal  
En maridable consorcio  
De bien diferentes sangres  
He visto yo hacer mondongo.  
Por este arbola bandera  
Quien en su vida vió moro;  
Ni sabe que es centinela  
Rebellin, trinchera ó foso.  
Pues si éste, por quien se alcanza  
Cualquiera premio dichoso,  
Le falta á vuesa merced,  
Y yo en el mundo no sobro,  
¿Por que se mete en honduras  
A donde el mar es tan hondo,  
Que suele anegarse en él  
Un hombre aunque sea de corcho?  
Con las damas de este tiempo  
Es muy sabido el negocio,  
Que por un magno Alejandro  
Trocarán catorce Apolos.  
Pasó ya el dorado siglo,  
Que Angélica con Medoro  
Se gozaban en la selva,  
Pagando un amor con otro.  
Belerma muy afligida,  
Hechos fuentes los dos ojos,  
Lloraba cinco ó seis años  
Sobre el corazon mofoso.

Gastaba la gran Cleopatra  
Sus tesoros con Antonio,  
Dábase Tisbe la muerte,  
Y llevábala el demonio:  
Catalina por Pascual  
Andaba catorce agostos,  
Y al fin dellos sus amores  
Paraban en matrimonio.  
Ya está tan mudado el tiempo,  
Que aun negras de Monicongo  
Se van tras el interes,  
Y dan al amor de codo.  
Yo por un poco fui necia:  
Mas basta la burla un poco;  
Busque, si encuentra, otra boba,  
Con quien él sea menos bobo:  
Y con ella su merced  
Sea mudo, ciego y sordo;  
Que á todo aquesto se obliga  
Quien quiere mucho y da poco.  
Leyó el galan el papel,  
Y dijo entre risa y lloro:  
Quien celos no tiene es simple,  
Y quien los pide es un loco.

## V I.

Ventanazo para mí  
Despues de un año de ausencia,  
Mal año para mis ojos,  
Si os vieren á vos, ni á ella.  
Quebráranseme las manos,

Hermosa niña de á treinta,  
Primero que á la ventana  
Subieran á ver las vuestras.  
Por nuestro Señor que estuve  
Por daros con una teja,  
A no saber que hay en casa  
Un majadero de piedra,  
Que necio y favorecido,  
Yo no dudo que saliera  
A vengar el tuerto hecho  
A la vuestra delantera.  
Mas respetando los picos  
De vuestra honrada chinela,  
Acogíme á san Miguel  
A rezar en vuestras cuentas.  
Y de todo aquel recibo  
De fé falsa y obras muertas  
Hallo que os tengo alcanzada,  
Y que os alcanza cualquiera.  
Y si de esto estais quejosa,  
Y estuvistes satisfecha,  
¿Por qué se cierran ventanas  
A quien se abrieron las puertas?  
Hame dicho cierto amigo,  
Que me hicistes harta afrenta,  
Porque habeis dado en beata,  
Y decís que sois doncella.  
Beata con lechuguillas,  
Y que á media noche reza  
Amorosas devociones;  
No quiera Dios que lo crea.  
Que de su vida y milagros,

Los que la tratan se quejan  
De haber llevado á hartas partes  
Brazos y piernas de cera.  
Respondeis que hicisteis voto,  
Estando ociosa una fiesta,  
De castidad incurable,  
De que siempre andais enferma.  
¡Oh voto lleno de filòs,  
Ó por ventura de mellas!  
Pues ya no hay sangre que corra,  
Cortad deseo y vengüenza:  
Que si dan tormento á indicios,  
Yo sé muchos que confiesan  
Que orillas de Guadiana  
Apacentaron sus yeguas:  
Y si entre tantos testigos  
Se conociere mi letra,  
¿Por que se abrieron ventanas,  
A quien se cierran las puertas?  
No importa, hermosa beata,  
Huélguese su reverencia,  
Que yo sé que dijo Prima,  
Cnando ella rezó Completas.  
Que el zapato que desecho,  
Yo me huelgo que la venga;  
Pues ya ni será tan justo,  
Aunque piense que le aprieta.  
Ya es sabido que es bonete;  
Para bien, señora, sea,  
Y tan lozano de cola,  
Que en vos deshace su rueda.  
¡Que contento quedaría!



Pues no ha sido cosa nueva,  
De verme cerrar el cielo,  
Donde ví vuestras estrellas.  
Que como yo no soy niña,  
Que de mañana soy vieja,  
Al que espera vuestra gloria  
No quisistes darle pena.  
Colérico estoy por Dios;  
El ponga tiento en mi lengua:  
Que aunque allá distes el golpe,  
Dentro del alma me suena.  
No quiero ser vuestro París,  
Ni que vos scais mi Elena,  
Aunque tuviera mas fuego  
Que Troya tuvo por ésta,  
Ya, enemiga, me declaro:  
Que la sangre se me altera,  
Y el son de aquellas ventanas  
Me toca al arma en las venas.  
Desengaños de palabras  
Ó de papel buenos fueran:  
Pero sabed que son malos  
Desengaños de madera;  
Y pues lo estábades vos  
De que yo era mal poeta,  
¿Por que se cierran ventanas,  
A quien se abrieron las puertas?

## XII.

Decidme, recien casada,  
¿En qué vos ofendo yo,

Que sin fallar justa causa,  
Ausentades vuestro sol?  
Magüer non viene la noche,  
Que en guisa de peleador  
Erguida la mi cabeza  
Contemplo vuestro balcon.  
Bendigo vuestras andanzas,  
Para que vos logre Dios;  
Y por vervos dos vegadas,  
Hasta que el sol sale, estoy.  
Mírovos con tierno pecho,  
Y miraisme con rigor;  
De que se aumentan mis males,  
Y crece mas el mi amor.  
Cuando subides acaso  
En el vueso mirador,  
Non tenedes membramiento,  
Como está el mi corazon.  
Para encender mas mi fuego  
Vos servides de eslabon,  
Con que de mis fechorías  
Está agostada la flor.  
Las dueñas de vuestra casa  
Me preguntan si es amor,  
Ó si en alguna batalla  
Arrastraron mi pendon.  
Y si vades á visita,  
Porque yo presente estoy,  
Para ausentarvos de mí,  
Tomades de esto ocasion.  
Tanto desden y desdicha,  
Señora, causaislo vos,

Que ya non puedo llevarlos,  
Magüer porque muchos son.  
Atended solo á decirme,  
Para quitar mi aficion,  
Si vos ofendo en mirar  
Los rayos de vueso sol.  
Que vos faré juramento  
Por señor san Salvador,  
De non causarvos pesar  
A costa de mi dolor.  
Mis barraganes preguntan  
Quien es de mi mal autor;  
Y porque non vos maldigan,  
La respuesta non les doy.  
Mal pagades mis andanzas,  
Quizá que non son de pró;  
Empero suple el deseo,  
Donde mengua la razon.  
Pásase el tiempo ligero,  
Cuando contemplo en los dos;  
En mí la verde esperanza,  
Y de ella la flor en vos.  
Cerrádesme las ventanas;  
Empero bien sabe Dios,  
Que vos me cerrais ventanas,  
Yo vos abro el corazon.  
Aquesto cantaba Celio,  
De Marfisa cantador,  
Mirando de sus mejillas  
El trasparente arrebol.

## POESIAS

DE LOPE DE VEGA.

## LA CIRCE,

POEMA.

## CANTO I.

*Llega Ulises á la isla y casa de Circe, donde  
le refiere su peregrinacion y lo que le su-  
cedió con los Lestrigones y Lotófagos.*

Tú, que del sacro artífice del oro:  
Científica y hermosa procediste,  
Circe, que al blanco cisne, al rubio toro  
En variedad de formas excediste,  
De la excelencia del castalio coro  
La humilde musa de mis versos viste:  
Harás que las corrientes del Leteo  
Presuman otra vez que canta Orfeo.

Tú, que pudiste dar con imperiosa  
Voz, que tembló sin resistencia alguna  
El sol en su corona luminosa  
Y en su argentado cóncavo la luna,  
Naturaleza no, mas prodigiosa  
Forma á la humana, que corrió fortuna

En el tirreno mar, con nueva forma  
En platónico cisne me transforma.

Vos, única excepcion de la fortuna,  
Que no suele premiar merecimientos,  
Ilustrísimo conde\*, á quien ninguna  
Pudo aumentar mas altos pensamientos:  
Vos, ya del sol resplandeciente luna,  
Que con su misma luz los elementos  
Bañais de claridad y de alegría,  
Entre dos mundos dividiendo el dia:

Si vuestro padre honró en Italia á España,  
Y en España la sangre que en Sevilla  
Por tan alto valor, por tanta hazaña  
Dió reyes generosos á Castilla:  
¿Que pluma os sirve? ¿que lisonja engaña?  
Pues en lugar tan alto maravilla  
Que hablando en vos, aunque artificio sea,  
La verdad á la pluma lisonjea.

Para satisfacer á vuestro claro  
Ingenio, excelso príncipe, debiera  
Daros elogios, que de marmol paro  
Y oro inmortal la eternidad vistiera.  
Las letras, de quien hoy divino amparo,  
Por las que vos teneis, os considera  
España, á vuestra sombra de honor llenas,  
Crecen, y os llaman ínclito Mecenas.

Así veneracion en la florida  
Aurora de la edad vuestra dichosa  
Os dió por tanto lustre agradecida  
Del Tormes la academia generosa:

\* Habla con el conde-duque de Olivares.

Y así de vuestra gloria enriquecida,  
En Pimpla y Helicon Euterpe hermosa  
Os dá la protección que tuvo solo,  
Como sacra deidad, el mismo Apolo.

Oid pues, generoso descendiente  
De aquel heróico Pedro y claro Henrique,  
A quien Sidonia coronó la frente,  
Sin que en la vuestra novedad implique;  
Oid de Ulises la virtud prudente,  
Por mas que Circe venenosa aplique  
La confeccion de su hermosura y gracia,  
Veneno igual al Músico de Tracia.

Ya la discordia por muger nacida  
De la hermosura facil y el deseo,  
En sangre, en fuego y en furor teñida,  
Y esparcido el cabello Meduseo,  
De la llama fatal de la encendida  
Mísera Troya, en hombros de Apogeo,  
Vestida de una nube polvorosa  
Miraba la tragedia lastimosa.

Ya caminaba fugitivo Eneas,  
Incrédulo á la flecha de Laocontes,  
Con los penates y las sacras deas,  
Que trasladó por varios orizontes:  
Coronado de mimbres y de eneas  
El Tibre levantaba á siete montes  
La florida cerviz y el orbe hesperio,  
Nido á las aves del romano imperio.

Hécuba triste entre cenizas viles  
Sus muertos hijos trémula buscaba:  
Por otra parte la crueldad de Aquiles  
Con triste voz Andrómaca lloraba:

Con puntas de marfil hebras sutiles  
Casandra sobre el tálamo peinaba  
De su difunto esposo , y de oro y nieve  
Labraba su dolor sepulcro breve.

Páris traidor con flecha rigurosa,  
A su venganza bárbaro trofeo,  
Sobre las aras de la fé piadosa  
Dejaba muerto al hijo de Peleo:  
En el jazmin y la purpúrea rosa,  
Y en la flor que nació de su deseo,  
Por su amado Memnon perlas llovía  
La mensagera del luciente día.

Como dé polvo tronador al vuelo  
Cayó perdiz sobre la yerba , y como  
Tórtola blanca desde el nido al suelo,  
Herida de los átomos de plomo:  
Entre los pechos de nevado yelo  
Descubre apenas el dorado pomo  
De la daga de Pirro , Polixena ,  
En rojas aras víctima azucena.

Arcos , teatros , cúpulas , columnas,  
Palacios , templos , muros , puertas , baños,  
Rebelados en prósperas fortunas  
Al cetro inevitable de los años:  
Fábricas á las nubes importunas,  
Cubiertas de mortales desengaños  
Yacen en polvo y lo estarán de olvido:  
Así deja de ser cuanto es y ha sido.

Troya desierta al fin , Troya abrasada,  
Fenix que en pluma reservó la vida,  
Por los engaños de Sinon vengada  
La fama infame del famoso Atrida:

Prudente Ulises con su argiva armada  
Por el azul tridente conducida,  
Surgió en la isla de Eolia derrotado  
De las fortunas de Neptuno airado.

El rey allí de los discordes vientos  
En una piel de buei los prende y ata  
A la obediencia de su imperio atentos  
Con hilo sutilísimo de plata:  
Furioso en la prision, sus movimientos  
El aquilon septentrional desata:  
El ábrego, dejando el medio día,  
Romper la cárcel rápido porfia.

El hijo del Aurora, que valiente  
La línea equinoccial levante llama,  
Y el que purpúreo el mar vuelve en su oriente  
Aura fértil de abril, del árbol rama:  
Los rumbos deciseis con torva frente  
Murmuran presos que perdieron fama,  
Por no ser cárcel de leon sangriento,  
En que se ve que la soberbia es viento.

Lascivo solo con las velas juega,  
De las flores anhelito amoroso,  
Céfiro blando: Ulises luego entrega  
El pardo lino al soplo vagaroso:  
Mas cuando el mar pacífico navega,  
Y olvido de sus hados perezoso  
Sueño le infunde, en que sus penas venza,  
Nuevas desdichas Némesis comienza:

Dormia Ulises (que quien tiene imperio  
Se obliga á breve sueño) y los soldados  
Hablaban de su honor en vituperio,  
Por los cables y bordes arrimados:



El griego Laomedon del reino Iberio,  
Mostrando los venenos heredados  
De Colcos, en que fue su nacimiento,  
Con estas quejas dió silencio al viento.

¿Habeis visto, soldados valerosos,  
La hinchada piel que Ulises lleva oculta,  
Sin apartar los ojos cuidadosos,  
De que tan justa presuncion resulta?  
¿Los que valientes siempre y animosos  
Halló para trabajos, dificulta  
Para guardar secretos? Mal responde  
A nuestro amor quien lo que lleva esconde.

Sabed que ha sido tanta la riqueza  
Del robo y saco del troyano incendio,  
Que parece imposible su grandeza  
Ser reducida á número y compendio.  
Nosotros conducidos por nobleza,  
Que no por tan inútil estipendio,  
Para comprar el dárdano tesoro  
Dimos la sangre que ha trocado al oro.

Bastaba á un capitan la dulce gloria  
De haber vencido; que á ningun soldado  
Atribuyó la fama la victoria,  
Aunque por él se hubiese conquistado.  
Cuando se escriba la troyana historia,  
Será el prudente Ulises celebrado;  
Vosotros no, si bien por tanta herida  
A ver la muerte se asomó la vida.

Vosotros al rigor del yelo frio,  
Ya en la campaña con la escarcha al yelo,  
Ya en la embreada tabla de un navio,  
Sin tierra el cuerpo y por cubierta el cielo:

Vosotros en la fuerza del estío  
Pisando vuestra sangre, mas que el suelo,  
Sufriendo los troyanos escuadrones;  
Y ellos durmiendo en altos pabellones.

Creedme que esta piel toda es diamantes,  
Egipto buei con las entrañas de oro:  
Abrilde y lo vereis, o griegos, antes  
Que, si despierta, le guardéis decoro:  
Rompelde, pues hay causas tan bastantes,  
Aunque fuera este buei de Europa el toro:  
Que no es justo, si cumple lo que debe,  
Que á Grecia el oro y el honor se lleve.

Entonces los soldados presumiendo  
Que llevaba en la piel (¡que injusto pago  
La ambicion al respeto prefiriendo!)  
El oro y joyas del troyano estrago;  
Mientras estaba el capitan durmiendo,  
Rompen la piel, y por el aire vago  
Salen los vientos, porque coge vientos  
Quien siembra codiciosos pensamientos:

No de otra suerte, si de noche el fuego  
La materia veloz dispuesta enciende,  
La gente por el humo denso y ciego  
Sino la puerta, la ventana emprende:  
Que aqueste arroja aquel, y el otro luego  
Entre las mismas llamas le defiende:  
Restalla en torno pertinaz Vulcano,  
Inexorable al elemento cano;

Pues apenas salieron, cuando embisten  
Con las seguras naves y soldados;  
Que con lo mismo que el furor resisten,  
Su injusta perdicion miran turbados,

Los que á la aguja y al timon asisten,  
La bitácora dejan desmayados,  
Y arrepentidos ya de sus cautelas,  
Acuden á las jarcias y á las velas.

El campo undoso, como fácil boya,  
Nadan entre la rota obencadura  
Las banderas, que ya terror de Troya  
Dos lustros respetó la mar segura.  
Coge en lugar de la preciosa joya  
La escota el griego y la rompida amura:  
Mas cayendo y culpando el vil tesoro  
En espumosas ondas bebe el oro.

Como suele dormido en verde prado  
Abrir pobre pastor á los balidos  
Del esparcido tímido ganado  
Primero que los ojos los oídos,  
Y al intrépido lobo, que acosado  
De los perros con ásperos ahullidos,  
No sabe á cual emprenda, y mira atento  
Iguales la venganza y el sustento;

Así despierta Ulises, y esparcidas  
Mira las naves del corinto Egeo,  
Que con velas y flámulas tendidas  
Despreciaban el golfo de Nereo:  
Las esperanzas de volver perdidas  
Al patrio suelo, fin de su deseo,  
Reservadas al cielo y á las naves,  
En lágrimas bañó los ojos graves.

Cerca una isla el mar tirreno, al monta  
Opuesta, donde en hierro y bronce duro  
Estérope feroz, desnudo Bronte,  
Defensas labran al celeste muro:

Aquí el ardiente padre Faetonte  
A Circe trujo en plaustro mas seguro,  
Si el agua del Eridano, que inflama,  
Lámpara de cristal fue de su llama.

Habia dado Circe al rey su esposo  
Veneno sin razon, en que descubre  
El alma de su pecho cauteloso:  
Y el sol con ser tan claro á Circe encubre;  
Que la sombra de un hombre poderoso,  
Claro en linage, mil delitos cubre:  
Pues muchas cosas de sufrirse duras  
La misma claridad les hace oscuras.

No le recibe en nítido palacio,  
Dorado signo, que humillando el vuelo,  
Nueva enclíptica forma, nuevo espacio!  
Entre los peces de la mar y el cielo.  
Temió Circe el furor del rey sarmacio,  
Llamando al claro sol que estaba en Délo:  
Temióle con razon, porque sucede  
Odio al amor, cuando el agravio excede.

Que habiéndose con ella desposado  
Por hermosura humana y luz divina,  
Fue quererle matar enamorado,  
Del linage del sol bajeza indina:  
Un monte que pirámide elevado  
El rostro de la luna determina,  
Verde gigante al sol bañado en plata,  
De sus eclipses el dragon retrata.

De mármoles y jaspes guarnecido  
Ocupa de la isla tanta parte,  
Que de pequeñas márgenes ceñido  
Darle no pudo habitacion el arte:

Circe en su centro, ya de fieras nido,  
Sus palacios espléndidos reparte,  
Que por la natural arquitectura  
Fundó la artificiosa compostura.

Sobre mármoles blancos, que al indiano  
Marfil en lustre vencen, oro esmalta  
La insigne puerta dórica, y de plano  
Perfil el claro pedestal resalta:  
Cuanto permite el arte en diestra mano,  
En él levantan proporcion tan alta  
Dos columnas de jaspe de Corinto,  
De bronce y oro el capitel y el plinto.

Aquí llegó perdido y derrotado  
El Capitan de Grecia tristemente,  
Se leño solo en tantos reservado,  
Que poblaron el húmido tridente:  
Alzó los ojos al peñasco helado  
Que en pardas nubes escondió la frente:  
Que la sombra del mar por gran distancia  
Obligaba á mirar tanta arrogancia.

Y como mas el monte al vespertino  
Crepúsculo la sombra dilatava,  
Por ella Ulises á la margen vino,  
Donde la puerta habitacion mostraba:  
Y señalando facil el camino  
Que el arena entre céspedes formaba,  
A Euríloco mandó, sabio y valiente,  
Que el verde monte penetrar intente.

Apenas con sus griegos compañeros  
Selectos de los otros desembarca,  
Cuando cercado de animales fieros  
Temió el rigor de la vecina Parca:

Pero al sacar los fúlgidos aceros,  
Viendo en las olas fluctuar la barca,  
Los que temió llegar armados de ira,  
Postrados á sus pies humildes mira.

Al umbral de la puerta las criadas  
De Circe lisongeras los reciben,  
Y á los valientes griegos inclinadas,  
Los brazos, no las almas aperciben:  
De la fingida risa acreditadas  
Les muestran los palacios donde viven,  
Asegurando que su Reina bella  
Es Venus de aquel mar, del sol estrella.

Su gente anima Euríloco engañado  
A ver á Circe en tanto mal dispuesto,  
Que á quien grandes desdichas ha pasado,  
La esperanza del bien le engaña presto.  
Hallan los griegos en un alto estrado  
De alfombras ricas de Ceilán compuesto  
La bella Circe con real decoro,  
Quitando como el sol la gloria al oro.

Las piedras del dosel y las figuras,  
Con los vestidos varios en colores,  
Suplieran en las noches mas oscuras  
De la corona austral los resplandores.  
Lágrimas densas del aurora en puras  
Conchas del mar abiertas, como en flores,  
Pendian por los hilos de oro al suelo,  
Hurtando lustre al sol, cristal al hielo.

Circe de régia púrpura vestida,  
Sembrada de azucenas de diamantes,  
Mostró la hermosa perfeccion unida,  
Admirando los griegos circunstantes.

La madeja bellísima esparcida  
Por los hombros en ondas fulgurantes,  
Preciándose de ser mayor tesoro,  
No permitia distincion al oro.

Eran los ojos esmeraldas vivas,  
Cual no las vió jamas el Gange indiano,  
Con dos almas de fuego tan lascivas,  
Que eran la esfera del deleite humano.  
No suelen á la Aurora primitivas  
Mostrar apenas el dorado grano  
Las hijas de los pies de Venus bella,  
Como resplandeció púrpura en ella.

Sucediendo al marfil, tan viva ardia,  
Que compitiendo en su celeste velo,  
El carmin de la boca desafia,  
Como si fuera de diverso cielo:  
Era lo que la risa descubria  
El nacar que en clavel condensa el hielo,  
Si se atreve la frígida mañana  
Tal vez con perlas á bordar su grana.

Bruñida al torno la coluna hermosa  
Este edificio cándido y rosado  
Sustentaba con pompa generosa  
De tan divinos miembros ilustrado:  
Que siendo de aquel alma cautelosa,  
Y de tan falso espíritu habitado,  
El principio y origen de la vida  
Perdió tener la estimacion debida.

O cuantas hermosuras han perdido  
Del imperio mortal la gloria y palma,  
Ó por tener el corazon fingido,  
Ó por manifestar bárbara el alma!

Blandura celestial, perdon te pido,  
Si alguna vez, que me tuviste en calma,  
Pensé que no era el alma que tenías  
Fenix de las humanas gerarquías.

Euríloco mirando finalmente  
La bella Circe, al suelo derribado,  
Le dice: o Reina, o sol resplandeciente  
Deste palacio esférico dorado,  
El griego Ulises, capitán valiente,  
Reliquia del heroico y desdichado  
Ejército por quien yace en la arena  
Troya con París robador de Elena;

Llega á tu monte en una nave solo,  
Después de mil naufragios y desvelos,  
Con que ha visto del uno al otro polo  
Tantos diversos mares, tantos cielos:  
Así los rayos de tu padre Apolo  
Adoré Delfos, y respete Delos,  
Que de su error, que de su mal te duelas:  
Que ni armas tiene ya, jarcias, ni velas.

Ampara un Rey que en Itaca y Zaquinto  
Tuvo tan alto imperio, porque vuelva  
Al mar de Grecia deste mar distinto,  
Antes que el fiero Bóreas le revuelva:  
Dejó por el undoso laberinto  
De griegas naves una blanca selva;  
Duélete de sus hijos y su esposa  
Años ausente, poca edad, y hermosa,

Aun él no sabe que su ilustre casa  
Ocupan hoy villanos pretendientes,  
Cuya libre afición su hacienda abrasa;  
Que á todo están sujetos los ausentes:



Ignora como dueño lo que pasa,  
Y sabe los agenos accidentes:  
Que esta es la causa porque muchos vienen  
A hablar en faltas que ellos mismos tienen.

No porque no es Penélope tan casta  
Como la fama de sus obras muestra;  
Mas la porfia que los montes gasta,  
Mejor podrá la resistencia nuestra:  
Que para ejemplo de recelos basta  
Traidor Egisto, ingrata Clitemnestra:  
Que ni la nieve al sol está segura,  
Ni en ausencia del dueño la hermosura.

Diez veces nuestra Argólica milicia  
Sobre Troya miró flechando á Cloto,  
Y otras tantas al toro de Fenicia  
Pacer estrellas al celeste soto.  
Finalmente venció nuestra justicia,  
El alto muro de Dardania roto,  
Cayendo, como tiene de costumbre,  
Toda gloria mortal que vió su cumbre.

Cobramos, reina, la robada Elena,  
No porque ya cubriese el rojo labio  
Cándidas perlas, ó por ser tan buena  
Que nos moviese á deshacer su agravio:  
Que nunca la muger que ha sido agena  
Venera el amador, ni estima el sabio:  
Que aun en los brazos el agravio suele  
Hacer que el fuego del amor se hiele.

Venganza fué, que cuando el fin alcanza,  
No hay hombre que contento la posea:  
Que es condicion de la mortal venganza,  
Que no sin daño de los dueños sea.

Tanto, que se ha perdido la esperanza  
De que ninguno de nosotros vea  
Su casa, esposa y hijos, convertidos  
En peces por las aguas sumergidos.

Castigo fue tambien en parte alguna  
De haber entrado los troyanos muros  
Con invencion tan alta, que la luna  
Temió su sombra en sus cristales puros.  
Estaban del rigor de su fortuna  
Los engañados Dárdanos seguros:  
Que aun el honor para el ageno daño  
No quiere la venganza en el engaño.

Fingió partirse nuestra griega armada,  
Y en unas islas se quedó escondida,  
Aumentando la selva, que enramada  
Juntó la verdadera á la fingida:  
Con los olmos vecinos abrazada  
De suerte se miraba entretejida,  
Que las naves le dieron troncos rudos,  
Y ella vistió sus árboles desnudos.

Con esto los troyanos presumiendo  
Que las ondas marítimas rompía,  
Andaban por la playa discurrendo  
Que aun despojos inútiles tenia.  
Cuantos miras aquí, de aquel tremendo  
Caballo para el parto de aquel día  
Ocupamos el vientre en que estuvimos,  
Y á ser fuego de Troya á luz salimos.

Mal defendida la ciudad, su gente  
(Como salió del sueño la defensa)  
Mas llora que pelea, y tristemente  
Hallar piedad entre los dioses piensa:

De Aquiles Pirro imitacion valiente,  
Perpetra entre sus aras tal ofensa,  
Que solo basta á despertar la ira  
Del sol que su ciudad cenizas mira.

La venerable barba revolviendo  
El fiero mozo á la siniestra mano,  
Sin respetar su edad, con golpe horrendo  
La cabeza cortó del rey troyaño,  
Sobre la sangre mísera cayendo  
Del triste hijo, que defiende en vano:  
La que estaba del padre desunida,  
Quiso ayudar á quien le dió la vida.

Estas crueldades y otras que tuvieron  
Entonces la disculpa en la venganza,  
Por ventura despues la causa fueron  
Del castigo que á todos nos alcanza.  
Al mar, al viento y á la luna dieron  
Los cielos la firmeza en la mudanza:  
Y en nuestro error mudó naturaleza,  
Sin admitir mudanza su firmeza.

Fundó por nuestro mal con Febo ardiente  
Neptuno, rey del mar, los muros frigos:  
Por esto navegando su tridente  
Las ondas vuelve ya lagos estigios.  
Escucha tú de Ulises elocuente  
Las iras, los portentos, los prodigios,  
Dando licencia que te adore y vea,  
Y sacro asilo tu presencia sea.

El te dirá como los dos Atridas  
En la isla de Ténedos surgieron:  
Y como las escuadras divididas  
Distintos rumbos por la mar siguieron:

Porque todas las cosas sucedidas  
Los marítimos dioses, que las vieron,  
Las contaron á Palas, y ella á Ulises,  
Y aun al troyano sucesor de Anquises.

El rojo Menelao con ser discreto,  
Volvió á su casa la traidora Elena:  
¡Que necio amor, si fue de amor efeto!  
Pero lloró muger, cantó sirena.  
Callar un hombre el deshonor secreto,  
No por todos los sabios se condena;  
Pero el público agravio es tanta culpa,  
Que aun no puede el amor darle disculpa.

¡O nunca de Nestór se dividiera  
Con menos amistad, que atrevimiento!  
Que ya los puertos de sus islas viera,  
Y gozara á Penélope contento.  
¿Quien vió tanto blason, tanta bandera,  
Tanta lengua de bronce hablando al viento,  
Tantos árboles mas que egipcias piras,  
Que imaginára las celestes iras?

Dimos velas al viento sonoro,  
Hinchada pompa de las lonas pardas;  
Las flámulas pintadas el undoso  
Piélago peinan libres y gallardas:  
Las naves con el céfiro amoroso  
Juzgan las alas de los remos tardas,  
Y como cisnes la nevada pluma,  
Desatando cristal, cortan espuma.

Mas luego un huracan y travesía,  
Tan fiero, tan voraz, tan iracundo  
Las acomete al espirar del dia,  
Que midieron el cielo y el profundo:

La isla Eólia tenebrosa y fría,  
Carcel del aire que sustenta el mundo,  
Casi en el fuego y cerca de la luna,  
Nos recibió para mayor fortuna.

Circe mostrando sentimiento y pena  
De ver que el griego Euríloco lloraba,  
Bañó la pura rosa y azucena  
Con perlas que á dos soles destilaba:  
Maldice á Troya, llama infame á Elena,  
Por quien sin culpa el mar peregrinaba:  
Tan fuerte capitan, casado, ausente,  
Sujeto á todo facil accidente.

Fingiendo en fin el pecho enternecido,  
Los manda regalar: las mesas ponen;  
Veneno en los manjares esparcido,  
Que de yerbas venéficas componen:  
Los cuidados, las armas y el vestido  
Los soldados famélicos deponen:  
Comen, hablan, blasonan, rien, brindan,  
Hasta que al sueño la memoria rindan.

Euríloco discreto, como suele  
El que mira pasar otro delante,  
Y cuando de su ciego error se duele;  
Retira el pie que le afirmó constante,  
Mas quiere que la hambre le desvele,  
Y que el duro cansancio le quebrante,  
Que no verse despues tal, que no pueda  
Volver con vida donde Ulises queda.

No bien sobre las mesas se caían  
Los griegos, ya de Baco satisfechos,  
Cuando de hirsutas pieles se vestían  
Las cervices, las manos y los pechos:

Los unos elefantes parecían,  
Los otros ya rinocerontes hechos:  
Cual, tigre que engendró scítica Hircania,  
Y cual león de la oriental Albania.

Mover quería Érico la turbada  
Lengua, cuando cubrió flexible trompa  
La boca descompuesta, y con la armada  
Frente Elpenór no hay árbol que no rompa:  
Dulinto fué á tomar su fuerte espada,  
Antes que, transformándose, interrompa  
El racional distinto encanto fiero,  
Y con las uñas derribó el azero.

Quejarse quiso con acento humano  
De tal crueldad el joven Antidoro,  
De Ulises almirante en el mar cano,  
Cuyos labios cercaban hilos de oro:  
Mas con mugido fiero y inhumano  
La rígida cerviz de airado toro  
Mostró feroz, y en una clara fuente  
Se vió las medias lunas de la frente.

Del modo que, bañándose Diana,  
Fugitivo miró las ramas nuevas  
En la plata del baño mas cercana  
El transformado príncipe de Tebas:  
Queriendo articular la voz humana  
Peneo vió, ¡que horror! ¡que injustas pruebas!  
Las armas de la infamia, á que se obliga  
Quien por buscar muger halló enemiga.

No menos tú, belígero Atamante,  
A quien dió nacimiento la Morea,  
Crítico de las musas arrogante,  
Viste tu hermosa forma en la mas fea:

Al animal mas rudo semejante  
Circe permite que tu imagen sea,  
Quedándote en aplauso vil plebeyo,  
No el alma, la corteza de Apuleyo.

En un dragon alado se transforma  
Alcidamante, bárbaro poeta,  
Sin agradarse Palas de su forma:  
Que era Palas científica y discreta.  
Un caballo feroz Tebandro informa  
Que ni á espuela ni á freno se sujeta;  
Al extremo del monte alarga el paso;  
Que quiere de sus cumbres ser Pegaso.

Por burlarse de todo (puesto en duda  
De Grecia si era Heráclito) Penteo,  
En simio, ó cercopíteco se muda,  
Gracioso en gesto y en acciones feo.  
Enríloco pidiendo al cielo ayuda,  
Sale del monte al campo de Nerco,  
Y embarcado agradece á su templanza,  
Que le libro de tan crüel mudanza.

Enternecido el hijo de Anticlea,  
Las manos alza á Júpiter divino:  
Llora de ver que tantos años sea  
De Tetis naufragante peregrino:  
Que no llegue á la tierra que desea,  
Y que le niegue el vasto mar camino,  
Habiendo en tantos rumbos vueltas dado  
Al clima adusto, al frígido y templado.

En esta confusion, en este asombro,  
A la tierra bajó la noche helada,  
El manto desprendiéndose del hombro,  
Y la cara de nubes rebozada:

¡Ay! dijo, o gran Mercurio, pues te nombro,  
En toda accion mirándome inclinada  
De trino tu relórica influencia,  
Por quien mi patria alaba mi elocuencia;

Dame remedio en tanta desventura:  
No permitas que deje los soldados,  
Que perdonó la mar, en la figura  
De animales tan fieros transformados:  
Mejor será que tengan sepultura  
Con los demas Argivos desdichados,  
Que no que el alma en tal fiereza oculten,  
Que alzar el rostro al cielo dificulten.

Enseña la moral filosofía,  
Que el hombre que jamas del bajo suelo  
Al cielo levantó la fantasía,  
Viviendo en pie para mirar al cielo,  
Es fiera que la Libia ardiente cria  
En su arena abrasada, ó en su hielo  
Scitia feroz, sin que en su bien redunde  
El alma racional que Dios le infunde.

Abriendo entonces con dorada llave  
El gran nieto de Atlante, el Argicida,  
La puerta celestial, tres veces ave,  
En nube de oro y resplandor vestida,  
Sobre la gabía esclareció la nave,  
Cual suele exhalacion, cuando encendida  
Despues de tempestad serena el cielo,  
Y retrató su luz el mar en hielo.

Y sacudiendo con la diestra mano  
El dragon duplicado al caduceo,  
Con tierno afecto, con acento humano,  
Así fué de la mar celeste Orfeo:



Gran hijo de Laërtes, que el Troyano  
Incendio priva, que del patrio Egeo  
Los puertos goces: tanto Venus llora  
Su ciudad en los ojos del Aurora:

No temas el rigor de los encantos  
De la hija del sol, ni el ver tus griegos  
En varias formas de animales tantos  
Por los montes indómitos y ciegos:  
Toma esta yerba: que los cielos santos  
Penetraron tus lágrimas y ruegos,  
Que con ella podrás vencer la fiera  
Diomédes de esta bárbara ribera.

Aunque á la madre del Troyano adoro,  
Dulce monstruo de Amor, parto de espumas,  
No es lícito al valor de mi decoro  
Que en tu favor ingratitud presumas.  
Dijo: y alzando los coturnos de oro,  
Resplandecieron las talaes plumas,  
Y la senda de luz al movimiento  
Hurtó á la vista poco á poco el viento.

Era la yerba de raiz redonda  
Negra en color, de flor vistosa y blanca:  
No hay veneno que della no se esconda:  
Pero con gran dificultad se arranca.  
Circe espera que Ulises le responda:  
La casa ofrece liberal y franca,  
Y de su amor en viéndole segura  
Previene en el espejo la hermosura.  
Riza el cabello, y en sortijas pone  
Pendientes mil diamantes, y la cara  
Al fingido jazmin fácil dispone  
Agua confeccionada entonces clara:

Despues de pura rosa la compone  
Densa en el medio, en los extremos rara,  
Y las cejas en arco á los despojos  
Previene con las flechas de los ojos.

Como en invierno suele añadir nieve  
El deleite mortal al agua fria,  
A la blancura, que á los cielos debe,  
Circe añadir la artificial porfia  
A la garganta cándida se atreve,  
Que los dientes lustrosos desafia  
Del mas sabio animal, y de azucena,  
Teniéndola tan propia, viste agena.

Hacen lo mismo con igual deseo  
Y ilustre adorno sus hermosas damas:  
El ambar vuelve el aire prado hibleo  
Con fácil nube en olorosas llamas.  
Prevenidas al jóven Anticleo  
Las telas de oro y las bordadas camas,  
Y á vueltas el veneno, da licencia  
Que venga con su gente á su presencia.

Ulises deja al mar las blancas velas,  
Y mas fingido que de Europa el toro,  
La yerba prevenida á las cautelas,  
A tierra sale con real decoro:  
Sobre dos toneletes, ó escarcelas  
Cota de tela azul y escamas de oro,  
Pendiente el manto desde el hombro al suelo,  
Y el atado laurel revuelto al pelo.

La espada en un tahalí, que tachonaban  
Ricos topacios y diamantes finos,  
Que la celeste eclíptica imitaban,  
Senda del sol por sus dorados signos:

Su venerable aspecto acompañaban  
Los griegos mas famosos y mas dignos,  
Euríloco, Auriflor, Polidamante,  
Filemo, Palamedes y Toante.

Todos caminan de esperanzas llenos  
De hallar en Circe prospera ventura,  
Que no hay para sentir males ajenos  
Fé firme, limpio amor, lealtad segura:  
Circe aumentando luces y venenos,  
Y juntando al engaño la hermosura,  
Sale á la puerta, y con fingidos lazos  
Le recibe en los ojos y en los brazos.

Con blanca nieve, cuyo efecto es fuego,  
Tierna le ciñe la robusta mano,  
Por ver si facil de la vista el griego  
Le entrega el pecho que conquista en vano:  
Discreto Ulises con mayor sosiego  
Defiende el alma del primer tirano.  
¡Ay de quien necio por la mano bebe  
Veneno ardiente en áspides de nieve!

Así le lleva por las altas salas  
De oro vestidas y pinturas bellas,  
Aumentando los ambares y galas  
Lascivo resplandor en sus estrellas:  
Tiernos Cupidos las purpúreas alas  
En torno mueven, y derriban dellas  
Las flechas encendidas sin efeto:  
Que era la yerba defensor secreto.

Y para que moviese, como suele,  
Lo imaginado mas que la hermosura,  
Quiere que el sueño honesto le desvele  
De los famosos cuadros la pintura:

Mira la madre del amor que impele  
Corriendo el aire, y de la sangre pura  
Las hojas de la rosa agradecidas,  
Curando á los jazmines las heridas.

Adonis, rio ya, que al mar fenicio  
De las faldas del Líbano desciende,  
Diestramente pintado, al ejercicio  
Del campo, no á la diosa, libre atiende:  
Con blando rostro, con piadoso oficio,  
Que persiga las fieras le defiende,  
Tan bella, que la rosa con los celos  
Ser lirio quiso, y lo pidió á los cielos.

En otra parte el baño de Diana  
Desnudas le mostró ninfas tan bellas,  
Que el indiano marfil, la tiria grana  
No presumieron competir con ellas:  
Vestido blanca pluma, riza y cana,  
El que lo está de sol, luna y estrellas,  
Engañaba de Leda la hermosura:  
Pero con mas efecto la pintura.

Valiente cuadro, abriéndose los cielos  
La lluvia de oro espléndida enseñaba,  
Que á pesar de cuidados y desvelos  
Entró donde jamas de amor la aljaba:  
En frente Egina los nevados hielos  
Al mentiroso fuego calentaba:  
Todo lo mira el griego: mas de un modo  
La severa virtud lo vence todo.

Descansan en estrado, que pudiera  
Ser el sitio del sol, y los soldados  
Con menos gravedad hacen esfera  
Y los rayos que miran eclipsados:

No templa á todos rígida y severa  
La virtud de Caton , que están templados  
En las leyes comunes; y estos tales  
Convierte Circe en fieras y animales.

Sentado estaba el Griego , y le tenía  
Circe la mano diestra ; mas la hermosa  
Presencia que miraba , suspendía  
La fuerza de la vara venenosa:  
El encanto á los ojos remitía  
Arsénico mortal, flecha amorosa.  
Indecisa se vió la Esfinge ó Lamia;  
Que hechizos , si hay belleza , son infamia.

Pero viendo que el hijo de Laërtes  
No la miraba tierno , con la vara  
Que dió tan fiera causa á tantas muertes,  
Vencerle quiso , y al tocarle para.  
El Griego entonces con las manos fuertes .  
El golpe venenífero repara,  
Y sacando la espada , ardiente rayo,  
Cubrió sus ojos de mortal desmayo.

Pero animada del temor cobarde ,  
(Que hay ánimo tambien que es cobardía)  
Le ruega que la escuche y que la aguarde,  
Y el acero con lágrimas desvía:  
De sus ruegos al fin vencido tarde,  
Como en la yerba mercurial confía,  
Paró el rigor : que nunca fue sangriento  
El hombre de sutil entendimiento.

Circe promete al cielo , y interpone  
La autoridad de su milesio hermano,  
No hacerle agravio , y en la estatua pone  
De Júpiter olímpico la mano.

Con esto mereció que la perdone,  
Y que la mire con semblante humano:  
Y luego amor en dulces amistades  
Con los brazos juntó las voluntades.

Sucede en esto con aplauso y fiesta  
La artificiosa luz á la del día,  
Porque la noche tímida intempesta  
Con la sombra del monte el mar cubria.  
La mesa y cena espléndida se apresta,  
Y entretanto á la forma en que vivia,  
Vuelve todo soldado , y las crueles  
Armas desnudan con las duras pieles.

Cual suele el que salió de algun cuidado  
En que su loco error le tuvo asido,  
Contento , libre , alegre y admirado,  
Cobrar nueva razon , nuevo sentido;  
Desnudo de animal todo soldado  
Está con los amigos divertido:  
Danse estrechos abrazos , y en la mesa  
La memoria del mal trágico cesa.

Ya Baco enciende á Venus , ya los vasos  
En los aparadores altos suenan,  
Ya los siervos , los platos y los pasos  
De las salas los cóncavos atruenan:  
Refieren los alegres tristes casos;  
Unos dicen amores y otros cenan;  
Cuales mirando están tantos tesoros,  
Cuales oyen cantar distintos coros.

Ya mira Circe á Ulises sin recato:  
Quien tierno mira , blandamente ruega:  
Ya no responde el Capitan ingrato,  
Que mas concede quien de presto niega:

Y puesto fin al opulento plato,  
Con altas voces á la usanza griega  
Himnos al alto Júpiter ensalzan,  
Agua previenen y las mesas alzan.

En rico estrado sin guardar se sientan  
Lo que se debe á las honestas damas:  
Ellas mirando la hermosura aumentan,  
Y ellos de amor las encendidas llamas:  
Con privacion los griegos se contentan,  
Y como suelen por las verdes ramas  
Las tórtolas gemir arrullos tiernos,  
Llaman breve esperar siglos eternos.

La noche estaba sin temor de Apolo,  
Y en el collar del Can-resplandecía  
La estrella mas vecina á nuestro polo,  
Que airada entonces abrasaba el dia:  
Cuando el astuto, en las desdichas solo,  
Vencido del amor y la porfia  
De Circe, que no hay cosa que no venza,  
Asi su historia trágica comienza:

«Despues de haber Agamenon vengado  
La infame afrenta del tirano fiero,  
No sé cual Dios con nuestra gente airado  
Vibró de su rigor el fuerte acero.  
Yo mas, que cuantos fueron, desdichado,  
A la conquista, aunque al honor primero,  
Tales tormentas padecí, que admiro  
Como en articulada voz respiro.

Contarte por extenso mis historias  
Sería loco error, Circe divina,  
Y revolver ahora las memorias  
Y tragedias de un alma peregrina;

Que como alegran las pasadas glorias,  
A que el gusto mortal facil se inclina,  
Le mueven á dolor penas presentes,  
Que se han de referir estando ausentes.

Entre otras desventuras, con mis naves  
Y dulces compañeros llegué un dia  
A Lestrigonia, que entre peñas graves  
Del mar de Italia su defensa fia.  
Aqui gente cruel, si no lo sabes,  
Bárbara en todo, aunque con rey, vivia,  
Gigantes de estatura y de fiereza,  
Que dellos se admiró naturaleza.

Antifátes su príncipe, excediendo  
La gran proceridad del Centimano,  
Era de aspecto furibundo, horrendo,  
Fuera del natural límite humano:  
La hirsuta barba y el cabello haciendo  
Feroz el rostro, entre bermejo y cano,  
Daban temor, á quien formaban lazos  
Dos ramas de laurel como dos brazos.

De marítimas conchas guarnecido  
Vestia un peto y espaldar, trabadas  
Con firmes puntas de metal bruñado,  
De los rinocerontes imitadas:  
Desnudo el brazo á la mitad vestido,  
Las piernas de coturnos enlazadas  
De correas de tigres y leones,  
Tachonadas de hebillas y botones.

Por arma desigual un fuerte pino  
De sus menudas hojas despojado,  
Que parece que el monte le previno  
Por una verde línea dilatado.



Yo triste y derrotado peregrino  
Pacífico llegué como engañado:  
Dos soldados prevengo á la embajada,  
Con dos paveses y una antigua espada.

Parten Cintho y Ladon con el presente,  
Pidiéndole licencia un nuevo Acates,  
Para que tome tierra nuestra gente  
Con los primeros de la mar embates:  
Pero apenas la voz del griego siente,  
Cuando el gigante bárbaro Antifates  
Deja caer el pino, en quien impreso  
Quedó revuelto en sangre el cráneo y seso.

Apenas le miró que palpitando  
Estaba en el arena, cuando asiendo  
De un brazo el cuerpo, se le fue arrancando,  
Y con estruendo horrísomo comiendo:  
La sangre de la boca destilando,  
Por la cerdosa barba discurriendo  
Entre calientes limos y pedazos,  
Le bañaba los pechos y los brazos.

Suenan los cartilágines, y suenan  
Los huesos con horribles estallidos,  
Como en el fuego la montaña atruenan  
Los ramos nuevamente divididos.  
Viendo Ladon que bárbaros condenan  
La ley de embajador en los rendidos,  
Antes que como á Cintho se la quite,  
La vida al vuelo de los pies remite.

Cual suele el irlandes perro animoso,  
Dividiendo las ondas que no bebe,  
Formar en ellas círculo espumoso,  
Mansas cristal y removidas nieve;

Se arroja al agua el joven temeroso,  
Y en el cabello y ropa las embebe:  
Aborda, dándole un cabo, y en la popa  
Sacude antes de hablar cabeza y ropa.

Pero apenas refiere la fortuna  
Del mísero Ladon, cuando feroces  
Cercan la margen sin defensa alguna,  
Con armas, que el furor ministra, y voces.  
No suelen espantados por laguna,  
Cuando vimos los bárbaros atroces,  
Ánades por las cañas escondidas,  
Del águila voraz librar las vidas;

Como nosotros, viendo la fiereza,  
Con que nos acometen los gigantes,  
Arrojándonos peñas de grandeza  
No vista, de los montes circunstantes.  
Levo la amarra, con igual presteza  
Las alas de los árboles volantes  
Al aire entrego, haciendo que las hayas  
Azotando la mar dejen las playas.

Mas ellos en mis griegos compañeros,  
Cercando cuanto mira el horizonte,  
Intentan juntos con peñascos fieros  
Cubrir el mar y deshacer el monte:  
Allí quedaron muertos los primeros  
Lisandro, Alfeo, Pelias y Filonte,  
Capitanes de naves, que diez años  
Sufrieron sobre Troya eternos daños.

Como el furioso Alcides revolviendo  
El brazo, en que tenia al desdichado  
Licas, al mar le echó con grito horrendo,  
Sin alma por el aire levantado:

Ó como suele , círculos haciendo  
Del cáñamo tejido , en verde prado  
Disparar el pastor , porque se espante,  
Al ganado la piedra resonante;

Asi del brazo un Lestrigon despide  
A Doricleo como fácil pluma,  
Que donde el agua túmida divide  
Las ondas penetró con breve espuma:  
Con su estatura prócera se mide  
(Porque el valor en el morir presuma)  
Dulinto Acayo, y cuando mas anhela,  
No llega con la espada á la escarcela.

Pero arrojóle con el pie de suerte,  
Que haciéndole pedazos las costillas,  
Iba tras él en círculos la muerte,  
Y le alcanzó del agua en las orillas.  
Las naves de uno y otro encuentro fuerte  
Temblaban de las gabias á las quillas,  
Rechinaba la jarcia, y los extremos  
Mezclaban las entenas y los remos.

Alargado á la mar, sin retirarme  
Mas de lo que bastaba á no perderme,  
Si bien mil veces intenté arrojarme,  
A no venir Penélope á tenerme:  
Mas della y de Telémaco acordarme  
Aun no sé si pudiera detenerme:  
Palamedes bastó : que un grande amigo  
Es el mayor poder para conmigo.

Y mas cuando miré que por las ondas  
Iban algunos bárbaros gigantes,  
Que hasta los centros que no alcanzan sondas  
Sepultaban los griegos naufragantes:

No así en los rios por las partes hondas  
Dejan pasar los cuerdos elefantes  
Los pequeños primero , antes que crezcan ,  
Las aguas con los grandes y perezcan.

Con griega sangre el vasto mar teñia  
Las algas de la bárbara ribera:  
Los juncos en corales convertia,  
Como si el tronco de Medusa fuera:  
No escupe celestial artillería  
Mas balas de granizo , que la fiera  
Gente peñas al mar , que la montaña  
Surtiendo el agua los extremos baña,

Asi desafiada , con valiente  
Brazo suele tirar piedras ó barras  
Con aplauso vulgar rústica gente,  
Como ellos peñas , troncos y pizarras:  
El mar sembraban lastimosamente  
Jarcias , baupreses , gúmenas y amarras,  
Escudos , lanzas , armas y vestidos,  
Tiñendo el agua cuerpos divididos.

Cual saca la cabeza medio vivo  
Para cobrar aliento ; pero en breve  
Se la sepulta el golpe ejecutivo,  
Y propia sangre entre las ondas bebe.  
Aquí de aliento ¡ ay mísero ! me privo,  
Tanto el dolor mi sentimiento mueve:  
Pues ya que de la vida los despojan  
Para comerlos á la mar se arrojan.

Y como el fiero armado cocodrilo  
Se arroja de la márgen egipciana  
Al pez , ó barca del fecundo Nilo,  
Al apuntar la cándida mañana,

Entre las ondas por el mismo estilo  
Comen y beben carne y sangre humana,  
Haciendo que la mar su freno exceda,  
Como tan llena de los cuerpos queda.

Decirte yo que lágrimas vertia,  
Mirando las tragedias lastimosas,  
Era llegar al término en que el dia  
Rie en jazmines y amanece en rosas.  
Dejé aquel mar, y la tristeza mia  
Aumentaba sus ondas procelosas,  
Sintiendo que dejaba con vil guerra  
Lo mejor de mi armada entre agua y tierra.

Dos dias no comí; pero al tercero  
Persuadido de Albante y Clorinaldo,  
Vencí con el sustento el dolor fiero,  
Y el triste fin de mi fortuna aguardo:  
Con la bonanza que jamas espero,  
Todo el velamen de las lonas pardo  
Doy al favonio occidental, y veo  
Que por jardines de cristal paseo.

Trece veces habia el sol vestido  
De luz y claridad el polo opuesto,  
Y tantas por las ondas sumergido  
Con encendido círculo traspuesto,  
Cuando el piloto me llevó el oido  
Con voces de la tierra descompuesto,  
Cuyos celages suspirando miro,  
Y quando mas mi patria espero, espiro.

Era parte del Africa, que tienen  
Los trópicos en medio en dos gigantes  
Escollos defendida, que detienen  
Por el líbico mar los navegantes:

Los que á Cartago fluctuando vienen,  
Temen su arena y olas arrogantes:  
Sirtes las llaman; pero en fin perdonan  
Mi nave entre las peñas que coronan.

Hácia el mar unos profundos lagos,  
Recodos de su margen , y surgimos  
Por ellos con temor de los estragos,  
Que ya por tantas partes padecemos:  
Habitaban allí los Lotofágos,  
A quien licencia para entrar pedimos:  
Mas quedáronse allí Celio y Penteo,  
Ni volviendo á la nave , ni al deseo.

Yo entonces á morir me determino,  
Que ya la vida, o Circe , me cansaba:  
Desesperado á la ciudad camino,  
Con arco persa y con pintada aljaba:  
Luego su rey á recibirme vino,  
Su rey que Licofronte se llamaba:  
Todos con paz y amor me abrazan , todos  
Me muestran armas de diversos modos.

Mas luego por mis tristes compañeros  
Pregunto con dolor, y ellos sin pena,  
Depuestos con los mantos los aceros,  
Me los muestran dormidos en la arena.  
No somos, dicen, Lestrigones fieros,  
Que esta tierra que veis fértil y amena  
Produce la ocasion que sueño infunde,  
Sin que otro daño al huesped le redunde.

Hay un árbol somnífero nacido  
En estos campos fértiles y sotos,  
De bacas como el mirto revestido,  
Negro de ramas, á quien llaman lotos:

De tan süave fruto , que comido,  
Quedan los extrangeros tan remotos  
De su memoria , y de su patria ausente,  
Que no vuelven á verla eternamente.

Ninfa dicen que fue , ninfa africana,  
Aquel árbol primero , que temiendo  
De un feo amante la traicion villana,  
Rústico Apolo , que la fue siguiendo,  
La forma , que primero tuvo , humana  
En su corteza dura convirtiendo,  
Le dió su nombre : y fue de amor tributo,  
Que nazca de un desden tan dulce fruto.

En fin, porque mis dulces compañeros  
No comiesen tambien, y se olvidasen,  
Despertando con voces los primeros,  
Eché un bando que todos se embarcasen:  
Temí que las lisonjas , monstros fieros,  
Mis griegos detuviesen y engañasen:  
Que no los puede haber de mayor daño,  
Que con dulces palabras dulce engaño.

Con solo el treo salgo poco á poco,  
Y en refrescando el viento doy las velas;  
Mas luego vuelve enfurecido y loco,  
Si en tantos males algun bien recelas:  
¿Que cielo ofendo? ¿que deidad provoco?  
¿A quien hicieron daño mis cautelas?  
Que tal persecucion solo seria  
De gran poder ó gran desdicha mia.

¿Mas quien tan brevemente imaginára,  
Cuando parece que mi mal se alivia,  
Que el viento al mar de Italia me arrojáa  
Desde la margen del que baña á Libia?

Donde el rigor de mi fortuna para,  
Donde imagino que el rigor entibia,  
Hallo vida y desdichas: que mi suerte  
Ya tiene por piedad darme la muerte.

Levántase un espeso torbellino,  
Toldo previene al mar nube tronante,  
Cerrando por las olas el camino  
Con promontorios líquidos delante:  
Pálido trepa hasta la gavia Alcino,  
Suspenso por el cáñamo bramante:  
Amaína, dice, amaína, cuando mira  
Que se arma el oríon de rayos de ira.

Suspende sobre el agua el vil grumete  
El cuerpo que aligera asido á un cable:  
No huelga triza, troza ó chafaldete,  
Todo trabaja en acto miserable:  
Las rojas hayas que en las ondas mete  
Con firmes pies y con furor notable  
El remero veloz, convierte en pluma,  
Y á costa de sudor levanta espuma.

Las rocas altas huyó, aunque parezca  
Error de su firmeza dividirne:  
Que no hay con que el furor mas encarezca,  
Que con ver que me alejo de lo firme:  
Ya no hay amarra ó cuerda que me ofrezca  
Remedio ó fuerza en que poder asirme:  
Que á la fuerza del euro yacen rotas  
Muras, brazas, filácigas y escotas.

Dichoso aquel que al esconder turbada  
La oscura noche, tenebrosa y fria,  
Los diamantes, que á veces descuidada  
Con las manos del sol le roba el día,



Despierta entre la cándida manada  
Al eco de su rústica armonía,  
Y desatando del redil la puerta,  
La lleva á apacentar por senda incierta.

Allí le ofrece el prado varias flores,  
Las puras fuentes el cristal deshecho,  
Y escucha de las aves los amores,  
En el duro cayado puesto el pecho:  
No las templadas cajas y atambores,  
Ni del aliento por el bronce estrecho  
El aire transformado en voz tan viva,  
Que del sosiego ó del honor le priva.

¿Cuanto es mejor con restallar las hondas  
Recoger á la noche las ovejas,  
Que ver por las murallas y las rondas  
Sangrientas muertes, lastimosas quejas?  
Prado es el mar, cuando espumosas ondas  
Retratan del ganado las guedejas:  
Mas no es cabaña una velera nave  
Que admite sueño ni sosiego sabe.

La nuestra con tan áspera tormenta  
Ya no conoce rumbo por quien vaya;  
Ya en el fondo del mar nos aposenta,  
Ya como el alba las estrellas raya:  
Con altas olas tímido revienta,  
Y solo es el morir última playa:  
Todo se rompe, todo se deshace,  
Y entre las jarcias la esperanza yace.

El arrogante mar, nuevo Tifonte,  
Por escalas de espuma sube al polo,  
Para ser de una vez del sol Faetonte,  
De muchas que por él se esconde Apolo:

A la luna subió de monte en monte;  
Pero templóle con mirarle solo  
Venus su hija, que con presto vuelo  
Bajó á la tierra, serenando el cielo.”

## C A N T O   I I.

*Prosigue Ulises su relacion con los amores  
de Polifemo y Galatea; y lo que sucedió  
hasta que salió de la isla.*

«Reina del mar mediterraneo mira  
Sicilia á Italia por espacio breve,  
Que de ella á viva fuerza se retira,  
Y á sus montañas fértiles se atreve:  
Aqui por varias partes fuego espira  
Vestido un monte de perpétua nieve,  
Imagen natural de la hermosura,  
Alma de vivo fuego en nieve pura.

Por varias sendas, prados y caminos  
Corre Aretusa hermosa y diligente  
Al mar con los coturnos cristalinos,  
Por belleza deidad, por rigor fuente:  
Tocar parecen los celestes sinos  
Tres puntas en triángulo eminente  
De Pachino, Peloro y Lilibeo,  
Prisiones del intrépido Tifeo.

Aqui me trujo mi contraria suerte,  
Por donde mira la feroz Cartago.  
A darme mas desdicha y menos muerte,  
Que pudo el Lestrigon y el Lotofágo:

Venus entonces del rigor me advierte,  
Si puede ser de mi fatal estrago,  
Y con sus rayos fúlgidos me guía,  
Hasta la aurora del siguiente día.

Veo una isla de Sicilia enfrente  
De solos animales habitada,  
Y de algunos pastores, pobre gente,  
Que hay de Calabria allí breve jornada:  
Viene fácil el puerto, y una fuente  
De laureles y mirtos coronada,  
Que dividida en diferentes venas,  
A donde coge flores deja arenas.

Sin aferrar las áncoras surgimos,  
Y por la verde y libre selva entramos,  
Revestida de yedras y racimos,  
Que formaban doseles de los ramos:  
A los silvos y voces que le dimos  
Correspondientes ecos escuchamos;  
Que la repercusion de nuestro acento  
Al mar pudo dar alma y voz al viento.

Cuando pobre pastor se nos presenta,  
A quien pieles de cabras montesinas  
El negro cuerpo adornan que alimenta  
El fruto de las rústicas encinas:  
La griega gente á su consuelo atenta,  
Conduce por los bosques y marinas,  
Donde los arcos y persianas flechas  
Quedaron de los tiros satisfechas.

Los ciervos traen acuestas los soldados:  
Abren, desuellan, parten, cortan, hienden  
Los verdes ramos, que en el fuego echados  
Con el humor que lloran se defienden:

La carne enclavan en los mas delgados  
Que medio asada, envuelta en sangre emprenden,  
Y Febo á ser antorcha del convite  
Sale por las espaldas de Anfitrite.

Allí sobre la yerba parecia  
Que era lotos la caza que comieron,  
Cuando igualando el sol la sombra al dia,  
Estas palabras sin rigor me oyeron:  
No perdamos, o dulce compañía,  
La memoria del mal que nos trujeron  
Tristes hados aquí, ni descuidados  
Nos halle en ocio y sueño sepultados.

Sepamos á que tierra nos conduce  
La fortuna cruel: si bien entiendo,  
Que un breve bien tan facil os induce  
A que olvideis el mal que estais sufriendo:  
Agua y sustento este lugar produce:  
Mas no para que en él vivais muriendo  
Tan lejos de la patria, en que tenemos  
Las dulces prendas que perdido habemos.

Entonces Triptolemo, que tenia  
Menos de Baco, y mas de entendimiento,  
Rogó al pastor, que nos sirvió de guia,  
Satisfaciese mi forzoso intento:  
Él, que la lengua dórica sabia,  
Por el silencio dió la voz al viento,  
De suerte que aun suspensa en su corriente  
Dejó tambien de murmurar la fuente.

No soy como pensais, famosos griegos,  
Pobre pastor, que soy tambien soldado:  
Yo ví la guerra y los troyanos fuegos,  
A Hector muerto, á Menelao vengado:

De Policena los humildes ruegos,  
Y á Pirro en sangre y en dolor bañado,  
De su valor y edad hazañas feas,  
Y fugitivo con su padre á Eneas.  
Aquí me trujo vuestra misma estrella  
Arrojado del mar y de un navío,  
Digo á Calabria, porque vivo en ella,  
Siendo Corinto nacimiento mio:  
Mas ha de un lustro, o griegos, que por ella  
Llevo al invierno helado, al seco estío,  
El ganado que veis: mirad si puedo  
Con lo que de ella sé ponerlos miedo.

Esa vecina isla es Siracusa,  
Habitation de Cíclopes gigantes,  
Gente sin ley, república confusa,  
A los fieros Brachmanes semejantes:  
De las tirrenas ondas circunfusa  
Parece que la cierran tres Atlantes:  
Si bien nadie se atreve á su conquista,  
Que causa espanto desde lejos vista.

Estos son los ministros de Vulcano,  
Que á Júpiter forjaban en su monte  
Los rayos, por quien hoy Briaréo tirano  
Yace en las negras aguas de Aqueronte:  
De la tierra y del cielo soberano,  
Dicen que fueron hijos Harpes, Bronte,  
Estérope, y Piracmon el desnudo,  
Autor de la celada y del escudo.

Pero de todos estos apartado  
Vive en un alto monte Polifemo,  
Que mirándole no he determinado  
Cual es el monte; y de mirarle temo:

Que puesto que se vé proporcionado,  
La frente mide con su verde extremo,  
Tanto que el monte de árboles se vale  
Sobre las peñas, porque no le iguale.

Pero por mas que crezca, al fin le excede,  
Y es tal la pesadumbre de su exceso,  
Que se queja la mar de que no puede  
Dos montes sustentar de tanto peso:  
No hay yedra que pared de muro enrede,  
Como la barba y el cabello espeso.  
El rostro y frente, en quien un ojo solo  
Imita al cielo, mientras duerme Apolo.

Un peine tiene, que de juntas cañas  
Hizo para igualarse las guedejas,  
Que á una ninfa cruel de estas montañas  
Le dice enamorado tiernas quejas:  
Tanto que entre unos lirios y espadañas,  
Escuchándole solas sus ovejas,  
Dicen, que al son de su zampona un dia  
Estos rústicos versos le decia:

«O mas hermosa y dulce Galatea,  
Que entre las mimbres de la encella helada  
Cándida leche pura de Amaltea,  
Que en el cielo formó senda sagrada:  
Mas blanca me pareces, aunque sea  
De tus hermosas manos apretada:  
Que si quieren entrar en competencia,  
De tu parte será la diferencia.

Ó ninfa mas hermosa, que á mis ojos  
Las verdes cañas de alcacer que nace,  
Pasados del invierno los enojos,  
Cuando esta pura nieve el sol deshace:

Blanco jazmin: entre claveles rojos  
 Menos á quien te mira, satisface,  
 Que tu boca amorosa, cuando iguales  
 Muestra la risa perlas y corales.

El mas temprano almendro, el mas florido,  
 Preludio de la dulce primavera,  
 Entre cándido y nacar dividido  
 No iguala; imita tu heldad primera:  
 Yo he visto de mastranzos guarnecido  
 Este arroyuelo, que la mar espera;  
 Mas no tienen olor, aunque pisados,  
 Como tus miembros de correr cansados.

Si miro alguna cándida azucena,  
 Se me acuerdan tus pies, cuando desnudos  
 Con breve estampa al campo y á la arena  
 No dejan senda de sus pasos mudos:  
 Sale una fuente en esta orilla amena,  
 Jamas tocada de animales rudos,  
 Y aquéllos golpes, con que vuelve arriba,  
 Me parecen tu risa fugitiva.

Calle la flor azul del verde lino,  
 Calle este monte, cuando vuelve Apolo:  
 Su nieve en plata en el ardiente signo,  
 Que fué del griego Alcides triunfo solo:  
 Murmure este arroyuelo cristalino  
 Del marfil de tus pies lidio Pactolo:  
 Pues que bañando en él mayor tesoro,  
 Engendras perlas por arenas de oro.

El vuelo vences de la limpia garza,  
 Cuando baja el azor, rayo de pluma;  
 En el olor la flor de espino y zarza,  
 Aunque de Venus el rosal presuma:

El pálido vallico y la gamarza  
En vista por abril, aunque consuma  
Tal vez el trigo, y desde lejos solas  
En sangriento escuadron las amapolas.  
Mirto pareces, cuando estás sentada,  
O Galatea, en estos verdes llanos,  
Un cedro, ó cinamomo levantada,  
Y rayos de cristal tus blancas manos:  
Abierta en el otoño la granada  
Descubre aquel ejército de granos;  
Así mostrar á tornasoles sueles  
En tu rostro jazmines y claveles.

O mas sabrosa ninfa, aunque eres fiera,  
Que dulce miel del líquido rocío,  
Que de los vasos de la blanda cera  
Se destila al calor del seco estío:  
Mas bella vienes tú de la ribera,  
(Cuan varia de color, firme de brio)  
Que el pintado escuadron, cuando al Aurora  
Desnuda el campo y los panales dora.

¿Que becerrilla tierna mas lozana  
Retoza en verde prado, y hace amores  
A la yerba, saltando tan liviana,  
Que apenas puede lastimar las flores:  
Como te ví pasar una mañana  
Entre aquestos laureles vencedores,  
Cogiendo aquí y allí de estas orillas,  
Ó ellas á tí, las blancas maravillas?

Durmiendo estabas una siesta ardiente  
Al fresco de esta fuente sonora,  
Y en tus mejillas rojas y en tu frente  
Me pareció el sudor rocío en rosa:



Mas todo a queste bien turbar consiente  
Tu condicion conmigo rigurosa,  
Amando un hombre indigno, amando un mozo  
Que apenas tiene la señal del bozo.

Yo sí que tengo crespa barba y yerta,  
Como ha de ser en hombres belicosos,  
De la color del sol, quando despierta  
Entre rayos apenas luminosos:  
Pero la boca en ella descubierta,  
Cuyos labios tan gruesos como hermosos  
Descubren, si te ven, con blanda risa  
Mas blancos dientes, que el marfil de Orisa,

Mas tú, cruel, que por matarme tienes  
Gusto de amar un joven delicado,  
Con poco honor de tu hermosura, vienes  
A verle por el monte, selva ó prado:  
Con él desde el Aurora te entretienes,  
Pues luego que la mira el sol dorado,  
Dejas el mar, y por decirle amores,  
Desprecias el coral, y pisas flores.

Si yo te quiero hablar, así te enojas  
Que, apenas llego á verte, quando airada  
Desde la blanca playa al mar te arrojas,  
De círculos de plata coronada:  
Peró con ser tan fieras mis congojas,  
Al cortar de las aguas, ninfa amada,  
Templan la furia á mis celosas iras  
Las perlas que, arrojándote, me tiras.

Si canta ese rapaz, sutil parece  
Su voz de grillo negro en verde trigo:  
La lira que le adorna y desvanece,  
Sierra en nogal tan desigual conmigo:

Mi voz los altos montes estremece,  
Y asombra el mar de mi dolor testigo,  
Donde me escuchan con sus niñas bellas.

Los peces igualmente y las estrellas.

Querer con mi grandeza y hermosura

Sus partes competir afeminadas,

Era igualar al sol la sombra oscura,

Supuesto que de mí jamás te agradas:

Diga el cristal de aquesta fuente pura,

Cuando estaban las ondas sosegadas,

Si pudiera ser yo con poco aviso.

Mas disculpado, que lo fue Narciso.

Compite en igualdad conmigo en vano

El mas alto ciprés, el mayor pino:

Puedo alcanzar estrellas con la mano,

Y sacarte del mar, si al mar la inclinó:

Que cuando viene el sol del orbe indiano,

Primero que á este monte convecino,

Me toca á mí, y al irse al Occidente

Se parte con la sombra de mi frente.

Si me estimáras tú, si me quisieras,

Hermosa Galatea, cuanto ingrata,

¡Que regalos de mí, que amor tuvieras!

Que vale mas amor que el oro y plata:

¡Que huertas tengo yo, si tú las vieras!

Y en ellas un manzano, que retrata

Tus pechos en su fruto, y en sus flores

De tu divina cara los colores.

No lejos de mi cueva se levanta

Un pomposo nogal, á cuya sombra

Mil ovejas sestan, porque es tanta

Que hasta la margen de la mar asombra:

Tengo la fruta de una verde planta  
Que sabe amar, alfécigo se nombra,  
Sin hembra no produce, y triste muere,  
Que sin sentir su semejante quiere:

Guardado tengo un limpio canastillo  
De conservados nísperos y serbas,  
Y antes que llueva, el pálido membrillo,  
Para que dure entre olorosas yerbas:  
Mánchase en oro un cándido novillo,  
Que si por estos montes le reservas,  
Tendrás un toro, que les dé codicia  
A las damas de Creta y de Fenicia.

Cogidos en los ásperos inviernos  
Dentro en su cueva tenebrosa y fría  
Dos osos tengo que retozan tiernos,  
Atados á la puerta de la mia:  
Pero mis males, que ya juzgo eternos,  
Mis regalos, mis ansias y porfia,  
¿Como podrán vencer tantos desdenes,  
Cuando otro amor entre los brazos tienes?

Mas conforme parece mi deseo  
Con tu valor, que el de pastor ninguno;  
Si eres hija de Tetis y Nereo,  
Y yo del rey del mar, del gran Neptuno:  
Mas pues tan firme y áspera te veo,  
Que no me queda ya remedio alguno,  
Yo mataré tu gusto, Galatea,  
Aunque te pierda, aunque jamas te vea.

Mordiéndose los picos una siesta  
Prevenian sus hijos dos torcaces,  
Y dije yo: ¡que dulce vida es esta,  
Cuando celos y amor confirman paces!

Mas pardo gavilan el vuelo aprésta,  
Abre las puntas corvas y voraces,  
Mata el esposo arrullador: y digo,  
Lo mismo haré con Acis y contigo.»

No fué vana amenaza, pues un día  
Que este pastor en su regazo estaba,  
Al tiempo que el Aurora se reía,  
Y pensaban las flores que lloraba:  
Polifemo, que al valle descendia,  
Alzó una peña que la mar bañaba:  
Acis corrió, mas eran, ¡ triste caso!  
Cien pasos suyos del gigante un paso.

Rompióse por el aire la gran peña,  
Y alcanzóle de tantas una parte,  
Aunque á sus manos y furor pequeña,  
Tal que las sienes le penetra y parte:  
Cayó como la blanca flor de alheña  
Al sol ardiente, ó al furor de Marte  
Opuesta vida, y espiró en el viento:  
Así fue el golpe rígido y violento.

Volvióse luego en líquido rocío,  
Y poco á poco fueron sus despojos  
Formando arroyos, que en lugar sombrío  
Cubrieron de cristales y de enojos:  
Porque si no se trasformára en rio,  
Le hiciera Galatea de sns ojos:  
Puesto que fue despues su llanto ausente  
Del rio aumento, y de sus aguas fuente.

«Acis, decia la Nayada hermosa,  
Puesto que lloro tu infelice suerte,  
Mas siento, que por mí la rigurosa  
Maño de un monstruo vengativo y fuerte,

Como derriba el sol la fresca rosa,  
Te marchitase en brazos de la muerte,  
Quitándote la vida, que en la mia  
Por forma y por primera accion vivia.

¡O fiero monstruo! si lo son los celos,  
Tú lo debes de ser contra mi olvido,  
Tú lo debes de ser; tú, que los cielos  
Ningun monstruo mayor han producido:  
¡O quieran que jamás sus puros velos  
Tus verdes prados en abril florido  
Cubran de yerba, ni sus mansas lluvias  
Tus blancas eras con espigas rubias!

Envidioso pastor de ponzoñosas  
Yerbas siembre el arroyo y la corriente,  
Que beben tus ovejas, y dé rosas  
De adelfa, para tí, la mejor fuente:  
Las que tú quieres mas, las mas hermosas  
Rabioso lobo emprenda y ensangrienta:  
Y cuando mas esta montaña asombres  
Te mate el mas astuto de los hombres.

Acis, contigo se acabó mi vida,  
Aunque soy inmortal, pues con tu muerte  
El alma, que en los dos estaba unida,  
Se divide, se parte y se divierte:  
Mas no porque la tuya se divida,  
Dejará mi memoria de quererte:  
Que imprime amor la tuya con mis quejas  
En la mitad del alma que me dejas.

Ya no saldré del mar, como solia  
Al regalado son de tus amores,  
Ni estos prados verán estampa mia  
De ramos de coral, fingiendo flores:

Ni yo la margen desta fuente fria,  
Que en vez de sus cristales y colores  
Viviré las arenas mas oscuras,  
En soledad de tus estrellas puras.■

En tanto que estas cosas referia  
El perdido soldado, o Circe hermosa,  
Retrataba mi libre fantasía  
Del gigante la imagen portentosa:  
Deseos tan ardientes me encendia,  
Que apenas de Titan la amada esposa  
Salió otra vez; y descansó mi gente,  
Cuando me fuerzan que buscarle intente.

Parto á la isla con favor del viento,  
Y sin amaina, vira, ni zaborra,  
Con silencio, valor y atrevimiento  
Mi nave con sus árboles aborda:  
Entre laureles, que de ciento en ciento  
Formaban una selva muda y sorda,  
Me ofrece su espantoso frontispicio  
Un natural y rústico edificio.

Entonces yo, que siempre por lo astuto  
De notables peligros me he librado,  
Hago cargar un cuero del tributo  
Al dios de los racimos dedicado:  
Era tan fuerte y parecido fruto  
A Ismaro fértil en que fue criado,  
Que derribára al hombre mas valiente  
Con solo que le asiera de la frente.

Entramos poco á poco por la cueva,  
De donde el fiero dueño ausente estaba,  
Donde hallamos tambien por órden nueva  
La hacienda de pastor en que trataba:

En tablas ; que con alta cuerda eleva,  
De diez en diez los quesos que guardaba,  
Con mas labores de tejidas mimbres  
Que tienen los follages de los timbres.

Los vasos que corriendo estaban suero,  
Los barreños labrados y los tarros,  
Donde la leche se ordeñó primero,  
Las esteras, ençellas y los jarros:  
No se pudiera el aparato entero.  
Mudar con mulas en sonantes carros:  
Que no vió á Polifemo, ni oyó el nombre  
El que llamó pequeño mundo al hombre.

Tenia los corderos divididos,  
Los tiernos cabritillos apartados,  
Y en mas abrigo los recién nacidos,  
Como de mas calor necesitados:  
Mis compañeros menos atrevidos,  
Aunque en igual fortuna ejercitados,  
Me rogaron que luego me partiese,  
Robándole de allí cuanto pudiese.

Mas yo que tantas cosas visto habia,  
No queriendo perder la mas famosa,  
Hago que enciendan fuego , porque el dia  
Bañó el Ocaso de color de rosa:  
Sentados á cenar con osadía,  
Estremeció la cueva tenebrosa  
Con silvos el pastor, y habiendo entrado  
En nosotros el miedo, entró el ganado.

Derriba un haz de mal partidos ramos  
De la dura cerviz, y luego cierra  
Con peña tan inmensa, que temblamos,  
Y se espantó pariéndola la tierra:

Hacia la escuridad nos retiramos;  
Pero él nos siente, y prevenido á guerra:  
¿Quien sois, ladrones, dice, que fortuna  
Os trujo aquí, si hay en mi daño alguna?  
Griegos, respondo yo, gran Semideo;  
Desde Troya perdidos y arrojados  
Por alta mar, que Agamenon Atreo  
A su venganza nos llevó soldados.  
Ver vuestra nave; respondió, deseo,  
Y los despojos de que vais honrados:  
Mas yo que le entendí, le digo: ¡ay triste!  
La que lienzo vistió, nácares viste:

Que por haber á Troya destruido:  
Sinon con el caballo Durateo,  
Arrastrado al gran Hector, y teñido  
A Andrómaca de humor sangriento y feo;  
Los dioses, Polifemo, han permitido,  
Que al pie del siciliano Lilibeo  
Se rompiese la nave, y sus riberas  
Sepultasen de Troya las vanderas.

Mas tú, temiendo á Júpiter que ampara  
Los huéspedes y dió muerte á Diomedes,  
Honra de algun presente á quien tu cara  
Merece ver, porque en su gracia quedes.  
Él dijo entonces: ignorante, pára,  
Pára y estima que mirarme puedes:  
Yo no temo los dioses, que á ninguno  
Respeto debe el hijo de Neptuno.

Diciendo así, frénético arrebatá  
Dos tristes compañeros, y de suerte  
El golpe con la tierra los maltrata,  
Que nuestras caras salpicó su muerte:



Con ellos el estómago dilata,  
Cruje el hueso mas sólido y mas fuerte,  
Y hartándose de leche, no pequeño  
Lugar ocupa, y se remite al sueño.

Yo entonces que le ví sacar del pecho  
El aire en los pulmones detenido,  
Saqué la espada en lágrimas deshecho,  
Mas fuí de Orontes Delfico advertido:  
Pues era hacer sepulcro mas estrecho  
Matarle entonces, ú dejarle herido,  
Teniendo un escuadron fuerza pequeña  
Para poder aligerar la peña.

Pasó la escura noche, detenida  
En este miedo mas que en su tardanza,  
Cuando el Aurora entró de luz vestida;  
Mas no vino con ella la esperanza:  
Que levantando el bárbaro homicida  
Dió principio á su rústica labranza,  
Ordenó sus ovejas, y vacías  
Puso á las madres las balantes crias.

Luego otros dos soldados rinde al suelo  
Con tremendo estallido, y almorzando  
Voraz la carne, sale al claro cielo,  
El ganado solícito guiando:  
Y de que no me huyese con recelo  
El peñasco á la cueva acomodando,  
Como si fuera facil puerta en quicio,  
Por verdes selvas prosiguió su oficio.

Yo triste la venganza imaginando  
Halléme cerca un gran baston de oliva,  
De que una braza, ó poco mas cortando,  
Hice una aguda punta en lo de arriba:

Tostéle bien al fuego; y ocultando  
La muerte que esperaba ejecutiva,  
Hice eleccion de cuatro compañeros,  
Que me ayudasen á los golpes fieros.

El sol de su carrera desmayado  
Cayóse en el cristal del mar Tirreno,  
Y el Héspero planeta levantado,  
El aire puro esclareció sereno;  
Cuando á la cueva entró con su ganado  
Las ubres llenas del herbaje ameno;  
Cerró la puerta, y alargó la mano  
Al Tracio Floro, y al Arcadio Albano.

Yo entonces de aquel vino colmo un vaso,  
Y le digo atrevido desta suerte:  
¿Cual hombre, ni de estancia, ni de paso  
Querrá venir desde su tierra á verte?  
Los dioses muevan tan horrendo caso,  
Como ofrecer á la violenta muerte  
Los inocentes huéspedes, y tomen  
Venganza de hombres que los hombres comén.

Mas como suele perro que otro mira,  
Cuando la presa entre los dientes tiene,  
Que con envidia dél ladra y suspira,  
Crujiendo un hueso para mí se viene:  
Alzo la taza por templar su ira,  
Y la color del vino le detiene  
Con el olor que al gusto le fué grato,  
Ó ya fuese la vista, ó el olfato.

Bebió, y alzando la robusta frente  
Dió muestras del contento que sentía,  
Y me pidió otra vez, que diligente  
Le dí con humildad y cortesía.

Y djóme : licor tan excelente  
Parece dulce nectar y ambrosía;  
El vino de Sicilia, aunque es süave,  
Es inferior, o griego, al de tu nave.

Un don te quiero dar por este gusto.  
Dime tu nombre, que por bien tan grande  
Te mataré el postrero, que es injusto  
Que á la razon el apetito mande.  
Yo dije: si es honor de un varon justo  
Que liberal con peregrinos ande,  
Bancis y Filemon te dan ejemplo,  
Que de los dioses huéspedes contemplo.

Mira con la piedad que les lavaron  
Los pies, y aquel panal sabroso dieron,  
Con que tanto á los dioses obligaron,  
Que sacerdotes de su templo fueron:  
Inmortales en árboles quedaron,  
Que de la muerte el tránsito no vieron;  
Pero quien trata mal á un noble amigo,  
Presto verá de su maldad castigo.

Esto decia yo, cuando turbados  
Los ojos, y la boca retorcida,  
Al suelo dió los miembros dilatados,  
La cabeza fantástica dormida:  
*Ninguno*, dije, soy, destes soldados  
Ya capitan en Troya destruida,  
Ninguno me llamó mi padre en Grecia;  
Si no eres tú, ninguno me desprecia.

Ninguno, replicó, casi trabada  
La lengua, ¡que placer! ¡que bien me has hecho!  
Mucho, o Ninguno, este licor me agrada,  
En mi vida me ví tan satisfecho.

Aquí perdió la voz, aquí turbada  
Volvia el aire ambiente al ronco pecho:  
Y así cuando otra vez le despedia,  
El vino por la barba difundia.

Entonces puse el leño al mismo fuego,  
Porque se calentase, y avisando  
Mis cuatro compañeros, parto luego,  
Si te digo verdad, todos temblando:  
Las tónicas le paso; y dejo ciego,  
A la dura membrana penetrando,  
Que toma su principio del celebro,  
Y los nervios y músculos le quiebro.

Las manos echa al leño dando voces,  
Y de los huesos con furor le saca,  
Crece el rigor con ansias tan atroces,  
Que le vimos morder la fiera estaca:  
Acudieron los Cíclopes feroces,  
Porque en toda la noche no se aplaca:  
Y todos á la puerta en que se juntan,  
La causa de las voces le preguntan.

¿Quien te ha herido? le dicen, ¿quien ha sido  
La causa de tus voces, Polifemo,  
Que por toda la mar no se ha sentido  
Ligera vela, ni pintado remo?  
Ninguno me mató, Ninguno (herido  
Responde á su querido Tefolemo)  
Ninguno fué, porque ninguno hubiera,  
Que mas astuto que Ninguno fuera.

Duerme, responden, si te birió Ninguno,  
Que ninguno pudiera hacerte ofensa:  
Todos se parten, sin que entienda alguno  
Que fuí el Ninguno que el gigante piensa.

Con esto el hijo del feroz Neptuno  
De la puerta quitó la peña inmensa,  
Porque atentando las paredes iba,  
Y á un lado de la cueva se derribó.

Sentóse en medio y el ganado llama,  
Porque atentando los que van saliendo,  
Cogiese aquel Ninguno que desama,  
Los oídos y el tacto previniendo:  
Pensé yo el hecho entonces de mas fama  
Que han referido historias, eligiendo  
Los mayores carneros, y que hacían  
Escobas de la lana que vestían.

De tres en tres los ato, y pongo en medio  
Un compañero atado, de tal suerte  
Que no pueda atentarlos, y remedio  
El peligro forzoso de la muerte.  
¿Cuando se vió ciudad en duro asedio  
Con enemigo tan airado y fuerte?  
Pues salir, ó morir era preciso,  
Antes que á los demas les diese aviso.

Corónada de flores la mañana  
Asomó por un monte la cabeza,  
Teñido el puro rostro en nieve y grana,  
Aunque esperada con igual tristeza:  
Salió el ganado, y en la crespá lana  
Las manos ocultaba su fiereza,  
Examinando á todos pelo á pelo;  
Mas nadie ofende á quien defiende el cielo.

Yo, que escogido un gran carnero habia,  
Y en su grandeza y lana vida espero,  
Que un toro de seis años parecia,  
Salir quise de todos el postrero:

Asíóle y conocióle en que tenía  
El vellon y grandeza que refiero:  
Y llorando sin ojos, con prolijo  
Razonamiento estas palabras dijo:  
«Querido manso mío, que criado  
Fuistes á blanca sal de vuestro dueño,  
¿Como el postrero sois de mi ganado,  
Cual suele el que es mas débil y pequeño?  
¿Sentis por dicha el miserable estado,  
En que el griego furor, rendido al sueño.  
Puso quien os crió, y amaba tanto?  
Troquemos mi razon á vuestro llanto.  
Agua me falta, ya lo veis, pues vierto  
En vez de tiernas lágrimas un río.  
De humor sangriento, y que abrazar no acierto.  
Vuestro cuerpo, que fué regalo mío:  
Paréceme que estais mas crespó y yerto,  
Y que al campo salís con menos brío,  
La esquila y el collar os han quitado  
De piel de tigre y de metal dorado.  
¡Que lozano os ví yo por esta puerta  
De mi ganado capitan famoso,  
El alba apenas cándida despierta,  
Barriendo flores por el valle umbróso!  
Ahora con el sol purpúreo abierta  
Desmayado salís y perezoso:  
Que como no escucháis mi voz sonora,  
En la noche en que estoy, no veis Aurora.  
¿Quien primero que vos por las orillas  
Destos arroyos los dejó afeitados  
De blancas y doradas manzanillas  
Con el hocico y dientes afilados?

¿Quien primero que vos las campanillas  
Rojas y azules de los verdes prados?

¿Quien los tomillos, retozando á saltos,  
Por los repechos de los montes altos?

¿Sentis el verme aquí morir rendido  
Por la maldad de aquel traidor Ninguno?

¡Ay! si para mostrármele escondido  
Hubiera en vos entendimiento alguno.

Quitóme con engaños el sentido,  
Rindióse á Baco el hijo de Neptuno:

Eran contrarios, y se hicieron guerra,  
Bebí mi muerte, y abracé la tierra.»

Dijo, y dejó salir el manso, y luego  
Que yo me ví apartar, lo que bastaba,  
Del arrogante monstruo, airado y ciego,  
Dejé el lugar, donde escondido estaba:

Con mis soldados á la nave llego,  
Que escondida en las peñas me esperaba,

Llevando por delante del ganado  
Lo mas lucido, que embarqué forzado.

Lloraron mis soldados de alegría,  
Y luego por los muertos de tristeza,

Que engendra en tanto mal la compañía,  
Mas tierno amor, mas ansia y mas firmeza.

Ya se esforzaba al sol dorando el día,  
Y sacando del agua la cabeza,

Cuando vuelan los remos como plumas,  
Y del cerúleo mar surten espumas:

En viendo yo por alta mar la nave,  
Cuanto bastó para escuchar mis voces,

O Polifemo, digo: o huesped grave,  
Mi voz escucha, si mi voz conoces:

Mira si castigar Júpiter sabe  
Los pecados de bárbaros atroces,  
Pues por comer la noble gente amiga,  
Con tan horrible pena te castiga.

¿Eras el que sus rayos no temias?  
¿Eras el que arrogante blasonabas?  
¿A un hombre como yo matar querias,  
Y de los altos dioses blasfemabas?  
Mira si fueron necias tus porfias,  
Mira con el poder que te burlabas;  
Que por hacerla en tu soberbia fiera,  
Te ha muerto con un rayo de madera.

Para encélados fuertes y tifontes  
Toma Júpiter rayos de Vulcano:  
Para el fuerte valor de Oromedontes  
Toma la llama trífida en la mano:  
Para tí, que eres fiera de estos montes,  
Rayo de oliva fué mostrarse humano:  
De roble se le dieran las montañas,  
Tan duro como fueron tus entrañas.

Oyendo aquesto, airado se levanta,  
Y con hórridas voces al mar viene,  
Los animales de la selva espanta,  
Y los arroyos líquidos detiene:  
Pone en la playa la disforme planta,  
De una mina de mármoles previene  
Un gran peñasco, y tan feroz le arroja,  
Que la cara del sol retira y moja.

Tan cerca dió la peña de la nave,  
Que creciendo las aguas, vino á tierra,  
Las ondas abre, y con el peso grave  
En las arenas fáciles se entierra.



Turbado pido un remo : el cielo sabe,  
Que en cuanto la fortuna me destierra,  
Peligro no temí, como el que digo:  
En fin la aparto, y en hablar prosigo.

Detiéndenme mis fuertes compañeros,  
Mas no aprovecha el ruego á la venganza.  
Vuelvo á decir : Si alguno de los fieros  
Cíclopes antes de morir te alcanza;  
Ó por ventura llegan extranjeros  
Por fortuna de mar , ó por bonanza,  
Y quisieren saber quien fue el valiente,  
Cuyo valor te penetró la frente;

Ulises soy , aquel varon famoso,  
El hijo de Laertes y Anticlea,  
De Itaca señor , y dulce esposo  
De Penélope , casta semidea:  
En las troyanas guerras animoso  
Coronado me vió la luz febea  
Dos lustros por hazañas inauditas,  
Que en la inmortalidad quedan escritas.

Tan elocuente soy, y tan sutiles  
Mis argumentos dulces y razones,  
Que de estas armas del divino Aquiles  
Me adorno entre magnánimos varones:  
No he castigado tus hazañas viles  
Con armados y fuertes escuadrones,  
Con sola industria fué : que tu fiereza  
Excede la comun naturaleza.

« ¡Ay triste ! con la voz trémula dijo,  
Que esta desdicha muchos años antes  
Tepolemo mi amigo me predijo:  
¿Mas quien pensára engaños semejan tes?

Alguna parca airada me maldijo,  
Por humillar mis fuerzas arrogantes,  
Pues ese Ulises no pensé que fuera  
Hombre tan vil, ni que á traicion viniera.

¿Quien pensára que fuera tu estatura  
Tan desigual, y que por tal camino,  
Me vinieras á dar muerte tan dura  
Vencido de la fuerza de aquel vino?  
Morir á manos yo fuera ventura  
De un hombre fuerte de mi muerte dino,  
Que no viniera de traiciones lleno  
Con aquel aromático veneno.

Mas vuelve, Ulises, vuelve, vuelve, amigo,  
Tu industria alabo y tu valor venero,  
Nueva amistad y paz haré contigo,  
Darte por huesped un presente quiero:  
No pienso yo, que hicieras tú conmigo  
Esta crueldad, si habláramos primero:  
Que la vida tambien de quien la ofende  
Por natural derecho se defiende.

Mi padre el gran Neptuno tiene imperio  
En todo el mar que vienes navegando,  
Desde que Menelao el adulterio  
Vengó de París, su ciudad postrando:  
Para que salgas del distrito Hesperio,  
Y te pueda llevar céfiro blando  
A Grecia libre y á tus dulces griegos,  
Le venceré con amorosos ruegos.»

Admirame, respondo, tu ignorancia,  
Fiero devorador de humana gente,  
Que ya no son engaños de importancia,  
Por mas que tu grosero ingenio intente:

Aquí pienso que estoy breve distancia  
De tu furor y espíritu impaciente:  
Quisiera haberte muerto, y que tu grave  
Cabeza fuera lastre de mi nave.

Desatinado entonces, dijo, alzando  
Las manos: « O Neptuno, o padre mio,  
O gran muro del mundo, que cercando  
Siempre le estás con tu elemento frio,  
Si soy tu sangre, y si te acuerdas cuando  
(Que suele amor pasar de Lete el rio)  
La amabas tiernamente, oye mi ruego  
Por el incendio de tu dulce fuego.

No llegue, si es posible, á salvamento  
Este griego traïdor, ni goce y vea  
A su casta Penélope; y el viento  
Contrario siempre á sus intentos sea. »  
Luego arrancó de su nativo asiento,  
Ayudando á la fuerza gigantea  
La ira; un gran peñasco, y con furioso  
Golpe rompió otra vez el mar undoso.

Nosotros casi muertos, y de espuma  
Y agua las jarcias, que bañó, cubiertas;  
La nave hicimos con los remos pluma;  
Y escribimos al mar letras inciertas;  
Temiendo la cruel frígida bruma,  
A donde son las tempestades ciertas:  
Porque si al Capricornio el sol llegaba,  
El solsticio vernal amenazaba.

Dinos priesa á los remos, y llegamos  
A la isla del rey Éolo Hippota,  
Donde los vientos en prision hallamos,  
Que cuando quiere, esparce y alborota:

Allí todas las jarcias renovamos  
De la menor filáciga á la escota:  
Tal nos dejó la nave Polifemo  
De la popa al baupres, del lienzo al remo.

## CANTO III.

*Pide Ulises á Circe licencia: parte á la isla  
Cimmeria: baja al infierno con Palamedes,  
donde Tiresias le cuenta lo que le ha de  
suceder hasta que llegue á su casa.*

**Y**a llamaba el Aurora en los cristales  
Del palacio de Circe, y los herian  
Los rayos de su padre transversales,  
Con cuya nueva luz resplandecian:  
Cuando acabó sus lástimas fatales,  
Que los ojos á lágrimas movian,  
Sin que pudiese hallar lugar el sueño,  
Con ser de cuanto vive entonces dueño.

Así nos mueve á admiracion y espanto  
Un caso extraño y triste la memoria:  
Así provoca á compasion y llanto  
Una nueva y cruel trágica historia:  
Lasciva Circe presumió entre tanto  
Tan larga pena reducir á gloria,  
Del capitan prudente enamorada,  
Mas atenta á su ingenio, que á su espada.

Miraba su persona honesta y grave,  
De su cuerpo la ilustre compostura,  
La dulce lengua y el mirar suave,  
Del ánimo interior firme hermosura:

La valentia de dejar su nave  
Entre escollos, del mar á la ventura,  
La industria de vencer peligros tales,  
Tal vez contra las iras celestiales.

Era Ulises un hombre bien formado,  
De cuerpo no muy alto, aunque fornido,  
De músculos y nervios relevado,  
Copioso de cabello y esparcido:  
Moreno de color algo tostado:  
Pero no le salió del patrio nido;  
Que en los trabajos no hay color segura,  
Que harán mudanza en una piedra dura.

Los ojos eran negros, y las cejas  
Gruesas y en arco, largas las pestañas,  
La voz sonora y grave, dulce en quejas,  
Que moviera las ásperas montañas:  
La lengua y las entrañas tan parejas,  
Que en la lengua se vieran las entrañas;  
Pero tambien astuto en ocasiones,  
Que no es defecto en ínclitos varones.

Sufrido en los trabajos y fortunas,  
Elocuente, sagaz, determinado,  
Y tan dichoso y próspero en algunas,  
Como en ponerse en ellas desdichado.  
Corrido habian ya dos nuevas lunas  
Su rápido, veloz curso, argentado,  
Y él firme honestamente defendia  
La lealtad que á Penélope debia.

Circe solicitaba el mal nacido  
Fuego de su lascivo pensamiento,  
Diligencias que hubieran divertido  
El mas firme de amor conocimiento:

Mas puestas á la vista y al oído  
 Contra el combate de su loco intento  
 Las guardas del respeto y del recato,  
 Ni ella fue victoriosa, ni el ingrato.

Amaba Circe á Ulises; no tenia  
 Correspondencia amor, faltaba Anteros;  
 Sin quien poco se aumenta; aunque se cria,  
 Sin pasar de los términos primeros:  
 ¡Con cuanta diferencia sucedia  
 En sus ya descansados compañeros!  
 Todos amaron, y por varios modos  
 Sujetos de su amor hallaron todos.

Amó á Dórida Antímaco, mancebo  
 En el extremo de su edad florida,  
 Cuando se suele ver con poco cebo  
 A todo amor la voluntad rendida:  
 A Casandra bellísima Corebo,  
 Natural de Micenas, y á Deifrida  
 El valiente Filemo, hijo de Antandro,  
 A Lisis Timo, á Nísida Alejandro.

Los verdes ojos de Neofíle hermosa  
 Enlazaron el alma de Toante,  
 Capitan de la nave mas famosa  
 Que vió el tridente en todo el mar de Atlante:  
 Rindió toda su fuerza belicosa  
 A la bella Antiflor Polidamante:  
 Que donde estaba Circe, Ulises solo  
 Se pudiera librar de polo á polo.

Dilataba las hebras del cabello,  
 Que fué del sol envidia y competencia,  
 Por el márfil del mas hermoso cuello,  
 Que tuvo con la nieve diferencia,

Fílida al viento: cuyo rostro bello  
Pudiera mas con menos diligencia,  
Y fueron dulces y amorosas redes  
Del Acates de Ulises, Palamedes.

Aunque con poca edad, con alto ingenio,  
Y no menos donaire y hermosura,  
Rindió la hermosa Andrómeda á Partenio,  
Mozo de honesta y grave compostura:  
Y aunque en edad mayor, Lisandro armenio  
A la suave voz, á la dulzura,  
A la belleza de Amarilis bella,  
Sirena de aquel mar, del cielo estrella.

A los campos Elíseos parecían  
Los palacios de Circe semejantes:  
De dos en dos la soledad vivían,  
Que dió la antigüedad á los amantes:  
Ya por las fuentes, que cristal corrian,  
Penetrando los montes circunstantes,  
Ya ribera del mar, donde la nave  
Ni teme el viento, ni del dueño sabe.

Solos Circe y Ulises monte y prado  
Habitaban con gusto diferente;  
Ella le sigue triste, él huye airado,  
Ella celosa llora, él muere ausente:  
Ella siente el desprecio, y él turbado  
La desengaña astuto y elocuente;  
Mas que no bastan las palabras creo,  
Remitido á las obras el deseo.

Salía Circe al mar tan cuidadosa,  
Que cerca de las aguas parecia,  
Tocándole la espuma bulliciosa,  
Venus, que de ellas cándida nacia:

Como se suele abrir pimpollo en rosa,  
Primera risa del luciente día,  
Cuando en las hojas sus cristales bebe,  
Así mezolaba el nacar en la nieve.

Tal vez en una barca defendida  
Del rayo de su padre, que bajaba  
Mas presto al mar por verla, y guarnecida  
De tapetes, que el agua codiciaba;  
Los desdenes de Ulises atrevida  
Con lascivo mirar solicitaba,  
Por ver si hallaba su amorosa guerra  
Mas dicha por el agua que en la tierra.

Severo el griego á Circe entretenia,  
Tan cortés y galan como discreto.  
¡Ay del amor pagado en cortesía!  
Que no quiere el amor tanto respeto:  
Los infernales dioses maldecia  
Desesperada Circe, en lo secreto  
Del alma, viendo su poder burlado  
De un hombre vivo en hielo retratado.

Si en la caza tal vez, última prueba,  
Quedaban de sus damas divididos,  
Nunca de Eneas codició la cueva,  
Ni á Venus le pidió rayos fingidos:  
Resistencia al amor única y nueva,  
Que enfrenar la virtud á los sentidos  
En tan dulce pasión, es un ejemplo  
Digno de eterno bronce, fama y templo.

No quedó yerba ni conjuro alguno,  
Que los fieros espíritus llamase,  
Ni cerco sobre el campo de Neptuno,  
Ó que la luna en él retrogradase;



Que con apremio fiero y importuno  
No hiciese, no buscasse, no intentase:  
Y así decia al mar, al monte, al viento,  
Vencida deste loco pensamiento:

«Dulce pasion de amor, dulce homicida  
De un tierno corazon, ¿por que me matas?  
Si á quien me obligas que remedio pida,  
Aun las palabras ha tenido ingratas?  
Si no puedes con yerbas ser vencida,  
¿Para que por las venas te dilatas?  
Que para tan helada resistencia  
Ni bastan la hermosura, ni la ciencia.

¿Que peregrino hubiera regalado  
Muger como yo soy, que ingrato fuera  
Llegando con su nave destrozado  
Sin velas al favor de mi ribera?  
¿Soy Lotofágo, ó Lestrigon airado?  
¿Devoré por ventura, aunque pudiera,  
Como el hijo del mar, sus compañeros?  
¿Fuí alguno yo de los troyanos fieros?

¿Maté á Protesilao? ¿quité la vida  
Como Hector á Patroclo generoso?  
¿Ó como París, que habitaba en Ida,  
Quité el honor á Menelao famoso?  
¿Fuí como Elena incasta y fementida  
Al lecho conyugal del noble esposo?  
¿Soy Clitemnestra yo? ¿cuando me ha visto  
Matando á Agamenon, y amando á Egisto?»

Era ya la sazon, en que se via  
El arco Austral de la corona hermoso,  
Que con sus cuatro estrellas difundía  
Los rayos de su imperio luminoso:

Cuando Filemo Acayo, que tenia  
Celos de Palamédes belicoso,  
Por no atreverse á desnudar la espada,  
A Ulises dijo con la lengua airada:

¿Hasta cuando presumes, fuerte griego,  
De la patria vivir tan olvidado?  
Años ha ya desde el troyano fuego,  
Que vives por los mares desterrado.  
¿Es posible que tienes por sosiego  
Tan triste, injusto y miserable estado,  
Vencido de una hermosa encantadora,  
Que te lleva á la muerte de hora en hora?

Conozco tu virtud y resistencia:  
Pero no lo dirá despues la fama;  
Que la conformidad y la asistencia,  
Aunque sin obras, la opinion disfama.  
¿Que puede prometer tan larga ausencia  
De tu querida esposa, que te llama?  
Mira que la memoria con los años  
Se rinde facilmente á los engaños.

No digo yo que no eres tú dichoso  
Entre cuantos ausentes no lo han sido;  
Mas para la inquietud de ser celoso  
Basta el temer, sino es agravio, olvido:  
Repara en que Telémaco amoroso  
Apenas puede haberte conocido:  
Déjale, Ulises, que te llame padre,  
Como esposo Penélope, su madre.

El peligro tambien; si alguno intenta  
Decir, que ya eres muerto, con engaño,  
Y la fama del mal, que siempre aumenta  
Las nuevas, que han de ser para mas daño,

Cuando no surta en deshonor y afrenta,  
Alegando la fama al desengaño,  
Podrá casarse, y ocupar tu cama  
Varon de mas presencia y menos fama.  
¿Que quieres de nosotros desdichados,  
Por tanta tierra y tanto mar perdidos?  
Ya muertos de Antifátes anegados,  
Ya de un gigante bárbaro comidos:  
No todos hallaremos bien casados  
Los lechos despreciados defendidos,  
Cuando dichoso tú la patria pises:  
No son todas Penélopes, Ulises.

Vuelve á la patria, y deja el ocio infame  
De esta hechicera vil y sus conjuros,  
Aunque presa de amor provoque y llame  
Contra tí los espíritus impuros:  
No quieras que otro invierno airado brame  
El cierzó aquilonal entre sus muros,  
Que bien podrás vencer con tu prudencia  
Su amor, si no es fatal su resistencia.»

Ulises conociendo que Filemo  
Le aconsejaba bien, aunque ignoraba  
Que eran celos de Lisis, que en extremo  
Desde el instante que la vió, la amaba;  
De Antifátes crüel y Polifemo  
El peligro menor imaginaba,  
Que estar de Circe en la prision cautivo  
Muerto á la fama y á la infamia vivo.

Entró luego en la cuadra en que dormia,  
Que no la resistieron las criadas:  
Que aunque era novedad, no era osadía;  
Así todas estaban enseñadas.

Abrió los ojos Circe, tuvo el día  
Mas sol, mas oro, y viéronse adornadas  
Las cortinas de luz resplandeciente,  
Como al nacer del sol el rojo Oriente.

Circe tenia en el marfil un velo  
Transparente y sutil, que descubria  
Nieve animada, como muestra el suelo  
Con arena de plata fuente fria:  
Tal suele puro arroyo á medio hielo,  
Que por nevados mármoles corria:  
Las anchas mangas descubrian los brazos,  
Todo prision de amor, redes y lazos.

La garganta bellísima coronan  
Los tesoros del Sur, que afrenta fueran  
De los que tanto de Cleopatra abonan  
La hazaña, que otras plumas vituperan:  
Los cabellos undívagos perdonan  
(Como eran rizos, como soles eran)  
El adorno al diamante, que distinta  
Los prende junto al cuello breve cinta.

«¿Que quieres, dijo, dulce ingrato mio?  
¿Por dicha tu desden mudó semblante?  
¿Rindióse ya tu desdeñoso brio?  
¿Labró mi sangre tu feroz diamante?  
Si ya cesó el rigor de tu desvío,  
No desconfie despreciado amante,  
Pues yo te tengo, cuando tal estuve,  
Que ni aun señales de esperanza tuve.»

Diciendo así, los blancos brazos luego  
Extiende al cuello de su amado ingrato;  
Mas detenidos, suspendióse al ruego  
De Ulises, retirada á mas recato.

No vengo, dijo, de amoroso fuego  
Vencido, o Circe, ni por largo trato,  
Ni por obligacion á tu hermosura,  
Donde no hubiera libertad segura.

Yo te amo con aquel conocimiento  
Que debo á tu belleza soberana,  
Y á tu divino y claro entendimiento,  
Indigno de admitir pasion humana.  
Eres hija del sol, que vive esento  
De toda mancha y opresion tirana:  
En ti sus límpios rayos acrisola,  
Que por hija del Sol te llaman Sola.

Piedad me trae de mis tristes griegos,  
Que lloran por la patria desterrados,  
Desde que vieron en los teucros fuegos  
De Troya los Penates abrasados:  
Pidiéronme con lágrimas y ruegos,  
De sus hijos y esposas obligados,  
Que te pidiese esta licencia justa,  
Circe, si tu deidad no se disgusta.

Ya sabes mis trabajos: ya mis penas,  
Ya mis destierros te conté, señora,  
Por puertos de tan bárbaras arenas,  
Que ni las peña el mar, ni el sol las dora:  
Cuando rompió de Troya las almenas  
La máquina de Palas vencedora,  
Debiera yo morir: que aborrecida  
Es larga muerte dilatar la vida.

Cuando en el vientre horrísomo estuvimos  
Del preñado caballo cien soldados,  
Como suelen estar en los racimos  
Los granos ya maduros apretados:

La fiera lanza de Laocoon sentímos,  
Y sonando los árboles dorados  
Dió tan cerca de mí, que si pasára,  
La vida que desprecio me quitára.

Faltárale sugeto á la fortuna  
Para lucir sin mí, si allí muriera;  
Yo descansára sin ofensa alguna,  
Y ella la fama que le dí perdiera:  
Hallára yo de tantas muertes una,  
Que dulce fin á mis trabajos diera:  
Pues no hay rigor, señora, mas airado,  
Que hacer vivir por fuerza un desdichado.

¿Que penas faltan ya para matar-me?  
¿Que agravios, que rigor para ofender-me?  
¿Que enemigo ha dejado de probar-me?  
¿Que amigo se ha olvidado de vender-me?  
Penélope cansada de aguardarme,  
Con esperanza de mis brazos duerme;  
Pero cuando es tan larga la esperanza,  
Sucede á gran firmeza gran mudanza.

Sábeslo tú, divina esposa mia,  
Sábeslo tú, que nunca te hice ofensa.  
¡O quien pudiera aquel tan dulce día  
Llevar-te para hablar en mi defensa!  
Que si tu gran valor no me desvía  
Desta firmeza y voluntad inmensa,  
¿A donde hallára yo mejor testigo,  
Pues con tan casto amor viví contigo?

Si tu hermosura, Circe, si tus ojos  
Rayos de amor, gastando tantas flechas,  
Solo tienen del alma los despojos,  
Donde tal vez sin cuerpo me sospechas:

Si tús regalos ya, si tus enojos,  
Y obligacion de las mercedes hechas  
No han podido mudar mi pensamiento,  
Serán para Penélope argumento.

Permíteme que vea el hijo mio,  
De cuya ausencia nace mi tristeza,  
Que en tu piedad, sino en tu amor confío,  
Efecto que nació de la nobleza.  
Tu ciencia no ha forzado mi albedrío,  
Lo que mejor pudiera tu belleza:  
¿Pues que aguardas de mí, que ausente muero,  
Y no te quiero? Circe, porque quiero?

¡O clara hija del mejor planeta!  
Da lugar á mi gente que en la playa  
Aderece la nave, que sujeta  
Al facil viento por las ondas vaya:  
En pocas horas quedará perfeta  
De blancas velas y de remos de haya,  
Y saldrá con tus armas y tu nombre,  
Que espante el mar y que la tierra asombre.

¡Mi partida es forzosa, que bien sabes  
Que si pudiera yo no me partiera;  
Trabajos, dicen, que me esperan graves:  
Quien te llega á perder ninguno espera.  
De Ténedos salí con siete naves,  
Y apenas una truje á tu ribera;  
Si me dejas partir amante ingrato,  
No por lo menos huesped de mal trato.

«¡O cruel! le responde (que el semblante  
Mudó con el enojo la hermosura)  
Astuto en ser traidor, no en ser amante,  
¡Que bien has castigado mi locura!

Alma tienes de indómito diamante,  
No forma sustancial, materia dura:  
Pues mientras mas te labra mi paciencia,  
Menos puede limar tu resistencia.

Ventura fué que no me la hayas dado,  
Porque es diamante, y diérame veneno,  
Aunque en el pecho hubieras acabado  
Este amor inmortal de engaños lleno.  
Vete, y primero que Neptuno airado  
Muestre á tu nave su zafir sereno,  
En duro escollo se te rompa, y sea  
Donde, aunque muera yo, morir te vea.

Si amaron las deidades, si pasiones  
De amor padece amor, si amor alcanza  
Donde no peregrinas impresiones,  
A todas ruego que me den venganza:  
Mira, crüel, que en ocasion me pones,  
Perdida de tus brazos la esperanza,  
De desear, por verme aborrecida,  
Estar sin alma, porque estes sin vida.

¿Es posible, crüel, que no respondas  
A tanta fe, siquiera con engaño,  
Que el cuerpo en piedra, el alma en hielo escondas  
A mi abrasado amor despues de un año?  
Veniste aquí, desprecio de las ondas,  
Propio traidor, y peregrino extraño,  
Arrojado del agua y en mi celo  
Hallaste mas piedad que en tierra y cielo.

Trujiste el alma que esta deuda niega  
Apenas en el pecho, que resuelves  
A tal crueldad, y con tu gente griega  
Cargado de almas á tu patria vuelves.



¿Que estrella, que deidad, que amor te ciega,  
Que tantos lazos de amistad disuelves?  
¿De que contrariedad, de que aspereza  
Nacieron tu crueldad y mi firmeza?»

Esto decia Circe, y como hacia  
Afectos de muger desesperada,  
La nieve de los brazos descubria,  
Artificiosamente descuidada.  
El griego, no mirando lo que via,  
Entre las olas fluctuando nada:  
Quien no se ha visto en tan confuso abismo  
No sabe que es guardarse de sí mismo.

«Decis (prosigue con mayor locura)  
Si amais alguna vez, que os hechizamos;  
Ahora el desengaño os asegura,  
Pues veis que de vosotros lo quedamos:  
El trato puede mas que la hermosura,  
Con él cuando lo estais, os obligamos,  
No á tí, que entre los hombres peregrino  
Eres mortal con proceder divino.

¡Que ninguna muger servir se vea,  
Que se queje de amor, ni indigno trato,  
Y que yo sola desdichada sea!  
¿De que tienes el alma, griego ingrato?  
¡O padre! ¡o Sol! ¿quien ha de haber que crea,  
Que soy tu hija yo, ni tu retrato?  
Pero si dí veneno al rey mi esposo,  
Venganzas son del cielo riguroso.»

Diciendo asi, con míseros efetos  
Dejó caer el rostro entre las manos  
Del griego capitan, que los afetos  
En la patria del alma siente humanos:

Las lágrimas, prision de los discretos,  
Y á los que no lo son, lazos tiranos,  
Imprimieron en él tanta clemencia,  
Que casi se turbó la resistencia.

Descomponerse quiso la armonía  
De las potencias con piadoso intento:  
Mas á la voluntad que se rendía  
Le dió la mano el cuerdo entendimiento;  
Y díjole mas tierno que solía,  
Con mas vivo dolor y sentimiento:  
No permitas, señora, que al partirme  
Tú dejes de ser sol, yo ausente firme.

Ni yo partiera bien, ni tú quedarás,  
Si amor á lo que puede nos rindiera:  
Mas de verme partir te lastimáras,  
Mas de verte quedar morir me viera:  
Donde no tiene amor prendas tan caras,  
Ni el alma teme, ni el temor espera:  
Que donde quedan libres las memorias,  
Ni sienten penas, ni imaginan glorias.

Mucho quisiera yo, si yo pudiera  
Ser tuyo, o sol, del sol efecto hermoso;  
Tu esposo fuera yo, si libre fuera,  
Y fuera digno, como fui dichoso.  
Bien sabes que Penélope me espera  
Con fe de amante y lealtad de esposo:  
¡Pluguiera á Dios que el alma dividida  
Se pudiera partir como la vida!

« ¡Ay! le replica Circe lastimada.  
De tantas arrogancias y desprecios:  
Amar un alma donde no es amada,  
Mas es de desdichados, que de necios!

No harás, ingrato Ulises, tu jornada,  
Si estiman dioses los humanos precios:  
Que yo con inauditos sacrificios,  
Para tenerte, los tendré propicios.»

Dejarte, dijo Ulises, despreciada  
Fuera, habiendo engañado tu hermosura:  
Yo siempre te serví desengañada  
De aquesta voluntad honesta y pura:  
Ingrata has sido tú, pues siendo amada  
Con esta noble y grave compostura,  
Dando lugar al exterior sentido,  
Quieres amor que esté sujeto á olvido.

El que yo con el alma te prometo  
Es amor inmortal, amor tan casto,  
Que tiene al mismo cielo por objeto,  
Como la tierra el que es amor incasto:  
Es un amor tan cándido y perfeto,  
Que en su virtud á defenderme basto  
De tu hermosura humana, con que ha sido  
Este divino amor encarecido.

«Ya te conozco yo, Circe responde,  
Y conozco tambien vuestras verdades:  
Todo es facil, si amais, todo se esconde;  
Todo, si no quereis, dificultades.  
Esto, replica Ulises, corresponde  
A las debidas del amor lealtades:  
No puedo mas, permíteme, señora,  
Ver en el agua la primera aurora.»

Por tu querido padre, así le veas  
Medir los tiempos infinitos años,  
Antes de ver las márgenes leteas,  
Sin sentir los efectos de sus daños:

Por los silvestres dioses, por las Deas,  
Que habitan selvas y refrescan baños,  
Que nos dejes partir tras tanta guerra  
De tierra y mar á nuestra amada tierra.

Lloraba el griego venerable, y tanto  
Movi6 de Circe el pecho, que le dijo:  
«No quiera, o capitan, Júpiter santo,  
Que dure mas destierro tan prolijo:  
Parte, y consuela de tu gente el llanto,  
Advirtiéndolo primero que predijo  
Mayor desdicha el hado á tus fortunas,  
Porqué aun te faltan de sufrir algunas.

Para saberlas, y saber que estado  
Tienen tus cosas, bajarás primero  
Al reino de Pluton, dejando atado  
Hércules nuevo, el rígido Cerbero,  
Tiresias finalmente consultado,  
Dando licencia Radamanto fiero,  
Te dirá los sucesos que te esperan,  
Que yo quisiera que felices fueran.»

Lloraba Ulises, viendo que faltaban  
Mas penas que sufrir, mayores males:  
Que ya mortales hombros no bastaban  
Para oponerse á desventuras tales.  
En fin le preguntó, que pues bajaban  
A tal lugar sin muerte los mortales,  
Le dijese por donde ú de que modo;  
Y ella amorosa le informó de todo.

Visti6se de oro y nacar, y un vestido  
Dió á Ulises sobre azul de tersa plata;  
Ella á la hermosa madre de Cupido,  
Y él á Marte belígero retrata.

Ya suena la partida, ya el olvido  
Los fuertes lazos del amor desata,  
A los alegres griegos de los cuellos,  
Y ellas mirando el mar, lloran por ellos.

Cubre de aljofar cándido rocío  
Los claveles de Dórida llorando,  
Como al primero albor líquido y frío  
Se mira entre las hojas relumbrando.  
«En fin té vas, ingrato dueño mío?»  
A Antímaco le dice suspirando:  
Y él responde sin lengua á sus enojos,  
Poniéndose las manos en los ojos.

Filida hermosa tiernamente asida  
Del fuerte Palamedes, también llora;  
Pero él tiene los ojos en Deífrida,  
Que por Filemo de secreto adora.  
Filemo que dió causa á la partida,  
De celos en ausencia se mejora:  
Que donde para celos no hay paciencia,  
De los dos males es menor la ausencia.

Andrómeda, que ya parece tanto  
A la que atada al mar en alta roca  
Dió principio á sus perlas con su llanto,  
Las de la playa á lágrimas provoca:  
Neofíle de Toante asiendo el manto,  
Esmalta los corales de la boca  
De los tiernos diamantes que corrian,  
Por ver si el llanto y voz le detenian.

Con blancas manos cuello y pecho enlaza  
De Alejandro también Nísida bella,  
Y si jamás la olvida, le amenaza  
Con que Circe sabrá volver por ella:

Lisis á Timó dulcemente abraza,  
 Porque quedaba retratado en ella:  
 Que como temen que volver no puedan,  
 Algunos que se van, también se quedan.

Llora Antiflor, Polidamante siente

Con mas rigor la fuerza en la partida,  
 Y Amarilis discreta tiernamente,  
 No quiere que Partenio se despida.  
 La isla queda sola, Amor ausente  
 Donde no ha de volver, dicen que olvidar  
 No soy testigo yo, que no se atreve  
 Su fuego á penetrar mi helada nieve.

Tendida sobre el agua, entre alga y nea,  
 Calafetean la olvidada nave,  
 A los árboles dan nueva librea,  
 Y ya la estrena el céfiro suave:  
 Ya grita la zaloma, ya vocea,  
 Ya siente el cano mar el peso grave,  
 Ya suena mal conforme á las estrellas  
 En ellos la alegría, el llanto en ellas.

Ara líquida sal la fuerte quilla

Con los pinos y abetos de Tesalia:  
 Ocupa con la aguja la alta silla  
 Lauro ya diestro en todo el mar de Italia.  
 No estaban una legua de la orilla,  
 Cuando, apenas tocando la sandalia  
 De Circe el agua, por la blanca espuma  
 Cual cisne pasa, sin mover la pluma.  
 Ata un cordero negro y una oveja  
 A la mesana, y entre dientes habla;  
 Temblando Ulises, proseguir la deja,  
 Y ella sus rumbos mágicos entabla:

Vuélvese al mar, y cuanto mas se aleja,  
Mas vivos se descubren en la tabla  
Los caracteres rojos que escribía,  
Turbando esta tristeza su alegría.

Mas trabajos nos faltan, compañeros,  
Ulises dice: no penseis que vamos  
Con velas y con remos tan ligeros  
A la querida patria que esperamos:  
Los reinos de Pluton, los reinos fieros  
De Radamanto y Minos conquistamos:  
Que consultar me manda mi destino  
El alma de Tiresias adivino.

Aquí todo placer prorrumpe en llanto,  
Y como van contentos y seguros  
De los trabajos que sufrieron tanto,  
Por los pasados lloran los futuros.  
Cerca una isla con horrible espanto  
Helado el mar, entre peñascos duros,  
De los fieros Cimmerios habitada,  
Digna de tales hombres tal morada,

Siempre cubierta de tiniebla oscura,  
En negro horror caliginoso yace,  
Donde ni fuente cristalina y pura,  
Ni flor de buen olor produce y nace:  
Ni Filomena canta en su espesura,  
Ni brama toro, ni cordero pace:  
Húyela el sol, y apenas amanece,  
Cuando se cubre el rostro y anochece.

A la diestra del Ponto está sentada,  
No lejos de su Bósforo, en la nieve,  
De quien eternamente coronada  
Frias el sol exhalaciones bebe.

Aquí llegó la nave descansada,  
Que con soplo veloz Zéfiro mueve,  
Y de cipreses lúgubres cubierto  
Halló entre peñas por la costa el puerto.

Saltan en tierra Ulises el prudente,  
Y el belicoso Palamedes, cuando  
Desde las puertas del rosado Oriente  
Estaba el sol á Dafne contemplando.  
Ulises á la Mágica obediente,  
Con la espada belígera cavando  
La madre universal, al sacrificio  
Previene el agua; y el piadoso oficio

Hecho á las sombras de los Manes fríos,  
Al rededor oyó tristes clamores,  
Que daban en los cóncavos vacíos,  
Viéndose de la luz habitantes:  
Luego buscó los infernales ríos,  
En cuya margen vió sierpes por flores,  
Por árboles tambien espinos secos;  
Y le dieron terror los tristes ecos,

Aquí donde lloró cantando Orfeo,  
A quien las lirás trágicas imitan,  
Y templaron su pena en su deseo  
Las almas que en eterna noche habitan.  
Privado ya del resplandor Febeo,  
Sin que lugar las sombras le permitan,  
Llegó el astuto Ulises por un monte,  
Que se mira, sin verse, en Aqueronte.

Desotra parte en una parda peña,  
Que de cárdeno lecho le servia,  
El tostado y nervioso cuerpo enseña  
Fiero Caronte, que á dormir yacia:



De sucio lienzo túnica pequeña  
Parte adornaba, y parte descubria,  
La cana barba casi azul pendiente,  
Con mil arrugas por la negra frente.

Culebra parda, cuando al sol se enrosca,  
Parece el fiero monstruo, que al ruido  
De humana planta tímida se embosca,  
Así era el cuerpo informe, así el vestido:  
Y así tambien por la corteza tosca  
A círculos estaba dividido,  
Mostrando tal fiereza el pardo bulto,  
Como suele cadaver insepulto.

Intrépido le llama, y él desata  
La horrible barca, á una cadena asida  
De un seco tronco, y á los polos ata  
Dos viejos remos de haya carcomida.  
No dividen cristal, ni azotan plata;  
Que la turbia corriente removida  
En negras ondas encrespó las aguas,  
Que templa el hierro á las ardientes fraguas.

Apenas en la margen contrapuesta  
Aborda y mira los valientes griegos,  
Cuando les dice (y la partida apresta,  
Brotando llamas de los ojos ciegos)  
«¿Que presuncion? ¿que libertad es esta,  
Donde las amenazas, ni los ruegos  
Tienen lugar? Volved, volved, humanos,  
A la luz de los cielos soberanos.»

Detente, le responde el elocuente  
Duque de Grecia, o gran Caronte, y mira  
Que la hija del Sol resplandeciente,  
Circe, cuya hermosura y ciencia admira,

No con soberbia y ánimo impaciente,  
Como el esposo entró de Deyanira,  
Nos envía á saber futuros casos  
Del gran Tirésias con humildes pasos.

Acosta el barco sin temor, que llevas  
A Ulises y al valiente Palamedes,  
No al gran Teseo, al Hércules de Tebas,  
De quien ahora recelarte puedes.  
«Ya tengo, dijo, de vosotros nuevas:»  
Pues ¿por qué, replicó, no me concedes  
El paso libre al Tártaro profundo,  
Si por desdichas peregrino el mundo?

«Tengo, replica, en la memoria vivo  
El duro estrago del Tebano fiero:  
Rompió este muro eterno, y vengativo  
Ató las tres gargantas del Cerbero:  
Quiso robar á Proserpina altivo,  
Y volverla otra vez al hemisfero  
Que baña el sol, huyendo sus injurias  
Las Euménides, Górgonas y Furias.»

Valióse el griego allí de su elocuencia,  
Y tanto pudo, que acostó la barca,  
Y después de prolija resistencia,  
Donde almas embarcó, cuerpos embarca.  
El peso siente el barco, y la licencia  
Que no les dió la inexorable Parca:  
Parte el viejo feroz, haciendo extremos:  
Y mueve en los escálamos los remos.

Salta en la tierra Ulises, llega al muro  
De rígido diamante, y al Cerbero  
Dió sueño con el roinbo de un conjuro,  
Que Circe sabía le enseñó primero:

Por negras sendas sobre hierro duro  
Llegó al palacio del horrible y fiero  
Amante de la bella Proserpina,  
Y con humilde paz la frente inclina.

Era todo el palacio de un oscuro  
Diamante, que no claro, fabricado  
Dentro de un fuerte inexpugnable muro,  
De jaspe y negro pórfido labrado:  
En un rojo sitio de bronce duro  
Estaba el rey flamígero sentado,  
Con el hórrido cetro que gobierna  
Sin tiempo y luz la confusion eterna.

Cercáronle los Manes infernales,  
Por ver un cuerpo, y admirarle mudos,  
Donde jamás tocaron pies mortales,  
Sino solos espíritus desnudos:  
Y vinieron las sombras desleales,  
Que en vida fueron animales rudos,  
A ver por novedad un casto ausente,  
Que nuestra humana condicion desmiente.

Entre ellos mira el griego á Clitemnéstra,  
Y así le dice en lágrimas bañado:  
¿Que fortuna tan mísera y siniestra,  
¡O reinal te ha traído á tal estado?  
Que si el castigo los delitos muestra,  
Graves deben de ser, pues no has pasado  
Al campo Elisio, en que descanso tiene  
Quien á los reinos de la noche viene.

«Ausente Agamenon, responde, ¡ay trístel  
La sombra en sangre y en dolor bañada,  
Con quien á Troya por Elena fuiste,  
Mi hermana, mas dichosa y mas culpada:

La ausencia que muger tan mal resiste,  
 Me dió ocasion de amar; de Egisto amada;  
 Volvió mi esposo de la guerra, y luego  
 La privacion de amor aumentó el fuego.

Matámosle los dos con esperanza  
 De gozarnos mejor; pero creciendo  
 Mi hijo Orestes, que de Electra alcanza  
 La vida, que yo andaba persiguiendo,  
 Ejecutó de suerte la venganza  
 De Agamenon su padre, que volviendo  
 Ya con adulta edad, nos dió la muerte;  
 Dijo, y de sombra en aire se convierte.

Ulises admirado del suceso  
 Tembló el peligro de su ausente esposa:  
 Que se debe temer cualquier suceso  
 De ausencia larga y de muger hermosa.  
 Con este miedo en la memoria impreso,  
 Pasó temblando la ciudad fogosa  
 Hasta llegar al fiero Radamanto,  
 Juez del reino del eterno llanto.

Allí tuvo licencia, y libremente  
 Fué mirando las almas inmortales,  
 Que en privacion del sol eternamente  
 Padecen penas á su culpa iguales.  
 Vió la Spberbia de ánimo impaciente  
 Cercada de gigantes desiguales,  
 Que haciendo al hombro de los montes alas  
 Pusieron al celeste globo escalas.

No lejos vió tendido un nuevo Atlante,  
 Y conociendo á Polifemo huyera,  
 Si no viera ponérsele delante  
 El fuerte vencedor de la Quimera:

En pie se puso el bárbaro gigante,  
Diciendo: «Espera Ulises, griego, espera,  
Vengaré la traición que me ha traído  
Desde el reino del sol al del olvido.

«No me matáras tú, si no trujeras  
El vino, que ya fue muerte de tantos,  
Para veneno de mis fuerzas fieras,  
Decreto oculto de los cielos santos.»  
Polifemo, responde, si tuvieras  
En tu cueva piedad de nuestros llantos,  
Si fueras noble huesped, hoy gozáras  
De los rayos del sol las luces claras.

Tú tienes el castigo que merece  
Tu villano rigor inhospitable:  
Diciendo así, se aparta y desvanece  
Con un suspiro horrendo y miserable.  
La ira luego en forma se aparece  
De un tirano feroz inexorable,  
Y cerca la Ambición y la Codicia,  
La injusta Deslealtad y la Malicia.

La Desvergüenza vió con rostro infame,  
Y la Lisonja y la Amistad fingida,  
Tan digna de que el mundo la desame  
Por perjura, engañosa y fementida.  
No hay áspid de la Libia que derrame  
Mayor veneno, ni la humana vida  
Tiene de que guardarse mas castigo,  
Que del engaño vil de un falso amigo.

El Amor deshonesto, el Odio injusto  
Estaban juntos, siendo tan contrarios;  
La dormida Pereza de robusto  
Cuerpo entre topos y animales varios:

Los fieros Celos con mortal disgusto,  
De la cobarde Ausencia tributarios:  
Que en vano el nombre imitan á los cielos,  
Si en el infierno han de vivir los celos.

La Ingratitud que al mismo cielo asombra,  
La Ignorancia preciada de discreta,  
Lo que Servir ¡que extraño mal! se nombra,  
Y la Crueldad á la Traicion sujeta:  
La fiera Envidia de los buenos sombra  
En figura de bárbaro poeta,  
La Confianza, el Ocio y el Desprecio,  
La Gravedad de un poderoso necio.

Allí la melancólica Tristeza,  
A quien la muerte de su engaño avisa,  
Y la Necesidad con la Bajeza,  
Que á coces el honor deshace y pisa:  
Allí la Necedad con la Simpleza,  
Naturales del reino de la Risa,  
La Vanagloria vil, Pompa y Locura,  
Y el Juego, indigno de honra, en carcel dura.

Con miserable voz y compasiva  
Entre uno y otro anhélito y singulto  
Un espíritu vió, que se derriba  
De un pardo risco, donde estaba oculto.  
Detúvose la sombra fugitiva,  
Formando un blanco, aunque sangriento bulto,  
Y el corazon de Ulises, vivo apenas,  
Previno á horror el alma de las venas.  
Cualquiera, o fiero espíritu, que fuiste  
En el orbe luciente que habitaste,  
Ulises dijo: ¿á que ocasion veniste,  
Que con tu propia sangre me bañaste?

«Palamedes, responde con voz triste,  
Que á tan horrible muerte condenaste,  
Palamedes soy yo, mas no el amigo  
Que al reino de Pluton vienes contigo.

Cuando por no dejar moza y hermosa  
Tu querida Penélope en Zacinto,  
Fingiste la locura cautelosa,  
Efecto vil de tu valor distinto:  
Viendo que Agamenon con imperiosa  
Mano te daba término sucinto  
Para partir, yo descubrí tu engaño,  
Y á Troya te llevaron por mi daño.

Airado tú despues, que me escribia  
Con Príamo dijiste, y afirmabas  
Que á Agamenon y á Menelao vendia,  
Con la fingida carta que mostrabas:  
Con esto y tu elocuencia, que podía  
Persuadir cuantas cosas intentabas,  
Con piedras me dan muerte, y me sepultan,  
Mi error publican, y tu infamia ocultan.

Mas yo pienso que estoy de tí vengado  
En los grandes trabajos que has sufrido, y  
Sin los que esperas de Neptuno airado,  
Por la muerte del Cíclope ofendido.  
Tú, Palamedes, menos desdichado,  
Y á mí solo en el nombre parecido,  
Huye de su amistad que en muchos años  
Tendrás por grande amor grandes engaños.»

Por tí, responde Ulises, Palamedes,  
Por tí me veo en tanta desventura:  
Si no lo estás de mí, vengarte puedes  
En que tiene Penélope hermosura:

Pero en quejarte la razon excedes,  
Pues contra la amistad sincera y pura  
Descubriste el secreto que sabias,  
Causa fatal de las desdichas mias.

En estos monstruos ocupado estaba  
El astuto elocuente peregrino,  
Cuando, sabiendo ya que le buscaba  
El alma sabia de Tiresias, vino:  
«¡O tú, le dijo, sin hercúlea clava,  
Sin escudo de Marte diamantino,  
Transgresor de las leyes infernales!  
¿Como pisas los tártaros umbrales?

¿Que me quieres á mí, que no tenia  
De hablar con hombre vivo pensamiento?  
¿Que privilegios tienes? ¿quien te envía,  
Exceso del mortal atrevimiento?»  
¡O Tiresias! le dije, ¿quien podia  
Venir á tal lugar sin fundamento?  
Deidad me envía que movió mis pasos  
Para saber de tí futuros casos.

Yo soy Ulisés, hijo de Anticlea  
Y del viejo Laërtes, que el estrago  
De Troya me conduce donde vea  
Las negras sombras del Estigio lago:  
Entre Italia y el golfo de Malea,  
Entre el Cimmerio Bósforo y Cartago  
Pasé grandes fortunas: ¿mas qué digo  
Tan olvidado de que estoy contigo?

Circe me envia, Circe, aquella hermosa  
Hija del sol: responde al ruego suyo  
Movida de mi mal, alma piadosa,  
Que estoy pendiente del remedio tuyo.



«La mar, le respondió; la mar quejosa  
A quien tus desventuras atribuyo,  
Contraria al fin de tu esperanza temo,  
Porque diste la muerte á Polifemo.

Mataste, griego, al hijo de Neptúno,  
Sagrado emperador del Oceáno:  
¿Como te puede dar favor alguno,  
Mientras habitas por su imperio cano?  
Con sacrificios á la diosa Juno  
Pide favor que no serán en vano:  
Ella te llevará, mas tarde creo,  
Al término que tiene tu deseo.

Celosa Circe de la hermosa Scila  
Vertió veneno en una pura fuente,  
Que el lílabeo Sículo destila;  
Y bañóse una siesta en su corriente:  
De suerte entre las aguas se aniquila,  
Que solo desde el pecho hasta la frente  
Quedó muger; que lo demás, es fama,  
Que en pez ligero se vistió de escama.

Por esta has de pasar, temiendo en frente  
De la voraz Caribdis el veneno,  
A quien con el ignífero tridente  
Júpiter hizo escollo al mar tirreno.  
Primero que vengado se contente  
El fundador de Troya de ira lleno,  
Para gozar la patria que deseas,  
Las sirenas verás partenopeas.

La isla Ogigia entre los mares yace  
Fenicio y sirio; allí Calipso vive:  
Allí sus rómbo y conjuros hace,  
Y en la hermana del sol letras escribe.

Siete veces verás que en Aries nace,  
Y que la blanca plata le recibe  
De los peces del Éufrates; en tanto  
Que te detiene con su dulce canto.

Istmos, islas, penínsulas y rocas  
Varias verás entre las ondas fieras,  
Monstruos marinos, cetos, altas focas,  
Antes de ver las ítacas riberas:  
Pero todas serán desdichas pocas,  
Cuando llegues á ver el bien que esperas,  
Y tu muger con alma compasiva  
Entre sus castos brazos te reciba.

Ella te águarda, aunque deshecha y triste  
De tu ausencia y de ver tantos amantes,  
Que dos años despues que á Troya fuiste  
La sirven y pretenden arrogantes:  
Con ingeniosa castidad resiste,  
Con esperanzas firmes y constantes,  
Su loco amor; que es alta resistencia  
En pecho de muger y en tanta ausencia.

De rendir su constancia á su porfía  
Para el fin de una téla dió palabra;  
Mas deshace de noche cuanto el día  
De oro y varios colores teje y labra.  
Al hermoso Telémaco, que cria,  
Le obliga siempre á que los ojos abra  
Para ver tu valor, y con recato  
Le provoca y enseña tu retrato.

El jóven como el águila le mira,  
Sin perturbarle el sol, y á la venganza,  
Si tardas tú, con arrogancia aspira;  
Que ya sabe empuñar espada y lanza:

En el fuerte bridon el vulgo admira,  
De tus vasallos única esperanza;  
Que en tantas desventuras quiere el cielo,  
Que estas nuevas te sirvan de consuelo.

Este amor debes á tu casta esposa:  
No vence su firmeza la distancia;  
Mira que has de volver á Circe hermosa,  
Guárdate de ofender tanta constancia.  
Con esto queda en paz: que la forzosa  
Ley deste centro á mi perpetua estancia  
Volver me manda: tú la lumbre pura  
Goza del sol, y yo la noche oscura.»

Dijo, y volviendo Ulises á la barca,  
Si bien en tiernas lágrimas bañado,  
Del vil Caronte, que á los dos embarca,  
De verlos tan pacíficos templado:  
En la opuesta ribera desembarca,  
Y vuelve al puerto, donde ya turbado  
Lloraba su escuadron su larga ausencia;  
Que no sabe el amor tener paciencia.

Con esto al mar el capitan se alarga:  
Vira, dice el piloto, y todos, vira,  
Donde con mano impetuosa y larga  
El blando viento los trinquetes gira:  
Ya siente el mar undísono la carga,  
Y del peso parece que suspira;  
Ya llegan donde Circe los recibe,  
Que aun tiene amor, y en esperanzas vive.

Vos, honor de las letras, vos, Mecenas,  
Aliento de las Musas que espiraban,  
Por quien están de aplauso y gloria llenas,  
Cuando sin voz, cuando sin alma estaban;

En tanto que la sangre de mis venas  
 Los elementos de mi vida acaban,  
 Sereis mi sol, sin que otra luz alguna  
 Respete en sus tinieblas mi fortuna.

# CANCIONES.

¡O libertad preciosa,  
 No comparada al oro,  
 Ni al bien mayor de la espaciosa tierra;  
 Mas rica y mas gozosa  
 Que el precioso tesoro  
 Que el mar del Sud entre su nacar cierra,  
 Con armas, sangre y guerra,  
 Con las vidas y famas,  
 Conquistado en el mundo:  
 Paz dulce, amor profundo,  
 Que el mal apartas y á tu bien nos llamas!  
 En tí solo se anida  
 Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Cuando de las humanas  
 Tinieblas ví del cielo  
 La luz, principio de mis dulces dias,  
 Aquellas tres hermanas,  
 Que nuestro humano velo  
 Tejiendo llevan por inciertas vias,  
 Las duras penas mias  
 Trocaron en la gloria,

Que en libertad poseo  
Con siempre igual deseo;  
Donde verá por mi dichosa historia,  
Quien mas leyere en ella,  
Que es dulce libertad lo menos della.

Yo pues, señor exento  
De esta montaña y prado;  
Gozo la gloria y libertad que tengo;  
Soberbio pensamiento  
Jamás ha derribado  
La vida humilde y pobre que entretengo:  
Cuando á las manos vengo  
Con el muchacho ciego,  
Haciendo rostro embisto,  
Venzo, triunfo y resisto  
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,  
Y con libre albedrío  
Lloro el ajeno mal, y canto el mio.

Cuando la aurora baña  
Con helado rocío  
De aljofar celestial el monte y prado,  
Salgo de mi cabaña  
Riberas deste río  
A dar el nuevo pasto á mi ganado:  
Y cuando el sol dorado  
Muestra sus fuerzas graves,  
Al sueño el pecho inclino  
Debajo un sauce ó pino,  
Oyendo el son de las parleras aves,  
Ó ya gozando el aura  
Donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche oscura

Con su estrellado manto  
El claro día en su tiniebla encierra,  
Y suena en la espesura  
El tenebroso canto  
De los nocturnos hijos de la tierra,  
Al pie de aquesta sierra,  
Con rústicas palabras  
Mi ganadillo cuento;  
Y el corazón contento  
Del gobierno de ovejas y de cabras,  
La temerosa cuenta  
Del cuidadoso rey me representa.  
Aquí la verde pera  
Con la manzana hermosa  
De gualda y roja sangre matizada,  
Y de color de cera  
La cermeña olorosa  
Tengo, y la endrina de color morada;  
Aquí de la enramada  
Parra que el olmo enlaza  
Melosas uvas cojo,  
Y en cantidad recojo,  
Al tiempo que las ramas desenlaza  
El caluroso estío;  
Membrillos que coronan este río.  
No me dá descontento  
El hábito costoso  
Que de lascivo el pecho noble infama:  
Es mi dulce sustento  
Del campo generoso  
Estas silvestres frutas que derrama:  
Mi regalada cama

De blandas pieles y hojas,  
Que algun rey la envidiára,  
Y de tí, fuente clara,  
Que bullendo el arena y agua arrojas,  
Estos cristales puros;  
¡Sustentos pobres, pero bien seguros!

Estése el cortesano,  
Procurando á su gusto  
La blanda cama y el mejor sustento;  
Bese la ingrata mano  
Del poderoso injusto,  
Formando torres de esperanza al viento:  
Viva y muera sediento.  
Por el honroso oficio,  
Y goce yo del suelo  
Al aire, al sol, al hielo  
Ocupado en mi rústico ejercicio,  
Que mas vale pobreza  
En paz, que en guerra misera riqueza.

Ni temo al poderoso,  
Ni al rico lisonjeo,  
Ni soy camaleon del que gobierna:  
Ni me tiene envidioso  
La ambicion y deseo  
De agena gloria, ni de fama eterna:  
Carne sabrosa y tierna,  
Vino aromatizado,  
Pan blanco de aquel día,  
En prado, en fuente fria,  
Halla un pastor con hambre fatigado:  
Que el grande y el pequeño  
Somos iguales lo que dura el sueño.

## II.

Por la florida orilla  
De un claro y manso río  
De salvia y de verbena coronado,  
Al tiempo que se humilla  
Al planeta mas frío  
Con templado calor el sol dorado,  
Libre, solo y armado  
De acero, olvido y nieve,  
Pasaba peregrino  
Ya fuera del camino  
Del juvenil ardor que el pecho mueve,  
Cuando al salir Apolo,  
Un niño ví venir desnudo y solo,  
Rubio el cabello de oro  
Con una cinta preso,  
Que los hermosos ojos le cubria,  
Y como alarbe ó moro,  
De innumerable peso  
Un carcax que del cuello le pendia,  
Y como quien vivia  
De saltar los hombres  
Un arco puesto á punto:  
Mas cuando le pregunto  
Que me diga sus títulos y nombres,  
Respóndeme arrogante  
Niño en la vista, y en la voz gigante:  
«Yo soy aquel que suelo  
Con apacible guerra,  
Con alegre dolor y dulces males,



Desde el supremo cielo  
Hasta la baja tierra  
Herir los dioses, hombres y animales:  
Transformaciones tales  
Jamás Circe las supo,  
Porque un hechizo formo  
Con que mudo y transformo  
Cualquiera ser que de mi fuego ocupo;  
Y al alma que condeno  
La hago yo vivir en cuerpo ageno.  
Fácil tengo la entrada,  
Difícil la salida,  
Ablándame el desprecio y cansa el ruego;  
Ni hay alma tan helada,  
Ó en piedra convertida,  
Que no enternezca mi amoroso fuego.  
Por eso rinde luego  
Las armas arrogantes  
De que vas victorioso;  
Que el rayo más furioso  
Se temple con mis flechas penetrantes,  
Y lloran mis agravios  
Igualmente los fuertes y los sabios.»  
Yo respondíle entonces:  
Mal me conoces, niño:  
Mira que soy un capitán valiente;  
Que en mármoles y bronce,  
Con ésta que me ciño,  
Hago escribir mis hechos á la gente:  
¿Como tu fuego ardiente,  
Ó tus blandos suspiros,  
Pueden temer los brazos,

Que han visto en mil pedazos  
Burlar tanto escuadron, entre los tiros  
De la pólvora fiera,  
Que vence el fuego de su misma esfera?

Yo al duro helado invierno,  
Y al verano abrasado  
De iguales armas y valor vestido,  
Llevandó á mi gobierno  
El escuadron formado,  
Tanta varia nacion he combatido,  
Que tengo convertido  
En duro acero el pecho:  
Por eso en paz te torna:  
Que mi espada no adorna  
Las puertas de tu templo sin provecho,  
Ni pueden tales ojos  
Humillarse á tus lágrimas y enojos.

Asi le replicaba,  
Cuando de entre unas yedras  
Una hermosura celestial salia,  
Que no lo que miraba,  
Pero las mismas piedras  
En ceniza amorosa convertia:  
Amor que ya me via  
Con pensamientos vanos  
Apercibir defensa,  
A la primera ofensa,  
Me derribó la espada de las manos,  
Y en viéndome tan ciego  
Lloré, rendíme y abraseme luego.

En esto al verde llano  
Un carro victorioso

Dos tigres ya domésticos trajeron:  
Asió el amor la mano  
De aquel rostro amoroso,  
Y juntos á su trono se subieron:  
Y los que alli me vieron,  
Entre sus pies me ataron,  
Y al fin sus ruedas fieras  
Mis armas y banderas  
Por despojos vencidos adornaron,  
Llevándome cautivo  
A donde agora lloro, muero y vivo.

Mas todo vencimiento es mas victoria:  
Y aquesta pena es gloria,  
Con solo que me mire Isbella un dia  
Y entre sus ojos arda el alma mia.

## III.

Ya mis ruegos oyeron  
Lidia, los cielos, y mis votos justos  
Alegre fin tuvieron:  
Pues truecas en disgustos  
Tus verdes años y tus verdes gustos.

En fin envejecistes,  
En fin llegó el estío de tus años:  
La fama que tuvistes  
En propios y en estraños  
Creció nuestras venganzas y tus daños.

Amanecia en tu cara  
Un sol, que el mundo en vivo fuego ardía:  
Corrió la edad avara,  
Pasó ligero el dia,

Y vino en su lugar la noche fria.

Cerróse el lirio ufano,

Con la tiniebla del oscuro cielo,

Y el almendro temprano.

Marchito con el yelo.

Sembró de flores el desierto suelo.

Esfuézaste lozana,

A parecer muchacha á los que miras;

Mas ya tu frente cana

Nos dice que suspiras

Cuando al espejo miras, y te admiras.

Ha hecho diferentes

La edad, que sola el alma inmortaliza,

Tu bella boca y dientes,

Y el ver atemoriza

Carbon las perlas, y el coral ceniza.

¿A donde huyó la nieve

Que derretia el fuego de tus ojos?

Mas ¡ay! que el tiempo breve

Sellando tus despojos

Pasó la nieve á los cabellos rojos.

La grana en Tiro sola

Vencieron tus mejillas: ya no vences

La inútil amapola,

Para que te avergüences

De tus engaños, y á llorar comiences.

La cándida azucena,

La tersa plaza y el marfil bruñido,

La limpia y blanca arena,

Al cuerpo que has tenido

Comparadas, dejaron ofendido.

Mas ya todo lo pierdes,

Y allí tus esperanzas se perdieron:  
 Porque, si de hojas verdes  
 Las plantas se vistieron,  
 Los hombres nunca son lo que antes fueron.

Podrás, hermosa Lidia,  
 Que de tus gustos es remedio en parte,  
 De Circe, y de Canidia  
 Si quieres enseñarte,  
 Cobrar la fama y aprender el arte.\*

Y ya que la hermosura  
 No tiene, aquí poder, cuya violencia  
 Volvió de piedra dura  
 Tanta mortal presencia,  
 Lo que hizo la hermosura hará la ciencia.

Que ya los que penamos  
 Por esos ojos, que ninguno crea,  
 Con risa nos vengamos  
 De la sierpe Lerneá,  
 Que Hércules mató, y el tiempo afea.

## IV.

La verde primavera  
 De mis floridos años  
 Pasé cautivo, Amor, en tus prisiones,  
 Y en la cadena fiera  
 Cantando mis engaños,  
 Lloré con mi razón tus sinrazones;  
 Amargas confusiones.  
 Del tiempo que ha tenido  
 Ciega mi alma y loco mi sentido.

Mas ya que el fiero yugo

Que la cerviz domaba  
Desata el desengaño con tu afrenta;  
Y al mismo sol enjugo,  
Que un tiempo me abrasaba,  
La ropa que saqué de la tormenta;  
Con voz libre y exenta  
Al desengaño santo  
Consagro altares y alabanzas canto.

Cuanto contento encierra  
Contar su herida el sano,  
Y en la patria su cárcel el cautivo,  
Entre la paz la guerra,  
Y el libre del tirano,  
Tanto en cantar mi libertad recibo.  
¡O mar! ¡o fuego vivo!  
Que fuiste al alma mia  
Herida, cárcel, guerra, tiranía.

Quédate, falso amigo,  
Para engañar aquellos  
Que siempre estan contentos y quejosos;  
Que desde aquí maldigo  
Los mismos ojos bellos,  
Y aquellos lazos dulces y amorosos,  
Que un tiempo tan hermosos  
Tuvieron, aunque injusto,  
Asida el alma y engañado el gusto.

Quede por las cortezas  
De aquestos verdes árboles,  
Ingrata fiera, con mi fe tu nombre;  
Imprima en las durezas  
De aquestos blancos mármoles  
Mi ejemplo Amor que á todo el mundo asombre:

Y sépase que un hombre,  
Tan ciego y tan perdido,  
Su vida escribe y llora arrepentido.

## H I M N O.

*Al Amor.*

Amor poderoso en cielo y en tierra,  
Dulcísima guerra de nuestros sentidos,  
¡O cuantos perdidos con vida inquieta  
Tu imperio sujetal  
Con vanos deleites y locos empleos,  
Ardientes deseos y helados temores,  
Alegres dolores y dulces engaños  
Usurpas los años.  
Tirano violento de tiernas edades,  
El bien persuades y al mal precipitas,  
El fin solícitas del mismo á quien quieres:  
¡Tan bárbaro eres!  
Huid sus engaños, haced resistencia  
A tanta violencia, ¡o locos amantes!  
Que son semejantes al aspid en flores  
Sus vanos favores.  
Templa las flechas en agua de olvido,  
Amor bien nacido, de iguales extremos,  
Porque cantemos tus loores divinos  
En sáficos himnos.

## E S T A N C I A S.

Riberas del humilde Manzanares  
Apacentaba una pastora hermosa,

Que trasladada del famoso Henares  
Honra su corriente sonora:  
Donde con voces tiernas y dispares  
Se queja Filomena lastimosa,  
Hay una fuente cristalina y fría  
En cuyo espejo el sol comienza el día.

Tirano de su gusto y hermosura  
Un rústico pastor era su dueño,  
Que toda la aspereza y espesura  
Del bosque inculto retrató en su ceño:  
Al rayo de su luz hermosa y pura  
Desvelado Lisardo pierde el sueño,  
Celebrando su nombre en versos graves,  
Como al salir del sol cantan las aves.

¡O mas hermosa pastorcilla mia,  
Que entre claveles cándida azucena  
Abre las hojas al nacer el día,  
De granos de oro y de cristales llena!  
¿Que fuerza, que rigor, que tiranía  
A tanta desventura te condena?  
Mas ¿cuando á tantas gracias importuna  
No fué madrastra la cruel fortuna?

¿Visteis por dicha, ninfas, la belleza  
En este valle de sus verdes cielos,  
Si aquel alma de roble y su aspereza  
Esta licencia permitió á sus celos?  
Aquí vimos, responden, su tristeza  
Murmurada de tantos arroyuelos,  
Que á las aguas, las plantas y las flores  
Dió vida, dió esperanzas, dió colores.

En esta fuente, cuya margen pisa  
Tal vez con breve estampa el pie de nieve,



En la del agua retrató su risa  
Y con sus rosas su hermosura bebe:  
Tuviera el valle nueva flor Narcisa,  
Pues á mirarse Fílida se atreve:  
Pero turbó el cristal llorando enojos  
El claro aljofar de sus verdes ojos.

No pudiendo Lisardo resistirse  
A tanto amor, y por ventura amado,  
Con dulces ansias intentó morirse  
Sobre las yerbas del florido prado:  
Que imaginando un angel consumirse,  
Que debiera vivir bien empleado  
Por lo menos gozándola un discreto,  
Su desesperacion puso en efeto.

Las ninfas y pastores que le oyeron,  
Viendo que su pastor se les moria,  
Bajaron á llorarle, y le cubrieron  
De cuantas flores en el prado habia;  
Y en el papel de un álamo escribieron  
Para memoria de aquel triste dia:  
«Ninfas de Manzanares y pastores,  
Ya no hay Amor, que aquí murió de amores.»

Oyó las quejas la serrana hermosa,  
Y llegando al lugar á donde estaba,  
Al frio labio le aplicó la rosa,  
Que los divinos suyos animaba;  
Y fué aquella virtud tan poderosa,  
Que le dió vida al tiempo que espiraba,  
Y desde entonces ninfas y pastores  
A desmayos de amor aplican flores.

## ROMANCES.

## I.

**E**n frente de la cabaña  
De la divina Amarilis,  
Pastora de tiernos años,  
Y de pensamientos libres:  
Mas gallarda y mas hermosa  
Que el alba cuando se rie,  
Y que las perlas que llora  
Sobre rosas y jazmines:  
Mas que el sol recién nacido  
Entre dorados matices,  
Mas que la diosa á quien llevan  
Las palomas ó los cisnes:  
Estaba Fabio, un pastor  
Que por ella muere y vive,  
Generoso para todos,  
Para Amarilis humilde.  
Altivo de pensamientos,  
Que le fuerzan que al sol mire,  
Y encogido de esperanzas  
Que las alas le derriten.  
Adorando está las rejas,  
De aquellos rayos eclipse:  
Que como están entre yerbas,  
No la luz, la fuerza impiden.  
No hay pintada mariposa  
Que mas á la luz se incline  
Dando tornos á su fuego

Que Fabio á su cielo asiste.  
Váse perdido el ganado  
Entre las zarzas y mimbres,  
Porque él piensa que lo está,  
Como la contemple y mire.  
No sabe cuando anochece,  
Aunque el sol se ponga y quite:  
Que solo tiene por día  
Cuando amanece Amarilis.  
Allí los pasa elevado:  
Que como en ella imagine,  
No hay interes que le mueva,  
Ni cuidados que le obliguen.  
No le sirven sus pastores,  
Despues que á Amarilis sirve:  
Que no piensan que aquel cuerpo  
Alma tiene que le anime.  
Mira los álamos blancos  
Abrazados de las vides,  
Porque la desconfianza  
No hay estado que no envidie;  
Y dando entre tierno llanto  
Suspiros del alma, dice:  
¡Ay! ¡que así está mi pastora  
Entre los brazos de Tirse!  
Torna á llorar con mas fuerza,  
Y la ribera repite:  
Tirse, Amarilis y Fabio;  
Tirse alegre, Fabio triste.  
Humilde soy para tí,  
El tierno pastor prosigue:  
Pero si es riqueza el alma,

Pastora, el alma me pide.  
Tú eres perlas, tú eres oro,  
Tú diamantes, tú rubíes;  
Quien no te sirve con alma,  
Mas te ofende que te sirve.  
Yo, mientras rijo este cuerpo,  
Si no eres tú quien le rije,  
Alma te doy, si eres cielo,  
Razon es que el alma estimes.  
Dijo, y en un olmo verde  
Estas palabras escribe:  
*Cuanto es Amarilis bella,*  
*Es Fabio en amarla firme.*

## II.

En una peña sentado,  
Que el mar con soberbia furia  
Convertir pensaba en agua  
Y la descubrió mas dura,  
Fabio miraba en las olas  
Como la playa les hurta  
A los que vienen la plata,  
Y á las que se van la espuma.  
Contemplando está las penas  
De amor y de olvido juntas,  
El olvido en las que mueren,  
Y el amor en las que duran.  
Verdades de largo amor  
No hay olvido que las cubra,  
Ni diligencias humanas  
A desdeñosas injurias.

En vano ruegos humildes  
Las deidades importunan,  
Porque se rien los cielos  
De los amantes que juran.  
Desea amor olvidar,  
Y no quiere que se cumpla,  
Porque nunca está mas firme,  
Que pensando que se muda.  
Naturaleza se alabe  
De discretas hermosuras;  
Pero cuando son tiranas,  
No se alabe de ninguna.  
Tomó Fabio su instrumento,  
Y dijo á las peñas mudas  
Sus locuras en sus cuerdas,  
Porque pareciesen suyas.

## III.

A mis soledades voy,  
De mis soledades vengo,  
Porque para andar conmigo  
Me bastan mis pensamientos.  
No sé que tiene el aldea,  
Donde vivo y donde muero,  
Que con venir de mí mismo  
No puedo venir mas lejos.  
Ni estoy bien, ni mal conmigo;  
Mas dice mi entendimiento  
Que un hombre que todo es alma  
Está cautivo en su cuerpo.  
Entiendo lo que me basta,

Y solamente no entiendo  
Como se sufre á sí mismo  
Un ignorante soberbio.  
De cuantas cosas me cansan,  
Facilmente me defiando;  
Pero no puedo guardarme  
De los peligros de un necio.  
Él dirá que yo lo soy,  
Pero con falso argumento:  
Que humildad y necedad  
No caben en un sugeto.  
La diferencia conozco,  
Porque en él y en mi contemplo,  
Su locura en su arrogancia,  
Mi humildad en su desprecio.  
Ó sabe naturaleza  
Mas que supo en este tiempo;  
Ó tantos que nacen sabios,  
Es porque lo dicen ellos.  
Solo sé que no sé nada,  
Dijo un filósofo, haciendo  
La cuenta con su humildad,  
A donde lo mas es menos.  
No me precio de entendido,  
De desdichado me precio:  
Que los que no son dichosos,  
¿Como pueden ser discretos?  
No puede durar el mundo,  
Porque dicen, y lo creo,  
Que suena á vidrio quebrado  
Y que ha de romperse presto.  
Señales son del juicio

Ver que todos le perdemos,  
Unos por carta de mas,  
Otros por carta de menos.  
Dijeron que antiguamente  
Se fué la verdad al cielo:  
Tal la pusieron los hombres,  
Que desde entonces no ha vuelto.  
En dos edades vivimos  
Los propios y los agenos,  
La de plata los extraños,  
Y la de cobre los nuestros.  
¿A quien no dará cuidado,  
Si es español verdadero,  
Ver los hombres á lo antiguo  
Y el valor á lo moderno?  
Dijo Dios que comeria  
Su pan el hombre primero  
Con el sudor de su cara  
Por quebrar su mandamiento:  
Y algunos inobedientes  
A la vergüenza y al miedo,  
Con las prendas de su honor  
Han trocado los efectos.  
Virtud y filosofía  
Peregrinan como ciegos:  
El uno se lleva al otro,  
Llorando van y pidiendo.  
Dos polos tiene la tierra,  
Universal movimiento,  
La mejor vida el favor,  
La mejor sangre el dinero.  
Oigo tañer las campanas,

Y no me espanto, aunque puedo,  
Que en lugar de tantas cruces  
Haya tantos hombres muertos.  
Mirando estoy los sepulcros,  
Cuyos mármoles eternos  
Estan diciendo sin lengua  
Que no lo fueron sus dueños.  
¡O bien haya quien los hizo!  
Porque solamente en ellos  
De los poderosos grandes  
Se vengaron los pequeños.  
Fea pintan á la Envidia:  
Yo confieso que la tengo  
De unos hombres que no saben  
Quien vive pared en medio.  
Sin libros y sin papeles,  
Sin tratos, cuentas ni cuentos,  
Cuando quieren escribir,  
Piden prestado el tintero.  
Sin ser pobres, ni ser ricos,  
Tienen chimenea y huerto:  
No los despiertan cuidados,  
Ni pretensiones, ni pleitos.  
Ni murmuraron del grande,  
Ni ofendieron al pequeño,  
Nunca como yo firmaron,  
Parabien, ni pascuas dieron.  
Con esta envidia que digo,  
Y lo que paso en silencio,  
A mis soledades voy,  
De mis soledades vengo.



## O D A S.

*A la Barquilla.*

## I.

**P**obre barquilla mia,  
Entre peñascos rota,  
Sin velas desvelada,  
Y entre las olas sola;  
¿A donde vas perdida?  
¿A donde, dí, te engolfas?  
Que no hay deseos cuerdos  
Con esperanzas locas.  
Como las altas naves  
Te apartas animosa  
De la vecina tierra,  
Y al fiero mar te arrojas.  
Igual en las fortunas,  
Mayor en las congojas,  
Pequeña en las defensas,  
Incitas á las ondas.  
Advierte que te llevan  
A dar entre las rocas  
De la soberbia envidia,  
Naufragio de las honras.  
Cuando por las riberas  
Andabas costa á costa,  
Nunca del mar temiste  
Las iras procelosas,  
Segura navegabas:

Que por la tierra propia  
Nunca el peligro es mucho  
A donde el agua es poca.  
Verdad es que en la patria  
No es la virtud dichosa;  
Ni se estimó la perla,  
Hasta dejar la concha.  
Dirás que muchas barcas,  
Con el favor en popa,  
Saliendo desdichadas  
Volvieron venturosas.  
No mires los ejemplos  
De las que van y tornan:  
Que á muchas ha perdido  
La dicha de las otras.  
Para los altos mares  
No llevas cautelosa  
Ni velas de mentiras,  
Ni remos de lisonjas.  
¿Quien te engañó, barquilla?  
Vuelve, vuelve la proa;  
Que presumir de nave  
Fortunas ocasiona.  
¿Que jarcias te entretejen?  
¿Que ricas banderolas  
Azote son del viento,  
Y de las aguas sombra?  
¿En que gavia descubres  
Del árbol alta copa,  
La tierra en perspectiva,  
Del mar incultas orlas?  
¿En que celages fundas,

Que es bien echar la sonda,  
Cuando perdido el rumbo  
Erraste la derrota?  
Si te sepulta arena,  
¿Que sirve fama heroica?  
Que nunca desdichados  
Sus pensamientos logran.  
¿Que importa que te ciñan  
Ramas verdes ó rojas,  
Que en selvas de corales  
Salado cespéd brota?  
Laureles de la orilla  
Solamente coronan  
Navíos de alto bordo,  
Que jarcias de oro adornan.  
No quieras que yo sea,  
Por tu soberbia pompa,  
Faetonte de barqueros,  
Que los laureles lloran.  
Pasaron ya los tiempos,  
Cuando lamiendo rosas  
El Zéfiro bullía  
Y suspiraba aromas.  
Ya fieros huracanes  
Tan arrogantes soplan,  
Que salpicando estrellas,  
Del sol la frente mojan.  
Ya los valientes rayos,  
De la vulcana forja,  
En vez de torres altas  
Abrasan pobres chozas.  
Contenta con tus redes

A la playa arenosa  
Mojado me sacabas;  
Pero vivo : ¿ que importa?  
Cuando de rojo nacar  
Se afeitaba la Aurora,  
Mas peces te llenaban,  
Que ella lloraba aljofar.  
Al bello sol que adoro,  
Enjuta ya la ropa  
Nos daba una cabaña  
La cama de sus hojas.  
Esposo me llamaba,  
Yo la llamaba esposa;  
Parándose de envidia  
La celestial antorcha.  
Sin pleito , sin disgusto,  
La muerte nos divorcia:  
¡Ay de la pobre barca,  
Que en lágrimas se ahoga!  
Quedad sobre el arena,  
Inútiles escotas,  
Que no ha menester velas  
Quien á su bien no torna.  
Si con eternas plantas  
Las fijas luces doras,  
¡O dueño de mi barca!  
Y en dulce paz reposas,  
Merezca que le pidas  
Al bien que eterno gozas,  
Que á donde estás me lleve  
Mas pura y mas hermosa.  
Mi honesto amor te obligue:

Que no es digna victoria  
Para quejas humanas  
Ser las deidades sordas.  
¡Mas ay que no me escuchas!  
Pero la vida es corta,  
Viviendo todo falta,  
Muriendo todo sobra.

## II.

Para que no te vayas,  
Pobre barquilla , á pique,  
Lastremos de desdichas  
Tu fundamento triste.  
¿Pero tan grave peso  
Como podrás sufrirle?  
Si fuera de esperanzas,  
No fuera tan difícil.  
De viento fueron todas,  
Para que no te fies  
De grandes Oceános,  
Que las bonanzas fingen.  
Halagan las orillas  
Con ondas apacibles,  
Peinando las arenas  
Con círculos sutiles.  
Serenas de semblante  
Engañan los esquifes,  
Jugando con los remos,  
Porque no los avisen.  
Pero en llegando al golfo,  
No hay monte que se empine

Al cielo mas gigante,  
A donde tanto gimen.  
Traidoras son las aguas:  
Ninguna se confie  
De condicion tan fácil,  
Que á todos vientos sirve.  
Tan presto ver el cielo  
A las gavias permite,  
Como que los abismos  
Las rotas quillas pisen.  
Ya, pobre leño mio,  
Que tantos años fuiste  
Desprecio de las ondas,  
Por Scilas y Caribdes;  
Es justo que descanses,  
Y en este tronco firme  
Atado como loco  
Del agua te retires.  
No intentes nuevas tablas,  
Ni al viento desafies:  
Que rüinas del tiempo  
Ninguna enmienda admiten.  
Mientras te cuelgo al templo,  
Victorioso apercibe  
Para injustos agravios  
Paciencias invencibles.  
En la deshecha popa  
Desengañado escribe:  
Ninguna fuerza humana  
Al tiempo se resiste.  
No te anuncien las aves  
Tempestades terribles,

Ni el ver que entre las ramas  
Airado el viento silbe.  
No admires los que salen,  
Ni barco nuevo envidies,  
Porque le adornen jarcias  
Y velas le entapicen.  
A climas diferentes  
La herrada proa inclinen  
Las poderosas naves  
De Césares Felipes:  
Antárticos tesoros  
Alegres soliciten,  
Diamantes orientales,  
Zafiros y amatistes:  
Las armas de las popas  
Con generosos timbres  
Los montes de agua espanten,  
La tierra opuesta admiren;  
Y tú, de solo el cielo  
Cubierta, no porfies  
A volver á las ondas  
De quien saliste libre.  
Huye abrasadas Troyas,  
Siendo al furor de Aquiles  
Eneas el silencio,  
Y la virtud Anquises.  
Cuando tu dueño y mío  
En esta orilla viste,  
Saliendo de las aguas,  
Salir á recibirme,  
Aun no mostraba el alba  
Sus cándidos perfiles

Riendo en azucenas,  
Llorando en alelías.  
Cuando á buscar regalos  
Eras pomposo cisne  
Por las ocultas sendas  
Del reino de Anfitrite;  
Ni temías tormentas,  
Ni encantadoras Circes:  
Que ya para sirenas  
Era mi amor Ulises.  
Y aun me vieron á veces  
Sus cristalinas sirtes  
Búzano de las perlas,  
Y de los peces lince.  
¿Que pesca no le truje,  
Cuando la noche viste  
De sombras estos montes,  
Que con mi amor compiten?  
Y no en luciente plata,  
Sino en tejidas mimbres:  
Que donde vienen almas  
Son las riquezas viles.  
No hay cosa entre dos pechos  
Que mas el alma estime,  
Que verdades discretas  
En apariencias simples.  
Ya la temida parca,  
Que con igual pie mide  
Los edificios altos,  
Y las chozas humildes,  
Se la robó á la tierra,  
Y con eterno eclipse



Cubrió sus verdes ojos,  
Ya de los cielos Iris.  
Aquellas esmeraldas,  
Que con el sol dividen  
La luz y la hermosura,  
En otro cielo asisten:  
Aquellós que tuvieron,  
Riéndose apacibles,  
La honestidad por alma,  
Que no el despejo libre.  
Ya de su voz no tienen,  
Que propiamente imiten  
Dulcísimos pasages,  
Los ruiñeñores tiples.  
No sé cuál fue de entrambos,  
Bellísima Amarilis,  
Ni quien murió primero,  
Ni quien agora vive.  
Presumo que trocamos  
Las almas al partirte:  
Que pienso que es la tuya  
Esta que en mí reside.  
Tendido en esta arena  
Con lágrimas repite  
Mi voz tu dulce nombre,  
Porque mi pena alivie.  
Las ondas me acompañan;  
Que en los opuestos fines  
Con tristes ecos suenan,  
Y lo que digo dicen.  
No hay roca tan soberbia  
Que de verme y oirme,

No se deshaga en agua,  
Se rompa y se lastime.  
Levantán las cabezas  
Las focas y delfines  
A las amargas voces  
De mis acentos tristes,  
No os admireis, les digo,  
Que llore y que suspire.  
Aquel barquero pobre  
Que alegre conocisteis.  
Aquel que coronaban  
Laureles por insigne,  
Si no miente la fama  
Que á los estudios sigue,  
Ya por desdichas tantas  
Que le humillan y oprimen,  
De lúgubres cipreses  
La humilde frente ciñe.  
Ya todo el bien que tuvo  
De verle me despide:  
Su muerte es esta vida,  
Que me gobierna y rige.  
Ya mi amado instrumento,  
Que hazañas invencibles  
Cantó por admirables,  
Lloró por infelices,  
En estos verdes sauces  
Ayer pedazos hice;  
Supieronlo barqueros,  
Enojados me riñen.  
Cual toma los fragmentos  
Y á unirlos se apercibe;

Pero difunto el dueño,  
¿Las cuerdas de que sirven?  
Cual le compone versos:  
Cual porque no le pisen  
Le cuelga de las ramas,  
Transformacion de Tisbe.  
Mas yo, que no hallo engaño  
Que tu hermosura olvide,  
A cuanto me dijeron  
Llorando satisface.  
Primero que me alegre  
Será posible unirse  
Este mar al de Italia  
Y el Tajo con el Tibre.  
Con los corderos mansos  
Retrozarán los tigres,  
Y faltará á la ciencia  
La envidia que la sigue.  
Que quiero yo que el alma  
Llorando se destile,  
Hasta que con la suya  
Esta unidad duplique.  
Que puesto que mi llanto  
Hasta morir porfie,  
Tan dulces pensamientos  
Serán despues fenices.  
En bronce sus memorias  
Con eternos buriles  
Amor, que no con plomo  
Blando papel imprime.  
¡O luz que me dejaste,  
Cuando será posible

Que vuelva á verte el alma,  
Y que esta vida animes!  
Mis soledades siente;  
¡Mas ay! que donde vives  
De mis deseos locos  
En dulce paz te ríes.

## III.

¡Ay soledades tristes  
De mi querida prenda,  
Donde me escuchan solas  
Las ondas y las fieras!  
Las unas que espumosas  
Nieve en las peñas siembran,  
Porque parezcan blandas  
Con mi dolor las peñas:  
Las otras que bramando  
Ya tiemblan la fiereza,  
Y en sus entrañas hallan  
El eco de mis quejas.  
¿Como sin alma vivo  
En esta seca arena?  
¿Ó como espero el día  
Si está mi aurora muerta?  
¿Ó pediré llorando  
La noche de su ausencia,  
Que pues ya viven juntas,  
Entrambas amanezcan?  
Pero saldrán las tuyas,  
Y no saldrá mi estrella:  
Que aunque de noche salen,

Padece noche eterna.  
Alma Venus divina,  
Que día y noche muestras  
La senda del Aurora,  
Y del mayor planeta,  
Por esta noche sola  
Le da la presidencia;  
Pues sabes que te iguala  
Su luz y su pureza.  
Cubra funesto luto,  
Barquilla pobre y yerma,  
De la proa á la popa  
Tus jarcias y tus velas.  
No ya cendal te vista,  
Ni te coronen fiestas  
Marítimos hinojos,  
Mas venenosa adelfa.  
Las juncias y espadañas,  
Que de aquestas riberas  
Con sus dorados lirios  
Tejidas orlas eran,  
Y los laureles verdes  
Secos tarayes sean:  
Lo inútil de sus hojas  
Mis esperanzas tengan.  
Y rómpaste de suerte,  
Que parezcas deshecha  
Cabaña despreciada,  
Que los pastores dejen.  
No ya por la mesana  
Tus flámulas parezcan  
Sierpes de seda al viento,

De tafetan cometas.  
No de alegres colores,  
Sino de sombras negras,  
Las palas de tus remos  
Las ondas encanezcan.  
No las desnudas ninfas,  
Cuando la vela tiendas,  
A la embreada quilla  
Arrimen las cabezas.  
Deshechos huracanes  
Te saquen y te vuelvan;  
Pues ya la mar de España  
Les concedió licencia.  
Vosotros, ¡o barqueros!  
Que en aquestas aldeas  
Dejais vuestras esposas  
Hermosas y discretas,  
Si obligan amistades  
A mis tristes endechas,  
En tanto que las olas  
Por estas rocas trepan;  
Pues viven retiradas  
Las barcas y las pescas,  
Ayudad con suspiros  
Mis lastimosas quejas.  
El que á la mar saliere,  
Para que presto vuelva,  
Embárquese en mis ojos,  
Y le tendrá mas cerca.  
El que estuviere alegre,  
Ni venga, ni me vea:  
Que volverá de verme

Con inmortal tristeza.  
Cortad cipres funesto,  
Y acompañad mi pena  
Con versos infelices  
De miserables elégias.  
Y el que mejores rimas  
Hiciere á las exequias  
De mi querida esposa,  
Tal premio se prometa.  
Aquí tengo dos vasos  
Donde esculpidas tenga  
La desdeñosa Dafne,  
Y la amorosa Leda;  
Aquella verde lauro,  
Y con las plumas ésta  
Del cisne, por quien Troya  
Llamó su fuego á Elena:  
Y dos redes tan juntas,  
Que si sus nudos cuenta,  
Podrá suspiros míos,  
Y yo del mar la arena.  
Sacarán las nayádes,  
Las dríadas y oreas,  
Aquellas de las ondas,  
Las otras de las selvas,  
Las frentes que coronan  
Corales y verbenas,  
Para que doble el llanto  
Tan mísera tragedia.  
Ya es muerta, decid todos,  
Ya cubre poca tierra  
La divina Amarilis,

Honor y gloria nuestra.  
Aquella cuyos ojos  
Verdés, de amor centellas,  
Músicos celestiales  
Orfeos de almas eran:  
Cuyas hermosas niñas  
Tenian, como reinas,  
Doseles de su frente,  
Con armas de sus cejas.  
Aquellas cuya boca  
Daba lección risueña  
Al mar de hacer corales,  
Al alba de hacer perlas.  
Aquella que no dijo  
Palabras extrangeras  
De la virtud humilde  
Y la verdad honesta.  
Aquella cuyas manos,  
De vivo azar compuestas,  
Eran nieve en blancura,  
Cristal en trasparenca:  
Cuyos pies parecían  
Dos ramos de azucenas,  
Si para ser mas lindas  
Nacieran tan pequeñas.  
La que en la voz divina  
Desafió sirenas,  
Para quien nunca Ulises  
Pudiera hallar cautela.  
La que añadió al Parnaso  
La musa mas perfecta,  
La virtud y el ingenio,



La gracia y la belleza.  
Matóla su hermosura,  
Porque ya no pudiera  
La envidia oír su fama,  
Ni ver su gentileza.  
Venid á consolarme,  
Si puede ser que sea;  
Mas no vengais, barqueros,  
Que no quiero perderla.  
Que si mi vida dura,  
Es solo porque sienta  
Mas muerte con la vida,  
Mas vida, que sin ella.  
Ya roto el instrumento,  
Los lazos y las cuerdas,  
Lo que la voz solía,  
Las lágrimas celebran.  
Su dulce nombre llamo;  
Mas poco me aprovecha:  
Que el eco que me burla,  
Con mis acentos suena.  
Mi propia voz me engaña,  
Y como voy tras ella,  
Cuanto la sigo y llamo,  
Tanto de mí se aleja.  
En este dulce engaño,  
Pensando que me espera,  
Salen del alma sombras  
A fabricar ideas.  
Delante se me ponen,  
Y yo con ansia extrema  
Lo que imagino abrazo,

Por ver si efecto engendra.  
Pero en desdicha tanta,  
Y en tanta diferencia,  
Los brazos que engañaba  
Desengañados quedan.  
¡Que alegre respondia  
Dividiendo risueña  
Aquel clavel honesto  
En dos esferas medias!  
Y yo, su esposo triste,  
Al desatar la lengua,  
Cogia de sus hojas  
La risa con las perlas.  
Mas ya no me responde  
Mi dulce amada prenda:  
Que en el silencio eterno  
A nadie dan respuesta.  
De suerte sus memorias  
En soledad me dejan,  
Que busco sus estampas  
Por esta arena seca.  
Y donde tantas miro,  
(¡Que locura tan nueva!)  
Escojo las menores,  
Y digo que son ellas.  
No hay arbol donde tuvo  
Alguna vez la siesta,  
Que no le abrace, y pida  
La sombra que me niega:  
Y entre estas soledades,  
Con ansias tan estrechas,  
No miro su retrato,

Y muérome por verla.  
Que no pueden los ojos  
Sufrir que muerta sea  
La que tan lindo talle  
Pintada representa.  
Lo que deseo huyo,  
Porque de ver me pesa  
Que dure mas el arte  
Que la naturaleza.  
Sin esto, porque creo,  
(Como me mira atenta)  
Que pues que no me habla  
No debe de ser ella.  
Pintóla Francelise:  
De las paredes cuelga  
De mi cabaña pobre:  
¡Mas que mayor riqueza!  
Si alguna vez acaso  
Levanto el rostro á verla,  
Las lágrimas la miran,  
Porque los ojos ciegan.  
Mas no podrá quejarse  
De que otra cosa vean,  
Aunque mirase flores,  
Sin parecerme feas.  
Tan triste vida paso,  
Que todo me atormenta:  
La muerte porque huye,  
La vida porque espera.  
Cuando barqueros miro,  
Cuyas esposas muertas,  
Que tanto amaron vivas,

Olvidan y se alegran,  
Huyo de hablar con ellos,  
Por no pensar que puedan  
Hacer en mí los tiempos  
A su memoria ofensa.  
Porque, si alguna cosa  
Aun suya, me consuela,  
Ya pienso que la agravio,  
Y dejo de tenerla.  
Así lloraba Fabio  
Del mar en las riberas  
La vida de Amarilis,  
La muerte de su ausencia;  
Cuando atajaron juntas  
Con desmayada fuerza  
El corazón las ansias,  
Las lágrimas la lengua.  
Amor que le escuchaba,  
Dijo: La edad es esta.  
De Píramo y Leandro,  
De Porcia, Julia y Fedra:  
Que no son de estos siglos  
Amores tan de veras,  
Que ni el morir los cura,  
Ni el tiempo los remedia.

## SONETOS.

## I.

**A**rdese Troya, y sube el humo oscuro  
 Al enemigo cielo, y entretanto  
 Alegre Juno mira el fuego y llanto;  
 ¡Venganza de muger, castigo duro!  
 El vulgo, aun en los templos, mal seguro,  
 Huye cubierto de amarillo espanto:  
 Corre cuajada sangre el turbio Janto  
 Y viene á tierra el levantado muro,  
 Crece el incendio propio al fuego extraño,  
 Las empinadas máquinas cayendo,  
 De que se ven ruínas y pedazos: , , ,  
 Y la dura ocasion de tanto daño,  
 Mientras vencido París muere ardiendo,  
 Del griego vencedor duerme en los brazos.

## II.

Tened piedad de mí que muero ausente,  
 Hermosas ninfas de este blando rio;  
 Que bien os lo merece el llanto mio  
 Con que suelo aumentar vuestra corriente,  
 Saca la coronada y blanca frente,  
 Tormes famoso, á ver mi desvarío;  
 Así jamas te mengüe el seco estío,  
 Y esta montaña tu cristal aumente.  
 ¿Mas que importa que el llanto me recibas,  
 Si no vas á morir al Tajo, donde  
 II. 27

Mis penas pueda ver la causa dellas?  
Tus ninfas en tus ondas fugitivas,  
Y tu cabeza coronada esconde;  
Que basta que me escuchen las estrellas.

## I I I.

*Judit.*

Cuelga sangriento de la cama al suelo  
El hombro diestro del feroz tirano,  
Que, opuesto al muro de Betulia, en vano  
Despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ansia el rojo velo  
Del pabellon á la siniestra mano,  
Descubre el espectáculo inhumano  
Del tronco horrible convertido en hielo.

Vertido Baco el fuerte arnes afea,  
Los vasos y la mesa derribada,  
Duermen las guardas que tan mal emplea;  
Y sobre la muralla coronada  
Del pueblo de Israel, la casta Hebrea  
Con la cabeza resplandece armada.

## I V.

Con nuevos lazos como el mismo Apolo  
Hallé en cabello á mi Lucinda un dia,  
Tan hermosa que al cielo parecia  
En la risa del alba abriendo el polo.

Vino un aire sutil y desatólo  
Con blando golpe por la frente mia,

Y dije á Amor, ¿que para qué tenia  
Mil cuerdas juntas para un arco solo?

Pero él responde : fugitivo mio,  
Que burlaste mis lazos , hoy aguardo  
De nuevo echar prision á tu albedrio.

Yo triste , que por ella muero y ardo,  
La red quise romper : ¡ que desvarío!  
Pues mas me enredo cuanto mas me guardo.

## V.

*A la pérdida del rey don Sebastian*

¡O nunca fueras , África desierta,  
En medio de los trópicos fundada,  
Ni por el fértil Nilo coronada  
Te viera el alba cuando el sol despierta!

¡Nunca tu arena inculta descubierta  
Se viera de cristiana planta honrada,  
Ni abriera en tí la portuguesa espada  
A tantos males tan sangrienta puerta!

Perdióse en tí de la mayor nobleza  
De Lusitania una florida parte,  
Perdióse su corona y su riqueza:

Pues tú, que no mirabas su estandarte,  
Sobre él los pies , levantas la cabeza  
Ceñida en torno del laurel de Marte.

## VI.

· Cuando pensé que mi tormento esquivo  
Hiciera fin , comienza mi tormento,

Y allí donde pensé tener contento,  
Allí sin él desesperado vivo.

Donde enviaba por el verde olivo  
Me trujo sangre el triste pensamiento:  
Los bienes que pensé gozar de asiento  
Huyeron mas que el aire fugitivo.

¡Cuitado yo! que la enemiga mia  
Ya de tibieza en hielo se deshace,  
Ya de mi fuego se consume y arde.

Yo he de morir, y ya se acerca el dia;  
Que el mal en mi salud su curso hace,  
Y cuando llega el bien es poco y tarde.

## V I I.

*Guzman el Bueno.*

Al tierno niño, al nuevo Isác cristiano  
En el arena de Tarifa mira  
El mejor padre con piadosa ira,  
La lealtad y el amor luchando en vano.

Alta la daga en la temida mano,  
Glorioso vence, intrépido la tira,  
Ciega el Sol, nace Roma, Amor suspira,  
Triunfa España, enmudece el africano.

Bajó la frente Italia, y de la suya  
Quitó á Torcato el lauro en oro y bronces,  
Porque ninguno ser Guzman presuma:

Y la fama, principio de la tuya,  
*Guzman el Bueno* escribe, siendo entonces  
La tinta sangre, y el cuchillo pluma.



## VIII.

Antes que el cierzo de la edad ligera  
Seque la rosa que en tus labios crece,  
Y el blanco de ese rostro que parece  
Cándidos grumos de lavada cera;

Estima la esmaltada primavera,  
Laura gentil, que en tu beldad florece:  
Que con el tiempo se ama y se aborrece,  
Y huirá de tí quien á tu puerta espera.

No te detengas en pensar que vives,  
¡O Laura! que en tocarte y componerte  
Se entrará la vejez sin que la llames.

Estima un medio honesto, y no te esquivas:  
Que no ha de amarte quien viniere á verte,  
Laura, cuando á tí misma te desames.

## IX.

Cual engañado niño, que contento  
Pintado pajarillo tiene atado,  
Y le deja, en la cuerda confiado,  
Tender las alas por el manso viento;

Y cuanto mas en esta gloria atento,  
Quebrándose el cordel quedó burlado,  
Siguiéndole en sus lágrimas bañado  
Con los ojos y el triste pensamiento;

Contigo he sido, Amor, que mi memoria  
Dejó llevar de pensamientos vanos  
Colgados de la fuerza de un cabello:

Llevóse el viento el pájaro y mi gloria;  
Y dejóme el cordel entre las manos  
Que habrá por fuerza de servirme al cuello.

## X.

Daba sustento á un pajarillo un dia  
Lucinda, y por los hierros del portillo  
Fuésele de la jaula el pajarillo  
Al libre viento en que vivir solia.

Con un suspiro á la ocasion tardía  
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,  
Dijo, y de sus mejillas amarillo  
Volvió el clavel que entre su nieve ardía:  
¿A donde vas por despreciar el nido  
Al peligro de ligas y de balas,  
Y el dueño huyes que tu pico adora?  
Oyóla el pajarillo enternecido,  
Y á la antigua prision volvió las alas:  
Que tanto puede una muger que llora.

## XI.

Suelta mi manso, mayoral extraño,  
Pues otro tienes tú de igual decoro:  
Suelta la prenda que en el alma adoro  
Perdida por tu bien y por mi daño.  
Ponle su esquila de labrado estaño,  
Y no le engañen tus collares de oro:  
Toma en albricias este blanco toro  
Que á las primeras yerbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellocino  
Pardo, encrespado, y los ojuelos tiene  
Como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas que no soy su dueño, Alcino.

Suelta y verásle si á mi choza viene:  
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

## XII.

Canta pájaro amante en la enramada  
Selva á su amor, que por el verde suelo  
No ha visto al cazador, que con desvelo  
Le está acechando la ballesta armada.

Tírale, yerra, vuela, y la turbada  
Voz en el pico convertida en hielo,  
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo  
Por no alejarse de la prenda amada.

Desta suerte el amor canta en el nido;  
Mas luego que los celos que recela  
Le tiran flechas de temor, de olvido,

Huye, teme, sospecha, inquiere, ceta,  
Y hasta que ve que el cazador es ido,  
De pensamiento en pensamiento vuela.

## XIII.

Esparcido el cabello por la espalda,  
Que fué del sol desprecio á maravilla,  
Silvia cogia por la verde orilla  
Del mar de Cádiz conchas en su falda.

El agua entre el hinojo de esmeralda  
Para que entrase mas su curso humilla:  
Tejió de mimbre una alta canastilla,  
Y púsola en su frente por guirnalda.

Mas cuando ya desamparó la playa,  
Mal haya, dijo, el agua, que tan poca

Con su sal me abrasó pies y vestidos.

Yo estaba cerca y respondí: mal haya  
La sal que tiene tu graciosa boca,  
Que así tiene abrasados mis sentidos.

## XIV.

Merezca yo de tus graciosos ojos,  
Que de los míos, dulce Tirsi, creas  
Aquestas puras lágrimas, y seas  
Templado en el rigor de tus enojos.

La arena y yerba en áspides y abrojos  
Se me conviertan, cuando tú me veas  
Mis plantas ocupar en obras feas,  
Ó por necesidad, ó por antojos.

Fálteme el bien, y el mal me venga junto,  
Si en el mudar mi firme pensamiento  
Engaño contra tí mi pecho fragua.

Esto juraba Alcida: Tirsi al punto  
Hizo de aquella fé testigo al viento,  
Y escribió las palabras en el agua.

## XV.

Un soneto me manda hacer Violante,  
Que en mi vida me he visto en tal aprieto:  
Catorce versos dicen que es soneto:  
Burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallára consonante,  
Y estoy á la mitad de otro cuarteto:  
Mas si me veo en el primer terceto  
No hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,  
Y aun parece que entré con pie derecho,  
Pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho  
Que estoy los trece versos acabando:  
Contad si son catorce, y está hecho.

## XVI.

Así en las olas de la mar feroces,  
Betis, mil siglos tu cristal escondas,  
Y otra tanta ciudad sobre tus ondas  
De mil navales edificios goces;

Así tus cuevas no interrumpan voces,  
Ni quillas toquen, ni permitan sondas,  
Y en tu campo tan fértil correspondas,  
Que rompa el trigo las agudas hoces;

Así en tu arena el indio márgen rinda,  
Y al avariento corazon descubras  
Mas barras que en tí mira el cielo estrellas;

Que si pusiere en tí sus pies, Lucinda,  
No, por besallos, sus estampas cubras:  
Que estoy celoso y voy leyendo en ellas.

## EPÍSTOLA.

Serrana hermosa, que de nieve helada  
Fueras, como parece en el efecto,  
Si amor no hallára en tu rigor posada;  
Del sol y de mi vista claro objeto,

Centro del alma que á tu gloria aspira,  
Y de mi verso altísimo sugeto;

Alba dichosa en que mi noche espira,  
Divino basilisco, lince hermoso,  
Nube de amor por quien sus nubes tira;

Salteadora gentil, monstruo amoroso,  
Salamandra de nieve y no de fuego,  
Para que viva con mayor reposo;

Hoy que á estos montes y á la muerte llego  
Donde vine sin tí, sin alma y vida,  
Te escribo, de llorar cansado y ciego.

Pero dirás que es pena merecida  
De quien pudo sufrir mirar tus ojos  
Con lágrimas de amor en la partida.

Advierte que eres alma en los despojos  
Desta parte mortal: que á ser la mia,  
Faltára en tantas lágrimas y enojos.

Que no viviera quien de tí partía,  
Ni ausente ahora, á no esforzarle tanto  
Las esperanzas de un alegre día.

Aquella noche en su mayor espanto  
Consideré la pena del perderte,  
La dura soledad creciendo el llanto;

Y llamando mil veces á la muerte,  
Otras tantas miré que me quitaba  
La dulce gloria de volver á verte.

A la ciudad famosa que dejaba  
La cabeza volví, que desde lejos  
Sus muros con sus fuegos me enseñaba:

Y dándome en los ojos los reflejos,  
Gran tiempo ácia la parte en que vivias  
Los tuvo amor suspensos y perplejos.

Y como imaginaba que tendrias  
De lágrimas los bellos ojos llenos,  
Pensándolas juntar crecí las mias.

Mas como los amigos de esto agenos  
Reparasen en ver que me paraba,  
En el mayor dolor fué el llanto menos.

Ya pues que el alma y la ciudad dejaba,  
Y no se oía del famoso rio

El claro son con que sus muros lava;

Adios, dije mil veces, dueño mio,  
Hasta que á verme en tu ribera vuelva,  
De quien tan tiernamente me desvío.

No suele el ruisenñor en verde selva,  
Llorar el nido de uno en otro ramo  
De florido arrayan y madreselva,

Con mas doliente voz que yo te llamo,  
Ausente de mis dulces pajarillos  
Por quien en llanto el corazon derramo.

Ni brama, si le quitan sus novillos,  
Con mas dolor la vaca, atravesando  
Los campos de agostados amarillos:

Ni con arrullo mas lloroso y blando,  
La tórtola se queja, prenda mia,  
Que yo me estoy de mi dolor quejando.

Lucinda, sin tu dulce compañía,  
Y sin las prendas de tu hermoso pecho,  
Todo es llorar desde la noche al dia:

Que con solo pensar que está deshecho  
Mi nido ausente, me atraviesa el alma,  
Dando mil ñudos á mi cuello estrecho.

Que con dolor de que le dejo en calma,  
Y el fruto de mi amor goza otro dueño,

Parece que he sembrado ingrata palma.

Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño  
En tres veces que el sol me vió tan triste,  
A la aspereza de un lugar pequeño,

A quien de murtas y peñascos viste  
Sierra Morena, que se pone en medio  
Del dichoso lugar en que naciste.

Allí me pareció que sin remedio  
Llegaba el fin de mi mortal camino,  
Habiendo apenas caminado el medio.

Y cuando ya mi pensamiento vino,  
Dejando atrás la sierra, á imaginarte,  
Creció con el dolor el desatino:

Que con pensar que estás de la otra parte,  
Me pareció que me quitó la sierra  
La dulce gloria de poder mirarte.

Bajé á los llanos de esta humilde tierra  
A donde me prendiste y cautivaste,  
Y yó fuí esclavo de tu dulce guerra.

No estaba el Tajo con el verde engaste  
De su florida márgen, cual solía  
Cuando con esos pies su orilla honraste:

Ni el agua clara á su pesar subía  
Por las sonoras ruedas, ni bajaba,  
Y en pedazos de plata se rompía.

Ni Filomena su dolor cantaba,  
Ni se enlazaba parra con espino,  
Ni yedra por los árboles trepaba:

Ni pastor extranjero, ni vecino  
Se coronaba del laurel ingrato  
Que algunos tienen por laurel divino.

Era su valle imagen y retrato



Del lugar que la corte desampara  
Del alma de su esplendido aparato.

Yo, como aquel que á contemplar se para  
Rüinas tristes de pasadas glorias,  
En agua de dolor bañé mi cara.

De tropel acudieron las memorias,  
Los asientos, los gustos, los favores:  
Que á veces los lugares son historias.

Y en mas de dos que yo te dije amores,  
Parece que escuchaba tus respuestas,  
Y que estaban allí las mismas flores.

Mas como en desventuras manifiestas  
Suele ser tan costoso el desengaño,  
Y sus veloces alas son tan prestas:

Vencido de la fuerza de mi daño,  
Caí desde mí mismo medio muerto,  
Y conmigo tambien mi dulce engaño.

Teniendo pues mi duro fin por cierto,  
Las ninfas de las aguas, los pastores  
Del soto, y los vaqueros del desierto,

Cubriéndome de yerbas y de flores  
Me lloraban diciendo: aquí fenece  
El hombre que mejor trató de amores:

Y puesto que Lucinda le merece,  
Que su vida consiste en su presencia,  
Él tambien con su muerte la engrandece.

Entonces yo, que haciendo resistencia,  
Estaba con tu luz al dolor mio,  
Abrí los ojos que cerró tu ausencia.

Luego, desamparando el valle frio  
Las ninfas bellas, con sus rubias frentes  
Rompiéron el cristal del manso rio:

Y en círculos de vidrio transparentes  
Las divididas aguas resonaron,  
Y en las peñas los ecos diferentes.

Los pastores también desampararon  
El muerto vivo, y en la tibia arena  
Por sombra de quien era me dejaron:

Yo solo, acompañado de mi pena,  
Volvime el alma, en el dolor quejoso,  
Que de pensar en tí la tuvo ajena.

Así ha llegado aquel pastor dichoso,  
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,  
Del Betis rico al Tajo caudaloso.

Este que miras es retrato suyo:  
Que así el esclavo que llorando pierdes  
A tus divinos ojos restituyo.

Ó ya me olvides, ó de mí te acuerdes,  
Si te olvidáre mientras tenga vida,  
Marchite amor mis esperanzas verdes.

Cosa que al cielo por mi bien le pida  
Jamás me cumpla, si otra cosa fuere  
De aquestos ojos donde estás querida:

En tanto que mi espíritu rigiere  
El cuerpo que tus brazos estimaron,  
Nadie los míos ocupar espere.

La memoria que en ellos me dejaron  
Es alcaide de aquella fortaleza  
Que tus hermosos ojos conquistaron.

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza,  
Y que es de acero el pensamiento mío  
Con las pastoras de mayor belleza.

Ya sabes el rigor de mi desvío  
Con Flora, que te tuvo tan celosa,

A cuyo fuego respondí tan frío.

Pues bien conoces tú que es Flora hermosa,  
Y que con serlo sin remedio vive  
Envidiosa de tí, de mí quejosa.

Bien sabes que habla bien, que bien escribe,  
Y que me solicita y me regala,  
Por mas desprecios que de mí recibe:

Mas yo que de tu pie, donaire y gala  
Estimo mas la cinta que desechas,  
Que todo el oro con que á Creso iguala;

Solo estimo tenerte sin sospechas:  
Que no ha nacido ahora quien desate  
De tanto amor lazadas tan estrechas,

Cuando de yerbas de Tesalia trate,  
Y discurriendo el monte de la luna  
Los espíritus ínfimos maltrate.

No hay fuerza en yerba, ni en palabra alguna  
Contra mi voluntad, que hizo el cielo  
Libre en adversa y próspera fortuna:

Tú sola mereciste mi desvelo,  
Y yo tambien, despues de larga historia,  
Con mi fuego de amor vencer tu hielo.

Viva con esto alegre tu memoria,  
Que como amar con celos es infierno,  
Amar sin ellos es descanso y gloria.

Que yo sin atender á mi gobierno,  
No he de apartarme de adorarte ausente,  
Si de tí lo estuviese un siglo eterno.

El sol mil veces discurriendo cuente  
Del cielo los dorados paralelos,  
Y de su blanca hermana el rostro aumente;  
Que los diamantes de sus puros velos,

Que vienen fijos en su octava esfera,  
No han de igualarme aunque me maten celos.

No habrá cosa jamas en la ribera  
En que no te contemplen estos ojos,  
Mientras ausente de los tuyos muera.

En el jazmin tus cándidos despojos,  
En la rosa encarnada tus mejillas,  
Tu bella boca en los claveles rojos:

Tu olor en las retamas amarillas,  
Y en maravillas, que mis cabras pacen,  
Contemplaré tambien tus maravillas.

Y cuando aquellos arroyuelos que hacen  
Templados á sus quejas consonancia  
Desde la tierra donde juntos nacen,

Dejando el sol la furia y arrogancia  
De dos tan encendidos animales,

Volviese el año á su primera estancia;

A pesar de sus fuentes naturales  
Del hielo arrebatadas sus corrientes  
Cuelgan por estas peñas sus cristales;

Contemplaré tus concertados dientes,  
Y á veces en carámbanos mayores  
Los dedos de tus manos transparentes.

Tu voz me acordarán los ruiñeños,  
Y de estas yedras, y olmos los abrazos  
Nuestros hermafroditicos amores.

Aquestos nidos de diversos lazos,  
Donde ahora se besan dos palomas,  
Por ver mis prendas burlarán mis brazos.

Tú, si mejor tus pensamientos domas,  
En tanto que yo quedo sin sentido,  
Dime el remedio de vivir que tomas.

Que aunque todas las aguas del olvido  
Bebiese yo , por imposible tengo  
Que me escapase de tu lazo asido,

Donde la vida á mas dolor prevengo.  
¡Triste de aquel que por estrellas ama,  
Si no soy yo porque á tus brazos vengo!

Donde si espero de mis versos fama,  
A tí lo debo: que tú sola puedes  
Dar á mi frente de laurel la rama,  
Donde muriendo vencedora quedas.

## EL SIGLO DE ORO.

SILVA MORAL

Fábrica de la inmensa arquitectura  
De este mundo inferior que el hombre imita;  
Pues como punto indivisible encierra  
De su circunferencia la hermosura.

.....

Y copiosa la tierra  
De cuanto en ella habita  
Con tantos peregrinos ornamentos,  
Llenos los tres primeros elementos:  
De peces, fieras y aves que vivian  
De toda ley esentos,  
Si bien al hombre en paz reconocian.

Aun no pálido el oro,  
Porque nadie buscaba su tesoro,  
Y el diamante tan bruto aunque brillante,  
Que mas era peñasco que diamante.

Los árboles sembrados de colores,  
Y los prados de flores,  
Buscando los arroyos sonoros  
En arenosas calles,  
Por las oblicuas señas de los valles,  
Los rios caudalosos:  
Y los soberbios rios,  
Entre bosques sombríos,  
Vestidos de cristales transparentes,  
Sin volver la cabeza á ver sus fuentes,  
Anhelando á Oceános,  
Perdiendo en él sus pensamientos vanos:  
Y sin temor alguno  
De verse el tridentífero Neptuno,  
Oprimido del peso de las naves;  
Abriendo sendas por sus ondas graves,  
Los hijos de los montes,  
Excelsos pinos y labradas hayas,  
Para pasar por varios horizontes  
A las remotas playas  
De climas abrasados,  
Frígidos ó templados:  
Ni el caballo animoso relinchaba  
Al son de la trompeta:  
Ni la cerviz sujeta  
Al yugo el tardo buei el campo araba,  
Que sin romper la cara de la tierra,  
Con natural impulso producía  
Cuanto su pecho generoso encierra;  
Que como la primera edad vivía  
Con desorden florida y balbuciente,  
Daba pródigamente,

Con fértil abundancia,  
Al mundo su riqueza;  
Porque, como muger, naturaleza  
Es mas hermosa en la primera infancia.

No haciendo distincion de tiempo alguno,  
Daba flores Vertuno,  
Con diferentes frutas primitivas:  
Las parras y pacíficas olivas,  
Y la dodónea encina por la rubia  
Ceres, que no tenia  
Necesidad de lluvia,  
Y de su misma caña renacía;  
Matizando los prados de violetas,  
De rosas y de cándidas mosquetas.  
No de otra suerte que la alfombra pinta  
El tracio con la seda de colores,  
En cada rueda de labor distinta  
Caracteres arábigos y flores:  
Que la naturaleza aun no pensaba  
Que el arte su pincel perfeccionaba.

A la parte oriental Euro tendia  
Las alas vagarosas;  
El Austro al mediodía,  
Y Boreas fiero á las distantes Osas  
Por el septentrion temor ponía.  
El Sol por sus dorados paralelos  
Comenzaba el camino de los cielos:  
Cuya eclíptica de oro no sabia  
El nombre de los signos que tenia,  
Ni en su campo pensó que espigas de oro  
Paciera el Aries, y rumiára el Toro.  
La casta Luna en su argentado plaustro,

No se mostraba al austro  
Lluviosa, alternativas las dos puntas,  
Una á la tierra y otra al claro cielo,  
Sino pidiendo con las manos juntas  
Calor al Sol para su eterno hielo.

Los hombres por las selvas discurrían  
Amando solo el dueño que tenían  
Sin interes, sin celos:  
¡O dulces tiempos! ¡o piadosos cielos!  
Allí no adulteraba la hermosura  
El marfil de su cándida figura,  
Ni la fingida nieve  
Y el bastardo carmin daban al arte  
Lo que naturaleza no se atreve;  
Ni á Venus bella en conjuncion de Marte  
Al cielo el Sol celoso descubria;  
Ni en Chipre se bendia  
Amor artificial. ¡O siglo de oro,  
De nuestra humana vida desengaño,  
Si vieras tanto engaño,  
Tan poca fe, tan bárbaro decoro!  
Todo era amor suave, honesto y puro,  
Todo limpio y seguro,  
Tanto que parecia  
Una misma armonia  
La del cielo y el suelo,  
Que aspiraba á juntarse con el cielo.  
En este tiempo de los altos coros  
Hermosa vírgen con real ornato,  
Bajó á la tierra que adoró el retrato  
De Júpiter divino, y por los poros  
De sus fértiles venas



Vertió blancos racimos de azucenas;  
Y las fuentes sonoras  
Provocaban las aves  
A canciones suaves  
En las del verde abril frescas auroras,  
Que del son de las aguas aprendieron  
Cuantos despues cromáticos supieron.  
Venía la castísima doncella  
Vestida de una túnica esplendente,  
Sembrada de otras muchas siendo estrella,  
Y una corona en la espaciosa frente,  
Cuya labor y auríferos espacios  
Ocupaban jacintos y topacios:  
Los coturnos con lazos carmesíes  
Forjaban esmeraldas y rubíes,  
Que descubría el zéfiro suave,  
De la fimbria talar con pompa grave,  
Y un ardiente crisólito la planta,  
Para estamparla en tierra pura y santa.  
No sale de otra suerte por el cielo,  
Con frente de marfil y pies de hielo,  
La cándida mañana  
Guarnecida de plata sobre grana  
La capa de zafiros,  
De las sombras somníferas retiros.  
Los hombres admirados  
De ver tanta hermosura,  
Preguntaron quien era:  
No habiendo visto por los tres estados  
Del aire exhalacion tan viva y pura,  
Ni pájaro tan raro que pudiera  
Ceñir la frente de tan rica esfera,

Ni dar tales asombros;  
Resplandecer sus hombros  
Con alas de oro y plumas de diamantes,  
No conocidos antes;  
Y aun presumir la admiracion pudiera,  
Que el Sol bajaba de su ardiente esfera  
A vivir con los hombres, como Apolo  
Viéndose arriba, como sol, tan solo.  
Entonces de sí misma esclarecida  
La hermosa reyna á su piadoso ruego,  
Por una rosa de rubí partida  
En el jardin angélico nacida,  
*Yo soy*, les dijo, *la Verdad*, y luego  
Como dormida en celestial sosiego:  
Quedó la tierra en paz, que alegre tuvo  
Mientras con ella la Verdad estuvo:  
Que cuanto en ella vive  
Su misma luz y claridad recibe.

Pero felicidad tan soberana  
Poco duró por la soberbia humana;  
Porque en países de diversos nombres,  
Por cuanto el mar abraza,  
En esta universal del mundo plaza,  
El número creciendo de los hombres,  
Desvanecido el suelo,  
Presumió desquiciar la puerta al cielo;  
Y haciendo ya ciudades,  
Y fábricas de inmensos edificios  
Con armas en los altos frontispicios,  
Comenzaron con bárbaras crueldades,  
Intereses, envidias, injusticias,  
Los adulterios, logros y codicias,

Los robos, homicidios y desgracias;  
Y no contentos ya de aristocracias,  
Emprendieron llegar á monarquías.  
La púrpura engendró las tiranías:  
Nació la guerra en manos de la muerte,  
Los campos dividieron fuerza ó suerte:  
Dispuso la traicion el blanco acero  
Para verter su propia sangre humana;  
Y fue la envidia el agresor primero,  
Y procedió la ingratitud villana  
Del mismo bien, á tantos vicios madre,  
Infame hija de tan noble padre.  
Bañó la ley la pluma  
En pura sangre para tanta suma,  
Que excede su papel todas las ciencias:  
¡Tales son las humanas diferencias!  
Pero por ser los párrafos primeros,  
Y ser los hombres, como libres, fieros,  
No siendo obedecidas,  
Quitaron las haciendas y las vidas  
A sus propios hermanos y vecinos,  
Y hicieron las venganzas desatinos;  
Porque dormidos los jüeces sabios  
Castiga el ofendido sus agravios.  
Robaban las doncellas generosas  
Para amigas á título de esposas,  
Traidores á su amigo,  
Y todo se quedaba sin castigo:  
Que muchos que temieron,  
Por no perder las varas, las torcieron:  
Y muchas que tomaron,  
Pensando enderezallas, las quebraron.

¡O favor de los reyes!

Del Sol reciben rayos las estrellas:

Telas de araña llaman á las leyes,

El pequeño animal se queda en ellas,

Y el fuerte las quebranta.

¡Ay del señor, que sus vasallos deja

Al cielo remitir la justa queja!

Viendo, pues la divina Verdad santa

La tierra en tal estado,

El rico idolatrado,

El pobre miserable,

A quien ni aun el morir es favorable,

Mientras mas voces dá menos oído,

El sabio aborrecido,

Vencedor el dinero,

Escuchado y premiado el lisonjero,

Josef vendido por el propio hermano,

Lástima y burla del estado humano,

Y entre la confusion de tanto estruendo

Demócrito riendo,

Eráclito llorando,

La muerte no temida,

Y para el sueño de tan breve vida

El hombre edificando,

Ignorando la ley de la partida;

Con presuroso vuelo

Subióse en hombros de sí misma al cielo.

## LA GATOMAQUIA.

## POEMA BURLESCO.

## SILVA I.

Yo, aquel que en los pasados  
Tiempos canté las selvas y los prados,  
Estos vestidos de árboles mayores,  
Y aquellos de ganados y de flores,  
Las armas y las leyes  
Que conservan los reinos y los reyes;  
Ahora en instrumento menos grave  
Canto de amor suave  
Las iras y desdenes,  
Los males y los bienes,  
No del todo olvidado  
El fiero taratántara templado  
Con el silbo de pífano sonoro.  
Vosotras Musas del Castálio Coro,  
Dadme favor en tanto  
Que con el genio que me disteis canto  
La guerra, los amores y accidentes  
De dos gatos valientes:  
Que como otros están dados á perros,  
Ó por agenos, ó por propios yerros,  
Tambien hay hombres que se dan á gatos  
Por olvidos de príncipes ingratos,  
Ó porque les persigue la fortuna  
Desde el columpio de la tierna cuna.

Tú, don Lope, si acaso

Te deja divertir por el Parnaso  
El holandes pirata,  
Gato de nuestra plata,  
Que infesta las marinas,  
Por donde con la armada peregrinas,  
Suspende un rato aquel valiente acero,  
Con que al asalto llegas el primero,  
Y escucha la famosa *Gatomaquia*:  
Asi desde las Indias á Valaquia  
Corra tu nombre y fama,  
Que ya por nuestra patria se derrama;  
Desde que viste la morisca puerta  
De Tunez y Biserta  
Armado y niño en forma de Cupido,  
Con el marques famoso  
Del mejor apellido,  
Como su padre por la mar dichoso.  
No siempre has de atender á Marte airado,  
Desde tu tierna edad ejercitado,  
Vestido de diamante,  
Coronado de plumas arrogante:  
Que alguna vez el ocio  
Es de las armas cordial socrocio,  
Y Venus en la paz, como Sautelmo,  
Con manos de marfil le quita el yelmo.

Estaba sobre un alto caballete  
De un tejado sentada  
La bella Zapaquilda al fresco viento,  
Lamiéndose la cola y el copete,  
Tan fruncida y mirlada,  
Como si fuera gata de convento:

Su mesmo pensamiento  
De espejo la servia,  
Puesto que un roto casco le traía  
Cierta urraca burlona,  
Que no dejaba toca ni valona,  
Que no escondia por aquel tejado,  
Confin del corredor de un licenciado.  
Ya que lavada estuvo,  
Y con las manos que lamidas tuvo,  
De su ropa de martas aliñada,  
Cantó un soneto en voz medio formada  
En la arteria vocal, con tanta gracia  
Como pudiera el músico de Tracia:  
De suerte que cualquiera que la oyera,  
Que era solfa gatuna conociera,  
Con algunos cromáticos disones,  
Que se daban al diablo los ratones,  
Asomábase ya la primavera  
Por un balcon de rosas y alelís,  
Y Flora con dorados borceguís  
Alegraba risueña la ribera:  
Tiestos de Talavera  
Prevenia el verano,  
Cuando Marramaquíz, gato romano,  
Aviso tuvo cierto de Maulero,  
Un gato de la Mancha, su escudero,  
Que al sol salia Zapaquilda hermosa,  
Cual suele amanecer purpúrea rosa  
Entre las hojas de la verde cama,  
Rubí tan vivo que parece llama;  
Y que con una dulce cantilena  
En el arte mayor de Juan de Mena

Enamoraba el viento.

Marramaquiz atento

A las nuevas del page,

(Que la fama enamora desde lejos)

Que fuera de las naguas de pellejos

Del campanudo trage,

Introducion de sastres y roperos,

Doctos maestros de sacar dineros,

Alababa su gracia y hermosura,

Con tanta melindrífera mesura;

Pidió caballo, y luego fue traída

Una mona vestida

Al uso de su tierra,

Cautiva en una guerra,

Que tuvieron las monas y los gatos;

Púsose borceguíes y zapatos,

De dos dediles de segar, abiertos,

Que con pena calzó por estar tuertos;

Una cuchar de plata por espada,

La capa colorada

A la francesa, de una calza vieja,

Tan igual, tan lucida y tan pareja,

Que no será lisonja

Decir que Adonis en limpieza y gala,

Aunque perdone Venus, no le iguala:

Por gorra de Milan media toronja,

Con un penacho rojo, verde y bayo,

De un muerto por sus uñas papagayo,

Que diciendo: ¿quien pasa?, cierto día,

Pensó que el rey venia,

Y era Marramaquiz que andaba á caza,

Y halló para romper la jaula traza.



Por cuera dos mitades , que de un guante  
Le ataron por detras y por delante,  
Y un puño de una niña por valona.  
Era el gatazo de gentil persona,  
Y no menos galan que enamorado,  
Bigote blanco y rostro despejado,  
Ojos alegres , niñas mesuradas,  
De color de esmeraldas diamantadas:  
Y á caballo en la mona parecia  
El paladin Orlando, que venia  
A visitar á Angélica la bella.

La recatada ninfa, la doncella,  
En viendo el gato se mirló de forma  
Que en una grave dama se transforma;  
Lamiéndose á manera de manteca  
La superficie de los labios seca,  
Y con temor de alguna carambola  
Tapó las indecencias con la cola:  
Y bajando los ojos hasta el suelo  
Su mirlo propio le sirvió de velo:  
Que ha de ser la doncella virtuosa  
Mas recatada, mientras mas hermosa.  
Marramaquiz entonces con ligeras  
Plantas batiendo el tetuan caballo,  
Que no era pie de hierro ó pie de gallo,  
Le dió cuatro carreras,  
Con otras gentilezas y escarceos,  
Alta demostracion de sus deseos,  
Y la gorra en la mano,  
Acercóse galan y cortesano,  
Donde la dijo amores.  
Ella con los colores

Que imprime la vergüenza  
Le dió de sus guedejas una trenza.  
Y al tiempo que los dos marramizaban,  
Y con tiernos singultos relamidos  
Alternaban, sentidos  
Desde unas claraboyas que adornaban  
La azotea de un clérigo vecino,  
Un bodocazo vino  
Disparado de súbita ballesta,  
Mas que la vista de los ojos presta,  
Que dándole á la mona en la almohada,  
Por de dentro morada,  
Por de fuera pelosa ,  
Dejó caer la carga, y presurosa  
Corrió por los tejados,  
Sin poder los lacayos y criados  
Detener el furor con que corría.

No de otra suerte que en sereno día  
Balas de nieve escupe , y de los senos  
De las nubes relámpagos y truenos,  
Súbita tempestad en monte ó prado,  
Obligando que el tímido ganado  
Atónito se esparza,  
Ya dejando en la zarza,  
De sus pungentes laberintos vana,  
La blanca ó negra lana,  
(Que alguna vez la lana ha de ser negra)'  
Y hasta que el sol en arco verde alegra  
Los campos que reduce á sus colores,  
No vuelven á los prados, ni á las flores;  
Así los gatos iban alterados  
Por corredores , puertas y terrados

Con trágicos maúlllos,  
No dando como tórtolas arrullos,  
Y la mona la mano en la almohada,  
La parte occidental descalabrada,  
Y los húmidos polos circunstantes  
Bañados de medio ambar como guantes.  
En tanto que pasaban estas cosas,  
Y el gato en sus amores discurría  
Con ansias amorosas,  
(Porque no hay alma tan helada y fría  
Que amor no agarre, prenda y engarrafe)  
Y el mas alto tejado enternecia,  
Aunque fuesen las tejas de Jetase,  
Y ella con ñiññase  
Se defendía con semblante airado;  
Aquel de cielo y tierra monstro alado,  
Que vestido de lenguas y de ojos,  
Ya decrepito viejo con antojos,  
Ya lince penetrante,  
Por los tres elementos se pasea  
Sin que nadie le vea,  
Con la forma elegante  
De Zapaquilda discurrió ligero  
Uno y otro emisfero,  
Aunque con las verdades lisonjera,  
Y en cuanto baña en la terrestre esfera,  
Sin excepcion de promontorio alguno,  
El cerúleo Neptuno,  
Plasmante universal de toda fuente,  
Desde Bootes á la austral corona,  
Y de la zona frígida á la ardiente.  
Esto dijo la fama que pregoná

El bien y el mal, y en viendo su retrato  
Se erizó todo gato,  
Y dispuso venir con esperanza  
Del galardón que un fino amor alcanza.

Los que vinieron por la tierra en postas  
Trujeron, por llegar á la ligera,  
Solo plumas y banda, calza y cuera:  
Los que habitaban de la mar las costas,  
(Tanto pueden de amor dulces empresas)  
Vinieron en artesas,  
Mas no por esto menos  
Hasta la cola de riquezas llenos;  
Y otros por bizarría,  
Para mostrar después la gallardía,  
En cofres y baules,  
Sulcando las azules  
Montañas de Anfitrite;  
Y alguno que á disfraces se remite,  
Por no ser conocido,  
En una caja de orinal metido.  
Con esto en muchos siglos no fue vista,  
Como en esta conquista  
Tanta de gatos multitud famosa  
Por Zapaquilda hermosa.  
Apenas hubo teja ó chimenea  
Sin gato enamorado,  
De bodoque tal vez precipitado,  
Como Calisto fue por Melibea;  
Ni ratón parecía,  
Ni el balbuciente hocico permitía  
Que del nido saliese,  
Ni queso, ni papel se agujereaba

Por costumbre, ó por hambre que tuviese;  
Ni poeta por todo el universo  
Se lamentó que le royesen verso;  
Ni gorrion saltaba,  
Ni verde lagartija  
Salía de la cóncava rendija.  
Por otra parte, el daño compensaba  
Que de tanto gatazo resultaba:  
Pues no estaba segura  
En sábado morcilla ni asadura,  
Ni panza, ni cuajar, ni aun en lo sumo  
De la alta chimenea  
La longaniza al humo,  
Por imposible que alcanzarla sea,  
Exento en la porfía á la esperanza,  
Que todo cuanto mira, tanto alcanza.

Entré esta generosa ilustre gente  
Vino un gato valiente,  
De hocico agudo, y de narices romo,  
Blanco de pecho y pies, negro de lomo,  
Que Mizifuf tenia  
Por nombre; en gala, cola y gallardia,  
Célebre en toda parte  
Por un Zapinarciso y Gatimarte.  
Este luego que vió la bella gata  
Mas reluciente que fregada plata,  
Tan perdido quedó, que noche y día  
Paseaba el tejado en que vivia,  
Con pages y lacayos de librea,  
Que nunca sirve mal quien bien desea:  
Y sucedióle bien, pues luego quiso,  
¡O gata ingrata! á Mizifuf narciso,

Dando á Marramaquiz celos y enojos.  
No sé por cual razon puso los ojos  
En Mizifuf, quitándole al primero  
Con súbita mudanza,  
El antiguo favor y la esperanza.

¡O cuanto puede un gato forastero,  
Y mas siendo galan y bien hablado,  
De pelo rizo y garbo ensortijado!  
Siempre las novedades son gustosas,  
No hay que fiar de gatas melindrosas.  
¿Quien pensára que fuera tan mudable  
Zapaquilda cruel é inexorable,  
Y que al galan Marramaquiz dejára  
Por un gato que vió de buena cara,  
Despues de haberle dado  
Un pie de puerco hurtado,  
Pedazos de tocino y de salchichas?  
¡O cuan poco en las dichas  
Está firme el amor y la fortuna!  
¿En que muger habrá firmeza alguna?  
¿Quien tendrá confianza,  
Si quien dijo muger dijo mudanza?

Marramaquiz con ansias y desvelos  
Vino á enfermar de celos,  
Porque ninguna cosa le alegraba.  
Finalmente, Merlin que le curaba,  
Gato de cuyas canas nombre y ciencia  
Era notoria á todos la experiencia,  
Mandó que se sangrase;  
Y como no bastase,  
Vino á verle su dama,  
Aunque tenia en un desvan la cama,

A donde la carroza no podia  
Subir por alta y por estrecha via:  
Pero en fin , apeada,  
Entró de su escudero acompañada.  
Mirándose los dos severamente,  
Despues de sosegado el accidente,  
Él con maúllo habló , ella con mirlo,  
Que fuera harto mejor pegarla un chirlo.  
Pero por alegrarle la sangría,  
Le trajo su criada Bufalía  
Una pata de ganso y dos hostiones.  
Él se quejó con tímidas razones  
En su language mizo,  
A que ella con vergüenza satisfizo:  
Quejas, que traducidas de él y de ella  
Así decian : «Zapaquilda bella,  
¿Por qué me dejas tan injustamente?  
¿Es Mizifuf mas sábio , mas valiente,  
Tiene mas ligereza , mejor cola?  
¿No sabes que te quise elegir sola  
Entre cuantas se precian de mirladas,  
De bien vestidas y de bien tocadas?  
¿Esto merece que un invierno helado,  
De tejado en tejado  
Me hallase el alba al madrugar el dia,  
Con espada , broquel y bizarría,  
Mas cubierto de escarcha,  
Que soldado español que en Flandes marcha  
Con arcabuz y frascos?  
Si no te he dado telas y damascos,  
Es porque tú no quieres vestir galas  
Sobre las naturales martingalas,

Por no ofender , ingrata á tu helleza  
Las naguas que te dió naturaleza.  
Pero en lo que es regalos , ¿quien ha sido  
Mas cuidadoso , como tú lo sabes,  
En cuanto en las cocinas atrevido  
Pude garrafiñar de peces y aves?  
¿Que pastel no te truje , que salchicha?  
¡O terrible desdicha!  
Pues no soy yo tan feo,  
Que ayer me ví , mas no como me veo,  
En un caldero de agua , que de un pozo  
Sacó para regar mi casa un mozo,  
Y dije : ¿Esto desprecia Zapaquilda?  
¡O celos , o piedad , o amor , reñidla!»  
No suele desmayarse al sol ardiente  
La flor del mismo nombre , la arrogante  
Cerviz bajar humilde , que la gente  
Por la loca altitud llamó gigante;  
Ni queda el tierno infante  
Mas cansado despues de haber llorado  
De su madre en el pecho regalado,  
Que el amante quedó sin alma. ¡O cielos,  
Que dulce cosa amor , que amarga celos!  
Ella como le vió que ya exhalaba  
Blandamente el espíritu en suspiros,  
Y que piramizaba  
Entre dulces de amor fingidos tiros,  
Para que no se rompa vena ó fibra,  
El mosqueador de las ausencias vibra,  
Pasándole dos veces por su cara.  
Volvióle en sí: que aquel favor bastára  
Para libralle de la muerte dura,



Y luego con melífera blandura  
Le dijo en lengua culta:  
«Si tu amor dificulta  
El que me debes , en tu agravio piensas  
Tan injustas ofensas:  
Que aunque es verdad que Mizifuf me quiere  
Y dice á todos que por mí se muere,  
Yo te guardo la fé como tu esposa.»  
Cesó con esto Zapaquilda hermosa,  
Sellando honesta las dos rosas bellas:  
Que siempre hablaron poco las doncellas  
Que , como las viudas y casadas,  
No están en el amor ejercitadas.  
Bajaba ya la noche,  
Y las ruedas del coche  
Tachonadas de estrellas,  
Brilladores diamantes y centellas  
Detras de las montañas resonaban:  
Los pajaros callaban,  
Dejando el campo yermo,  
Cuando los pajes del galan enfermo  
En el alto desvan hachas metian,  
Que á alumbrar la carroza prevenian.  
Entonces los amantes,  
(Que son los cumplimientos importantes)  
Ella por irse , y él quedarse á solas,  
Se hicieron reverencia con las colas.

## S I L V A   I I .

Convaleciente ya de las heridas  
De los crueles celos  
De Mizifuf Marramaquiz valiente,  
Aquellos que han cortado tantas vidas,  
Y que en los mismos cielos  
A Júpiter, señor del rayo ardiente,  
Con disfraz indecente,  
Fugitivo de Juno,  
Su rigor importuno  
Tantas veces mostraron,  
Que en fuego, en cisne, en buey le transformaron  
Por Europa, por Leda y por Egina;  
Con pálida color y vanda verde,  
Para que la sangría se le acuerde,  
Que amor enfermo á condoler se inclina,  
Paseaba el tejado y la buarda  
De aquella ingrata cuanto hermosa fiera.  
Quien ama fieras ¿que firmeza espera,  
Que fin, que premio aguarda?  
Zapaquilda gallarda  
Estaba en su balcon, que no atendia  
Mas de á saber si Mizifuf venia,  
Cuando Garraf su page,  
Si bien de su linage,  
Llegó con un papel y una bandeja:  
Ella la cola y el confin despeja,  
Y la bandeja toma  
Sobre negro color labrada de oro  
Por el Indio Oriental, y con decoro

Mira si hay algo que primero coma:  
Ofensa del cristal de la belleza,  
Propia naturaleza  
De gatas ser golosas,  
Aunque al tomar se finjan melindrosas.  
Y antes de oir al page  
Vé las alhajas que el galan envía,  
Qué joya, qué invencion, qué nuevo trage:  
En fin vió que traía  
Un pedazo de queso  
De razonable peso,  
Y un relleno de huevos y tocino,  
Atys en fruta que produce el pino  
Entre menuda rama  
En la falda del alto Guadarrama,  
Por donde van al bosque de Segovia;  
Y luego en fé de que ha de ser su novia,  
Dos cintas que le sirvan de arracadas,  
Gala que solo á gatas regaladas,  
Cuando pequeñas, las mugeres ponen,  
Que de rosas de nacar las componen.  
Tomó luego el papel y con sereno  
Rostro, apartando el queso y el relleno,  
Vió que el papel decia:  
«Dulce Señora, dulce prenda mia,  
Sabrosa, (aunque perdone Garcilaso,  
Si el consonante mismo sale al paso)  
Mas que la fruta del cercado ágeno,  
Ese queso, mi bien, ese relleno,  
Y esas cintas de nacar os envío,  
Señas de la verdad del amor mio.»  
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando

Marramaquiz celoso , que mirando  
Estaba desde un alto caballete  
Tan gran traicion , colérico arremete,  
Y echa veloz , de ardiente furia lleno,  
Una mano al papel y otra al relleno:  
Garraf se pasma y queda sin sentido,  
Como el que oyó del arcabuz el trueno  
Estando divertido;  
A quien él ofendido  
Tiró una manotada con las fieras  
Uñas , de suerte que formando esferas  
Por la region del aire vagaroso,  
Le arrojó tan furioso,  
Que en el claro cristal de sus espejos  
Pudo cazar vencejos  
Menos apasionado y mas ocioso.  
No de otra suerte el jugador ligero  
Le vuelve la pelota al que la saca  
Herida de la pala resonante,  
Quéjase el aire , que del golpe fiero  
Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,  
Y chaza el que interviene el pie delante;  
El gatazo arrogante,  
Sin soltar el relleno despedaza  
El papel que en los dientes  
Con la espuma celosa vuelve estraza,  
Y á Zapaquilda atónita amenaza.  
Como se suele ver en las corrientes  
De los undosos rios quien se ahoga,  
Que asiéndose de rama , yerba ó sogá,  
La tiene firme de sentido ageno;  
Así Marramaquiz tiene el relleno,

Que ahogándose en congojas y desvelos,  
No soltaba la causa de los celos.

¡O cuanto amor un alma desespera,  
Pues cuando ya se ve sin esperanza,  
En un relleno tomará venganza!

¿Mas quien imaginára que pudiera  
Dar celos el amor en ocasiones  
Con rellenos de huevos y piñones?

¡Mas ay de quien le habia  
Hecho para la cena de aquel dia!

Huyóse en fin la gata, y con el miedo  
Tocó las tejas con el pie tan quedo,  
Que la Amazona bella parecia,  
Que por los trigos pálidos corria  
Sin doblar las espigas de las cañas:  
Que de tierras extrañas

Tales gazapas las historias cuentan.  
Los miedos que á la gata desalientan,  
La hicieron prometer, si la libraba,  
Al niño amor un arco y una aljaba,  
De aquel celoso Rodamonte fiero,  
Hasta pasar las furias del enero.

El cual juró olvidarla, y en su vida,  
Desnuda, ni vestida

Volver á verla, ni tener memoria  
De la pasada historia,  
Y buscar algun sábio

Para satisfaccion de tanto agravio:  
Pero fueron en vano sus desvelos;  
Que amor no cumple lo que juran celos,  
Y tanto puede una muger que llora,  
Que vienen á reñirla y enamora,

Creyendo el que ama , en sus celosas iras,  
Por una lagrimilla mil mentiras.  
Y como Ovidio escribe en su Epistolio,  
Que no me acuerdo el folio,  
Estas heridas del amor protervas  
No se curan con yerbas:  
Que no hay para olvidar á amor remedio  
Como otro nuevo amor , ó tierra en medio.

Garraf, en tanto que esto se trataba,  
Estropeado á Mizifuf llegaba,  
Maullando tristemente  
En acento hipocóndrico y doliente,  
Como suelen andar los galloferos  
Para sacar dineros,  
Manqueando de un brazo  
Colgado de un retazo,  
Y débiles las piernas,  
Una cerrando de las dos linternas,  
Por mirar á lo vizco.  
Luego en el corazon le dió un pellizco  
La mala nueva que adelanta el daño,  
Haciendo el aposento al desengaño,  
Y díjole : ¿ que tienes,  
Garraf amigo , que tan triste vienes?  
Entonces él moviendo tremolante  
Blanda cola detras , lengua delante,  
Le refirió el suceso,  
Y que Marramaquiz papel y queso,  
Y relleno tambien le habia tomado,  
Como celoso airado,  
Como agraviado necio,  
Con infame desprecio,

Con descortés porfía,  
Y que de tan extraña gatería  
Zapaquilda admirada  
Huyó por el desvan la saya alzada:  
Que lo que en las mugeres son las naguas  
De raso, tela ó camelote de aguas,  
Es en las gatas la flexible cola,  
Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.  
Contóle que de aquella manotada,  
Con su cuerpo afligido,  
De miedo helado y de licor teñido,  
Descalabró los aires,  
Y con otros agravios y desaires,  
Que prometió vengarse por la espada  
De haberle enamorado á Zapaquilda,  
Y hablarla en el tejado de Casilda,  
Una tendera que en la esquina estaba:  
Y dijo que pensaba  
En desprecio y afrenta de sus dones,  
Hacer de los listones  
Cintas á sus zapatos.  
¡O celos! si entre gatos  
De burlas y de veras  
Formais tales quimeras,  
¿Que hareis entre los hombres  
De hidalgo proceder y honrados nombres?  
No estuvo mas airado  
Agamenon en Troya,  
Al tiempo que, metiendo la tramoya  
Del gran Paladion de armas preñado,  
Echaron fuego á la ciudad de Eneas  
De ardientes hachas y encendidas teas,

Causa fatal del miserable estrago  
De Dido y de Cartago,  
Por quien dijo Virgilio,  
Que llorando decia,  
Destituida de mortal auxilio:  
¡Ay dulces prendas cuando Dios queria!  
Ni Barbarroja en Tunez,  
Ni el fuerte Pirro, ni Simon Antunez,  
Éste bravo español, y griego el otro;  
Que Mizifuf como si fuera potro,  
Relinchando de cólera en oyendo  
El fiero y estupendo  
Furor de su enemigo:  
Mas prometiendo darle igual castigo,  
Se fué á trazar el modo  
De vengarse de todo,  
Que á un pecho noble, á un inclito sugeto,  
Mayor obligacion, mas celo alcanza  
De poner en efeto  
Desempeñar su honor con la venganza,  
Marramaquiz en tanto  
Desesperado por las selvas iba,  
Para buscar al sábio Garfiñanto,  
Al tiempo que el aurora fugitiva  
De su cansado esposo  
Atrojaba la luz á los mortales,  
Y el sol infante en líquidos pañales  
De celages azules  
Mandaba recoger en sus baules,  
Para poder abrir los de oro y rosa,  
El manto de la noche temerosa,  
Aunque era todo el manto de diamantes,



En el zafiro nítido brillantes,  
Ojos del sueño, el hurto y el espanto.  
Este gatazo y sábio Garfiñanto,  
Cano de barba y de mostachos yerto,  
De un ojo remellado, y de otro tuerto,  
Bien que de ilustre cola venerable,  
Y que sabia con rigor notable,  
Natural y moral filosofía,  
Por los montes vivia  
En una cueva oculta,  
Cuya entrada á las fieras dificulta,  
Como el de Polifemo, un alto risco.  
No se le daba un prisco  
De riquezas del mundo, que estimaba  
Solo el sol que Alejandro le quitaba  
A aquel que de los hombres puesto en fuga  
Metido en un tonel era tortuga.  
Bien haya quien desprecia  
Esta fábula necia  
De honores, pretensiones y lugares  
Por estudios ó acciones militares.  
Sabía Garfiñanto astrología:  
Mas no pronosticaba,  
Que decia que el cielo gobernaba  
Una sola virtud que le movia,  
A cuya voluntad está sujeto  
Cuanto crió, que todo fué perfeto:  
No sacaba almanaques,  
Ni decia que en Troya y los Alfaques  
Verian abundancia  
De pepinos y brevas,  
Muchas lentejas en París y en Tebas.

Y que cierta cabeza de importancia,  
Sin decirnos á donde, faltaría;  
Que por mugeres Venus prometia  
Pendencias y disgustos,  
Como si por sus celos ó sus gustos  
Fuese en el mundo nuevo.  
Pero volviendo á nuestro sabio Febo,  
Despues de consultado  
Dijo á Marramaquiz, que su cuidado  
En vano á Zapaquilda pretendia,  
Y que solo scria  
Remedio que pusiese en otra parte,  
Vengándose con arte;  
Los ojos, divirtiendo el pensamiento:  
Que amar era cruel desabrimiento,  
Mas que traer un áspid en las palmas  
En no reciprocándose las almas:  
Que Amor se corresponde con Anteros,  
Y mas si lo negocian los dineros.  
Destituido el gato  
Ya de mortal socorro,  
Se fué calando el morro,  
Y dióle una salchicha  
Por no mostrarse á Garfiñanto ingrato:  
Que no pagar la ciencia  
Es cargo de conciencia,  
Mas dicen que de sábios es desdicha.  
Pensando en quien pusiese finalmente  
De toda la gatesca bizzarría  
La dulce enamorada fantasía  
Para verse de amor convalaciente,  
Se le acordó que en frente

De su casa vivia un boticario,  
De cuyo cocinante vestuario  
Una gata salia  
Que la bella Micilda se decia,  
Y sentada tal vez en su tejado  
Miraba, como dama en el estrado,  
Los nidos de los sabios gorriones,  
Dejando pulular los embriones,  
Y en viendo abiertos los maternos huevos  
Comerse algunos de los ya mancebos.  
Admitiendo este nuevo pensamiento,  
Mas que su voluntad, su entendimiento,  
Que amor en las venganzas se resfría,  
Emprende mucho y ejecuta poco;  
Por entonces templó la fantasía:  
Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.

Estaba el sol ardiente

Una siesta de mayo calurosa,  
Aunque amorosamente,  
Plegando el nacar de la fresca rosa,  
Que producen los niños abrazados,  
Huevos de cisne, y huevos estrellados,  
Pues que los hizo estrellas;  
Cuando Micilda con las manos bellas  
La cara se lavaba y componia  
No lejos del tejado en que vivia  
Marramaquiz, que ya con mas cuidado  
La miraba y servia,  
En fé del Garfiñanto consultado;  
Cuando al mismo tejado  
Zapaquilda llegó por accidente:  
El gato viendo la ocasion presente,

Para que su deseo  
La diese celos con el nuevo empleo,  
Llegándose mas tierno y relamido  
A Micilda, que ya de vergonzosa  
Estaba mas hermosa,  
Y equívoco fingiendo  
Falso desprecio, descuidado olvido,  
En su venganza misma padeciendo  
Amorosos deseos,  
(Tales son del amor los devaneos) :  
Requebrando á Micilda á quien pensaba  
Ofrecer los despojos  
De aquella guerra, paz de sus enojos,  
Y á Zapaquilda á lo traidor miraba  
En las intercadencias de los ojos:  
Tan extraño sentido,  
Que es menos entendido  
Mientras que mas parece que se entiende,  
Pues siempre con engaños se defiende:  
Que si las luces de los ojos miras  
Basta ser niñas para ser mentiras.  
Micilda, á quien tocaba en lo mas vivo  
El amor primitivo,  
Porque como doncella facilmente  
A lo que entonces siente  
La tierna edad, se rinden y avasallan,  
Hablando con los ojos cuando callan,  
De buena gana dió fácil oído  
A los requeibros del galan fingido,  
Con que ya andaban de los dos las colas  
Mas turbulentas que del mar las olas.  
Zapaquilda sentida

De aquella libertad (que es propio efeto  
 De la que fué querida.  
 Sentir desprecio donde vió respeto)  
 Murmurando entre dientes  
 Amenazaba casos indecentes  
 Entre personas tales,  
 En calidad y en nacimiento iguales.  
 Como se ve gruñir perro de casa  
 Mirando al que se entró de fuera en frente,  
 Estando en medio de los dos el hueso,  
 Que ninguno por él de miedo pasa,  
 Parando finalmente  
 Las iras del canículo suceso  
 En que ninguno de los dos lo come,  
 Obligando á que tome  
 Un palo algun criado  
 Que los desparte airado,  
 Y deja divididos,  
 Quedando el hueso en paz y ellos mordidos;  
 Así feroz gruñia  
 Zapaquilda envidiosa,  
 Efectos de celosa,  
 Aunque al gallardo Mizifuf queria:  
 Que bay mugeres de modo  
 Que aunque no han de querer, lo quieren todo  
 Porque otras no lo quieran;  
 Y luego que rindieron lo que esperan  
 Vuelven á estar mas tibias y olvidadas.  
 Finalmente, las gatas encontradas,  
 Siendo Marramaquiz el hueso en medio,  
 (Tal suele ser de celos el remedio)  
 A pocos lances de mirarse airadas

Vinieron á las manos, dando al viento  
 Los cabellos y faldas;  
 Y en tanto arañamiento,  
 Turbadas de color las esmeraldas,  
 Maullando en tiple y el gatazo en bajo,  
 Cayeron juntas del tejado abajo,  
 Con ligereza tanta,  
 Aunque decirlo espanta,  
 Por ser como era el salto  
 Cinco suelos en alto,  
 Hasta el alero, del tejado fines,  
 Que no perdió ninguna los chapines:  
 Quedando el negro amante  
 Despues de tan extraños desconsuelos  
 Muerto de risa en acto semejante  
 Tan dulce es la venganza de los celos.

## SILVA III.

Distaba de los polos igualmente  
 La máscara del Sol y Cinosura,  
 Primera cuadrilátera figura,  
 Y la estrella luciente,  
 Que mira el navegante,  
 Bordaba la celeste arquitectura:  
 Velaba todo amante  
 Por el silencio de la noche obscura,  
 Y en el indiano clima el Sol ardía,  
 En dos mitades dividido el día,  
 Cuando gallardo Mizifuf valiente  
 Paseaba el tejado de su dama,  
 Que sangrada en la cama

La tuvo el accidente  
 Dos dias, que faltó Sol al tejado  
 Y estuvo la cocina sin cuidado,  
 No por la altura de los siete suelos,  
 Mas por el sobresalto de los celos.  
 Iba galan y bravo;  
 Un cucharon sin cabo  
 Destos de hieiro de sacar buñuelos  
 Por casco en la cábeza;  
 Que en ella tienen la mayor flaqueza:  
 Pues no suelen morir de siete heridas  
 Por quien dicen que tienen siete vidas,  
 Y un golpe en la cabeza los atonta,  
 Así la tienen á desmayos pronta.  
 Broquel de cobertera,  
 Espada de á caballo, que antes era  
 Cuchillo viejo de limpiar zapatos,  
 Que él solia llamar *timebunt* gatos:  
 Y por las manchas de los pies y el anca  
 Natural media blanca,  
 Y capa de un bonete colorado,  
 Abierto por un lado,  
 Plumas de un pardo gorrión cogido  
 Por ligereza, pero no por arte.

Así rondaba el nuevo Durándarte,  
 Galan favorecido,  
 Porque son los favores de la dama  
 Guarnicion de las galas de quien ama.  
 Dos músicos traian instrumentos  
 A cuyo son y acentos  
 Cantaban dulcemente,  
 Y así llegando del balcon en frente

De Zapaquilda bella,  
Cantaron un romance que por ella  
Compuso Mizifuf, poeta al uso,  
Que él tampoco entendió lo que compuso  
Mas puesta á la ventana  
Con serenero de su propia lana,  
Hasta que Bufalía  
Le trajo un rocadero  
Que por mas gravedad y fantasía  
Sirvió de capirote y serenero,  
Y en medio de lo grave  
Del romance suave  
Les dijo con despejo,  
Pareciéndole versos á lo viejo,  
Que jácara cantasen picaresca:  
Y así cantaron la mas nueva y fresca,  
Que para que lo heróico y grave olviden,  
Hasta las gatas jácaras les piden;  
¡Tanto el mundo decrepito delira!  
Aquí se resolvió la dulce-lira  
En dos lascivos ayes,  
Andólas, guirigayes,  
Y otras tantas bajezas.  
Cantaron pues las bárbaras proezas  
Y hazañas de rufianes:  
Que estos son los valientes capitanes  
Que celebran poetas,  
De aquellos que en extremas  
Necesidades viven, arrojados  
Al vulgo como perros á leones:  
Que la virtud y estudios mal premiados  
Mueren por hospitales y mesones,



Verdes laureles de Virgilio y Ennio  
Perecer la virtud y los ingenios.

Mas ¿quien le mete á un hombre licenciado  
Mas que en hablar de solo su tejado?  
Que no le dió la escuela mas licencia,  
Y es todo lo demas impertinencia.

Cuando aquesto pasaba,  
Marramaquiz estaba  
Inquieto y acostado,  
Treguas pidiendo á su mortal cuidado;  
Pero como el amor le desvelaba  
Dió, de sentido falto,  
Desde la cama un salto,  
Compuesta de pellejos,  
Otro tiempo conejos  
Que en el Pardo vivian,  
Y en la cola sus cédulas traian  
Para seguridad de sus personas:  
Mas ¡ay muerte cruel, á quien perdonas!  
Saltó en efecto como el conde Claros,  
Y armándose de ofensas y reparos,  
Vinó de ronda al puesto por la posta  
Por ver si habia moros en la costa,  
Y no siendo ilusion el pensamiento,  
Que del alma el primero movimiento  
Pocas veces engaña.  
No suele débil caña  
En las espadas verdes esparcida  
Del aire sacudida  
Hacer manso ruido  
Con mas veloz sonido,  
Como rugió los dientes:

Ni entre los accidentes  
Del erizado frío  
Al enfermo sucede  
Aquel ardor contrario;  
Como de ver tan loco desvarío,  
Que apenas le concede  
Entre uno y otro pensamiento vario  
Respiracion y aliento,  
De la vida instrumento:  
Helado y abrasado  
Entre ardores y hielos,  
Que al frío de los celos  
Frigido fuego sucedió mezclado,  
Que con distinto efeto  
En un mismo sugeto  
Viven, siendo contrarios:  
La causa es una, y los efectos varios.  
Miraba á Zapaquilda en la ventana  
Hablando con su amante  
Sin miedo de la luz de la mañana,  
Que coronaba el último diamante  
Del manto de la noche que iba huyendo,  
Y cantando y tañendo  
Los músicos con tanto desenfado  
Como si fuera su tejado el prado:  
Que nunca los amantes  
Previnieron peligros semejantes.  
Así los embeleca  
Amor de ceca en meca,  
Como olvidado Antonio con Cleopatra,  
La gitana de Menfis que idolatra,  
Que ciego de su gusto no temia

Al Cesar que siguiéndole venia:  
Porque si fue romano Octaviano,  
Tambien Marramaquiz era romano;  
Y si valiente, Cesar y prudente,  
No menos fué el prudente que valiente:  
Que en su tanto, los méritos mirados,  
Cesar pudiera ser de los tejados.

Como detras del árbol escondido  
Mira y advierte con atento oido.  
El cazador de pájaros el ramo  
Donde tiene la liga y el reclamo,  
Para, en viendo caer el inocente  
Gilguero, que los dulces silbos siente  
Del amigo traidor que le convida  
A dura cárcel con la voz fingida,  
Apenas vé las plumas revolando  
Entre la liga, cuando  
Arremete y le quita, no piadoso,  
Sino fiero y cruel; así el celoso  
Marramaquiz atento  
Esperaba el primero movimiento  
Del venturoso amante, que decia  
Con dulce mirlamiento:  
«Dulce señora mia,  
¿Cuándo será de nuestra boda el dia?  
¿Cuándo querrá mi suerte que yo pueda  
Llamaros dulce esposa,  
Que entonces para mí será dichosa?  
¡Ay, tanto bien el cielo me conceda!  
Mas fue nuestra fortuna  
Que Júpiter jamas por Ninfa alguna,  
Aunque se transformaba

En buey que el mar pasaba,  
En sátiro y en ágil y en pato,  
Nunca le vieron transformarse en gato,  
Porque si alguna vez gatiquisiera,  
De los amantes gatos se doliera.  
Con voz enamorada  
Doliente y desmayada  
La gata respondia:  
«Mañana fuera el día  
De nuestra alegre boda:  
Pero todo mi bien desacomoda  
Aquel infame gato fementido,  
Marramaquiz celoso de mi olvido:  
Que en llegando á saber mi casamiento,  
Hubiera temerario arañamiento,  
Y estimar vuestra vida  
Me tiene temerosa y encogida:  
Que es robusto y valiente,  
Y en materia de celos impaciente:  
Mejor será matalle con veneno.»  
Aquí de furia lleno  
Respondió Mizifuf: «¿Por un villano  
Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?  
¿Él, señora, lo estorba?  
¿Es por ventura mas que yo valiente?  
¿Tiene la uña corva  
Mas dura que la mia,  
Ó mas agudo ó penetrante el diente  
Entre la mostachosa artillería?  
¿Que hueso de la pierna ó espinazo,  
Se me resiste á mí, que fuerte brazo?  
¿Yo no soy Mizifuf, yo no desciendo,

Por línea recta, que probar pretendo,  
De Zapiron, el gato blanco y rubio  
Que despues de las aguas del diluvio  
Fue padre universal de todo gato?  
¿Pues como ahora con desden ingrato  
Teneis temor de un maullador gallina,  
Valiente en la cocina,  
Cobarde en la campaña:  
Y referir por invencible hazaña,  
Dar á Garraf, un gato mi escudero;  
Que fuera de ser gato forastero  
Es ahora tan mozo  
Que apenas tiene bozo,  
Una guantada con las uñas cinco,  
Si de repente dió sobre él un brinco?  
¿Que Scipion del africano estrago?  
¿Que Anibal de Cartago?  
¿Que fuerte Pero Vazquez Escamilla,  
El bravo de Sevilla?  
Por esos ojos, que á la verde falda  
De las selvas hurtaron la esmeralda:  
Que si entonces me hallára en el tejado,  
Que no llevára, como se ha llevado  
El queso y el relleno,  
¿Y quereis que le mate con veneno?  
Esa es muerte de príncipes y reyes,  
Con quien no valen las humanas leyes,  
No para un gato bárbaro cobarde,  
Cuyas orejas os traeré esta tarde,  
Y de cuyo pellejo,  
Si no me huye con mejor consejo,  
Haré para comer con mas gobierno

Una ropa de martas este invierno.»  
Aqui Marramaquiz desatinado,  
Cual suele arremeter el jarameño  
Toro feroz de media luna armado  
Al caballero con airado ceño,  
Andaluz, ó extremeño,  
Que la patria jamas pregunta el toro;  
Y por la franja del bordado de oro  
Caparazon, meterle en la barriga  
Dos palmos de madera de tinteros,  
Acudiendo al socorro caballeros,  
A quien la sangre, ó la razon obliga,  
Al caballo inocente, que pensaba  
Cuando le vió venir que se burlaba:  
«Gallina Mizifuf, dijo furioso,  
El hocico limpiándose espumoso,  
Blasonar en ausencia  
No tiene de mugeres diferencia.  
Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble  
De todo gato de ascendiente noble:  
Si tú de Zapiron, yo de Malandro,  
Gato del macedon magno Alejandro,  
Desciendo, como tengo en pergamino  
Pintado de colores y oro fino,  
Por armas un morcon y un pie de puerco,  
De Zamora ganados en el cerco,  
Todo en campo de golaz  
Sangriento mas que rojas amapolas,  
Con un cuartel de quesos asaderos,  
Roeles en Castilla los primeros.  
No fueron en cocinas mis hazañas,  
Sino en galeras, naves y campañas;

No con Garraf tu page,  
Con gatos moros, las mejores lanzas.  
Que yo maté en Granada á Tragapanzas,  
Gatazo abencerrage,  
Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á Murcifo,  
Gato que fue del regidor Rengifo,  
Y de dos uñaradas  
Deshice á Golosillo las quijadas  
Por gusto de una Miza, mi respeto,  
Y le quité una oreja á Boquisleto,  
Gato de un albañil de Salobreña:  
La cola en Fuentidueña  
Quité de un estiron á Lameplatos,  
Mesonero de gatos,  
Sin otras cuchilladas que he tenido,  
Y la que dí á Garrido,  
Que del corral de los naranjos era  
Por la espada primera  
Unico gaticida.  
Pero es hablar en cosa tan sabida  
Decir que el tiempo vucla y no se para,  
Que no hay cara mas fea que la cara  
De la necesidad; y la mas bella  
Aquella del nacer con buena estrella,  
Que alumbra el sol, y que la nieve enfría,  
Que es oscura la noche y claro el dia.  
Esa gata cruel, que me ha dejado  
Por tu poco valor, verá muy presto,  
Siendo aqueste tejado  
El teatro funesto,  
Como te doy la muerte que mereces,  
Porque mi vida á Zapaquilda ofreces,

Llevando tu cabeza presentada  
A Micilda que es ya mi prenda amada:  
Micilda, que es mas bella  
Que al vespertino sol cándida estrella  
Venus, que rutilante  
Es de su anillo espléndido diamante.  
Esta si que merece la fe mia,  
Mi constancia, mi amor, mi bizarría,  
Que no gatas mudables,  
Que si por su hermosura son amables,  
Son por su condicion aborrecibles,  
Amigas de mudanzas y imposibles.»  
Aqui sacó la espada ruginosa  
De la vaina mohosa,  
Y á los golpes primeros  
Se llamaron fulleros,  
Si bien no hay deshonor desenvainada,  
Y Zapaquilda huyendo,  
De súbito temor la sangre helada  
Dejóse el serenero en el tejado.  
Los músicos en viendo  
El belicoso duelo comenzado,  
Huyeron como suelen:  
Que no hay garzas que vuelen  
Tan altas por los vientos:  
Dicen que por guardar los instrumentos,  
Y mil razones tienen,  
Pues que solo á cantar con ellos vienen:  
Que mal cantára un hombre, si supiera  
Que habia luego de sacar la espada  
Que tanto el pecho altera;  
Ni pudiera formar la voz turbada:



Que hay mucha diferencia, si se mira,  
De dar en los broqueles ó en las cuerdas,  
Pasar la espada el pecho, ó por la lira  
El arco hiriendo las pegadas cerdas.

Andaba entonces Guruguz de ronda  
Con una escuadra vil de sus esbirros,  
Cuyo abuelo nacido en Trapisonda  
Curaba hipochondríacos y cirros,  
Y viéndolos andar á la redonda,  
Como si fuesen Césares ó Pirros,  
Los dos valientes gatos,  
Con fuerte anhelo descansando á ratos,  
Llegaron á ponerse de por medio,  
Que fue difícil, pero fue remedio.  
Mas como respetar á la justicia  
De gente principal respeto sea,  
Y lo contrario bárbara malicia,  
Luego Marramaquiz rindió la espada:  
¿Quien habrá que lo crea?  
Mas viendo Guruguz que no quería  
Que el amistad quedase confirmada,  
Sino permanecer en su porfía,  
Llevólos á la cárcel enojado,  
Cuando Febo dorado  
Asomaba la frente  
Por las ventanas del rosado oriente,  
Como si azucar fuera, y de colores  
En campo verde iluminó las flores.

## SILVA IV.

Quien dice que el amor no puede tanto,  
Que nuestro entendimiento  
No pueda sujetarle, es imposible  
Que sepa que es amor, que reina en cuanto  
Compone alguna parte de elemento  
En el mundo visible.  
¡O fuerza natural incomprensible,  
Que en todo cuanto tiene  
Una de las tres almas  
A ser el alma de sus almas viene!  
¿Quien no se admira de mirar las palmas  
En la region del Africa desnuda,  
Cuando su fruto en oro el color muda  
Con solo aquel ardor vejetativo,  
Amarse dulcemente?  
Que en lo demas que siente  
No es mucho que de amor el fuego vivo  
Imprima sentimiento,  
Y natural deseo  
Con lazos de pacífico himeneo.  
La fiera, el ave, el pez en su elemento,  
Todos aman y quieren,  
Por la razon de bien, lo que es amable:  
Pues ama lo que solo es vegetable,  
Si de ningun sentido el bien infieren.  
Entre las cosas que por él adquieren  
Algun conocimiento,  
Perdonen cuantas aves y animales  
De su distinto gozan elemento,

Ningunas son iguales,  
 En amor á los gatos,  
 Exceptuando las monas,  
 Que hasta en esto se precian de personas,  
 Y ya que no en esencia, en ser retratos.  
 Porque acontece con el hijo al pecho  
 Abrazalle con lazo tan estrecho,  
 Que le hacen exhalar la sensitiva  
 Alma vital; así el amor les priva  
 Que fue en la estimativa conocido,  
 Del natural sentido;  
 Y si por opinion crítico alguno  
 Tiene que amor tan loco  
 No puede haber en animal ninguno,  
 Váyase poco á poco  
 Al africano Tétuan á donde  
 Verá como los árboles trepando  
 Esta del hombre semejanza propia,  
 De que hay allí gran copia,  
 Ya sale con el hijo, ya se esconde,  
 Y á los que van ó vienen caminando  
 Con risa de monesco regocijo  
 Muestra el peloso hijo.  
 Mas fuera disparate,  
 Si no es que de ellas trate,  
 Ir por ver una mona  
 Hasta el Africa un hombre:  
 Que si de Tito Livio llevó el nombre  
 Muchos hombres á Roma, fue corona  
 De los historiadores  
 Que solo aquellas cosas superiores  
 Dignas por fama de admirable espanto

Es bien que cuesten tanto,  
Como ver á Venecia,  
*Perche chi non la vede non la prezia,*  
Que al cielo desde el agua se avecina,  
Y en góndolas por coches se camina.  
Los gatos en efeto  
Son del amor un índice perfeto,  
Que á lo demas prefiere,  
Y quien no lo creyere  
Asómese á un tejado,  
En frias noches de un invierno helado,  
Cuando miren las Hélices nocturnas  
Las estrelladas urnas  
Del frígido Acuario,  
Verá de gatos el concurso vario  
Por los melindres de la amada gata,  
Que sobre tejas de escarchada plata  
Su estrado tiene puesto,  
Y con mirlado gesto  
Responde á los maúlllos amorosos  
De los competidores,  
No de otra suerte oyendo sus amores,  
Que Angélica la bella,  
De Ferragut y Orlando,  
Amantes belicosos,  
Cuando andaban por ella  
Sin comer ni dormir, acuchillando  
Franceses y españoles,  
De que no se le dió dos caracoles.  
¿Qué cosa puede haber con que se iguale:  
La paciencia de un gato enamorado,  
En la canal metido de un tejado

Hasta que el alba sale,  
 Que en vez de rayos coronó al oriente  
 De carámbanos frígidos la frente?  
 Pues sin gaban, abrigo, ni sombrero,  
 Felo oriental le mirará primero,  
 Que él deje de obligar con tristes quejas,  
 Las de su gata rígidas orejas,  
 Por mas que el cielo llueva  
 Mariposas de plata cuando nieva.

Mas, dejando cansadas digresiones,  
 Que el retórico tiene por viciosas,  
 Aunque en breves paréntesis gustosas,  
 Presos los dos gatíferos campeones  
 Por no querer hacer las amistades,  
 Y responder soberbias libertades,  
 Dicen que Zapaquilda  
 Y la bella Micilda  
 Tapadas de medio ojo,  
 Con sus mantos de humo,  
 Que es llegar á lo sumo  
 De un amoroso antojo,  
 Fueron á ver sus presos,  
 Que en tanta autoridad tales excesos  
 Parecen desatino.  
 En fin, Micilda enamorada vino,  
 Con que á toda objecion amor responde;  
 Así la infanta doña Sancha al conde  
 Garcí-Fernandez preso visitaba  
 En la oscura prision del rey su padre,  
 Dicen que con deseos de ser madre,  
 Que habia dias que sin él estaba.  
 Cada cual de las dos imaginaba

Que la otra venia  
Por el que ella queria,  
Y con este engañado pensamiento,  
Que nunca tienen mucho fundamento  
Los celos , comenzaron á mirarse,  
En manifestacion de sus enojos,  
Tirándose relámpagos los ojos.  
¡O quien las viera entonces levantarse  
Sobre los pies derechas  
A ver si eran verdades las sospechas,  
Y de ser descubiertas recatarse:  
Condicion de los celos esconderse,  
Quererse declarar y no atreverse!  
Que como son desprecio del paciente  
Huyen de que se entienda lo que siente;  
Que amor siempre se tuvo por nobleza,  
Y los celos por acto de bajeza,  
Como si amor pudiese estar sin celos,  
Que mas pueden estar sin sol los cielos:  
Testigos Juno y Pocris á quien llora  
Céfalo por los celos de la aurora.  
En fin, despues de sufrimiento tanto,  
Quitó Micilda de la cara el manto  
A la siempre celosa Zapaquilda,  
Y ella, echando las uñas á Micilda,  
Con el rebozo el moño.

No suele por los fines del otoño  
Quedar la vid ñudosa en los sarmientos,  
De los marchitos pámpanos robada,  
Sin resistencia á los primeros vientos;  
Que con nevado soplo y boca helada  
Cierzo dejó cadaver con la fiera

Mano que floreció la primavera,  
Como las dos quedaron en la rifa;  
Ni Fatima y Jarifa  
Por el abencerrage Abindarraez:  
Ni por Martin Pelaez,  
Que del Cid heredó la valentía,  
Doña Urraca y María de Meneses,  
Aquella á quien pedia  
Con palabras corteses  
Las nueces su galan, si no bailaba;  
Así celoso amor las provocaba.  
En fin, á puros tajos y reveses  
De las rapantes uñas aguileñas,  
Desmoñadas las greñas  
Y el soliman raído,  
Quedaron desmayadas sin sentido,  
Haciendo cada cual la gata-morta.  
No fué con esto la prision mas corta;  
Pero salieron de ella finalmente:  
Que el tiempo con los bienes ó los males,  
Dejando siempre atras todo accidente,  
Que fué final acción de los mortales,  
Vuela sin detenerse  
Dejándose llevar para perderse.  
Así pasó la gloria de Numancia,  
Y la brava arrogancia  
De la fuerte Sagunto,  
Porque la tierra toda es solo un punto  
De la circunferencia de los cielos.  
Pero ¿que desatino de las musas  
Me lleva á tan extrañas garatusas?  
Las iras del amor y de los celos

Pasaron adelante  
En uno y otro amante.  
Pero Marramaquiz, aconsejado  
De sus amigos, remitió el cuidado  
Al amor de Micilda:  
Mas, como el que tenia á Zapaquilda  
Era del alma verdadero afeto,  
Aunque disimulaba á lo discreto,  
Andaba triste y de congojas lleno.  
¡Miseró del que vive en cuerpo ageno,  
Y por un amoroso desvarío  
Pierde la libertad del albedrío,  
Que no la compra el oro,  
Porque es de todos el mayor tesoro!  
Tenia las mandíbulas de suerte  
Que era un retrato de la muerte fiera,  
Aunque es yerro pintarla calavera,  
Porque aquella es el muerto, no la mujer.  
La muerte ha de pintarse una figura  
Robusta, de cruel semblante airado,  
Los fuertes pies en una piedra dura,  
Fino sepulcro en pórfido labrado,  
Con reyes y monarcas  
Hasta el que calza rústicas abarcas,  
Damas que sujetaron capitanes,  
Y en ásperas naciones  
Por bárbaras regiones  
De fieros mamelucos y soldanes;  
Y pintadas al uno y otro lado  
La enfermedad, la guerra y la desgracia,  
Parcas que tantas muertes han causado  
Por tantos desconciertos;



Que huesos ya no es muerte, sino muertos:  
No aprovechaba la hermosura y gracia  
De Micilda á quitar al pobre amante  
La memoria teñaz que amor escribe  
Con la flecha cruel en el diamante  
Del alma donde vive,  
Y compitiendo con el tiempo quiere  
Que viva en ella cuando el cuerpo muere.

En estos medios Mizifuf intenta,  
A su competidor viendo remoto,  
Por medio de Garrullo su compadre,  
Que habia sido gato en una venta,  
Pedirla por muger á Ferramoto  
De Zapaquilla padre.  
Propúsole Garrullo  
Con prudente maúllo  
Las partes de su amigo,  
Como de ellas testigo,  
Sin otras consecuencias  
Que atajaban celosas diferencias.  
Ferramoto era un gato  
De buen entendimiento y de buen trato,  
Cano de barba y negro de pellejo,  
Persona que en la verde primavera  
De sus años jamas en la ribera  
De Manzanares se le fué conejo;  
Porque sirvió de galgo  
A cierto pobre y miserable hidalgo  
Que con él se alumbraba:  
Y de suerte de noche relumbraba,  
Que pensando una moza que era lumbre  
Las niñas de los ojos que brillantes

En la ceniza estaban relumbrantes,  
Yendo al hogar, como era su costumbre,  
Sin pensar darle enojos,  
Le metió la pajuela por los ojos.  
Nunca sin esto gato marquesote  
Oposicion le hizo:  
Oyó de buena gana lo propuesto,  
Y del novio galan se satisfizo,  
Aunque llegando á concertar el dote,  
De seca mimbre un cesto  
Dijo que le daria,  
Que de cama de campo le servia,  
Seis sábanas de lienzo de narices,  
Con algunos fragmentos por tapices  
De viejos reposteros,  
Cuatro quesos añejos casi enteros,  
Y una mona cautiva que tenia,  
Que hablaba en lengua culta y la entendí  
Sin otras menudencias.  
Con estas conveniencias  
Las capitulaciones se firmaron,  
Y el dia de la boda concertaron.  
Marramaquiz estaba  
En ocasion tan triste,  
Como por burla y chiste,  
Jugando á la pelota  
Con un raton á quien pescó de paso;  
Que de un baul de versos del Parnaso  
A una maleta rota,  
Aunque llena de pleitos y escrituras,  
Pasaba haciendo gestos y figuras.  
Tal suele acontecer un triste caso,

En medio de la vida,  
Que no hay seguridad en cosa humana.  
Ya con veloz corrida  
Daba esperanza vana  
Al mísero animal, ya le volvía,  
Ya le arrojaba en alto  
Mojado de temor, de aliento falto,  
Y en medio del camino le cogía  
Como quien tira al vuelo,  
Diciendo; tente, como al agua al hielo;  
Ya con las manos mizas  
Le daba por los lados.  
Algunos bofetones regalados,  
Cuando llegó Tomizas;  
Tomizas su escudero, y sin aliento  
Le dijo el casamiento concertado  
De Mizifuf y Zapaquilda ingrata.  
Y sintiendo perder su dulce gata,  
Dejó al pobre animal que desmayado  
Apenas acertaba con la vida;  
Mas puesto en fuga la libró perdida:  
Que quien no ha de morir, si la fortuna  
Revoca la sentencia,  
Nunca le falta diversion alguna  
En aquella dichosa intercadencia.  
A Tomizas en fin la diligencia  
Valió una manotada con la zurda,  
Que cuando no le aturda  
No es poco para zurda manotada  
Que le dejó la cara desgatada.  
Esto gana traer del mal albricias:  
¡O cuanto, Amor, de la razón desquicias

Un noble caballero!  
Por eso ningún page ni escudero  
Se fie en la privanza,  
Que es fácil en señores la mudanza;  
Y el Sol es gran señor y nunca para  
En rueda mas inmutable; á la fortuna  
Se parece la dama doña Luna,  
Que nunca vemos de una misma cara.  
Dejando la pelota el triste amante,  
De celos y de amor perdido y loco,  
Que la vida y la honra tiene en poco,  
Vino á su casa con tristeza tanta  
Que se metió debajo de una manta,  
Y luego provocado á mayor furia  
De una carrera se subió al tejado.  
Así desnudo Orlando, provocado  
De no menor injuria,  
Cuando leyó los rótulos del moro  
Que decían: «Amor, que sin decoro  
En la buena fortuna te gobiernas,  
Aquí gozó de Angélica Medoro»  
En el papel de las cortezas tiernas  
De aquellos olmos de su bien testigos,  
Para el francés Orlando cabra-higos;  
Bajó Marramaquiz desesperado,  
Y entrando en la cocina,  
Sin respeto de Paula y de Marina,  
Esclavas del ausente licenciado,  
Como laureles y álamos las mira  
Donde Climéne por Faeton suspira,  
Los pucheros y cántaros quebraba,  
Vertió la olla en la sazón que hervía;

Y llamando á Borbon horror decia.  
Y á tanto mal llegó su desatino  
Que sacó media libra de tocino  
Que andaba como nave en las espumas,  
Y si no se lo quitan se lo mama:  
Tanto pueden los celos de quien ama.  
Una perdiz con plumas  
Quiso tragarse, y no dejaba cosa  
Que no la deshiciese  
Por alta que estuviese:  
Trepaba la lustrosa  
Reluciente espetera,  
Derribando sartenes y asadores:  
Y con estas demencias y fúrores  
En una de fregar cayó caldera,  
(Trasposicion se llama esta figura)  
De agua acabada de quitar del fuego,  
De que salió pelado.  
Pero viniendo luego  
El señor licenciado,  
Dijo: que era veneno que tendría  
Algun vecino que matar queria  
Ratones de su casa,  
Hecha de rejalgar traidora masa,  
Y á su servicio ingrato  
Por matar los ratones mató el gato.  
Y dijo bien segun los aforismos  
De Nicandro, que son los celos mismos  
Un veneno tan súbito, que apenas  
Toca la lengua, cuando ya las venas  
Y el corazon abrasan:  
Tan presto al centro de la vida pasan,

Que no hay frias cicutas, ni anapelos  
Como solo un escrúpulo de celos.  
En fin, de ver al gato lastimado,  
Que le habia criado,  
Envió por triaca,  
Que todo venenoso ardor aplaca,  
De la magna que hacen en Valencia,  
De que tenia una redoma sola  
Cierta farmacopóla:  
El gato con paciencia,  
Respeto de su dueño,  
Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

## SILVA V.

O tú, *don Lope*, si por dicha ahora  
Por los mares antárticos navegas,  
Ó surto en tierra cuando al puerto llegas  
Preguntas á la aurora  
Que nuevas trae de la bella España  
Donde tus prendas amorosas dejas,  
Y por regiones bárbaras te alejas;  
Ó miras en los golfos  
De la naval campaña  
Por donde vino Júpiter á Europa  
Encima de la popa  
Sin velas de Mauricio ni Rodolfos,  
Mas traidores que fue Vellido de Olfos,  
Serenó el rostro en la dormida Tetis  
De la airada Anfitrite,  
Mas que en Sevilla corre humilde el Betis,  
Cuando á la mar permite

La luna barquerola,  
No por las nubes de color de Angola,  
Una punta á la tierra y la otra al cielo,  
De pocas luces salpicando el velo!  
Escucha en voz mas clara que confusa  
Mi gatífera musa,  
Y no permitas, *Lope*, que te espante  
Que tal sujeto un licenciado cante  
De mi opinion y nombre,  
Pudiendo celebrar mi lira un hombre  
De los que honraron el valor hispano,  
Para que al resonar la trompa asombre  
*Arma virumque cano.*  
Que como no se usa  
El premio, se acobarda toda musa;  
Porque, si premio hubiera,  
Del Tajo la ribera  
Oyera en trompa bélica sonora  
Divinos versos, hijos del aurora.  
Por esto quiere mas que ver ingratos  
Cantar batallas de amorosos gatos,  
Fuera de que, escribieron muchos sabios  
De los que dice Persio que los labios  
Pusieron en la fuente cabalina,  
En materias humildes grandes versos.  
Mira si de Virgilio fueron tersos,  
Cuya princesa pluma fue divina,  
Cuando escribió el *Moreto* que en la lengua  
De Castilla decimos *Almodrote*,  
Sin que por él le resultase mengua,  
Ni por pintar el picador *Mosquito*.  
Y ¿quien habrá que note,

Aunque fuese satírico Aristarco,  
De Ulises el diálogo á Plutarco?  
La calva en versos alabó Sinesio,  
Gran defecto Tartesio,  
Quiere decir que hay calvos en España  
En grande cantidad, que es cosa extraña,  
Ó porque nacen de cerebro ardiente.  
Y tambien escribió del transparente  
*Camaleon* Demócrito,  
Y las *cabañas rústicas* Teócrito,  
Y tanta filosófica fatiga  
Diócles puso en alabar el *nabo*,  
Materia apenas para un vil esclavo,  
El *rábano* Marcion, Fancias la *ortiga*,  
Y la *pulga* don Diego de Mendoza,  
Que tanta fama justamente goza.  
Y si el divino Homero  
Cantó con plectro á nadie lisonjero  
La *Batracomimaquia*,  
¿Por que no cantaré la *Gatomaquia*?  
Fuera de que, Virgilio conocia  
Que á cada cual su genio le movia.  
Ya todo prevenido  
Para el tálamo estaba,  
Y el día estatuido  
La posesion llamaba  
A la esperanza de los dos amantes:  
Mas muchas veces con peligro toca  
El vidrio lleno de licor la boca.  
Alegres los vecinos circunstantes,  
Convidados los deudos y parientes,  
Y escrito á los ausentes,



Que en tales ocasiones mas atentos  
Están á la verdad los cumplimientos.  
Solo Marramaquiz, gato furioso,  
Lamentaba celoso  
Sus penas y cuidados  
Por altos caballetes y tejados  
En que su voz resuena,  
Cual suele por las selvas Filomena,  
Que ha perdido su dulce compañía,  
Con triste melodía  
Esparcir los acentos de su pena,  
Trinando la dulcísima garganta  
Que á un tiempo llora y canta;  
O como perro braco  
Que ha perdido su dueño,  
Ó flamenco ó polaco,  
Que ni se rinde al sueño,  
Ni el natural sustento solicita,  
Aunque en cantar no imita  
Al ruiseñor suave;  
Que una cosa es el perro y otra el ave,  
Y á cada cual su propio oficio enadra,  
Porque si canta el ave, el perro ladra.  
Tenia ya Ferrato  
En un zaquizamí curiosamente  
La sala aderezada  
De uno y otro retrato  
De helicosa, cuanto ilustre gente,  
Que las efigies son de los mayores  
El mas heroico ejemplo,  
De la perpetuidad glorioso templo;  
Como se ven del Taborlan y Eneas

Y en Calvo el de las fuerzas giganteas,  
En Juan de Espera en Dios y en Transilvano,  
En Pirro griego y Scévola romano.

Alli estaba Gafurio,  
Que ganó la batalla de las monas,  
De grave gesto y de nacion ligurio,  
Y otros gatos con cívicas coronas,  
Navales y murales,

Y al laurel de los césaes iguales.  
No faltaban el Túmire y el Mocho,  
Ni con el descolado Hociquimocho,  
Que asistia en las salas del cabildo,  
Y el armado Mufildo,

Mas de valor que acero,  
Ni Garavillos, gato perulero.

Estaba el rico estrado,  
De dos pedazos de una vieja estera  
Hecha de barandilla,  
De ricas almohadas adornado.

En tarimas de corcho, y por de fuera  
El grave adorno de una y otra silla,  
Con tanta maravilla,  
Que si un culto le viera

Es cierto que dijera

Por únicos retóricos pleonasmos:

*Pestañeando asombros, guiñó pasmos.*

Ya las sombras cayendo

De los mayores montes

A los humildes valles

Enlutaban los claros orizontes,

Y el mecánico estruendo

En las vulgares calles

Cesaba á los oficios;  
Tráfagos y bullicios  
Encerraba el silencio en mudos pasos;  
Y á diferentes casos  
La ronda y los amantes prevenian  
Las armas que tenian,  
Cuando á la luz huyendo la tiniebla  
De alegres deudos el salon se puebla.  
Vino Calvillo de fustan vestido  
De patas de conejo guarnecido,  
Gregüesco y saltambarca,  
Mas amante de Laura que el Petrarca,  
Por una gata de este nombre propio,  
Aunque parezca en gatos nombre impropio:  
Pero si llaman á una perra Linda,  
Diana, Rosa, Fatima y Celinda,  
Bien se pudo llamar Laura una gata,  
De pie bruñido como tersa plata.  
Maús de bocací trujo gregüesco,  
Cuero de cordoban, gorron tudesco:  
Y de negro con mucha bizarría,  
Zurron, gato mirlado,  
De medias y de estómago colchado:  
Ranillos que bajó de Andalucía  
De conejo en conejo  
Por la Sierra Morena  
A ver del Tajo la ribera amena,  
Con el cano Alcubil, su padre viejo:  
Gruñillos y Cacharro,  
La nata y flor del escuadron bizarro:  
Marrullos y Malvillo  
Uno de raso azul y otro amarillo;

Garron, Cerote y Burro,  
Gatos de un zapatero.  
¿Mas para qué discurro  
Con verso torpe y proceder grosero,  
Cuando lo menos de lo mas refiero;  
Si me aguardan las damas que aquel dia  
Mostraron cuidadosa bizzarria?  
Vino Miturria bella,  
Motrilla y Palomilla,  
La flor de la capela y de la villa,  
Y cada cual en la opinion donçella,  
Cosa dificultosa:  
Por eso es bien que la muger hermosa  
Cuando honesta se llama  
Tenga por obras el perder la fama:  
Y entre todas fue rara la hermosura  
De la bella y discreta Gatifura,  
Y vestida de nacar Zarandilla,  
La gata mas golosa de Castilla.  
Ocupadas las sillas y el estrado,  
Salió Trevejos, gato remendado,  
Y sacando á la bella Gatiparda  
Comenzaron los dos una gallarda  
Como en París pudiera Melisendra;  
Y luego con dos cáscaras de almendra  
Atadas en los dedos, resonando  
El eco dulce y blando,  
Bailaron la chacona  
Trapillos y Maimona,  
Cogiendo el delantal con las dos manos,  
Si bien murmuracion de gatos canos.  
Mas ya, Musas, es justo

Que me deis vuestro aliento y vuestro gusto  
 Canoro si, mas claro,  
 Que parezca de un nuevo Sanazaro:  
 Denme vuestros cristales en los labios,  
 Que de ignorantes me los vuelvan sabios,  
 Que Zapaquilda de la mano sale  
 De doña Golosilla, su madrina.  
 Saya entera de tela columbina,  
 De perlas arracadas  
 En listones de nácar enlazadas,  
 La cabeza de rosas primavera  
 Mas estrellada que se ve la esfera,  
 El blanco pelo rubio á pura gualda  
 Y un alma en cada niña de esmeralda,  
 De cuyos garabatos  
 Colgar pudieran las de muchos gatos,  
 Chapines de tabí con sus virillas,  
 Entre una y otra descubriendo espacios  
 De la roja color de los topacios,  
 De nuestra edad y siglo maravillas:  
 Que lo que ser solía  
 Un medio celemin con ataujía,  
 Un pirámide es hoy de tela de oro,  
 Y cuestan sus adornos un tesoro,  
 Que ponen miedo de casarse á un hombre,  
 Subiendo el dote á un número sin nombre,  
 Si piensa sustentar traje tan rico.  
 Sentóse al fin mirlándose de hocico,  
 Y prosiguió la fiesta de la danza  
 Contra la posesion de la esperanza.  
 ¡Mas quien dijera que saliera incierta!  
 Marramaquiz entrando por la puerta

Vencido de un frenético erotismo,  
Enfermedad de amor, ó el amor mismo,  
Suspenso y como atónito el senado  
De ver de acero y de furor armado  
Un gato en una boda  
Donde es propia la gala y no el acero,  
Alborotóse todo:  
Y Zapaquilda viéndole tan fiero  
Humedeció el estrado, y con mesura  
Comunicó su miedo á Gatifura,  
Si bien consideraba,  
Que entonces Mizifuf ausente estaba,  
Porque solo esperaban que viniese,  
Y que la mano práctica le diese,  
De que ya la teórica sabia,  
Que confirmase tan alegre día.

En esta suspension todos turbados  
Marramaquiz abrió los encendidos  
Ojos, vertiendo de furor centellas,  
Los dejó temerosos y admirados,  
Imprimiendo esta voz en sus oídos:  
Al aliento feroz de sus querellas:  
«Villanos descorteses,  
Mas falsos y traidores  
Que moros y holandeses,  
Porque siendo fautores  
No sois en las maldades inferiores:  
Escuadron de gallinas,  
Junta de gatos viles,  
Que no de bien nacidos,  
Bajos habitantes de cocinas  
Entre asadores, ollas y candiles,

Donde, como á cobardes y abatidos,  
La mas humilde esclava os apalea:  
No trocando jamas la chimenea  
Por la guerra marcial y sus rebatos,  
Lamiendo lo que sobra de los platos,  
Y durmiendo el invierno cuando eriza  
Los cabellos el hielo  
Revueltos en la cálida ceniza,  
Hasta que ardiente el sol corona el cielo:  
Yo soy Marramaquiz, yo soy, villanos,  
El asombro del orbe,  
Que come vidas y amenazas sorbe;  
Aquel de cuyos garfios inhumanos,  
Leon en el valor, tigre en las manos,  
Hoy tiemblan justamente  
Las repúblicas todas  
Que desde el norte al sur por varios mares  
Miran de Eébo la dorada frente,  
Y el que ha de hacer que tan infames bodas  
Y con tantos azares  
Sean las de Hipodamia,  
Esta en vosotros resultando infamia.  
¡O Musas! este gato habia leído  
A Ovidio, y por ventura  
De la fábula de Hércules queria  
El ejemplo tomar, pues atrevido  
Hércules se figura,  
Y los gatos Centauros que aquel dia  
Murieron á sus manos,  
Porque no fueron pensamientos vanos  
Los de sus celos locos,  
Pues de sus manos se escaparon pocos,

Llamándolos traidores Mauregatos:  
Y levantando una cuchar de hierro  
A eterno condenándolos destierro,  
Fué Tamborlan de gatos,  
Haciendo mas estrago su arrogancia,  
Que en Cartago y Numancia  
El Romano famoso.  
A un gato que llamaban el Raposo,  
Mas que por el color, por el oficio,  
La cara que no tuvo reparada  
Quitó de una valiente cuchillada,  
Imposible quedando al beneficio:  
Y de un reves que sacudió á Garrullo  
Dió el último maúllo:  
Cortó una pierna al mísero Trevejos,  
Gran cazador de gansos y conejos:  
Desbarató el estrado  
Que pensaron guardar gatos bisoños  
Con cucharas de palo por espadas,  
Que de galas quedó todo sembrado,  
Naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,  
Rosetas, gargantillas y arracadas,  
Chapines, orejeras y zarcillos:  
Y porque defendió llegar Malvillos  
A robar á la novia, dió dos cabeas,  
Como Hércules á Licas,  
Y quebrando con él á dos boticas  
Desde una claraboya  
Cuanto componen purgas y jarabes.  
Ni á vista de sus naves  
Fué mas furioso Aquiles cuando en Troya  
Le dijeron la muerte de Patroclo;



Ni con mazo ni escoplo  
Tantas astillas quita el carpintero,  
Como vidas quitó celoso y fiero;  
Ni mas sangriento Nero  
La misera plebeya  
Gente miró quemar desde Tarpeya.

En fin, llegando donde ya tenia  
Zapaquilda la vida por segura  
Le dijo: «tente, ¿donde vas perjura?»  
Ella temblando respondió turbada:  
«Huyendo el filo de tu injusta espada  
Que se quiere vengar de mí inocencia  
Con tan fiera insolencia,  
Quitándome mi esposo:  
Pero yo me sabré quitar la vida,  
Polifemo de gatos.»  
«Ojos hermosos siempre, y siempre ingratos,  
(Le respondió furioso)  
¿De esa manera hablais en mi presencia?  
¡O gata la mas loca y atrevida!  
Yo soy solo tu esposo, fementida.  
Y al villano que piensa así sacarte  
Con este casamiento, será parte  
De estas enamoradas uñas mías,  
Que vencen las Harpías;  
Verás, si no me huye,  
Y el bien que me quitó me restituye,  
Como le mato, y desollando el cuero  
Le vendo para gato de dinero.»  
«Si tú (le respondió) mi dulce esposo  
Me matares tirano,  
Yo con mi propia mano

Me quitaré la vida.»  
Furioso entonces sobre estar celoso,  
De donde estaba ¡ay mísera! escondida,  
Trasladóla á sus brazos inhumano,  
Cual suele yedra á los del olmo asida  
Tregar lasciva á la pomposa copa,  
Vistiendo el tronco de su verde ropa  
De verdes lazos y corimbos llena.  
Así París robó la bella Helena,  
Las naves aguardando en la marina;  
Y así fiero Pluton á Proserpina.  
Ella entonces llamaba  
A Mizifuf á voces,  
Que no la oía porque ausente estaba.  
Al fin, tirando coces  
Se le cayó un zapato:  
Mas ni por eso se dolió el ingrato,  
Viendo correr las lágrimas por ella;  
Y él corriendo con ella,  
Que ni deudo ni amigo la socorre,  
La puso de su casa en una torre,  
Como tuvo Galvan á Moriana:  
Tal es del mundo la esperanza vana,  
Porque quien mas en los principios fia,  
No sabe á donde ha de acabar el día.

## SILVA VI.

Cuando el soberbio bárbaro gallardo  
Llamado Rodamonte,  
Porque rodó de un monte,  
Supo que le llevaba Mandricardo  
La bella Doralice,  
Como Ariosto dice,  
A diez y seis de agosto,  
Que fué muy puntual el Ariosto,  
Cuenta que dijo cosas tan extrañas  
Que movieran de un bronce las entrañas,  
Prometiendo arrogante  
No ver toros jamas, ni jugar cañas,  
Aunque se lo mandasen Agramante,  
Rugero y Sacripante,  
Ni comer á manteles,  
Ni correr sin pretal de cascabeles,  
Ni pagar, ni escuchar á quien debiese,  
Porque mas el enojo encareciese,  
Ni dar á censo, ni tomar mohatra,  
Ni pintar con el aspid á Cleopatra.  
Y lo mismo decia cuando el rapto  
De Helena fementida  
El griego rey Atrida  
Contra el pastor para traiciones apto,  
Que dió en el monte Ida  
En favor de Acidalia la sentencia;  
Que hay muchas en la Vera de Plasencia,  
Que vienen mas tempranas,  
Si las hacen los ojos

De juveniles bárbaros antojos:  
Que aun no repara en canas  
Esto que todos llaman apetito,  
Y mas donde no tienen por delito  
Que la santa verdad corrompa el premio.  
Mas todo este proemio  
Quiere decir en suma,  
Aunque era campo de extender la pluma,  
Lo que el valiente Mizifuf, oyendo  
El suceso estupendo  
Del robo de su esposa,  
Helena de las gatas,  
Dijo con voz furiosa,  
Cuando galan venia á desposarse,  
Tan imposible ya de remediarse:  
De las tremantes ratas  
Fugitivo escuadron con pies ligeros  
Temeroso ocupó los agugeros:  
Y arrojando la gorra,  
Que fué de un ministril de Calaborra,  
Hizo temblar la tierra,  
A fuego y sangre prometiendo guerra.  
Ferrato, ya perdida la esperanza,  
Mesándose las barbas y cabellos  
Blancos, que nunca blancos fueron bellos,  
Culpaba su tardanza,  
Porque las dilaciones  
Pierden las ocasiones,  
Porque en la calva tienen un copete,  
Que solo se le coge el que acomete,  
Porque aguardar á que la espalda vuelva  
Es seguir un venado por la selva:

Que alcanzarle no fuera maravilla  
Quien le fuera siguiendo por la villa.  
Mizifuf la tardanza disculpaba  
Con que lejos vivia  
El zapatero que esperando estaba:  
¡O cuantos males causa un zapatero!  
Y que despues calzarle no podia,  
Aunque los dientes remitiese al cuero,  
Las botas justas que con calza larga  
Era la gala entonces , que por fresco  
Dicen autores que mató el gregüesco,  
Por quitar la opresion de tanta carga.  
¡O quien para olvidar melancolías,  
De las que no se acaban con los dias,  
Un gato entonces viera  
Con bota y calza entera!  
¿Pero donde me llevan niñerías  
Que en Italia se llaman bagatelas;  
Ingiriendo novelas  
En tan funestos casos,  
Mas dignos de Marinos y de Tasos,  
Que de Helicon son solos y soles,  
Que de mis versos rudos españoles?  
Lloraba Mizifuf, lloraba fuego,  
Que fuego lloran siempre los amantes,  
Arrojando los guantes,  
A quien los cultos llaman quirotecas,  
(¡O bien hayan Illescas y Ballecas!)  
Sin admitir un punto de sosiego,  
Como en París el moro, en Troya el griego.  
No suele de otra suerte pasearse  
Quien tiene algun extraño desconcierto,

Sin que pueda apartarse  
Del negocio que trata,  
Pálido el rostro , de sudor cubierto,  
Como ya por su honor , ya por su gata  
Inquieto Mizifuf se condolia  
Por dilatar de su venganza el dia,  
En tanto pues que amigos y parientes  
Consultaban el modo  
Como acabar del todo  
Agravios tan infames é insolentes;  
Marramaquiz estaba  
Solicitando el pecho  
De Zapaquilda de diamantes hecho,  
Que en la dura prision perlas lloraba  
A guisa de la Aurora  
Que parece mas bella cuando llora;  
Que la muger hermosa,  
Cuando baña la rosa  
De las mejillas con el tierno llanto,  
Aumenta la hermosura,  
Si no da voces y en el llanto dura.  
Marramaquiz en tanto  
Produciendo concetos,  
De su locura efetos,  
Ya en prosa, ya en poesia,  
Desvelado la noche , y triste el dia,  
Se alambicaba el mísero cerebro.  
No dejaba requiebro  
Que no imitase tierno á los orates,  
Que el mundo amantes llama,  
Y de la tierna dama  
Amores y cariños,

Hasta los disparates  
Que les dicen las amas á los niños  
Cuando les dan el pecho las mañanas  
Con intrínseco amor diciendo ufanas:  
Mi rey, mi amor, mi duque, mi regalo,  
Mi Gonzalo; mas esto solamente  
Si se llama Gonzalo,  
Porque fuera requiebro impertinente  
Si se llamára Pedro, Juan ó Hernando:  
Que convienen las flores con los frutos,  
Y á las cosas tambien sus atributos.

Estaba el sol apenas matizando  
Las plumas de las alas de los vientos,  
Dando á los dos primeros elementos,  
Esmeraldas al uno, al otro plata,  
Quando salia por su amada gata  
Al soto de Luzon el triste amante,  
Sin respetar al arcabuz tronante,  
A buscar el gazapo entre las venas  
De la tierra, que apenas  
Salir al campo osaba,  
Y de una manotada le pescaba.  
No habia pez, ni pieza  
De vaca en la cocina,  
Que en volviendo Marina  
A buscar otra cosa la cabeza,  
No caminase ya por los tejados  
Para el dueño cruel de sus cuidados,  
Tan ligero, veloz, tan atrevido,  
Que no paraba sin hacer ruido  
Hasta sacar la carne de la olla,  
Del asador la polla,

Aunque sacase, por estar ardiendo,  
Ó pelada la mano ó con ampolla,  
Fufú, fufú diciendo.

¡O amor! y cuantas vèces  
De la misma sarten sacó los peces  
Sin cucharas de hierro, ni de plata,  
Y la cruel á mas amor, mas gata!

«¿Es posible (decia  
Con lastimosas quejas)

*¡O mas dura que mármol á mis quejas,*  
(Porque el gato las églogas sabia)

*Y al amoroso fuego que me enciende  
Mas helada que nieve, Galatea!*

Que de mi fuego el hielo te defiende  
De ese pecho cruel, que me desea

La muerte, que antes sea

La de tu Adonis Mizifuf cobarde,

Que gozarás, cruel, ó nunca ó tarde,

Que no te duelen tantas penas mias,

Ni el verte tantos dias

Cautiva en esta torre,

Que ni te viene á ver ni te socorre,

Que para aborrecerle te bastaba?

Micilda me buscaba,

Micilda me queria,

Por tí la aborrecia

Siendo gata de bien, siendo estimada

Por honesta doncella, y retirada

De amigas, de papeles y paseos,

Que clandestinos trazan himeneos.

¿Que no dejé por tí, que te has casado

Con un gato afrentado, que si fuera



Afrenta entre los hombres el ser gato,  
Que la costumbre toda ley altera,  
Solo éste fuera gato por ingrato?»  
«No te canses (la gata respondia  
Con ojos zurdos de Neron romano)  
Marramaquiz tirano,  
Que siendo como es justa mi porfia,  
Ni he de temer tus daños,  
Ni me podrás vencer con tus engaños.»  
¿Que obstinacion, que furia  
Te obliga, Zapaquilda, á tanta injuria?  
Mira que la nobleza  
De tu celoso amante,  
Siendo tan arrogante,  
A su misma cruel naturaleza  
Se rebela teniéndote respeto,  
Añadiendo al ser noble el ser discreto.  
Este apóstrofe ha sido  
Justamente advertido  
A la gata cruel desamorada,  
Por lo que á los retóricos agrada  
Que adornan la oracion con voces puras,  
Y sacan un retablo de figuras:  
Que cuanto á mí, jamas me atravesára  
Con gente de uñas y de mala cara.  
Ya Mizifuf en casa de Ferrato  
Juntaba deudos, procuraba amigos,  
De su dolor testigos,  
Acusando el cruel bárbaro trato  
Del comun enemigo, que este nombre  
Como al Turco le daba:  
Y porque mas de su maldad se asombre,

El robo de su esposa exageraba:  
Que cada cual en su dolor y pena  
Hasta una gata puede hacer Helena.  
Estando pues sentados en secreto  
En el záquizamí de su posada,  
Dijo á la noble junta lastimada  
Con triste voz de su desdicha efeto:  
«Aquel justo conceto  
Que de vuestro valor tengo formado,  
Me excusa de retóricos ambages,  
Amigos y parientes,  
Si estuvisteis presentes  
A la dura ocasion de mi cuidado,  
De que tan tarde me avisaron pages,  
Que siempre llegan tarde los avisos,  
A los que son para su bien remisos;  
¿Con qué podré moveros?  
¿Con qué podré obligaros?  
¿Ó qué podré deciros  
Que pueda enterneceros,  
Que pueda provocaros,  
Si no son los suspiros  
Medias voces del alma,  
Cuando con el dolor la lengua calma?  
Este, que aquí no explico,  
Está diciendo el pálido semblante  
Lo que con muda lengua signifíco,  
Pues cuando mas la encumbre y adelante,  
Mas corto he de quedar: que los enojos  
Remiten la retórica á los ojos:  
Que la muda tristeza muchas veces  
El Démóstenes fué de la elocuencia,

DE LOPE DE VEGA.

Y mas donde son sabios los jüeces,  
Que excusan de captar benevolencia,  
Pues no pudiera Grecia en su Liceo  
Ver mas doctrina que en vosotros veo.  
Todos Platones sois , todos Catones;  
Mas podrá la razon que las razones.  
Yo vine provocado de la fama  
A ver de Zapaquilda la hermosura  
Por alta mar del hado conducido,  
Donde mis ojos encendió mi llama  
Fuego de fenix que á los siglos dura  
Opuestos á la muerte y al olvido.  
Si fuí favorecido,  
Si agradeció mi amor y pensamiento,  
Bien lo dice el tratado casamiento,  
Pues que nos veis con la ocasion perdida,  
Ella sin libertad, y yo sin vida;  
Cortés la quise sin violencia alguna,  
Que nunca fué violenta la fortuna.  
Cuando pagó mi amor , yo no sabia,  
Como quien era gato forastero,  
Que este tirano á Zapaquilda amaba.  
Con esto la primera luz del dia,  
Y con ella su cándido lucero  
En mis ojos brillaba  
Primero que en las flores,  
A su ventana repitiendo amores.  
Alli tambien en su primera estrella  
La noche me buscaba divertido  
Adorando las tejas,  
De sus balcones rejas,  
Y dulce elevacion de mi sentido,

Hasta que hablar con ella  
Envidioso traidor y fementido  
Me vió en su celosía,  
Donde probó mi amor su valentía.  
Resultó la prision, y es tan villano,  
Que ha engañado á Micilda,  
Y dándola su fé, palabra y mano  
De que será su esposo,  
Siendo cumplirla el acto mas honroso,  
Cuando me vió casar con Zapaquilda,  
En afrenta de todos sus parientes  
Y amigos que presentes  
Estuvieron atónitos al caso,  
Echando los mas graves por la tierra  
Como estaban de boda y no de guerra,  
Padeciendo mi sol tan triste ocaso,  
Se la llevó con atrevido paso;  
Celoso el corazon, la vista airada,  
Hiriendo á quien delante se le puso,  
Tanto que con Garraf de una guantada  
Los botes y redomas descompuso  
De un boticario que vivia en frente;  
Y como de repente  
En un perol cayese desde un banco,  
Todo lo revistió de ungüento blanco;  
Vertió una melecina,  
Y paró medio muerto en la cocina,  
En ocasion tan dura,  
En ocasion tan triste,  
Que es mármol quien las lágrimas resiste.  
Mas quiero epitomar mi desventura:  
Mi esposa me han robado,

Sin honra estoy: » Aquí si no fué mengua  
Fué el silencio la voz, los ojos lengua,  
Porque la grave pena  
Cortando la razon dejóle mudo.

Enterneciósse el ínclito senado  
Haciendo propia la desdicha agena,  
Luego que vió que proseguir no pudo.  
Y respondió Panzudo,  
Un gato venerable de persona,  
Aunque pelado de cabeza estaba,  
Cosa que á muchos buenos acontece:  
Si bien esto no fué lo que parece,  
Cuando á un amante viene la pelona;  
Mas golpe que le dió cierta fregona  
Que de un menudo que lavar pensaba  
Cuando menos atenta la miraba  
Asido del principio de una tripa,  
Que á la vista las manos anticipa,  
Le fué desenvolviendo hasta el tejado  
Como cordel de un cabo y otro atado,  
Del ovillo de sebo el laberinto:  
Y cada cual de todos participa  
De este dolor como si propio fuera,  
Dijo con el semblante mesurado  
En prudentes palabras desatado:  
«Con justa causa Mizifuz espera  
Verse favorecido,  
Y vengado tambien del atrevido  
Que le robó su esposa,  
Fatal desdicha de muger hermosa.»  
Y respondió Tomillo,  
Propia razon de gato mozalbillo:

«Por mí ya lo estuviera,  
Porque con estas uñas se la diera.»  
Pero Zurron que le miraba en frente,  
Le dijo: «Con un gato el mas valiente  
Que han visto los tejados de esta villa  
Mejor es, á la usanza de Castilla,  
Escribirle un papel de desafio.»  
«No es ese el voto mio,  
(Garrullo replicó) ni que se intente  
Venganza de victoria contingente:  
Que siempre ha estado en varias opiniones  
Si ha de haber desafio en las traiciones.  
Soy de voto que tome el agraviado  
Un arcabuz, y aguarde  
Al gato mas valiente, ó mas cobarde,  
Castigo del que vive descuidado  
Sin miedo del que agravia,  
Y propio efecto de la noche oscura.»  
«Si se pudiera ejecutar segura,  
Fuera venganza sabia,  
(Dijo Chapuz valiente,  
Gato de buenas partes)  
Mas son tantas las artes  
De ese Marramaquiz, gato insolente,  
Que no dará ocasion que se ejecute  
Por mucho que la noche el rostro enlute;  
Y de mi parecer mejor seria  
Querellarse del robo y castigalle  
Por términos jurídicos, y dalle  
Muerte que corresponda á la osadía.»  
«Dirán que es cobardía  
(Trevejos replicó) ni esa querella

Está bien al honor de una doncella,  
Que es poner su defensa en opiniones,  
Que se averigua mal con las razones  
Aquello que la causa pone en duda;  
Y no hay para mugeres lengua muda:  
Que ha dado el mundo en bárbaras querellas  
No pudiendo excusar el nacer de ellas.  
Pleitos aun no son buenos para gatos,  
Porque es gastar la vida y la paciencia:  
No hay que tratar de tratos ni contratos,  
Ni andar en pruebas ni esperar sentencia;  
Si aquesta injuria ha de quedar vengada  
Remítase á la pólvora ó la espada.»  
«Bien dice (respondió Raposo, haciendo  
Debido acatamiento al gran Senado)  
Trevejos, y no es justo,  
Aunque se apruebe lo que estais diciendo,  
Y quede á vuestro gusto sentenciado,  
Que deis al pueblo gusto  
Al teatro sacando neciamente  
Un gato con capuz y caperuza:  
Y no menor locura que se intente,  
No siendo Mizifuf el moro Muza,  
Tratar de desafíos  
Con quien sabeis que tiene tantos brios.  
Perdóneme Zurrón, Chapuz perdone,  
Y aunque la edad le abone,  
Me perdone Panzudo  
Si de su parecer mi intento mudo:  
Que el mío es juntar gente  
Para tan grave empresa conveniente,

Y formando escuadrones  
De caballos y armada infantería,  
De toda la parienta gatería,  
Hacer guerra al traidor, cercar la tierra,  
Y asestándole tiros y cañones  
Batirle la muralla noche y día,  
Hasta saber que gente le socorre:  
Porque si el campo Mizifuf le corre  
Y el sustento le quita,  
El que deje la plaza necesita;  
Ó en forma de batalla  
Asalta la muralla,  
Él se dará á partido,  
Ó le castigareis siendo vencido.  
Sacad banderas, pues, tóquense cajas  
Haciendo las baquetas  
Los pergaminos rajas,  
Terciad las picas, disparad cometas:  
Que así cobró su esposa en Troya el Griego  
Publicando la guerra á sangre y fuego.»  
Calló Raposo; y luego del Senado  
El voto conferido,  
En la guerra quedó determinado,  
Por ser de todos el mejor partido,  
Mas justo y mas honroso.  
Y dando Mizifuf, como era justo,  
Los brazos y las gracias á Raposo,  
Brotando humor adusto  
A hacer la leva de la gente parte.  
Perdona, Amor, que aquí comienza Marte,  
Y sale Tesifonte



A salpicar de fuego el horizonte:  
Suspende entre las armas los concetos:  
Pues das la causa, escucha los efetos.

## SILVA VII.

Al arma toca el campo Mizigriego,  
Contra Marramaquiz, gato troyano:  
Violento sube, aunque oprimido en vano,  
A la region elementar el fuego:  
Inquietan de los aires el sosiego,  
Con firme agarro de la uñosa mano,  
Banderas que con una y otra lista  
Trémulas se defienden á la vista,  
No permitiendo, pues no dejan verse,  
Que las colores puedan conocerse;  
Respondiéndose á coros  
Las cajas y los pífanos sonoros,  
Y al paso que se alternan,  
Siguiendo el son marcial los que gobiernan.  
Y luego los soldados  
De acero y de ante y de valor armados,  
Agujas del cabello por espadas,  
Y solo descubriendo las celadas,  
Por delante mostachos,  
Y por detras plumíferos penachos,  
Marchando con tal orden que la planta  
Donde el que va delante la levanta  
Estampa el que le sigue,  
Sin que el baston del capitan le obligue.  
Y al son de las trompetas resonantes  
Las picas á los hombros los infantes,

En quien la variedad y los colores  
Formaban un jardín de varias flores;  
A la manera que el abril le pinta  
En cultivada quinta.  
Las picas de los bravos marquesotes  
De varas de medir y de virotos,  
Y ya de los plebeyos  
Baquetas de Babiecas y Apuleyos,  
Sin escuadras gallardas  
Que llevaban en forma de alabardas  
Aquellos cucharones  
Con que suelen sacar alcaparrones,  
Y con las palas como medias lunas  
Las sabrosas de Córdoba aceitunas:  
Córdoba, donde nacen andaluces  
Góngoras y Lucanos;  
Y encendidas las cuerdas en las manos,  
No de Milan dorados arcabuces  
Llevaba la lucida infantería,  
Mas de huesos de piernas de carnero,  
Que gatos de uno y otro pastelero  
Trujeron á porfia,  
Que no fueron de gato de ventero  
Sospechosos en tales ocasiones;  
Y de huesos de vaca los cañones  
Para batir la torre.  
Con esto Mizifuf el campo corre,  
Y pone cerco al muro  
Armado de un arnes cóncavo y duro  
De un galápago fuerte,  
Que sin salir de sí le halló la muerte.  
La cabeza adornada

De un sombrero de falda levantada,  
De un trencellin ceñido,  
El pasador y hebilla guarnecido  
Con pluma verde oscura,  
Señales de esperanza con tristeza,  
Aunque la justa causa la asegura.  
Con tanta gentileza  
Al caballo arrimaba  
La estrella de la espuela,  
Y con la negra rienda le animaba  
A la obediencia del dorado freno  
De espuma y sangre lleno,  
Que sin tocar los céspedes volaba.  
No es nuevo el ver que vuela,  
Pues que pintan con alas al Pegaso  
Volando por las cumbres del Parnaso,  
Y vemos en Orlando el Hipogrifo,  
Monstruo compuesto de caballo y grifo.

Mas si dudáre alguno de que hubiese  
Caballos tan pequeños,  
Pareciéndole sueños,  
Y á la naturaleza le quisiese  
Quitar de milagrosa el atributo,  
Aunque sea sin fruto,  
La tácita objecion quedará llana  
Con irse de aquí á Tracia una mañana,  
Que esté desocupado  
De los negocios de mayor cuidado;  
Y verá los Pigmeos  
Que en la region de Trogloditas feos  
Tambien los pone Plinio,  
Que hizo de estos montes escrutinio,

Y en las lagunas del egipcio Nilo  
Otros autores por el mismo estilo,  
Que escriben que trayendo de Etiopia,  
Donde hay bastante copia,  
Dos Pigmeos á Roma (gente grave)  
Se murieron de colera en la nave.  
Homero les da patria al mediodía,  
Con su intérprete Eustacio;  
Mela, de Arabia en el ardiente espacio:  
Que el Sol Fenix mayores monstruos cria,  
Puesto que aunque confiesa tales nombres,  
Aristóteles niega que son hombres.  
Ni en su ciudad de Dios pasó en olvido  
El divino Africano los Pigmeos,  
Y Juvenal *Umbrípedes* los llama,  
Sin otros que han negado y defendido  
Esta opinion que divulgó la fama.  
Pero pues pintan monstruos semideos,  
Que por los montes van de rama en rama,  
Las poéticas trullas,  
Diciendo que batallan con las grullas,  
No será mucho que haya semihombres.  
Estos con cierta patria y ciertos nombres  
En la misma region caballos tienen  
De donde nuestros gatos se previenen:  
Que á hacer de solo un codo  
Hombres naturaleza,  
Como pintor que muestra la destreza  
A un naípe todo un cuerpo reducido,  
Y los caballos no del propio modo,  
Mayor monstruosidad hubiera sido  
De su instrumento ilustre y poderoso:

Que mal pudiera andar hombre muñeca  
En el lomo espacioso  
De un gigante babeiaca;  
Asi que , la objecion no es de provecho,  
Pues queda el argumento satisfecho.  
Demas que el lector puede, si quisiere,  
Creer lo que mejor le pareciere;  
Porque si se perdiese la mentira,  
Se hallaría en poéticos papeles,  
Como se ve en Homero describiendo  
A la casta Penélope, que admira,  
Por los amantes necios y crueles  
Tejiendo y destejiendo,  
Sin dejarla dormir de puro casta:  
Y lo contrario para ejemplo basta,  
Haciendo deshonesta  
Virgilio á Dido Elisa por Eneas,  
Como le riñe Ausonio;  
Aunque logró tan falso testimonio,  
Menos las aguas que pasó Leteas,  
Donde escribió Merlin con cuales iras  
Castigan al poeta sus mentiras.

Mas vuelve, ¡o Musa! tú, para que pueda  
Ayudarme el favor de tu gimnasio:  
Que para lo que queda,  
Aunque parece poco,  
Al señor Anastasio  
Pantaleon de la Parrilla invoco,  
Porque de su tabaco  
Me dé siquiera cuanto cubra un taco.  
Marramaquiz , aunque lo supo tarde,  
Habia hecho alarde

De sus gatos amigos,  
Y halló que para tantos enemigos  
Era su gente poca;  
Mas como la defensa le provoca,  
Las armas al asalto prevenia,  
Supuesto que tenia  
Poco sustento para cerco largo.  
Y cuidadoso de su nuevo cargo,  
Mas triste y desabrido  
Que poeta afligido,  
Que ha parecido mal comedia suya,  
Ó bien la de su cómico enemigo,  
Andaba por la torre;  
Y viendo que su esposo la socorre,  
Zapaquilda mas llena de aleluya,  
Mas alegre, contenta y mas quieta  
Que aquel misino poeta,  
Si ha parecido mal, siendo él testigo,  
La del mayor amigo.  
Prevenido en efeto  
De toda defension y parapeto,  
Sacó sus gatos animoso al muro,  
Por todas las almenas y troneras,  
Vestido de banderas,  
Que en alto de diversos tornasoles  
Eran entre las nubes arreboles;  
Y coronado de diversos tiros,  
Soldados de valor y archimargiros  
Opuestos á la furia del contrario.  
Como se mira altivo campanario  
De aldea, donde hay viñas,  
Para bajar despues á las campiñas,

Cubierto por el tiempo de las uvas  
Del escuadron de tordos,  
Que en aquella sazon están mas gordos  
Cuando los labradores  
Limpian lagares y aperciben cubas:  
Asi la negra cúpula tenia  
De soldados de tiros y atambores  
No menos valerosa gatería.  
Quien viera el pie que el escuadron ceñia  
De Mizifuz, y el chapitel armado  
De uno y otro gatífero soldado,  
Dijera, que tal vista no fue vista  
De Dário ni de Jerjes,  
Ni tanto perdigon haciendo asperjes  
En ninguna conquista,  
Ni la vió Scipion, ni el rey Ordoño,  
Como en Cartago aquel, éste en Logroño;  
Y aunque entré la de Ostende;  
Pero sin *nobis domine* se entiende.  
Ver tanto gato negro, blanco y pardo  
En concurso gallardo  
De dos colores y de mil remiendos  
Dando juntos maúllos estupendos,  
¿A quien no diera gusto,  
Por triste que estuviera,  
Aunque perdido injustamente hubiera  
Un pleito, que es disgusto  
Despues de muchos pasos y dineros  
Para leones fieros?  
Prevenidos en fin para el asalto,  
Mueven á sobresalto  
Los ánimos valientes

Las retumbantes cajas,  
Previenen uñas y acicalan dientes,  
Calando juntas las celadas bajas,  
Que en las frentes bisoñas  
Mas eran de sarten que de Borgoñas.  
Pero en silencio los clarines roncoss,  
Que sonaban á modo de zampoñas,  
Puesto á la márgen de unos verdes troncos,  
Que no importa saber de lo que fueron,  
De pies en uno Mizifuf bizarro,  
Cuando del sol el carro,  
Que Etontes y Flegon amanecieron,  
Atras iba dejando el medio día,  
Dijo á su belicosa infantería,  
Que atenta le escuchaba,  
Que aunque era gato, Ciceron hablaba:  
«Generosos amigos,  
De mis afrentas y dolor testigos,  
La honra que los ánimos produce  
A tan ilustre empresa me conduce:  
Esta sola me anima:  
Quien no sabe que es honra, no la estima.  
Miente el que dijo y miente el que lo estampa,  
Que *un bel fugir tutta la vita scampa*;  
Pues mejor viene ahora  
Que *un bel morir tutta la vita honora*.  
Es la virtud del hombre  
La que le inclina á los ilustres hechos:  
Digna es la fama de valientes pechos:  
Hoy habeis de ganar glorioso nombre:  
Ninguna fuerza, ni amenaza asombre  
El que teneis de gatos bien nacidos:



Que estos viles alardes,  
(Porque en siendo traidores son cobardes),  
Ya estan medio vencidos  
Con solo haber llegado á sus oídos  
Que yo soy quien os guia.  
A Anibal preguntó Scipion un dia,  
Que cual era del mundo el mas valiente;  
Y él respondió feroz con torva frente:  
Alejandro el primero,  
El segundo fue Pirro, y yo el tercero:  
Si entonces yo viviera,  
Cuarto lugar me diera.  
Al arma, acometed, yo voy delante,  
Y el no tener escalas no os espante;  
Que no son necesarias las escalas,  
Si en vuestra ligereza teneis alas.»

Dijo: y vibrando uu fresno en la uñosa  
Mano, al muro arremete,  
Y con él mata siete,  
Maús, Zurron, Maufrido, Garrafosa,  
Hoziquimocho, Zambo y Colituerto,  
Gatazo que de roja piel cubierto,  
Crió la mondonguifera Garrida,  
Aunque toda su vida  
Mas enseñado á manos y cuajares  
Que á nobles ejercicios militares.  
Mas son tan eficaces las razones  
Formadas de los ínclitos varones,  
Como Alciato escribe, cuando asidos  
Llevaba de una cuerda de los labios  
El Anfitriónades Alcides  
Cuantos hombres prestaban los oídos

A la elocuencia de los hombres sabios.

Pero ya los agravios

De Mizifuf la guerra comenzaban:

Ya los gatos trepaban

La torres por escalas de sus uñas,

Mas fuertes garabatos,

Que los de tundidores y garduñas:

Ya por la piedra entre la cal metidas,

Sin estimar las vidas,

Subian gatos y bajaban gatos,

Los unos como bueyes agarrados,

Que clavan en las cuestras las pezuñas,

Los otros como bajan despeñados.

Fragmentos de edificio que derriban,

Que de su mismo asiento se derrumba.

A cual sirven de tumba,

Despues que del vital aliento privan,

Las losas que le arrojan;

A cual de vida y alma le despojan

En medio del camino.

No despide en oscuro remolino

Mas balas tempestad de puro hielo,

Que bajan plomos de la torre al suelo.

Alli murió Galvan, alli Trevejos,

Que le acertó la muerte desde lejos,

Dándole con un cántaro en los cascos,

Y otros con ollas, búcaros y frascos.

Así suelen correr por varias partes,

En casa que se quema, los vecinos

Confusos sin saber á donde acudan:

No valen los remedios ni las artes:

Arden las tablas, y los fuertes pinos

De la tea interior el humor sudan:  
Los bienes muebles mudan  
En medio de las llamas:  
Estos llevan las arcas y las camas,  
Y aquellos con el agua los encuentran,  
Estos salen del fuego, aquellos entran:  
Crece la confusion, y mas si el viento  
Favorece al flamígero elemento.  
Mas como el alto Júpiter mirase  
Desde su Olimpo y estrellado asiento  
La batalla cruel de sangre llena,  
Temiendo que quedase  
En competencia tan feroz y airada  
La máquina terrestre desgatada,  
Justo remedio á tanto mal ordena:  
«Dioses, no es justo (dijo) que la espada  
Sangrienta de la guerra  
Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,  
Aunque es la misma de la griega hermosa,  
Y que muertos los gatos, esta tierra  
Se coma de ratones.  
Porque se volverán tan arrogantes,  
Que ya considerándose gigantes,  
No teniendo enemigos de quien huyan,  
Y el número infinito disminuyan,  
Serán nuevos Titanes,  
Y querrán habitar nuestros desvanes.»  
Con esto luego envía  
De oscuras nieblas una selva espesa,  
Y la batalla cesa  
Revuelto en sombras de la noche el día.  
Y desde aquel con inmortal porfía

Los unos y los otros prosiguieron,  
Aquellos en la ofensa,  
Y estos en la defensa:  
Pero durando el cerco, no tuvieron  
Remedio, ni sustento los cercados,  
Tanto que á Zapaquilda desfigura  
La hambre la hermosura.  
Vueltas las rosas nieve,  
Por onzas come, por adarmes bebe:  
Marramaquiz, que ya morir la via,  
Con amante osadía,  
Pero sin que le viesen los soldados,  
Salió por un resquicio á los tejados  
De una tronera que en la torre habia,  
Para coger algunos pajarillos.  
Iba con él Malvillos,  
Que á este solo fió su atrevimiento,  
Y por partir la caza y el sustento:  
Y estando ¡o dura suerte!  
Acechando á la punta de un alero  
Un tordo que cantaba,  
La inexorable Muerte,  
Flechando un arco fiero  
Traidora le acechaba.  
¿Que prevenciones, que armas, que soldados  
Resistirán la fuerza de los hados?  
Un príncipe que andaba  
Tirando á los vencejos,  
¡Nunca hubiera nacido,  
Ni el aire tales aves sostenido!  
Le dió un arcabuzazo desde lejos:  
Cayó para las guerras y consejos,

Cayó súbitamente  
El gato mas discreto y mas valiente,  
Quedando aquel feroz aspecto y bulto  
Entre las duras tejas insepulto:  
Pero muerto tambien como era justo  
A las manos de un Cesar siempre augusto.

Llevó Malvillos pálido la nueva,  
Que de su fe y amor llorado en prueba  
Se mesaban las barbas á porfia,  
Como tudescos, muerto el que los guia;  
Mas deseando verse satisfechos  
Del sustento forzoso,  
Rindieron las almenas y los pechos  
Al héroe sin victoria victorioso:  
Y Mizifuf con todos amoroso,  
Porque le prometieron vasallage,  
Hizo luego traer de su bagage  
Con mano liberal peces y queso.  
Alegre Zapaquilda del suceso  
Mudó el pálido luto en rico trage,  
Dióle sus brazos y á su padre amado,  
Y el viejo á ella en lágrimas bañado,  
Y para celebrar el casamiento  
Llamaron un autor de los famosos,  
Que estando todos en debido asiento,  
En versos numerosos  
Con esta accion dispuso el argumento,  
Dejando alegre en el postrero acento  
Los ministriles, y de cuatro en cuatro,  
Adornado de luces el teatro.

## SONETOS BURLESCOS.

## I.

Cuen de un monte á un valle entre pizarras  
Guarnecidas de frágiles helechos  
A su margen carámbanos deshechos,  
Que cercan olmos y silvestres parras.

Nadan en su cristal ninfas bizarras  
Compitiendo con él cándidos pechos,  
Dulces naves de amor, en mas estrechos  
Que las que salen de españolas barras.

Tiene este monte por vasallo á un prado,  
Que para tantas flores le importuna  
Sangre á las venas de su pecho helado.

Y en este monte y líquida laguna,  
Para decir verdad como hombre honrado,  
Jamás me sucedió cosa ninguna.

## II.

Si entré, si ví, si hablé, señora mía,  
Ni tuve pensamiento de mudarme,  
Máteme un necio á puro visitarme,  
Y escuche malos versos todo un día:

Cuándo de hacerlos tenga fantasía  
Dispuesto el genio para no saltarme,  
Cercá de donde suelo retirarme  
Un ministril se enseñe á chirimía.

Cerquen los ojos que os están mirando  
Legiones de poéticos mochuelos,

De aquellos que murmuran imitando.  
 ¡O si ós mudasen de rigor los cielos!  
 Porque no puede ser, (ó fué burlando)  
 Que quien no tiene amor, pidiere celos.

## III.

Como si fuera cándida escultura  
 En lustroso marfil del Bonarrota  
 A París pide Venus en pelota  
 La debida manzana á su hermosura:  
 En perspectiva Palas su figura  
 Muestra, por mas honesta, mas remota,  
 Juno sus altos méritos acota  
 En parte de la selva mas oscura.  
 Pero el pastor á Venus la manzana  
 De oro la rinde mas galan y que honesto,  
 Aunque saliera su esperanza vana.  
 Pues cuarta diosa en el discorde puesto  
 No solo á tí te diera, hermosa Juana,  
 Una manzana, pero todo un cesto.

## IV.

¿Que estrella saturnal, tirana hermosa,  
 Se opuso en vez de Venus á la luna,  
 Que me respondes grave é importuna  
 Siendo con todos fácil y amorosa?  
 Cerrásteme la puerta rigurosa  
 Donde me viste sin piedad alguna,  
 Hasta que á Febo en su dorada cuna  
 Llamó la aurora en la primera rosa.

¿Que fuerza imaginó tu desatino,  
Aunque fueras de vidrio de Venecia  
Tan fácil, delicado y cristalino?

Ó me tienes por loco, ó eres necia;  
Que ni soberbio soy para Tarquino,  
Ni tú romana para ser Lucrecia.

## V.

Como suele correr desnudo atleta  
En la arena marcial al palio opuesto  
Con la imaginacion tocando el puesto,  
Tal sigue á Dafne el fúlgido planeta:  
Quitósele al coturno la soleta,  
Y viéndose alcanzar, turbó el incesto  
Vuelto en laurel su hermoso cuerpo honesto,  
Corona al capitan, premio al poeta.

Si corres como Dafne, y mis fortunas  
Corren tambien á su esperanza vana  
En seguirte anhelantes é importunas:

¿Cuando serás laurel, dulce tirana?  
Que no te quiero yo para aceitunas,  
Sino para mi frente, hermosa Juana.

## VI.

Juana, mi amor me tiene en tal estado,  
Que no os puedo mirar cuando no os veo:  
Ni escribo, ni manduco, ni paseo  
Entre tanto que duermo sin cuidado.

Por no tener dineros no he comprado  
(¡O amor cruel!) ni manta, ni manteo:



Tan vivo me derrienga mi deseo  
*En la concha de Venus amarrado.*

De Garcilaso es este verso, Juana,  
 Todos hurtan, paciencia, yo os le ofrezco;  
 Mas volviendo á mi amor, dulce tirana,

Tanto en morir y en esperar merezco,  
 Que siente mas el verme sin sotana,  
 Que cuanto fiero mal por vos padezco.

VII.

Lazos de plata y de esmeralda rizos  
 Con la yerba y el agua forma un charco  
 Haciéndole moldura y verde marco  
 Lirios morados, blancos y pajizos;

Donde tambien los ánades castizos  
 Pardos y azules con la pompa en arco,  
 Y palas de los pies parecen barco,  
 En una selva, habitacion de erizos.

Hace en el agua el zéfiro inquieto  
 Esponja de cristal la blanca espuma,  
 Como que está diciendo algun secreto;

En esta selva, en este charco en suma...  
 Pero por Dios que se acabó el soneto:  
 Perdona, Fabio, que probé la pluma.

VIII.

Soberbias torres, altos edificios,  
 Que ya cubristes siete excelsos montes,  
 Y agora en descubiertos horizontes  
 Apenas de haber sido dais indicios:

Griegos Liceos, célebres hospicios  
 De Plutarcos, Platones, Genofontes,  
 Teatro que lidió rinocerontes,  
 Olimpíadas, lustrós, baños, sacrificios;  
 ¿Que fuerzas deshicieron peregrinas  
 La mayor pompa de la gloria humana,  
 Imperios, triunfos, armas y doctrinas?  
 ¡O gran consuelo á mi esperanza vana,  
 Que el tiempo que os volvió breves ruínas,  
 No es mucho que acabase mi sotana!

... IX. ...

*Egloga.*

Al pie del jaspe de un feroz peñasco  
 Pelado por la fuerza del estío,  
 Dosel de un verde campo, tan sombrío,  
 Que contra Febo le sirvió de casco:  
 Damon con su rabel, y al lado el frasco,  
 Para cantar mejor en desafío,  
 Y Tirsi, claro honor de nuestro río,  
 Con un violin de cedro de Damasco:  
 Juez Eliso, que de un verde pobo,  
 A falta de laurel, premios teja,  
 Zéfiro haciendo de los ecos rbo;  
 Mas cuando Tirsi comenzar queria,  
 Ladró Melampo, y dijo Antandro: ¡al lobo!  
 Y el canto se quedó para otro dia.

... X. ...

Aura suave y mansa que respiras,  
 En el clavel de Juana, y las lucientes

Hebras de sus mejillas transparentes  
 Con blando soplo esparces y retiras:  
 ¿Por qué á la rosa y al jazmin aspiras  
 Desde el coro de perlas de sus dientes,  
 Pudiendo reparar mis accidentes,  
 Cuando en su dulce anhélito suspiras?  
 El humor de sus labios purpurantes  
 Para criar aromas bebe Apolo.  
 Del alba ministrado en los diamantes:  
 Porque respira tan fragante Eólo,  
 Que ganára un millon tratando en guantes,  
 Pues fueran de ambar con el soplo solo.

## X I.

¡Tanto mañana y nunca ser mañana!  
 Amor se ha vuelto cuento, ó se me antoja:  
 ¿En que region el sol su carro aloja  
 Desta imposible aurora tramontana?  
 Sígueme inútil la esperanza vana,  
 Como ave zorrera, ó mula coja;  
 Porque no me tratará Barbarroja  
 De la manera que me tratas, Juana.  
 Juntos Amor y yo buscando vamos  
 Esta mañana ¡o dulces desvaríos!  
 Siempre mañana, y nunca mañanamos:  
 Pues si vencer no puedo tus desvíos,  
 Sáquente cuervos destos verdes ramos  
 Los ojos: . . pero no, que son los míos.

## X I I.

Luciente estrella, con que nace el día,  
 Que el oscuro crepúsculo interpreta,

Alma venus gentil, luz que sujeta  
Cuanto mortal naturaleza cria:

Dulce dispara á la enemiga mia  
Flecha sutil en forma de cometa:  
Así de trino estás con el planeta,  
Que parece español en la osadía.

Si sales á la tarde en el saíro,  
Purpúreo ya, si al alba en oro y grana,  
Siempre me ves en un mortal suspiro:

¡O dulce hasta del cielo envidia humana!  
Pues siempre al lado de tu sol te miro,  
Tú á mí jamás al de mi hermosa Juana.

## XIII.

Picó atrevido un átomo viviente  
Los blancos pechos de Leonor hermosa;  
Granate en perlas, arador en rosa,  
Breve lunar del invisible diente.

Ella dos puntas de marfil luciente  
Con súbita inquietud bañó quejosa,  
Y torciendo su vida bulliciosa,  
En un castigo dos venganzas siente.

Al espirar la pulga dijo: ¡ay triste!  
¿Por tan pequeño mal dolor tan fuerte?  
¡O pulga, dije yo, dichosa fuiste!

Deten el alma, y á Leonor advierte,  
Que me deje picar donde estuviste,  
Y trocaré mi vida con tu muerte.

## NOTICIAS

### DE LOPE DE VEGA.

---

Nació en Madrid en 25 de noviembre de 1562. Desde sus primeros años dió indicios del feraz ingenio que debió á la naturaleza; y niño componia versos que trocaba por juguetes de sus condiscípulos. A los doce años habia ya estudiado las Humanidades, y era diestro en todos los adornos de una educacion liberal como la danza, la música y la esgrima. Viéndose huérfano y desvalido, entró primeramente en la familia de D. Gerónimo Manrique, obispo de Avila; y despues sirvió de secretario al duque de Alba. Fue casado dos veces, y á la muerte de su segunda muger se hizo presbítero, y entró en la Congregacion de sacerdotes naturales de Madrid. Su vida hasta entonces atendida á lo que le producian sus comedias y sus demas escritos, y agitada con las vicisitudes de su fortuna inquieta, tomó una situacion mas sosegada, y su reputacion y su gloria llegaron á la mayor altura á que puede aspirar un escritor. La fertilidad singular de su ingenio y la muchedumbre inmensa de sus obras ocupaba y espantaba la imaginacion de sus contemporáneos que le miraban como un prodigio. Tenido por un oráculo, las gentes se paraban á verle y señalarle por las calles; venian muchos á Madrid por solo conocerle, y para calificar una cosa de buena se adoptó generalmente el modo antonomástico de decir que *era de Lope*. El papa Urbano VIII le escribió una

carta de su puño confiriéndole el grado de doctor en teología, y dándole el hábito de San Juan en agradecimiento del poema *La Corona trágica* que le habia dedicado. Sus riquezas no fueron menores que su fama, y él vivia con opulencia en la misma calle en que Cervantes, casi desconocido, pasaba una vida ociosa y pobre. Vivió hasta el año de 1635 en que murió á la violencia de una enfermedad aguda, de 73 de edad: y su entierro se hizo con la mayor solemnidad y pompa á costa del duque de Sesa su testamentario. Sus obras, sin contar las dramáticas, que á juicio de sus contemporáneos llegaron á cerca de dos mil, componen diez y nueve tomos en 4.º de la edicion que Sancha ha publicado en nuestros dias.

## OBSERVACIONES.

### LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

CANCION Á FELIPE II. — Con motivo de las fiestas que este Monarca celebró en la canonización de San Diego; el poeta le vaticina el mismo honor; y hace su apotéosis en vida, al modo que Horacio y Virgilio hicieron la de Augusto, el uno al frente de las Geórgicas, y el otro en varias de sus odas. No examinaremos aquí si las cualidades de aquel Rey merecian semejante alabanza, y si ésta por inmodesta y excesiva no debió ser usada por Lupercio, ni menos consentida y aceptada de Felipe. Estas son cuestiones que pertenecen á la moral y á la historia, y nosotros aquí no somos mas que humanistas.

Prestándonos pues como tales á la intencion y objeto del poeta para calificar su composicion, vemos que la idea principal que le sirve como de base es tan grande como sencilla; y que el autor la desenvuelve y enriquece con particular maestría. Estas ceremonias, le dice, con que celebras á un santo, no son mas que el preludio de las que despues se harán contigo quando seas puesto en el número de ellos: la Iglesia te pondrá en sus altares, ¿y qual será la insignia con que allí resplandecerás? ¿Será la espada, será la oliva? ¿Te invocará el soldado en el combate, el labrador en el campo, el navegante en la tormenta, los senadores en sus concilios? Pero antes de esto vivirás felices años, propagarás la justicia, la paz, y la verdadera religion en el mundo, conquistando el santo sepulcro y venciendo la idolatría. Este es

el plan de la obra, desnudo de su poesía, y se ve la oportunidad que ofrece para ensalzar al héroe cuyo aplauso se propone el escritor, y como se vienen espontáneamente á enlazar con la idea principal las virtudes del Monarca, sus altos hechos, su gloria entre los hombres, y la veneracion y culto que de ellos ha de recibir despues: todo subordinado á la intencion religiosa y caracter de santidad que deben dominar en un poema, escrito con motivo de la canonizacion de un santo, y que. Lupercio no pierde nunca de vista, dando así un ejemplo excelente de unidad y variedad.

En la invencion pues y en el artificio poético, esta obra es un modelo digno de ser muy estudiado por la juventud. La série de pensamientos y de imágenes con que el asunto está desempeñado es tambien digna de todo aplauso. *Tú enseñado á escuchar humanos ruegos*, es un pensamiento perfectamente aplicado á un Rey, que solo abandona su trono en la tierra para ocupar otro en el cielo, y que por ello no deja de oir las plegarias de los hombres sirviéndoles de protector y amparo. La estancia tercera es todavía mejor, y la vida el movimiento y el alboroto, por decirlo así, que hay en aquellos versos, *O si cuando la trompa, &c.* rompen tan felizmente el paso grave y magestuoso de la cancion, que este trozo ha sido justamente aplaudido en todos tiempos de los inteligentes, y aun al menos versado en estos estudios le hacen una agradable y viva impresion en la fantasía y en el oido.

Es lástima que tan bella y excelente poesía esté salpicada con algunos versos bajos y vulgares, tales como estos:

*Nuestra madre santísima te ofrece—  
Tendremos dos Filipos y dos Diegos—  
Lo que hoy estás haciendo,*

y otros de igual llaneza que son pura prosa. No sé tampoco si está absolutamente bien traída la semejanza de Felipe II con Gedeon; y el recuerdo de la insignia del Toison de Oro que el Rey lleva



al pecho, podrá á algunos parecer ingenioso, pero no es ciertamente ni bello ni oportuno.

**ODA Á LA ESPERANZA.** — Si la cancion anterior nos da en su movimiento y en sus formas el caracter grave y magestuoso que Petrarca imprimió en la poesia toscana, esta oda nos recuerda la poesia latina en la gracia y armonia del ritmo, en lo florido del estilo, en la frescura y viveza de los colores, y en la sencillez de la invencion. Parece que se oye á Horacio sacar de unas cuantas imágenes, traídas con oportunidad y acabadas con esmero, una conclusion moral que deja satisfecha la razon al paso que halagada la fantasia. De los cuatro ejemplos con que el poeta ameniza y adorna la idea principal, no se sabe cual elegir, por lo bien concluidos que estan todos: yo sin embargo me inclinaria al primero: hay en él mas música, mas calor, y allí está el mejor verso de la oda:

*Cuando su yerta barba escarcha cubre.*

**SÁTIRA CONTRA LA MARQUESA.** — Las costumbres de un pueblo consideradas generalmente y en abstracto, no son otra cosa que el conjunto de las opiniones y hábitos de cada familia; y la historia que no juzga por lo comun á los hombres sino por sus actos públicos, no se interna en lo secreto de las casas para buscar en las acciones privadas de los individuos el origen de la moral pública. De este examen y oficio se han encargado la comedia y la sátira, la una poniendo en accion las costumbres para reformarlas con el espectáculo de su movimiento, su contraste y sus extravíos, la otra zabiriéndolas ya con el azote del escarnio, ya con el rayo de la indignacion. En España como en Roma la sátira nació de la comedia: y asi como allá Plauto y Terencio precedieron á Horacio y Lucilio, aqui tambien la Celestina y demas dramas compuestos á su ejemplo precedieron á Mendoza, los Argensolas, Quedo y demas satíricos de los siglos posteriores. Los dos hermanos son sin duda los príncipes de es-

te género entre nosotros; y esta sátira contra la Marquesilla es una de las mas célebres que tenemos, dirigida á poner de manifiesto los vicios de estas mugeres perdidas, que seducen y corrompen la juventud, devoran los patrimonios y destruyen la paz de las familias. Se cree bastante generalmente que hubo realmente una dama cortesana de aquel nombre, en quien plugo á Lupercio acumular todos los golpes de su invectiva, y á quien atribuyó todos los rasgos característicos del vicio que se propuso castigar. Como quiera que sea, el pincel de Argensola siempre puro y decente sabe correr por un asunto tan ocasionado y difícil, sin rozarse jamas con una imagen obscena, ni tropezar con una palabra torpe. Su obra tan suelta y festiva como natural, es un dechado de documentos indirectos para precaver la juventud de los viles artificios, de la avaricia sordida, y del infame y disimulado libertinage. La ironía que reina en ella es tan sostenida como amarga, y sus versos corren con la fluidez de un rio que sin tropiezo y sin estorbo se desliza por una pendiente suave. Otros poetas nuestros se han ejercitado en el mismo argumento, entre ellos Jáuregui en su sátira

*Bien pensarás, o Lidia engañadora,*

y Quevedo en la que empieza

*Pues mas me quieres cuervo que no cisne,*

pero ninguno de ellos le ha tratado con la superioridad que Lupercio. Jáuregui, culto y urbano como siempre, y menos prolijo, es débil y frio: Quevedo mas libre y mordaz, es al mismo tiempo infinitamente menos puro y delicado. Esta sátira, en fin, seria perfecta en su clase por el tono, por la versificación, y por la facilidad y maestría de su desempeño, si no se debilitase algun tanto por su excesiva extension. El asunto limitado al aspecto en que el poeta le concibe, no valia la pena de emplear tantos versos en él.

*Est brevitae opus ut currat sententia, neu se  
Impediat verbis lassas onerantibus aures.*

HOR.

**SONETOS.** — El magisterio con que los dos hermanos manejaban la lengua, la versificación y la rima, en nada se manifiesta mejor que en estas composiciones, cuyo mérito depende menos del fondo mismo y riqueza de las cosas, que del artificio y distribución de sus formas, y de la limpieza de su ejecución. Así es que en esta parte ellos, y principalmente Lupercio, son los que más se han acercado á la perfección, y de cuando en cuando la alcanzan.

Los que aquí se presentan son todos sobresalientes, y algunos de ellos reputados por clásicos. Señálase el primero en delicadeza de pensamientos y en vivacidad de afectos, y por lo mismo es más de sentir que decaiga en el último verso, por lo vago é incierto de la sententia, y por lo desagradable de los sonidos.

*Que todo es facil si en la fe se fia.*

¿Donde tenia Lupercio sus oídos cuando dejó este *fa, fe, fi*, como acento de conclusion en un poemita tan bello?

**SONETO SEGUNDO.** — Excepción bien elocuenté y graduada del día en que su dama se retiró para siempre de su comunicacion y de su trato. Hay en él un verso que desdice, y es el segundo, por su forma prosáica, y por ser una alusion erudita, que en tal caso toca en pedantesca. Pero aquí el defecto es menos importante que en el anterior; porque cayendo al principio, no destruye el efecto general de la obra, y todo se compensa con la valentía del último terceto.

**SONETO TERCERO.** — Descripción natural y bella de la vida rural: conclusion felicísima: obra perfecta en el estilo templado.

**SONETO CUARTO.** = Aunque escrito en un tono mas cómico que lírico, es de los mas celebrados de Lupercio por su ingeniosidad, y puede tambien decirse que por su filosofía. La conclusion es débil, y aun contradictoria con el intento del poeta: pero ¿quién no admira la feliz alusion al azul cielo, *que ni es cielo, ni es azul?*

**SONETO QUINTO** = En la ejecucion nada hay que pedir á este soneto tan hermoso como célebre; pero se desearia mas conexion entre el cuadro del último terceto, y la rica y elegante descripcion que le precede: falta pues aqui el enlace que debe haber entre las partes de una composicion para que formen un todo. *Denique sit quod vis, simplex dumtaxat et unum.*

**SONETO SEXTO.** = Este es el mejor de los seis, y no se ponderará nada aunque se diga que es el mejor de la poesía castellana. La idea principal, los accesorios que la enriquecen, la bella distribucion de las partes, la energía de la expresion, la excelencia de los versos, todo es admirable, y hace que este pequeño poema entre en el cortísimo número de aquellos que desesperan por su perfeccion. Si Lupercio no hubiese escrito, ó no tubiésemos de él mas que estos catorce versos, formaríamos de su talento una idea infinitamente mayor que la que resulta de sus demas composiciones.

*O á algun avaro en el angosto lecho  
Haz que temblando con sudor despierte.*

Este angosto lecho, este sudor, este temblor no tienen por su fuerza y por su viveza nada que los iguale en las demas obras del poeta, ni que las exceda en castellano.

**BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.**

La sátira y la epístola fueron el campo en que con mas frecuencia y mejor fortuna ejercitó su

talento este escritor. Uno y otro género suelen muchas veces confundirse entre sí, carecen, propiamente hablando, de invención; y no tienen un estilo que les sea propio y peculiar. Los poetas usan de la mayor libertad en esta parte; y toman á su arbitrio el tono que les conviene, ya alto, ya llano, ya florido, ya austero; y á todo se les autoriza con tal que instruyan, y sobre todo con tal que agraden é interesen. Y es claro que esto no puede conseguirse sino á fuerza de sabiduría en el fondo, de nervio y eleccion en los pensamientos y en la sentencia, de variedad en su paso y movimiento, y de importancia y gravedad en el objeto que se proponen. De manera que, siendo esta poesía al parecer tan facil, es en realidad la mas ardua, y son muchos menos los que han sobresalido en ella, que en los otros géneros á quienes se han prescrito reglas mas determinadas y severas.

Tenia sin duda el menor Argensola muchas de las dotes propias para aventajarse en ella, y de hecho se adquirió un lugar que nadie le puede disputar en nuestro Parnaso. Con menos fantasía poética, y menos sensibilidad que su hermano, poseía mas doctrina; miras mas grandes, y mas gravedad de pensar: por lo mismo, siendo mucho menos á propósito que él para la poesía elevada y para la patética, en la moral é instructiva le llevaba conocida ventaja, y pudo subirse á un lugar mas eminente. Tres son las composiciones que se han puesto aqui para muestra de su talento, y son una sátira sobre las pretensiones, en el género de Horacio, otra sobre los vicios de la corte, mas parecida al de Juvenal, y por último una epístola en que se dan algunos preceptos de poética.

SÁTIRA PRIMERA. — Bajo el pretexto real ó fingido de justificar el poeta su indolencia para pretender empleos y dignidades, hace la censura, no solo de los diferentes estados y profesiones á que pudiera inclinarse, sino tambien de los modos de conseguirlas. Supone para ello un coloquio con su

musa en que ella le incita á que abraza una vida mas activa, y vaya á Roma ó á la corte á solicitar algun empleo; y él se defiende manifestando los peligros que hay en ello, y lo opuesto que es á su genio y á sus costumbres. El plan de la obra trazado de este modo es sencillo y natural, y las diferentes censuras que contiene entran en él con oportunidad y conveniencia. Primero sienten directamente el azote los letrados, procuradores, curiales, doctores, simoníacos y usureros; y despues se ponen de manifesto las malas consecuencias del retiro literario y filosófico en los individuos y en los estados; y con este motivo recuerda la ruina del imperio griego, la indiferencia de las potencias cristianas que le vieron caer, el saqueo de Siracusa y la muerte de Arquimedes, trozos todos de resalto y convenientemente tratados, especialmente los dos primeros. Por último, el poeta disculpándose de no ir á Roma ni á la corte, hace la pintura de los inconvenientes de una y otra residencia, y con el ejemplo de Icaro y el bello apólogo del labrador, que encuentra la urna de cenizas, concluye demostrando los peligros de la ambicion, y en lo que vienen á parar sus ilusiones.

A juzgar no solo por el argumento sino por el desempeño, podria creerse esta sátira una de las primeras obras del autor. Ni los versos ni el estilo tienen aquella seguridad y magisterio que en sus demas composiciones: por manera que la ejecucion, aunque no carece de mérito, no corresponde enteramente á la juiciosa disposicion del todo, ni á la gravedad y seso que hay generalmente en las ideas. Hay en ella tambien el defecto tan frecuente en los dos hermanos que es el de la prolijidad. El pasage por ejemplo en que Euterpe le concede que se distraiga con los libros, podia sin perjuicio, ó mas bien con ventajas del efecto, ser mucho mas corto: tres ó cuatro autores bien caracterizados eran mas á propósito que tantos como allí trae. La respuesta del poeta sobre su ida á Roma, donde en vez de *afilarse memorias para herir á los datarios*, él promete

ocuparse en las antigüedades de aquella capital del orbe, es tan oportuna como ingeniosa y picante; pero se debilita no poco con la extension que el autor da á los objetos de sus investigaciones, que ocupan nueve tercetos, sobrando con la mitad. Por fortuna el defecto está compensado con el rasgo que termina todo el pasage donde el poeta entra con destreza y fuerza en el tono que conviene á su propósito:

*Y el ánimo inflamado en esta historia,  
Lo libraria del tiempo que ahora corre  
Con la dulzura de mejor memoria.*

La expresion sin duda es algo vaga, tal vez obscura; pero el golpe no por eso es menos enérgico ni fuerte.

En un códice de poesías antiguas que pertenece á la exquisita y curiosa librería de mi caro amigo el señor don Agustín Duran, se halla tambien esta sátira con el principio algo diferente del que tienen las impresas. Dice así:

*¿ Tales consejos das , Euterpe mia ?  
Cierito que me has dejado de manera  
Que no sé si te llore ó si te ria.  
Si esta bajeza en Grecia se supiera ,  
En Beocia á lo menos , su linage  
Que se preciò de noble , ¿ qué sintiera ?  
Pero como tu patria es hospedage  
De todas las mentiras y marañas,  
Tú griega en todo sino en el language ;  
Sin duda que te burlas ó me engañas ,  
O ya mi condicion se te ha olvidado  
Que te mostró en un tiempo las entrañas.  
¿ Cuando á pleitos me viste aficionado ? &c.*

El autor sin duda la corrigió despues, y el sentido está mejor en las impresas, aunque el cuarto terceto todavía quedó algo penoso.

SÁTIRA SEGUNDA. — Esta composicion dirigida á un amigo para desaconsejarle que envíe sus

hijos á la corte en un tiempo en que no está acabada su educacion, ni ellos arraigados en la virtud, es un ejemplo que confirma lo que se ha dicho arriba, de no necesitar la sátira de particular mérito en la invencion, ni de artificio en el plan. En la forma de una simple contestacion epistolar, y sin mostrar grande esmero en el orden y graduacion de los objetos que sucesivamente pasan por la imaginacion del poeta, á fuerza de color en el estilo, de belleza y fluidez en los versos, de seso y dignidad en los pensamientos, sabe cautivar nuestra atencion, y gana nuestro interés de una manera viva y sostenida. En ninguna obra suya ha mostrado Bartolomé tanta fuerza de pincel, ni ha vertido tantas de aquellas expresiones enérgicas y felices que se gravan en el ánimo, y ponen como una señal de hierro ardiente sobre los vicios que castigan. En esta parte se acerca muchas veces á Juvenal á quien sigue, y si no le alcanza siempre, no es por falta de vigor ni de talento, sino por la diferencia de costumbres, de épocas y profesion en los dos satíricos; no siendo lícita ni conveniente en un eclesiástico español toda la libertad á que se abandona el latino. Y sin embargo, ¡cuantos versos, cuantas expresiones, de que este se honraria, sobresalientes, ó por su facilidad, ó por su poesía, ó por su fuerza!

*Sepa ser dulce y si conviene amargo—  
Y en figura de ninfas son harplas—  
Al panal de sus labios inexperto  
Corrió para lograr la miel primera,  
Con risa del que sabe lo mas cierto—  
El agraz virginal de las alumnas  
En las prensas arroja aun no maduro—  
Entre mil estropeados capitanes,  
Que ruegan y amenazan todo junto  
Cuando nos encarecen sus afanes.  
Los vivanderos gritan, y en un punto  
Cruzan entre los coches los entierros;  
Sin que á dolor ni á horror mueva el difunto.*



Este mismo argumento ha sido tratado por Juvenal en la sátira tercera bajo la persona de su amigo Umbricio, que se retira de Roma por no poder aguantar su confusion ni sus vicios; por Boileau que en su primera obra supone á un escritor buyendo de París por lo mismo; y por el inglés Juan Donne, en cuyas dos sátiras rejuvenecidas por Pope se zahieren y azotan directamente la corrupcion y desórdenes de Lóndres. Pueden unas y otras compararse con la obra española, y de su cotejo resultará tal vez que Juvenal tiene mas fuerza, y abarca mayor número de objetos; que Boileau propende mas á la sátira literaria, como que era su verdadero elemento; que el escritor inglés tiene mas novedad y energía en los pensamientos, aunque con alguna incongruencia y confusion; pero que el autor español desempeña con mas tino el objeto que se propone, y vence por ventura á los otros en despejo y perfeccion.

*¿Qué dijera el severo Tertuliano  
A vista de costumbres tan inicas?*

Alusion al tratado *de cultu feminarum*, escrito por aquel autor eclesiástico.

EPÍSTOLA. — Si en vez de contentarse con dar algunos preceptos poéticos, como á la ligera y sin particular intencion, se hubiera propuesto Argensola dar una teoría y completa enseñanza del arte; por el modo magistral con que está desempeñado este ensayo, hubiéramos tenido desde entonces una obra en que aprender, y que pudiese entrar á prueba con las más aventajadas que en esta clase han ilustrado despues la literatura de otras naciones. Doctrina sana y escogida, tino el mas acertado, gusto exquisito, estilo despejado y ameno, siempre ingenioso y frecuentemente pintoresco, tercetos excelentes por donde quiera, son las calidades que se notan en esta bella obra, la mas perfecta en mi opinion de cuantas compuso Bartolomé. Todo es aqui bueno ó excellen-

te, y por eso no hay cosa particular que escoger: sobresalen sin embargo por la razon superior que los ha dictado, y por la gracia en que están escritos, los pasages en que se trata del uso de la rima, del gusto de hacer versos latinos, y del respeto que se debe á las reglas. Nadie presumiria por cierto que un tan gran rimador se declarase contra los consonantes; que el discípulo de Andres Scoto y corresponsal de Lipsio se burlase de los versificadores latinos, y que un escritor tan regular y tan medido se explicase con indiferencia, y aun con poco respeto acerca de los preceptos, y considerase en algun modo independientes de ellos el ingenio y la belleza.

FRAGMENTO. — Está sacado de la epístola que empieza

*Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro.*

y es una traduccion libre del apólogo con que Horacio termina su admirable sátira de los votos. Nada hay que advertir sobre la manera diestra y facil con que la traduccion está desempeñada, y hasta el menos instruido conoce que Horacio se explicaria así á escribir en tercetos castellanos. Pero es fuerza dar razon de una mudanza que se ha hecho en el terceto noveno, el cual en todas las ediciones está del modo siguiente.

*Que royendo unos tronchos se abstenia  
De lo bueno y repuesto, porque el hijo  
Se acreditase con la demasia.*

¿Quien es este hijo que se ha de acreditar con la demasia? Semejante idea ni se liga con las que estan antes, ni con las que estan despues. Horacio se contenta con decir: *Dapis meliora relinquens*, para mostrar la cortesía del raton campesino que deja lo mejor del banquete para su huésped. Decir que Argensola no entendió el sentido de su original, es un despropósito: decir que puso esa expresion obscura y forzada como ripio para

llenar un terceto, tampoco es creible en un autor tan hábil. Ha parecido pues preferible variar el terceto segun se halla en el código ya mencionado del señor Duran, donde si no exento de toda objecion, el sentido á lo menos está claro y es mas digno de Argensola.

#### D. ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

**IDILIO.** — De todos nuestros poetas imitadores Villegas es el que menos se parece en gusto y en estilo á los modelos que sigue. El continuo manejo que en sus estudios poéticos hacia de Horacio, Anacreonte, Teócrito, Tibúlo y Catúlo, parece que debiera inspirarle unos principios mas sanos de diction; y que la naturalidad, la verdad y la sencillez fuesen las dotes mas recomendables de sus escritos, como lo son tan eminentemente en aquellos escritores. Pero generalmente no es así, y Villegas sea que imite, sea que traduzca, siempre pone en sus versos el sello de su independencia y travesura juvenil, de su propension á la novedad, y de una afectacion viciosa de que no le pudieron salvar tan bellos dechados, ni tampoco los sanos preceptos que en esta parte pudo recibir de su maestro Argensola.

Ejemplo notable de esto es la composicion presente, imitacion libre, mas bien que traduccion del idilio sexto de Teócrito. En él cantan dos vaqueros, uno bajo el nombre del gigante Polifemo, y otro en el de un rústico que le incita á aprovecharse de las muestras de amor que le está dando Galatea. Compárese la ejecucion de unos mismos pensamientos é imágenes entre los dos poetas, y se verá que el español no se contenta nunca con la idea ó cuadro que le presenta su modelo, sino que le comenta y extiende á su manera; resultando de este esfuerzo continuado que los colores bellos, ingenuos y naturales del escritor griego se conviertan frecuentemente por el español en una iluminacion viciosa llena de oropel, de exageracion y artificio.

Cinco versos emplea Teócrito en la introduc-

cion de su idilio, cuyo sentido literal, segun la traduccion latina publicada por Heinsio, es el siguiente :

*Dametas et Daphnis bubulcus in unum locum  
Gregem olim, o Arate, compulerunt: erat verò alter eorum  
Rufus, alter semiberbis: ad fontem autem quendam ambo  
Sedentes, medio die æstivo, talia caneant.  
Prior porro cæpit Daphnis; quoniam et prior provocaverat.*

esto, expresado en versos fáciles y sonoros, como son generalmente los de Teócrito, bastaba para la exposicion de un poema tan corto, y en que por otra parte los interlocutores no hacen mas que cantar objetos y pasiones en que no estan personalmente interesados. Las tres octavas que para lo mismo emplea Villegas desdican de esta economía juiciosa, y faltan al equilibrio y conveniencia de la composicion. Yo no negaré que se lean con bastante agrado por su elegante y numerosa construccion, y por la poesía de estilo que hay en ellas; pero este lujo poético es aqui importuno, y sobre todo es opuesto al caracter del poeta que Villegas se propuso dar en castellano.

Aun es mayor y menos perdonable la licencia que se toma con el otro pasage, tan imitado despues por todos los poetas bucólicos, en que Polifemo recomienda su figura, segun se la habia presentado el mar en un dia sereno.

*Certè nuper in mare inspexi: erat autem tranquillitas;  
Etpulchra quidem mihi barba, pulchra verò hæc una púpula  
(Ut à me judicabatur) videbatur. Dentium porro  
Nitorem candidiorem, quam parius lapis est, mare ostendebat.*

Quiso Villegas dar mas color y bizarría de expresion á este pensamiento, lo cual no era malo si acertára á hacerlo con la cordura que convenia. Mas prescindiendo de aquella comparacion importuna y desconcertada con el ciervo á quien llama *céfiro ganchoso*; ¿qué quieren decir estos versos con los que ha querido exornar el *pulchra mihi barba*?

*No peino crin, ni cejas alcohólo;  
 Pero de barba y crin hago un torrente,  
 Que desgajado por espalda y pecho;  
 Con ser inmenso mar, les vengo estrecho.*

¡ Enorme barba por cierto! pero esto es figurar una monstruosidad en un estilo mas monstruoso todavía.

No llevemos mas adelante la severidad de la crítica, y dejando á un lado la comparación con Teócrito, y la poca conveniencia con el caracter pastoril, de que adolece generalmente la composición española, pongamos la atención en el brio con que está ejecutada, en lo gratas que son sus octavas al oído, y en las imágenes felices, vivas y naturales de que estan engalanadas. Por ejemplo estas:

*Con cuanta desnudez, con cuanto agrado  
 Del pecho de cristal perlas derrama,  
 Y con su boca de coral te llama.—  
 Y ella se lanza al mar, y él la rastrea—  
 Y yo por mas encarecer su yerro  
 Hago al descuido que la ladre el perro.*

si á esto se añade una cierta novedad de pincel, que en medio de su extrañeza tiene un no sé que de agradable, se conocerá la clase de atractivo que tiene este idilio para ser gustoso en la lectura, y recomendarse poderosamente á la estimación.

ODAS PRIMERA Y SEGUNDA. — Diversas en gusto y en caracter una y otra, muestran las felices disposiciones del autor, y la flexibilidad de su talento. La primera por su ritmo, por sus galas, y aun por los resabios de mal gusto, pertenece propiamente al caracter español. La segunda parece griega, no solo por el metro, sino por la pureza del gusto, por la gracia, por la elegancia, y por la sencillez del pensamiento único que le sirve de base: prueba manifiesta de que no era el talento lo que le faltaba á Villegas para seguir pun-

tualmente á sus modelos, sino la inclinacion y el gusto. Tiene esta oda segunda la particularidad de ser los primeros buenos sáficos que se han hecho en castellano, y el ensayo mas feliz de las imitaciones métricas en que se ejercitó nuestro poeta. Otros le han seguido en esto con mas ó menos acierto segun han sabido escoger su asunto, y dar á sus composiciones la conveniente extension: porque ni este metro es bueno para todos los argumentos líricos, ni tampoco sufre ser empleado en poemas algo dilatados: hasta aquí las odas sáficas que han hecho mas fortuna son las mas cortas. El mismo Villegas en sus sáficos á la Paloma, Cadalso y Melendez en varias odas, y algun otro mas, han querido suplir con el asonante ó con la rima la perfeccion de la prosodia exacta que no les era asequible; pero hasta ahora estos ensayos no han sido felices: sea por falta de tino, sea por falta de oído, sea que el metro no se preste á ello.

CANTILENAS Y ANACREÓNTICAS.—Era por cierto bien grande el talento del escritor que á los catorce años sabia crear un género de poesia que no se conocia en su pais, y dotándole de gracias propias y nativas, aprovechar, para enriquecerla con una libertad frecuentemente feliz, las bellezas que encontraba en los autores antiguos que leía. Villegas entre nosotros es el creador de la cantilena, y el padre de la anacreóntica, y no ha habido despues quien le siga tolerablemente en la primera, pocos son los que le han igualado en la segunda, y ninguno le ha hecho ni es facil que le haga olvidar ni en una ni en otra. No porque no se hayan compuesto versos de esta clase, mas puros sin duda, mas exquisitos y delicados que los suyos: Melendez tiene así mil; pero en ningunos está impreso tan bien el caracter anacreóntico como en los de Villegas: ningunos presentan tanta unidad y sencillez en la composicion, tanta libertad y travesura en el movimiento, tanta gracia y suavidad en los números.

*Al'son de las castañas  
Que saltan en el fuego,  
Echa vino, muchacho,  
Beba Lesbia y juguemos.*

Se leerán cien odas que quieran expresar el regocijo y la alegría de una noche de invierno, sin que entre todas acierten á producir la sensación viva y agradable que dan de sí estos cuatro versos, donde se ve á la musa anacreónica bailar, saltar y reir. Echese la vista por todas las composiciones de Villegas en este género, y se verá que una imagen risueña, un sentimiento apacible ó festivo, un requiebro, una agudeza, le bastan para formar su obra en que siempre campea el muchacho libre, independiente, amigo del placer, y lleno de donaire y de alegría, que vuela sobre todo, sin pararse en nada, sin cansar jamas. ¿ Quien es el que no ha leído deliciosamente y aprendido cuando joven la bellísima cantilena del pajarillo, la lucha del amor y la abeja en el rosal, la sorpresa del amor por Lidia, y otros poemitas semejantes, ya propios, ya imitados de Anacreonte? ¿ Quien despues no los recuerda y repite con gusto, y se siente alegrar y rejuvenecer con ellos como si se echase un brindis con un licor espirituoso y restaurante? Buscar en estas composiciones juveniles y ligeras los equívocos, los retruécanos, las antítesis viciosas y demas defectos con que el autor á veces las resaba; examinar si el lírico de Teyo está traducido con puntualidad, y conservado en su primitiva pureza; sujetar en fin estas flores delicadas de la fantasía al examen severo y menudo de la crítica, sería inoportuno y pedantesco por demas. Manosearlas así es ajarlas y destruirlas. ¿ No son sumamente agradables? ¿ Que les falta pues?

### LOPE DE VEGA.

**LA CIRCE.**—Podria este poema considerarse como un estudio feliz hecho por nuestro poeta so-

bre Homero, si como tomó de él la invencion, los acontecimientos y los personajes, tomara tambien el color, la correccion y el caracter: debió Lope en esta ocasion al autor de la Odisea el mérito de una narracion bastante fluida y despejada, exenta de las extravagancias y extravíos que se encuentran frecuentemente en otras obras suyas de igual clase. Pero nada está mas lejos del estilo de Homero que el estilo de su imitador; y Lope en esta parte, con una libertad que los adoradores del padre de la poesia griega llamarán sacrilegio, y los partidarios del escritor castellano bizarria, hace suyo todo cuanto toma de lo antiguo, salpicándolo á veces con el mal gusto de su tiempo, y debilitándole otras con una llaneza de diction que toca en trivialidad y prosaismo; pero vigorizándolo y adornándolo no pocas con las galas propias de su talento fácil, afectuoso y brillante. Homero por ejemplo se riera de compasion al ver á su discípulo decir para designar el tiempo que duró el sitio de Troya

*Diez veces nuestra argólica milicia  
Sobre Troya miró flechando á Clotho,  
Y otras tantas al toro de Fenicia  
Pacer estrellas al celeste soto;*

pero envidiara quizá, ó por lo menos se agradaria infinito de la ternura y suavidad que respiran estos versos del llanto de Galatea sobre la muerte de Acis.

*Ya no saldré del mar como solia  
Al regalado son de tus amores:*

ó de la gracia y frescura de color que hay en estos otros

*Como se suele abrir pimpollo en rosa  
Primera risa del luciente dia.*

ó en fin con la fuerza y resolucion que hay en estos, cuando Ulises, despues del piadoso oficio



*Hecho á la sombra de los manes frios,  
Al rededor oyó tristes clamores,  
Que daban en los cóncavos vacíos  
Viéndose de la luz habitadores:  
Luego buscó los infernales ríos  
En cuya margen vió sierpes por flores,  
Por árboles también espinos secos,  
Y le dieron terror los tristes ecos.*

Sería fácil multiplicar los ejemplos de talento y de mal gusto; de acierto y de extravío; pero estos pocos bastan á nuestro propósito. Lo que sí es preciso advertir es cuan lejos está también Lope de su modelo en la parte del diálogo. Todos sus personajes son prolijos cuando hablan, y además de esta falta de economía hay otra mayor que es la de conveniencia; no distinguiéndose los discursos de la narración ni en las formas ni en el ornato, y pareciéndose sus héroes, por los sentimientos y las ideas que expresan, mas bien á españoles del tiempo de Lope, que á griegos del tiempo de Homero. No sé sin embargo si á veces se le podría perdonar esta falta de decoro en gracia de las bellezas originales que presenta. Léase, por ejemplo, el pasaje en que Ulises ruega á Circe que le dé licencia para partir; y el que no se ofenda mucho de la afectación y de los hipérboles que de cuando en cuando le afean, lejos de reprobar la libertad que se ha tomado el poeta español, admirará el artificio con que toda la escena está pensada, el calor y la ternura que la animan, y su desenlace moral, saliendo victoriosos el amor y fidelidad conyugal de la seducción y halagos de la encantadora.

Se han hecho algunas cortas supresiones en diferentes partes del poema, unas por obscuras, otras por insufribles en estilo, y otras por ser digresiones inoportunas que molestan y fatigan. El lector que quiera apreciar debidamente la razón de estas alteraciones podrá cotejar la circz, tal como se da aquí, con la misma obra inserta en el

tomo 3.º de la coleccion de Lope publicada por Sancha.

CANCIONES. = Muestras de lo que Lope acertaba á hacer cuando sabia aprovechar la inspiracion de un buen momento. Su poesia es aqui fluida, lozana, numerosa y sobremana simpática y agradable. En la primera, cuyo argumento es tan comun, los pensamientos son naturales y convenientes, y la expresion lo es tambien; siendo este elogio de la libertad y retiro campestre, el que después de la oda de Luis de Leon *Que descansada vida*, obtiene el lugar mas preferente en la antigua poesia castellana. A juzgarse por la admirable facilidad de la ejecucion, mereceria sin duda el primero: parece leyéndola que no ha costado mas trabajo que el de escribirse; tan espontaneamente salen unas de otras las ideas de las ideas, las imágenes de las imágenes, los sonidos de los sonidos.

*Mi regalada cama  
De blandas pieles y hojas  
Que algun Rey la envidiara,  
Y de tí, fuente clara,  
Que bullendo el arena y agua arrojas,  
Estos cristales puros;  
¡Sustentos pobres, pero bien seguros!*

Nótese aqui la destreza con que está vencida la dificultad de rimar *arrojas* con *hojas*; y que nueva belleza sabe procurarse el poeta al mismo tiempo de superarla. El único lunar de esta cancion es la obscuridad de que adolece la segunda estrofa.

Mas nueva y poética en su argumento y en su disposicion es la cancion segunda, aunque mucho menos esmerada en versos y en estilo. Pudo acaso Lope tener presente al trazarla la linda oda de Anacreonte en que pinta su combate con el Amor, pero no por eso su poema deja de ser tan original como ingenioso, al paso que su cuadro es mucho mas grande y de mas fuerte combi-

nacion. Todo está encontrado con el instinto mas feliz; la hora, el sitio, la soledad, los dos concurrentes, tan diferentes entre sí en traje, en fuerza y en edad, tan iguales en el orgullo de sus pretensiones; lo que dicen, lo que hacen, la apariencia súbita de aquella celestial hermosura que completa la victoria del Amor; en fin aquel carro triunfal á que son atados el arrogante guerrero y sus despojos, todo conspira felizmente á desenvolver la idea moral que se propuso el autor bajo esta sencilla alegoría, y á hacer poético su des-  
empeño.

CANCION TERCERA. = Imitacion tan diestra como agradable de la oda de Horacio *Audivere Lyce*, y muy superior por su facilidad, dulzura y fluidez á cuantas imitaciones y traducciones se han hecho en castellano de aquella composicion latina.

CANCION CUARTA. = Era tenida en tanto por su autor, que la citó en la segunda parte de la *Filomena* como una de las célebres canciones que le habian adquirido crédito en el mundo. Tiene sin duda bastante mérito en los pensamientos, en la armonía, y en la frescura de los colores; aunque siempre flaquea, ya por algunas figuras incoherentes y de mal gusto, ya por las negligencias indispensables en la precipitacion con que trabajaba el autor. Muchos poetas se han ejercitado antes y despues en el mismo asunto, sobresaliendo entre todos Metastasio en su célebre cancion de *La libertad á Nice*; y á estar seguros de que aquel escritor conocia las obras de Lope, pudiéramos decir que la tercera estrofa de la oda española le habia dado el gérmen de las mejores de la suya. Los símiles son los mismos; pero en la nuestra no estan mas que indicados, mientras que en la italiana estan desenvueltos con la mayor belleza y maestría.

HIMNO. = El único ejemplo de esta versificacion que he encontrado en nuestros poetas, y que

tiene un mérito particular por su gracia y plenitud. Se halla en la *Dorotea*, y el autor le da el nombre de sáficos y adónicos, sin duda por la semejanza que tiene con ellos la combinacion de versos largos y cortos en la estrofa; porque ciertamente por el metro no era posible que así los llamase. Al halago de los sonidos reúne esta composicion mucha propiedad y oportunidad en los pensamientos, mucha elegancia y aun fuerza en la expresion, y una poesía exenta de los vicios que frecuentemente afean el estilo de Lope.

**ESTANCIAS.** — Idilio original, invencion ingeniosa, disposicion dramática y verdaderamente poética, octavas dulces y sonoras. La ejecucion á la verdad no es tan pura, ni tan facil como en el himno; pero es preciso no ser muy escrupulosos en cuanto á correccion cuando se leen las obras de Lope. ¿Que no se perdona por otra parte á las bellezas de sentimiento y de gracia que hay esparcidas por todo el poema, al tono de melancolía y ternura que reina en él, á aquellos ecos tan felices *¿Isteis por dicha, ninfas, — Aquí vimos, responden*, en fin á una conclusion tan delicada y tan oportuna?

**ODAS Á LA BARQUILLA.** — En ningunas composiciones ha mostrado Lope mas libertad é independencia de caracter poético que en estas: no se sabe á qué género referirlas; odas por la forma y por el metro, alegorías en su título, elegías por el fondo y por el tono. De aqui la variedad de estilo, las diferentes clases de belleza que presentan, y sus muchos é inconcebibles defectos: digo inconcebibles, porque no se comprende como un animo poseido del sentimiento melancólico que reina en las tres odas, se pueda entreteñer en las cabilaciones ingeniosas, ponderaciones insufribles, y juegos de palabras pueriles que abundan en ellas, viciosos siempre en toda poesía, pero mucho mas opuestos á la que se supone inspirada por la melancolía y la afliccion. El empieza á hablar con su barquilla *desvelada* y sin

*velas y sola entre las olas; pero despues la vemos que la llevan á estrellarse entre las rocas de la soberbia envidia naufragio de las honras; y luego tiene cuidado de advertirla que no lleva velas de mentiras, ni remos de lisonjas. En la segunda oda lastra de desdichas el fondo de su barquilla, y la aconseja que huya de Troyas abrasadas;*

*Siendo al furor de Aquiles  
Eneas el silencio,  
Y la virtud Anquises.*

mas adelante para ponderar lo que llora, aconseja á los que van al mar *que se embarquen en sus ojos y le tendrán mas cerca.* Otros cien despropósitos hay como estos, los cuales si reunidos aquí causan lástima ó risa, cuando se encuentran diseminados en la obra ofenden sobremanera por el raudal de bellezas que interrumpen ó que afean.

A estos vicios de estilo se agrega el no haber en estos poemas composicion propriamente dicha: en vano se buscará en ellos el artificio y graduacion correspondiente, de manera que formen un todo que tenga su principio, medio y fin, y produzcan el interés progresivo que debe llevar consigo toda obra de ingenio. Los pensamientos salen por lo comun como por casualidad, y no naturalmente unos de otros como debieran: inviértase su orden, y se hallará que los mas estarian tan bien en cualquiera otro lugar como en el que actualmente ocupan. Los preceptistas hablan mucho del valor que tiene una palabra puesta en su lugar, pues todavía es mayor la de los pensamientos colocados con la oportunidad poética, necesaria para que contenten la razon al mismo tiempo que hieran la fantasía. *¡Tantum series juncturae pollet!*

¿En que pues consiste, se dirá, que unas obras tan defectuosas en invencion, en disposicion y en estilo, tengan un lugar tan distinguido entre las obras de Lope, se lean con tanto agrado, se citen con tanto aprecio? La causa de esto estriya

en que el talento y las bellezas que hay en ellas son mas sobresalientes que sus descuidos y sus defectos, por grandes que estos sean. En las obras de sentimiento el sentimiento es lo mas, y los buenos trozos que aqui se encuentran son tan tiernos y patéticos, y el dolor del poeta, por la gran pérdida que llora, se explaya con acentos tan naturales y verdaderos, que penetra el corazon, y no puede menos de interesar y conmover. A este mérito esencial se añaden la elegancia, la gracia y la cadencia, propias del metro elegido, y usadas por Lope con gran maestría en muchos pasages de estas odas; igualmente que la variedad de tonos que en ella se observa, desde el mas llano sin ser trivial, hasta el mas alto sin ser hinchado ni inoportuno. Ejemplo muy notable de ello es aquel trozo de su oda segunda que empieza *A climas diferentes*, en que hay una pompa y una grandeza de que no se creyera susceptible el poema, si por la oportunidad y el arte con que está puesto no pareciera alli como nacido. Resulta por consiguiente que los defectos de estas composiciones son como introducidos por fuerza, y ajenos y extraños á ellas, mientras que las dotes y buenas prendas les son propias y nativas. ¿Qué hay que extrañar pues que en último resultado sean estas las que inclinen la balanza, y hagan pronunciar el juicio definitivamente en su favor? Cudalzo, en sus momentos de entusiasmo por la poesia, solia decir *que mas quisiera ser autor de las Barquillas que comendador de Santiago*; y aunque su gusto á la verdad no fuese el mas escrupuloso, todavia cuantos amen la poesia natural, facil, abundante y tierna con que estan ejecutadas estas odas, le acompañarán en su aficion y le aplaudirán la preferencia.

EL SIGLO DE ORO. — Este es el canto del cisne: se tiene por cierto que Lope le compuso pocos dias antes de su última enfermedad, y en tal caso es preciso confesar que á poquísimos poetas les ha concedido la naturaleza el privilegio de conservar su talento hasta una edad tan abunza-

da. Setenta y tres años tenia cuando salian de su pluma estos versos tan vigorosos y nobles en pensamiento, tan ricos y lozanos de expresion, tan dulces y bellos en armonía; y yo no conozco de otro poeta esfuerzo tan feliz hecho á esa edad, ni obra de su clase en castellano donde el plan corresponda mejor al intento, y la ejecucion al argumento y al plan. Digno era por cierto de la madurez y experiencia de Lope, dejar en esta especie de testamento poético el cuadro de la naturaleza todavía virgen, abandonada á sí misma, y el del hombre ignorante y rudo á la verdad, pero dichoso y alegre sin vicios ni delitos, virtuoso sin política y sin leyes, y vagando libremente por la tierra, no oprimida todavía por su ambición, ni regada con su llanto y con su sangre. Ilusiones y sueños poéticos se dirá, poco conformes con la realidad de lo que ha sido: ¿quien lo duda? pero estas ilusiones sirven de campo para ofrecer pinturas magníficas á la fantasía, y grandes lecciones de sabiduría y de virtud.

Bella es de toda belleza la estancia quinta, en que con toda la efusion dulce y suave de una alma tierna y sensible, pinta el caracter de inocencia con que el Amor se presentaba en aquellos tiempos felices, y pasa despues con la indignacion mas sentida á mostrar la corrupcion de la época posterior. La expresion *Ni en Chipre se vendia = Amor artificial*, parece dictada por el genio mismo, para dar noblemente una idea que no es de suyo ni noble ni decorosa, y yo conozco pocas de igual elegancia y felicidad.

La pintura de la Verdad que viene despues es toda oriental en riqueza y lozanía, y muestra hasta que punto tenia Lope aficion á esta clase de figuras, en las cuales, como idólatra que fue siempre de la belleza, se complacia y sobresalía infinito. Por otra parte, es una idea bien profunda y filosófica hacer consistir el siglo de oro en el reinado de la Verdad; y suponer que esta es una cosa misma con la felicidad y con la virtud.

La obra se corona en fin con los pensamientos

tos grandes y severos de la estancia penúltima, agolpados con una rapidez nada comun en los escritos de Lope, y conveniente á la indignacion de que se manifiesta poseido cuando los vertia sobre el papel. Hay unos cuantos versos, fáciles de conocer, que se distinguen mucho por la energía, y son tanto mas notables cuanto que la poesía del autor, fuerte pocas veces por la idea, casi nunca lo es por la dicción.

En esta silva se hace notar mas de una vez el defecto, ó por mejor decir, el exceso de la facilidad, y seria bien que el estilo estuviese mas ceñido, para que así correspondiese mejor á su argumento. Hay tambien, aunque pocas, diferentes frases de mal gusto, y aun juegos de vocablos, ajenos en extremo del lugar y del género. Tales son

*Pero por ser los párrafos primeros—*

*Ignorando la ley de la partida —*

*Subióse en hombros de sí misma al cielo —*

y algun otro, que la belleza de lo demas da facilmente á conocer.

En todas las ediciones la entrada de esta silva es defectuosa porque no hace sentido ninguno. Falta alguna cláusula que enlace el primer periodo con los siguientes; tal vez de un verso ó de dos. Por esta razon, no debiendo tomarme la libertad de suplirlos, he creido conveniente señalar con puntos el lugar en donde presumo que está el vacío. Una obra hecha de primera mano, y probablemente no corregida, es natural que tuviese esta, y otras incorrecciones, que después no han podido ni llenarse ni enmendarse.

**LA CATOMAQUIA** — La mayor parte de los críticos dudan hoy dia, ó por mejor decir, niegan que las poesías publicadas por Quevedo con el nombre de Francisco de la Torre, sean escritas por el mismo Quevedo. Pero que las rimas publicadas por Lope con el nombre del licenciado Burguillos sean de Lope, nadie lo ha dudado sino



el último editor de ellas, que al publicarlas en 1792 en la coleccion de Fernández, prometió una disertacion en que se proponia probar que eran producciones reales y verdaderas de Burguillos. Esta disertacion, ó no se escribió nunca, ó no se ha publicado, y entretanto se nos permitirá estar á la opinion comun que atribuye estos jugetes á Lope de Vega.

La cuestion no consiste en si hubo ó no un Burguillos que escribiese versos por aquel tiempo. Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético* hablando del arte de las coplas castellanas dice que le usó

*El numeroso*

*Burguillos en sus dulces y altas glosas.*

Tambien en algunos códices antiguos se encuentra tal cual copla que se atribuye al mismo poeta; de donde puede deducirse sin duda que hubo entonces un Burguillos, el cual pudo ser condiscípulo de Lope, aficionado á escribir versos, y versos tambien jocosos. ¿Pero es este el autor de la *Gatomaquia*, de los sonetos y demas rimas dadas á luz por Lope con su nombre? Esta es la verdadera cuestion que las mismas poesías decidirian por su semejanza, en versificación, en language y en estilo, con las demas obras de Lope, si no vinieran tambien á hacer incontestable este punto los contemporáneos todos que se las atribuyen: Quevedo indirectamente en la aprobacion que les dió, Montalvan de un modo mas positivo en su *Fama póstuma*, y Antonio de Leon en aquellos versos de su *Fenix Mantuano*:

*Y porque en vega tan florida cabe  
Lo jocosó tal vez con lo suave,  
Si Homero dió la Batracomiomaquia  
Lope la Gatomaquia,  
Que con versos agudos y sencillos  
Cantó su musa y publicó Burguillos.*

Invencion ingeniosa y original, accion una, sencilla y bien graduada, juiciosa distribucion de partes, y sobre todo muchas bellezas de diálogo, de versificacion y de estilo, son las prendas de este poema, que ha logrado siempre un concepto muy ventajoso, así del vulgo como de los inteligentes, y es tenido por una de nuestras obras clásicas de lengua y de poesía. ¡Qué de versos que ya se han hecho proverbiales! ¡Cuántas alusiones, picantes y chistosas unas, otras tiernas y expresivas! ¡Que narracion tan fluida y natural, y a veces tan candorosa! Lope sabe tomar tan bien el tono que conviene al género, y se muestra tan persuadido y tan interesado en los sucesos de los animalejos que le ocupan, que nos hace entrar en los mismos sentimientos; y Marraquiz, Mizifuf y Zapsquilla consiguen de su pluma en este juguete poético mas vida y mas interés, que el que nunca acertó á dar á los Medoros, Ricardos, Ismenias y Alfonsos de sus poemas heróicos. Quizá la Gatomaquia ganara mucho en haberse escrito en octavas: esta versificacion mas sostenida y artificiosa hubiera enfrenado algun tanto la excesiva facilidad de Lope, y desapareciera así el único defecto del poema, la dilatacion de los períodos, que debilita el estilo y fatiga no pocas veces.

Como quiera que sea, la *Gatomaquia*, los sonetos, y demas obrillas que la siguen, aunque juegos de ingenio hechos como burlándose, vencen y se aventajan en diction, en estilo, en composicion, en seso y en gusto, á las demas obras de nuestro autor. ¿Sería por ventura cierto como algunos dicen, que sus estudios escolásticos y su erudicion le perjudicaron, que en él la naturaleza lo era todo, y que como en castigo de no seguir exclusivamente sus inspiraciones, casi nunca apelaba en sus escritos al artificio y á la doctrina que no fuese para echarlos á perder?

## INDICE

<i>A</i> coger el trebol, Damas. . . . .	pág. 249
<i>A</i> gora que suave. . . . .	111
<i>A</i> lamos del prado. . . . .	247
<i>A</i> l amor deseuido. . . . .	109
<i>A</i> l arma toca el campo Mizigriego. . . . .	517
<i>A</i> l cielo piden justicia. . . . .	221
<i>A</i> l dulce y sabroso canto. . . . .	162
<i>A</i> livia sus fatigas. . . . .	4
<i>A</i> l lado de Sarracina. . . . .	149
<i>A</i> los pies de don Enrique. . . . .	205
<i>A</i> l pie de un jaspe de un feroz peñasco. . . . .	534
<i>A</i> l son de las castañas. . . . .	101
<i>A</i> l tierno niño, al nuevo Isac cristiano. . . . .	420
<i>A</i> mis soledades voy. . . . .	393
<i>A</i> mada Filomena. . . . .	94
<i>A</i> mada palomilla. . . . .	107
<i>A</i> mor entre las rosas. . . . .	112
<i>A</i> mor poderoso en cielo y en tierra. . . . .	387
<i>A</i> mejorar la vendimia. . . . .	113
<i>A</i> ntes que el cierzo de la edad ligera. . . . .	421
<i>A</i> ños hace, rey Alfonso. . . . .	223
<i>A</i> polo con su laurel. . . . .	172
<i>A</i> quellos dos verdugos. . . . .	102
<i>A</i> quel valeroso moro. . . . .	151
<i>A</i> quí gozaba Medoro. . . . .	203
<i>A</i> rdese Troya y sube el humo oscuro. . . . .	417
<i>A</i> si en las olas de la mar feroces. . . . .	425
<i>A</i> si no marchite el tiempo. . . . .	138
<i>A</i> unque con semblante airado. . . . .	253
<i>A</i> ura suave y mansa que respiras. . . . .	534
<i>A</i> y ojuelos verdes. . . . .	250
<i>A</i> y soledades tristes. . . . .	408
<i>A</i> zarque ausente de Ocaña. . . . .	120

<i>Batiéndole las hijadas.</i>	126
<i>Blanca y bella niña.</i>	232
<i>Caen de un monte á un valle entre pizarras.</i>	530
<i>Canta pájaro amante en la enramada.</i>	423
<i>Ceñid los membrudos brazos.</i>	219
<i>Cierta dama cortesana.</i>	271
<i>Como rosa que nace.</i>	93
<i>Como si fuera cándida escultura.</i>	531
<i>Como suele correr desnudo atleta.</i>	532
<i>Con el viento murmuran.</i>	248
<i>Con nuevos lazos como el mismo Apolo.</i>	418
<i>Convaleciente ya de las heridas.</i>	454
<i>Cual engañado niño que contento.</i>	421
<i>Cuelga sangriento de la cama al suelo.</i>	418
<i>Cuando cesarán las iras.</i>	177
<i>Cuando el soberbio bárbaro gallardo.</i>	503
<i>Cuando las pintadas aves.</i>	195
<i>Cuando las sagradas aguas.</i>	179
<i>Cuando pensé que mi tormento esquivo.</i>	418
<i>Cuatro dientes te quedaron.</i>	84
<i>Daba sustento á un pajarillo un día.</i>	422
<i>Decidme, recién casada.</i>	277
<i>De las africanas playas.</i>	160
<i>De los campos y mares se apodera.</i>	32
<i>De los trofeos de amor.</i>	144
<i>Del tiempo infinito.</i>	227
<i>Desde una soberbia torre.</i>	192
<i>Detente, buen mensajero.</i>	200
<i>Deten tu curso, fortuna.</i>	188
<i>De tu vista me privas.</i>	158
<i>Diamante falso y fingido.</i>	258
<i>Dicesme, Nuño, que en la corte quienes.</i>	130
<i>Dime, padre comun, pues eres justo.</i>	50
<i>Distaba de los polos igualmente.</i>	83
<i>Dí, Zayda, de que me avisas.</i>	466
<i>Dueña, si habedes honor.</i>	134
<i>Dulce yecino de la verde selva.</i>	92
<i>El alba nos mira.</i>	241
<i>El alcaide de Molina.</i>	122
<i>El invencible francés.</i>	199

<i>Elisa dichosa.</i>	240
<i>El tronco de ovas vestido.</i>	159
<i>Enemiga de mis glorias.</i>	191
<i>En estas santas ceremonias pías.</i>	1
<i>En frente de la cabaña.</i>	390
<i>En la cumbre, madre.</i>	256
<i>En medio del silencio.</i>	104
<i>En tanto que el cabello.</i>	97
<i>En tanto que la tormenta.</i>	165
<i>En una peña sentado.</i>	392
<i>Eran dos pastoras.</i>	241
<i>Escóndete en tu cabaña.</i>	180
<i>Escuchad las que de amor.</i>	187
<i>¿Esos consejos das, Euterpe mía?</i>	34
<i>Esparcido el cabello por la espalda.</i>	423
<i>Este prolijo y tenebroso día.</i>	29
<i>Fablando estaba en el claustro.</i>	212
<i>Fábrica de la inmensa arquitectura.</i>	438
<i>Fertiliza tu vega.</i>	244
<i>Hay un lugar en la mitad de España.</i>	6
<i>Imagen espantosa de la muerte.</i>	31
<i>Juana, mi amor me tiene en tal estado.</i>	532
<i>Lágrimas que no pudieron.</i>	260
<i>La niña morena.</i>	230
<i>La rosa de Cupido.</i>	106
<i>La verde primavera.</i>	381
<i>Lazos de plata y de esmeralda rizos.</i>	533
<i>Lidia, Amor y yo estando.</i>	97
<i>Lleguen esos rubles.</i>	96
<i>Lleva tras sí los pámpanos octubre.</i>	30
<i>Llegó á una venta Cupido.</i>	261
<i>Luciente estrella con que nace el día.</i>	535
<i>Mal hayan mis ojos.</i>	234
<i>Mariana, Francisca y Paula.</i>	263
<i>Merezca yo de tus hermosos ojos.</i>	424
<i>Mientras duérme mi niña.</i>	245
<i>Miraba Lidia atenta.</i>	99

<i>Mira, Zayde, que te aviso. . . . .</i>	<b>132</b>
<i>Muy bien se muestra, Flora, que no tienes. . . . .</i>	<b>11</b>
<i>Noche templada y serena. . . . .</i>	<b>170</b>
<i>No en azules tahelles. . . . .</i>	<b>124</b>
<i>No es razón, dulce enemiga. . . . .</i>	<b>146</b>
<i>Non es de sesudos homes. . . . .</i>	<b>208</b>
<i>Ocho á ocho, diez á diez. . . . .</i>	<b>155</b>
<i>Ojos bellos, no os fieis. . . . .</i>	<b>254</b>
<i>¡O libertad preciosa. . . . .</i>	<b>376</b>
<i>¡O nunca fueras, Africa desierta. . . . .</i>	<b>419</b>
<i>¡O tú, don Lope, si por dicha agora. . . . .</i>	<b>490</b>
<i>Para que no te vayas. . . . .</i>	<b>401</b>
<i>Pensamientos me quitan. . . . .</i>	<b>246</b>
<i>Peñas del Tajo deshechas. . . . .</i>	<b>182</b>
<i>Picó atrevido un átomo viviente. . . . .</i>	<b>536</b>
<i>Pobre barquilla mia. . . . .</i>	<b>397</b>
<i>Por la florida orilla. . . . .</i>	<b>380</b>
<i>Por la plaza de San Lucar. . . . .</i>	<b>141</b>
<i>Por los jardines de Chipre. . . . .</i>	<b>169</b>
<i>Por un dichoso favor. . . . .</i>	<b>168</b>
<i>Presta la venda que tienes. . . . .</i>	<b>164</b>
<i>Que estrella saturnal, tirana hermosa. . . . .</i>	<b>531</b>
<i>Quien dice que el Amor no puede tanto. . . . .</i>	<b>478</b>
<i>Quien dijese que la ausencia. . . . .</i>	<b>183</b>
<i>Quiero cantar de Cadmo. . . . .</i>	<b>104</b>
<i>Quiero oponerme al tráfico injurioso. . . . .</i>	<b>79</b>
<i>Recoge la rienda un poco. . . . .</i>	<b>128</b>
<i>Reduan, anoche supe. . . . .</i>	<b>447</b>
<i>Regalando el tierno bello. . . . .</i>	<b>202</b>
<i>Reina del mar Mediterráneo mira. . . . .</i>	<b>318</b>
<i>Riberas del humilde Manzanares. . . . .</i>	<b>387</b>
<i>Riñó con Juanilla. . . . .</i>	<b>237</b>
<i>Romped, pensamientos. . . . .</i>	<b>252</b>
<i>Sale la estrella de Venus. . . . .</i>	<b>117</b>
<i>Sentado está el señor Rey. . . . .</i>	<b>210</b>
<i>Serrana hermosa, que de nieve helada. . . . .</i>	<b>425</b>
<i>Si al apacible viento. . . . .</i>	<b>91</b>

<i>Si alargarse pudiera. . . . .</i>	<u>109</u>
<i>Si atendeis que de los brazos. . . . .</i>	<u>214</u>
<i>Si entré, si vi, si hablé, señora mía. . . . .</i>	<u>531</u>
<i>Si eres hombre que vales. . . . .</i>	<u>210</u>
<i>Si tienes el corazón. . . . .</i>	<u>136</u>
<i>Soberbias torres, altos edificios. . . . .</i>	<u>533</u>
<i>Sobre el margen de un río. . . . .</i>	<u>100</u>
<i>Soledad, que aflige tanto. . . . .</i>	<u>184</u>
<i>Sol resplandeciente. . . . .</i>	<u>225</u>
<i>Suelta mi manso, mayoral extraño. . . . .</i>	<u>422</u>
 <i>Tanto mañana, y nunca ser mañana. . . . .</i>	<u>535</u>
<i>Tanto mi grave sentimiento pudo. . . . .</i>	<u>28</u>
<i>Ten Amor, el arco quedo. . . . .</i>	<u>252</u>
<i>Tened piedad de mí, que muero ausente. . . . .</i>	<u>417</u>
<i>Tengovos de replicar. . . . .</i>	<u>217</u>
<i>Topáronse en una venta. . . . .</i>	<u>267</u>
<i>Tras importunas lluvias amanece. . . . .</i>	<u>29</u>
<i>Trújome á la muerte. . . . .</i>	<u>259</u>
<i>Tú, que del sacro artífice del oro. . . . .</i>	<u>280</u>
 <i>Una estatua de Cupido. . . . .</i>	<u>174</u>
<i>Una taza me forja. . . . .</i>	<u>108</u>
<i>Un soneto me manda hacer Violante. . . . .</i>	<u>424</u>
 <i>Ventanazo para mí. . . . .</i>	<u>274</u>
<i>Ventecico murmurador. . . . .</i>	<u>251</u>
<i>Viéndose en un fiel cristal. . . . .</i>	<u>83</u>
<i>Viniéronse á juntar Dafne y Dametas. . . . .</i>	<u>86</u>
 <i>Ya llamaba el aurora en los cristales. . . . .</i>	<u>344</u>
<i>Ya de los altos montes. . . . .</i>	<u>103</u>
<i>Ya el oro natural crespes ó extiendas. . . . .</i>	<u>82</u>
<i>Ya mis ruegos oyeron. . . . .</i>	<u>883</u>
<i>Yo, aquel que en los pasados. . . . .</i>	<u>141</u>
<i>Yo os quiero confesar, don Juan, primero. . . . .</i>	<u>30</u>
<i>Yo quiero, mi Fernando, obedecerte. . . . .</i>	<u>70</u>
<i>Yo vi sobre un tomillo. . . . .</i>	<u>95</u>

The first part of the paper discusses the  
 importance of the study of the  
 history of the United States.  
 It is a study of the past which  
 helps us to understand the present  
 and to prepare for the future.  
 The second part of the paper  
 discusses the importance of the  
 study of the history of the world.  
 It is a study of the past which  
 helps us to understand the present  
 and to prepare for the future.  
 The third part of the paper  
 discusses the importance of the  
 study of the history of the United States.  
 It is a study of the past which  
 helps us to understand the present  
 and to prepare for the future.

The fourth part of the paper  
 discusses the importance of the  
 study of the history of the world.  
 It is a study of the past which  
 helps us to understand the present  
 and to prepare for the future.  
 The fifth part of the paper  
 discusses the importance of the  
 study of the history of the United States.  
 It is a study of the past which  
 helps us to understand the present  
 and to prepare for the future.  
 The sixth part of the paper  
 discusses the importance of the  
 study of the history of the world.  
 It is a study of the past which  
 helps us to understand the present  
 and to prepare for the future.













